

“ÁGUILAS SIN ALMAS EN N. Y.”

NOVELA ORIGINAL

DE

JOSÉ LUIS ESCUDERO VÁZQUEZ

# ÁGUILAS SIN ALMAS EN N. Y.

( Odisea en Nueva York )

Autor : José Luis Escudero Vázquez

León – 24-25 de Junio de 2002

“ÁGUILAS SIN ALMAS EN N. Y.”

( Odisea en Nueva York )

De José Luis Escudero Vázquez

“ ÁGUILAS SIN ALMAS EN N. Y.”

( Odisea en Nueva York )

A JOHN KENNEDY TOOLE, a quién tanto  
comprendo después de todo su amor a la literatura.

## PRÓLOGO

“A TODOS LOS QUE YA NO ESTÁN.  
OS SEGUIREMOS RECORDANDO.”

“Todos estamos ciegos, y en un agujero negro y cálido, antes de ser concebidos.

Todos, luego, estamos ciegos en el interior del vientre de nuestra madre. Todos nacemos ciegos cuando venimos al mundo, y comenzamos a ver los colores después de un corto periodo de tiempo, o cuando el instinto de supervivencia lo manda por sus genes.

Ciegos comenzamos también nuestro aprendizaje del lenguaje, de los conocimientos del mundo y de las fuentes de la sabiduría cósmica.

La ceguera es una balanza justa y ecuánime, los dos platillos inocentes e invisibles donde se pesan los vicios y las virtudes, la bondad y la maldad.

De adultos seguimos estando ciegos la mar de veces. Ciegos en el amor y en el odio. Ciegos de dinero y de codicia. Ciegos absurdos de alimentos y de ambiciones sin límites. Ciegos en la fe y ciegos en la esperanza. Ciegos en la luz y ciegos en la consciencia. Ciegos de sensatez y de bondad.

Y cuando morimos lo hacemos en la más completa y absoluta oscuridad.

La ceguera puede que sea la única virtud inmaculada, noble e inocente, que aún le queda al hombre sobre la faz de la Tierra.

Hoy la ceguera es cosa de unos pocos... Mañana puede ser cosa de todos...”

Homero, el Griego. (Seudónimo)

“ ÁGUILAS SIN ALMAS  
EN N. Y. ”

( ODISEA EN NUEVA YORK )

Autor : José Luis Escudero Vázquez

## PRIMERA PARTE

### “LAS TORRES GEMELAS”

## PRIMERA PARTE

## “LAS TORRES GEMELAS”

## UNO

Mi nombre es Mario Ruber Vidal, y yo debería estar a mis cincuenta y dos años muerto y bien muerto, como se secaron las acacias del desierto de Oklahoma con las nubes radiactivas, o se pudrieron las lágrimas del teniente inglés en el camino que mira hacia el Viento del Norte. Y mi cadáver, gris ceniciento, amortajado de aire y de gasas invisibles, debería agolparse en montañas de cemento, cascotes y hierros retorcidos, y negramente humeante, en aquel lugar, lleno ya de fatídico presagio, en la Zona Cero, donde pasa mi alma como un nuevo y maquiavélico don Juan Tenorio que ve su espíritu rondando sin destino en la calle de la angustia, con una frustración radical y compungida. Allí yo estaría, con las esquinas del féretro envuelto en blancos pensamientos como si de una maliciosa sábana de fantasmas terroristas se tratase, y ni tan siquiera enterrado en algo, sino que mis cenizas, o la nada de mis restos, habrían volado al más allá de la Nada, o del Cielo, envueltas en el silencio más agudo de la noche sin retorno.

Porque debí morir en mi viaje aéreo hacia Los Ángeles, secuestrado por una oscura y despiadada decisión maquiavélica, y mi sillón hubiera sido pasto de las llamas eternas, no sé si del infierno o del purgatorio, esos aciagos lugares, dicen los cristianos, donde las almas malvadas, o casi buenas o ecuánimes, pasan el resto de su existencia eterna vagando como hienas salvajes e implacables, en las extensas praderas de las soñadas sabanas celestes, o bien como lobos esteparios en la inmensidad de una estepa árida y musgosa, o tan insaciables como una solitaria en el vientre intestinal de un humano, a manera de tiburones devorando los espíritus de los peces. Porque las calderas del mago Pepe Botero están tal vez entre las arenas desérticas, como un oculto géiser con una humeante y caldeada olla de un ardiente volcán.

Y muerto y muy muerto me consideré en mi viaje sin destino y sin rumbo viviente, cuando astillado mi cuerpo por mil espinas y con el ánima rota en mil pedazos, tan palpitante como un Pedro

Páramo de Rulfo en la huidiza y obsesiva Comala, o semejando realmente el espejismo de una misteriosa tormenta en la región del Valle de la Muerte en California, moraba entre cálidas y agobiantes coordenadas algebraicas.

Porque los muertos no lloran ni gimen, ni ríen ni sienten, sólo recuerdan que sólo aman con el deseo de una vaga y enquistada memoria quebradiza como si regresaran del Macondo colombiano de García Márquez, para reconocer cómo fueron sus tristes vidas o cuáles serían sus inútiles y desgajados días si aún vivieran entre los mortales de la Tierra, o conociesen de sus mil esfuerzos para conseguir un dólar más, o un euro más seguro, en sus agujereados bolsillos de sumisos contribuyentes, dinero o peculio que de nada le valdría para entrar como un león rampante en el Mundo Egipcio de la Ultratumba.

Y es que Mario Ruber Vidal debería estar sentado en el asiento 4C-H, que le tenía que llevar desde Boston, donde tenía por aquellos días su Exposición Artística de pintura, retratos y fotografías, hasta Los Ángeles, en el avión la United Airlines 175, en concreto un Boeing 767, que le trasladaría a la ciudad de Hollywood en una misión secreta y personal.

Y cuando los negros nubarrones de los titulares de prensa de todo el mundo, las desconcertadas voces asustadas y atemorizadas con increíbles e inenarrables palabras, llenas de asombro y de angustia, cuando los machacones y lacónicos medios de comunicación internacional lanzaban a los cuatro puntos cardinales la inesperada, sorprendente y dramática noticia, con las deslizantes e intrépidas imágenes de unos grandes y veloces aviones, aparatos chocando e impactando con estrepitosa dureza, una trágica embestida con inefable exactitud y con la ferocidad de un rayo mortal, contra las Torres Gemelas en el World Trade Center de la cosmopolita ciudad de Nueva York, imprimiendo como una rápida fotocopiadora láser en nuestros abiertos y asombrados ojos, una y cien veces, dos o dos mil veces, las reiterativas y obsesivas fotografías, imágenes de los crueles y criminales impactos, cuya retina mental comenzaba, como increíble cascada de fuego, a adolecer y a sufrir de un raro ensueño letal o de una frígida y fatal fantasía.

Dos desconocidos y enormes aeroplanos, cargados sus enormes vientres de vil fuego aéreo como si de otro enigmático Caballo de Troya se tratase, hinchado esta vez con queroseno o alto combustible energético, chocaban con enigmático frenesí, incrustándose y empotrándose contra dos macizos y altivos gigantes de cemento y cristal, arrogantes y esbeltos prismas poliédricos, todo ello envuelto con una extraña y dramática belleza apocalíptica de lo etéreo y de lo sublime, a ejemplo de una dolorosa tragedia griega de Sófocles o Eurípides.

Con el simbolismo de una Torre de Babel abatida por los mismos estúpidos hombres, mortales lingüistas de muchas lenguas que llevan en sus hereditarios genes, en sus mentes



diabólicas y en sus aviesos corazones, la rebuscada tortura, la indómita secuencia de la nefasta negritud, la cruel envidia, la avaricia de un poder en la sombra, el atroz crimen, el odio y el afán de hacer el máximo daño a la nación más poderosa del Planeta Tierra, con arrogante soberbia y maquinación diabólica, una venganza al más puro estilo shakespeareano.

Nadie puede imaginar lo que es la locura y la fútil demencia vista desde las alturas de la insensatez, la ambición de autoridad y poder sin límites, a ese Hamlet roto por las incesantes locuras a que él mismo se somete para calmar la sangre de su inseguridad y falta de autodomínio, a ese Macbeth, tenebroso, duro, estúpido y cruel, cruzándose ante nosotros entre el velo de un amanecer agónico e inmaduro y un atardecer sangriento y funesto.

Y sin embargo algo inesperado, como una mano de ángel celeste, me impidió tomar aquel vuelo, o quizás, una siniestra o invisible intuición me hizo cancelar aquel vuelo que significó también para mí, y sin querer, mi muerte familiar y social, y convirtió mi segunda vida en otra nueva dimensión, en otra persona de nueva carne y nuevos blancos huesos. Una extraña dimensión de la que intento reponerme y sanar, contando en un relato, en una significativa historia, a manera de quema quijotesca y depresiva, de todas las vicisitudes, problemas, fobias, imágenes y sueños, pensamientos y sentires por los que estoy pasando, para reconfortar mi alma y mi cuerpo con los espíritus y fantasmas que moran y vagan por ahí, como espeluznantes muertos de aquellas desaparecidas moles neoyorquinas.

Nadie podría imaginar mi desconcertante sensación de hambre demoledora, que sólo devora y traga la pastosa saliva de la negritud de la noche, o mi frío y gélido sentido de los hechos, tan táctil e inútil como esos sueños infinitos en que recorres y tocas el mundo sin moverte para nada del ancho espectro de la cama, al comprobar amargamente, al tener la impresión de que mi muerte, aquella inesperada y repentina muerte, era vida, pero vida o muerte que nada representaba para nadie, ni para una sociedad comercial y altamente tecnificada, sólo preocupada por descubrir los intrínquilis y las consecuencias del fatal y grave atentando terrorista.

Porque mucho hablar de esto o de lo otro, pero, quién se acuerda de verdad ya de las víctimas mortales inocentes, tanto de un bando como del otro, cristianas o musulmanas. Tal vez algún perdido familiar se acuerde de ti, de mí, o algún recóndito pariente aparezca oliendo las herencias y los usufructos que dejaron los míseros muertos, las desaparecidas gentes como sonámbulos sin tierra y sin cielo, como diminutas sombras que vagan por el Averno sin rumbo fijo.

Porque, al final, nadie conoce sus nombres de pila, ni sus rostros figuraron en las esquelas de la propaganda periodística y pecuniaria de los medios de comunicación social, ni sus expresos cuerpos, si los hubo, resultaron fehacientemente comprobados

para la justicia y la administración, dispersos entre tanta ruina, destrucción o cascote, entre tanta inútil esquirra o vana metralla herrumbrosa, entre tanto peso y peso de recalcitrante hormigón aplastando sus frágiles huesos calcinados y fantasmales, de seres sin cara ni figura, de seres que ni tan siquiera llegan a ser fantasmas de películas como un Ghost eterno y atrevido.

Porque sus ojos no son órbitas con pupilas sino miradas sin cielo y sin resplandor, porque sus bocas ya no tiene el aliento de la risa ni el frescor del beso, porque sus manos ya no tocan la piel desnuda de su amor, ni su cansado cuerpo duerme plácida y sensatamente en esa cama que fue refugio de sueños amorosos, que fue ilusión de un futuro mejor y más feliz, con un fuerte sentimiento que se quedó congelado entre las siluetas nebulosas de un frío polar ártico, o tal vez, perdido en medio de una ardiente tormenta tropical.

Y hoy en que de nuevo comienzo a recordar aquellos perdidos y penosos acontecimientos, cuando la muerte de Camilo José Cela cae también como blanca losa en el mundillo literario español e internacional, porque ese gallego de Iría Flavia supo también ver en la muerte el aroma de la inmortalidad, sumergido entre Mazurca o Arizona, entre Pascual Duarte o la fría irracionalidad de las crudas penurias de la Colmena, y de las mil penalidades de una posguerra civil tan cruel, calamitosa, mísera y amarga, y abiertamente catastrófica y fratricida, donde las humillaciones eran comidas de viles gusanos, y los pocos huesos que quedaban eran pasto de los lustrosos buitres.

Fueron penas y miserias compartidas como pan comunitario, duro y ácido, que congrega a todo un pueblo español, maldito y demente porque no supo ver en la concordia, en la justicia y en la equidad la clave de su futuro devenir: la paz, el bienestar y el amor, la hermandad y la solidaridad. Y sólo quisieron contemplar la ruina, los desastres y la destrucción de todo un pueblo, como si otro Goya renaciese de sus cenizas para pintarlo de nuevo, porque muchas gentes ardieron en deseos de matar o morir, tuvieron agallas para masacrar o sojuzgar a su hermano, dieron muerte como Caín a su cercano pariente, o como un mezquino vengativo a su vecino de enfrente.

De inmolar e inmolarse en qué, y para qué, en una absurda cruzada de mortales, con muchos inútiles muertos a sus espaldas, guerras santas de espantos y miserias, con inocentes nombres de muchos hombres o mujeres que aún perduran enterrados entre sepulcrales fosas olvidadas, llamando a las puertas del cielo, del infierno, y tal vez del invisible o apetecible purgatorio. O tal vez, ni para llamar a la puerta ya tuvieron nudillos de madera en sus chozas.

Todas las Guerras Santas son Cruzadas de fanáticos lunáticos. Nada hay más hermoso y mutuamente apetecible que unos cuerpos humanos sumergidos bajo el agua pura y transparente de la noche.

Y es que la vida tiene - como afinó Cela en sus elocuentes palabras - muchas caras poliédricas en sus diversas vertientes; tantas agujas enhiestas salpicadas de fuego fatuo - diría yo - como espigas altivas que salen del cuerpo principal de un trigal dorado por los rayos del sol de la atardecida.

Debí morir, es verdad, debí morir – repito - aquel trágico 11 de septiembre de 2001, incrustado y emparedado como un hombre normal e inocente por manos de otra fatídica Inquisición demoledora, por unos salvajes e inexplicables atentados terroristas; debí morir silenciosamente desaparecido, y callado para siempre, entre la soledad de tanto amasijo de escombros y cemento, entre el abismo de unos fuegos fatuos, hierros candentes y retorcidos, y olor a muerto, mucho olor a muerto, y a desesperación y a crisantemo.

Pero no, yo he vuelto a nacer, sin quererlo, para contar las historias que ahora te voy a relatar, quizás no con la pluma de un Nobel ni con la sabiduría de un Cervantes, o con el tesón y la inteligencia de un Shakespeare, sino con toda la ilusión y el fervor de un aficionado, con la pasión de un iluminado casi demente, con que un día me puse a escribir para liberarme de mis aferrados recuerdos, y para seguir el ejemplo de mi abuelo Ricardo, que había sido, además de un desconocido pintor impresionista a comienzos del siglo XX, un efímero y atrevido cronista que contaba sucesos, leyendas y anécdotas, en una pequeña población del norte de España.

## DOS

Los hados o fuerzas del destino volvieron de nuevo a resurgir de entre tanta ceniza desperdigada por los aires de los aeropuertos.

La terminal de Madrid estaba aquella mañana abarrotada de público disperso y abundante, de maletas grandes, medianas o chiquitas, de equipajes con ropa almidonada o espejos donde mirar el porvenir de cada día, imaginando sueños de nuevos amaneceres con fragancias de colonias holandesas, de transeúntes foráneos con mochilas multicolores cruzadas en sus espaldas que jorobaban un tanto en su deambular por los pasillos.

Gentes de todos los gustos y de condición racial, personas de solvencia económica o malandrines del tres al cuarto buscando el robo de una sortija o un bolso semi abandonado, yuppies o pícaros compitiendo por el poder o el dinero, y un sinfín variopinto de personajes y seres, hombres, mujeres y niños, inundando los amplios vestíbulos, los largos pasillos, las salas de espera y los diversos terminales del aeropuerto de Barajas, esperando la hora exacta que figuraba en el embarque o en el pasaje, y en los ordenadores centrales, para embarcar en un vuelo hacia un destino tal vez inimaginable, tanto para él como para el pasajero que estaba al otro lado del andén, o impasiblemente sentado en una antianatómica silla de plastificada consistencia, disfrutando de sus propias ilusiones, de sus calladas soledades, de sus interiores tristezas, o sus eternos anhelos o esperanzas, y viendo con sus ojos de agua y de pergamino informático, los diversos vuelos que a través de los amplios cristales de los vestíbulos aterrizaraban o despejaban desde el aeropuerto internacional de Barajas, en Madrid, con rumbo lejano o desconocido.

Sueños, fatigas, cavilaciones, tranquilidad, prisa, descanso, vacaciones, etc., se abrían así en un abanico de viajes, pasiones o destellos, llenos de fantasía para unos seres o de cierta incredulidad para otros. Satisfactorios o interesantes, necesarios u obligatorios, penosos o bucólicos, imprescindibles o turísticos, y para los menos, amargos o lacónicos.

Pintando bastos u oros, jugando al póker o al parchís, comiendo caballo a torre, o reina a alfil, todos partían porque la vida es andar, jugar y partir, desde el comienzo del nacido sueño hasta las alejadas fantasías, en busca del vellocino de oro, que era como decir de una mejora de cara facial, o de una ambición próspera y solitaria.

Caras de arrugada desolación, de largas miradas, o de fingida o incierta felicidad, caras de payaso o de abierta tristeza, de

creída felicidad o de nula complacencia, de inútil templanza o de aborrecible timidez, caras de perdidas imágenes o de escondidos anhelos, se unían, se desunían, se asociaban y convivían, con otras más agradables y diáfanas, mudas y pensativas, sonrientes y calladas, en un receptáculo pequeño, en un aparato de avión cuatrimotor de sólo unos cuantos metros cuadrados, como si el compartir la misma cabina del capitán, o como si el comer de una misma tarta de cumpleaños en un meridiano habitáculo, no fuera cosa de mil y uno, sino de unos pocos, que comparten, además de mudanzas y sensaciones extrañas, unos rostros pasajeros, huidizos y lejanos, cargados de íntimas cosas desconocidas, de pasiones latentes, de agradables ilusiones o de macabras fantasías.

Mi vuelo era el 875 GJ de Iberia, Líneas Aéreas, vuelo a Nueva York. Hora de salida las once y cuarenta y tres del 6 de Septiembre de 2001. Al llegar a Nueva York, el día 7 descansaría en casa de mi amigo Peter Felling, en la Avenida N° 36 de la manzana de Queens, frente a la Isla de Roosevelt, y a la mañana siguiente emprendería vuelo con él hacia Boston para mostrar y presentar parte de mi colección fotográfica y pictórica de desnudos artísticos, así como mansiones y palacios europeos del siglo XVII y XVIII, que había acumulado a lo largo de mi época de fotógrafo profesional.

Inexplicablemente mi mente había sufrido – y sufriría - en unos meses una transformación vertiginosa, altamente volátil y mutante, con las neuronas a tope imitando el trasiego de un Internet que no alcanza a comprender tanto dato, nota, documento o conocimiento, entre sus metálicas entrañas y redes digitales.

Una inusual actitud, creada tras comprobar una y mil veces mi hipotética muerte en los abismos de las Torres Gemelas, tras visionar una y mil veces, de nuevo, el furibundo ataque de que fueron objeto las Torres neoyorquinas, y yo subido en aquel maldito Boeing, estrellado contra los macizos rascacielos del Manhattan de Woody Allen.

Y después de aquel estrepitoso amanecer mi mente aún seguía y seguiría enfrascada, ensimismada en el letargo de la añoranza fatal, un recuerdo amargamente embotellado y casi sin memoria, como si uno no pudiera ya para siempre despejarse ni escaparse del aroma mortal de la humeante ceniza gris.

Y esa experiencia de muerte, destrucción y desolación, esa nueva experiencia entre fatalista y enigmática, fue la que me aproximó a la nueva faceta de escribir esta historia, este desmenuzado relato, recordando mi vida pasada, mi vida presente, y reviviendo lo que sería mi vida futura, si yo aquel fatídico día hubiese cogido aquel diabólico avión, aquel maldito Boeing que me llevaría hacia una muerte atroz y segura.

## TRES

## NUEVA YORK EN MI VIDA

Pero lo que nunca supo nadie por aquel entonces – ni mi querido amigo Peter Felling por el que yo sentía una conocida admiración, amén de una sentida fascinación – era que, aparte de mi trabajo, de mi quehacer como pintor retratista y fotógrafo para mostrar y presentar mi obra artística en un museo estadounidense, iba a verme con mi amiga Miriam Starpe, una joven pintora de arte abstracto a la que había conocido en París, en una reunión de artistas celebrada en el Museo d´Orsay, hacia unos cuatro o cinco meses. Y de la cual me había enamorado nada más verla como un chiquillo veinteañero, en uno de esos involuntarios y típicos flechazos que todos podemos tener algún sorprendente día de nuestra existencia.

A ese congreso de artistas modernos y surrealistas, y de otros estilos cercanos al impresionismo, al cubismo, o al nuevo arte de la abstracción, había ido acompañado por mi agente artístico, Peter Felling, y ambos conocimos en la ciudad del Sena a diversos artistas o pintores de las nuevas generaciones.

Una de esas personalidades artísticas, conocidas en Francia, fue la norteamericana Miriam Starpe. Nos la presentó a mi agente y a mí, un tal Iván Maskarov, un raro y extraño pintor ruso afincado en Francia desde la terminación de la Segunda Guerra Mundial. Yo creía que sería un encuentro más, como tantos y tantos de los que tenemos a lo largo de nuestra vida, pero aquella mujer vendría a significar otra cosa distinta en mi vida.

Miriam Starpe Suan era una hermosa joven de aspecto jovial y callado, una mujer madura pese a sus treinta y tres años de sabia consistencia, inteligente mirada y astuta resignación. Era una mujer atractiva, de talle delgado y fina cintura, ojos muy celestes, casi teñidos o rasgados por la luz de un infinito azul sin barreras, y se parecían desde cerca a una mirada pérfida, lasciva, casi tan arrogante como una gata sueca. Esos hundidos ojos, extrañamente ovalados, que veían todo con una mirada profunda y traviesa como de pícara andaluza, y esa tez rubia como una nórdica escandinava, casi hasta rayar un pelirrojo altivo, ondulado, desconcertante, que sugería la fresca brisa de un fiordo noruego.

Tenía también, y eso era lo curioso, un gran desparpajo en el hablar entre pareja, y una apreciada soltura en el dialogar con los amigos. Insinuaba, con su modo de ser, unos ademanes muy

característicos de las personas algo engreídas y vanidosas por su profesión, puesto o poder, y se mostraba densamente orgullosa en su perfil humano, como una gata arisca y arrogante, de la que se intuye o dilucida, que probablemente todo venga de un escondido y psicoanalítico complejo de inferioridad.

Mas debo confesar antes de continuar la narración, que algunos rasgos de los anteriormente mencionados fueron equivocados en mi apreciación primera. Porque aquello de que las apariencias engañan es siempre cierto cuando la verdad no se oculta en un tarro de cristal opaco. Y aunque su mundo era la pintura y las artes plásticas, había estudiado también, y realizado diversos cursillos de diseño, publicidad y marketing. Modelo en sus ratos libres, atrevida mujer de galerías, carismática dama de museos y circuitos artísticos, en los que resaltaba por su altiva figura extremadamente sensual y cariñosa.

Poseía una abierta manía de grandeza en las Bellas Artes, y en la Música, de la que era una gran megalómana, porque coleccionaba todo tipo de discos antiguos, en vinilo, en CDs, en casetes, disquetes, en MGs, en vídeos, videoclips, etc., música tanto clásica como moderna, de jazz como de soul o rock, hindú, africana, caribeña o japonesa, siempre que tuviera toda ella un halo de buena calidad melódica o un gusto por lo exótico y oriental.

Le obsesionaba, - al igual que otros pintores famosos como Vela Zanetti lo hicieran con destreza y entusiasmo en sus múltiples plasmaciones de diversas manos realizadas en muchos de sus lienzos -, la idea o preocupación de pintar rostros femeninos con cabellos rubios, muy sueltos, largos y tupidos, y también, a veces, con extravagantes rulos u ondulantes caracolas, como los que le apetecían cotidianamente llevar muchas veces a ella en su vida corriente, - y procuraba hacerlo también con presteza, agilidad y deleite - y dibujar o plasmar unas caras redondas y planas como las que ella gustaba de maquillarse a sí misma, a pesar de que en su físico predominaba más bien las formas cóncavas y alargadas. Quizás, por aquello de que nadie está a gusto con lo que tiene y posee, se mostraba inquieta en lo aparentemente importante, y muy sensible y dejada con otras formas extrañas o extravagantes para su fuerte personalidad femenina.

No obstante, en aquella época también pasaba por un álgido estadio pictórico, en aquellos momentos en que la conocí, en que su embeleso primordial era tratar de plasmar la sexualidad y la desnudez de las personas, sobretudo femeninas, a las que intentaba pintar, y hasta fotografiar, con todo lujo de detalles, fijándose en sus aspectos sobretudo anormales o abstractos, casi absurdos y rayando en lo liviano, diluyendo ilusiones fantásticas con actos íntimos paranormales, asociando cruda verdad con amargo realismo. Una extraña abstracción plástica. Sin duda sufría acomodación visual y pictórica de Dalí con sus mundos de obsesionantes desnudos.

Decía que la hipocresía y cinismo de algunas gentes, sobretodo de clase superior y rica, con sus fundaciones y dádivas, entorpecían la infidelidad y el innovismo de la nueva pintura contemporánea, basada en un arte original, rompedor, intelectual, geométrico, cósmico, sensual, y claro está abstracto.

Era una mujer, en resumidas cuentas, y sobretodo para mí, claro está, atrayente, excepcional, diferente, moderna, y que resultaba toda una incógnita cada vez que hacía el amor con ella, porque ella era como un polvorín rojo de voluptuosa dinamita, como un sensible volcán de ardiente lava. Y hubo veces que yo llegué a pensar que sólo buscaba en mí la fuerza masculina, la robustez de mi cuerpo, lo varonil de mi ser, que sólo la interesaba el sexo por el sexo, mi virilidad masculina sin más, y que lo demás, mi imagen, mi linaje artístico, mi dinero o mi prestigio social, de poco o nada le servían, o le traían sin cuidado.

Y tal vez estuviera en lo cierto que sólo buscaba en mí, no la seguridad, la comodidad o la ternura como otras mujeres lo hacen en la vida; no el amor, el sentimiento, o el enamoramiento propiamente femenino, sino el sexo por el placer y el deleite de gozar de unas noches de pasión y estremecimiento carnal.

Y fue cuando empecé a preguntarme que quizás estuviera en lo cierto, y que todos nuestros actos cotidianos, todos nuestros pensamientos y sentimientos, no fueran sino química pura y dura, imantadas feromonas que nos unían y nos permitían ir tirando día a día, segundo a segundo, décima a décima, en una vida circundante sosa, aburrida, triste, malvada, llena de cortapisas, rencores, envidias, celos, ambiciones y grises corazones, fue cuando me llené de una extravagante y anárquica estupefacción, una visión hecha de jirones inestables.

Así que el placer del sexo por el sexo, de esa pasión llamada pura carnalidad humana, era lo único que nos sobreponía a tanta imbecilidad, tontura, idiotez, o indiferencia y hastío, como había por el mundo adelante que nos rodeaba.

Porque, - me decía en los ratos de embriagadora pasión carnal -, ¿qué hay mayor felicidad en esta Tierra que un momento de placer y gozo, por el mismo placer y el gozo, con seres desnudos hechos de nuestra propia especie, aunque fueran unos breves segundos carismáticos, pero unos segundos auténticamente divinos...?. Más vale algo, aunque sea un poquito, que nada de nada, decía mi abuelo que en paz descansa.

Sé que estas cosas escandalizarían a muchas gentes incluyendo a mi mujer actual, Mirella Gandar Gutiérrez, de la que también, por cierto y paradójicamente, sigo estando enamorado; o a mi ex-esposa, Josefina Andrea Bofarul, a la que tanto le gustaba mi sexo masculino, pero también mi dinero y mis antiguas pesetas. O mi lejana amante madrileña del Paseo de la Castellana, a Julia Otero Rekar, que buscaba en mí el sujeto de ternura y amor platónico que nunca había tenido.



Llegué a creer que tanto amorío por aquí y por allí, que tanto trueque o intercambio de sexualidad y pasión era un síntoma de vitalidad más que de rancia sinvergüencería, como si en realidad fuera un auténtico Casanova, un Tenorio, o un Capitán de aeronaves transoceánicas que tiene que pernoctar siempre de hotel en hotel, de ciudad en ciudad, como si París, Nueva York, Londres o Francfort, fueran el imaginativo Paraíso de Dante, y que eso me ocurría a mí porque estaba predestinado a tener más de una vida, y una nueva y azarosa existencia.

Y cuando volví, en aquella mañana del 11-S, a nacer otra vez en Nueva York, noté que algo especial me había sido dado, que algo insólito e inusitado había tenido lugar en mi interior, un milagro o una predestinación, no sé si de los dioses, en los que creo cuando me conviene, o en la de los hados de un destino fortuito, en los que creo a menudo.

Cuando el día anterior había llegado secretamente a Nueva York, llamé a Miriam por mi “movilete”, como solía llamar a mi teléfono móvil, para convenir un encuentro confidencial y reservado en su apartamento neoyorquino del barrio de Brooklyn.

Compré un buen ramo de flores, sobre todo cargado con hermosas rosas rojas y unos lirios amarillos, que eran sus preferidos, y me encaminé en taxi de topacio hacia su hogar neoyorquino.

Sólo ella y yo, íbamos a saber que estábamos cobijados y durmiendo en un piso de la Avenida “Atlantic”, cerca del famoso “Brooklyn Bridge”.

Así fue como desaparecí de la circulación social durante unos días, y todos creyeron – incluido mi amigo Peter Felling que había perecido entre las llamas del United Airlines 175 que se había estrellado estrepitosamente contra una de Las Torres Gemelas.

El día de los atentados dormíamos aún bajo el sueño de las sábanas, bajo la modorra del sugestivo placer y las adoradas fantasías del amor, cuando oí inesperadamente, un fenomenal estruendo de algo grande chocando contra un muro duro y desconocido, un formidable estruendo que en mis oídos semejava una explosión amorfa y misteriosa.

Posteriormente asistí a la fantástica y trágica visión de ver como los dos colosos, los dos altivos gigantes del World Trade Center estaban ardiendo por los cuatro costados, y sentí un miedo atroz y un despavorido temor, que me cuartearon mis huesos y difuminaron mis venas, como si aquella vil masacre, aquel macabro espectáculo, tuviera que ver con mi vida y con mi ser, con mis gentes queridas, con el bullicio de mi alrededor, como así sería por cierto en realidad y verdaderamente, cosa que trataría de ocultarlo durante un tiempo más que prudencial.

Me levanté de la cama como un sonámbulo que cree que la realidad es su propio sueño, y en un principio miré por la

ventana de la parte Este del apartamento, y nada percibí de anormal e inmediato a mi alrededor.

Miriam Starpe Suan me llamaba insistentemente desde su acogedora suite para que volviera de nuevo con ella a la amplia y cálida cama, con alegres sábanas sonrosadas de pasión, y con motivos geométricos entrelazados a modo de composiciones arabescas, para hacer el amor, para seguir jugando con el sexo, quizás por tercera o cuarta vez en catorce horas que llevábamos juntos.

Yo le insinué que esperara un poco, que percibía en mi sangre que estaba ocurriendo algo anormal, oyendo algo insólito e infrecuente en mis propias palpitaciones interiores, y sintiendo algo inusitado y horrible que giraba a mi alrededor como rueda de molino fatigosa.

- ¡Un minuto Miriam, voy a poner la radio a ver si hay alguna noticia importante..., voy a conectar la emisora de radio por si dicen que está ocurriendo algo raro... o extraordinario...!

- Pero, ¿qué te pasa, hombre, sueñas o deliras...?. ¿Qué dices que pasa...?. ¡Nada, que va a pasar, nada!. ¡Anda, acuéstate otra vez...! Pero, ¿Qué dices que puede estar sucediendo, pesado, ...? – se decía y desdecía la mujer las cosas con actitud incrédula y sorprendente.

Permanecí por unos momentos en total silencio, en una callada situación, muy tensa, inexplicablemente importante para mí, como teniendo un agrio presentimiento, un temor de que algo de lo que estaba sucediendo tenía que ver en realidad conmigo.

- Pero, Mario, ¿qué te pasa, hombre...?. ¿Por qué no vienes de nuevo a la cama?.

Fue quizás que ella me vio tan pensativo, tan serio y abstraído en mi propia imagen interior, tan extraordinariamente de pronto obcecado y ensimismado en mi ser, que incorporándose sobre la almohada susurró...

- ¡Tienes la cara arrugada, y de espanto, como si hubieras visto a la misma muerte...!. ¿Qué te pasa...?.

- ¿La muerte...? – respondí yo con un hálito de desconcierto y de drogado ensimismamiento. ¡La muerte...!

- ¿Pero, dime, por Dios, qué te sucede, que te pasa...?. Me has despertado bruscamente... ¿Acaso no has sido feliz entre mis sábanas...?

- ¡Mujer, creo que algo extraño ha sucedido!.

- ¿Qué...?. ¿Dónde...?.

Fui luego, con la cabeza agachada y pensativo, al servicio de aquel lujoso apartamento neoyorquino, levanté la blanca tapa del water con mis manos y oriné en la taza sin saber ni sospechar que ese líquido amarillento ya no tendría que haberse deslizado con toda la parsimonia y la cálida tranquilidad de un mundo que angustiosamente renacía para mí, sin sospechar que aquel mear u orinar como una micción natural del hombre, ya hubiera, o no

hubiera, sido el último en mi vida, que aquel hablar con Miriam ya hubiera sido una remota y nula situación desarrollada, y que ni vestirme, ni desayunar, ni hacer los últimos amores con ella, me hubiese sido posible hacerlo, o negarlo, si la fuerza del destino no hubiera cambiado mi otro sino.

Me miré al espejo del baño, un ovalado y muy frágil espejo, con un fino biselado de cristal de roca, claro y transparente como las llamas que ya devoraba uno de los edificios de las Torres Gemelas, con una fría sensación en mi pulso que me decía que yo ya no tendría que estar allí en aquellas angustiosas horas de la vida de un humano que ha sido preseleccionado para morir irremisiblemente. Había perdido adrede un vuelo de avión que a aquellas horas me estaría trasladando hacia la capital de..., o hacia la misma muerte.

Mi rostro adusto, mi semblante entallado, tieso, demacrado, puramente pálido y ojerizo, abrumado por un ligero vapor acuoso en el cristal, en aquel suave y delicado cristal de bohemia del espejo, parecía disimular mi inexplicable e incipiente grave tristeza. Y mi cuerpo, que me parecía ahora muy grasiento, deforme y cóncavo, como si me contemplase ante un cristal ovalado y deforme de circo, se convertía en macabro fantasma de mi pensamiento, en alucinación estéril y lleno de rancio sonambulismo.

Quería gritar y mi voz deforme no salía de mi garganta, movía mi desgastada boca, haciendo muecas como un payaso, y una sordidez aplastante encogía y comprimía mis articulaciones, intentaba ver mis arrugas en la cincuentañera frente de un desgastado adulto, mil arrugas tratando de deformarse como un calidoscopio de juguete, y todo era pesadumbre y misterio.

Hacía mil muecas con mi rostro para contemplar que aún estaba vivo, y me contemplaba viejo, estéril, y acongojado sin saber ciertamente el por qué. Estaba cansado y nostálgico, pero a su vez, y de repente metamorfoseándome ciento ochenta grados, sentía la sensación de ser un hombre feliz por vivir, dormir y soñar con esa estupenda y ardiente mujer, con Miriam, que me acogía y me arropaba entre sus brazos y entre su suave regazo, entre la cálida y joven piel de mujer, sintiendo sus largos dedos recorrer todo mi torso desnudo como del alfa al omega, un satisfecho cuerpo arrogante de hombría y de fiereza.

Y en mis venas aún palpitaba la vida, no me importaba que fuera como un pabilo casi seco e indeleble, pero aún y como un milagro ardiendo entre la cera, y latiendo mi corazón como en una sinfonía musical aunque fuera inacabada.

Miraba en el espejo de cristal, y mi recuerdo a veces borroso y torcido se iba con mi mujer Mirella, y con sutiles ráfagas de espejismos me veía caminando con Julia, o con Josefina, mi primera mujer, que ahora tenía un buen amante, un tal Raniero José Alonso, un argentino que se dedicaba al negocio de las conservas de pescados.

Después veía mi faz somnolienta y morena, mis ojos grandes y negros, mis cejas amplias que caían sobre las miradas ajenas y desconocidas, arrasándolo todo. Y contemplaba como en un filme de fin de vida, mi profunda barba algo ya encanecida y cortada a sesgo, y mis músculos, aún todavía con cierta robustez y armonía, mi cuerpo fuerte y alto irguiéndose verticalmente para luego caer con estrepitosa y vertiginosa velocidad a un abismo de cascotes, herrumbres y polvo pastoso.

¡Ah, recuerdos, recuerdos para mis hijos e hijas, a los cuales quizás consciente o inconscientemente les dedicaba en mi mente y mi corazón más tiempo aún que a sus respectivas madres!

Luego, casi todos me darían y me dieron por muerto, hasta mi amigo Peter que aún sospechando que podía traer algo oculto entre mis manos, así lo comunicó a mi familia en Madrid al recibir la llamada de la familia de Los Parkins.

Y así dejé pasar mi vida pensando y reflexionando en todo lo que estaba pasando, lo que iba a pasar, lo que podría haber pasado y que no pasó o nunca pasaría.

Y sentí, que con mi desaparición no física sino social, no corpórea sino emotiva, que este mundo me hacía a mí mismo un nuevo traje, una nueva imagen, un nuevo cuerpo, y que a su vez me insuflaba, no un flaco ni necio esperpento, sino un gran favor, un inmerecido servicio.

Me llenaba de un desconocido coraje, de nuevas fuentes energéticas ocultas, de nuevas ansias y afanes para emprender otros rumbos, otros caminos inexplorados, otros sinos diferentes, con unos valores distintos, inéditas voluntades y con nuevas actitudes que no sabía explicar ni descifrar en aquel momento, con actual magia, y una fresca vehemencia de ser otro ser, y una indescriptible sensación de ser un renacido, un reencarnado de leyenda, y vivir otra nueva y original vida. Una reciente e insólita segunda vida.

## CUATRO

Aquella mujer me trastornaba los sentidos, me hacía ver todo el color de la carne y oliendo rosas rojas como un energúmeno idealista. A sus treinta y tres años esa mujer era una hembra frívola y tan enigmática casi como una copia de la Gioconda de Leonardo de Vinci, con algunas pecosidades rojizas en su rostro redondo como de princesa nórdica de un cuento de Andersen, íntimas y solitarias manchas que le daban cierto carácter y personalidad. Una despampanante mujer, quizás exagere un poco, para cualquier sabueso periodista o experimentado paparachi de un reportaje, para una revista de éstas del Corazón Humano donde se dice y se maldice toda clase de frivolidades, devaneos y asuntos superficiales.

Una encantadora bruja muy interesante, una maga casi adorable. Pero lo cierto es que yo me encontraba con ella como en la gloria, disfrutando de las delicias del amor, y sentía su pasión, el fuego y la voluptuosidad que llevaba en su vientre. Ella era un chorro de calculado ingenio, una explosión vital hondamente femenina.

Todo era abierta belleza carnal en ella, y me había contagiado a mí también de su afrodisiaca sensualidad, como una droga dulce y venenosa a la vez. Yo había bebido de su álgida y fresca fuente femenina que era su bonito cuerpo, de sus sensuales labios como flor de primavera, de su suave néctar vaginal; yo había olido su aroma especial a través de sus poros llenos de fresca fragancia, y sentido su corazón como un colorado y álgido volcán en erupción que ruge radiante de cálido placer y de sublime peligro.

Yo había probado sus besos y sus abrazos como si el fuego y la concupiscencia fuesen la misma panacea de la felicidad.

Ahora todo esto se interrumpía momentáneamente como un circuito averiado de electricidad.

Una llamada telefónica, también para fastidio, nos interrumpió inesperadamente nuestro anterior diálogo, mientras yo estaba tratando de divisar lo que había sucedido hacía sólo unos segundos, tras el terrible ruido, el mencionado estrépito producido en mis oídos como algo sordo y catastrófico.

Giré mis pasos hacia la otra habitación del lado Oeste de la casa, descorrí las suaves cortinas que daban hacia la parte de Manhattan, y levanté las finas persianas, y vi a través de los cristales de la ventana una larga columna de humo negro y espeso que se dirigía con fatua rapidez hacia el cielo. Fue cuando comprendí que una tremenda y horrible tragedia podría estar

teniendo lugar. Un asfixiante, rizado y negruzco humo salía hacia las alturas, como pestilente volcán en erupción, de una de las Torres Gemelas, en el mismo corazón de Manhattan.

Cuando me dirigía para tomar mi inseparable Nippon 95, la mejor cámara de fotografías que siempre usaba cuando realizaba los viajes al extranjero, porque en España solía llevar una Cannon 246, que siempre me mostraba mejor la luz y las sombras de los paisajes de España, tuve el presentimiento que algo grave, gravísimo, sucedía, y se metía en mis neuronas, y en mis propios pensamientos y deseos que también eran parejos y oscuros como la misma negra humareda.

Y repentinamente volvió a sonar el teléfono...

- Ring... rong... lang... long...

- Pronto deseché que fuera el mío, así que miré hacia Míriam Starpe Suan que se escondía tras las sábanas y la almohada intentado sumergirse todavía en los gratos placeres soñados o vividos del placer de la carne.

Sonaba con cierta y maleducada insistencia el “movilito” de Míriam, como ella lo llamaba para darme así también cierta envidia por mi otro nombre más español de “movilete”, como un eufemismo sin sentido de un teléfono móvil.

Un ring..., rong..., lang..., long, persistente, largo, cacofónico y demoledor, acuciaba mis oídos, mientras ella se desperezaba por completo, ahora más atraída por el sonido electromagnético de su aparato que por mis sugerencias de que estaba pasando algo sorprendente, terrible, horrible, algo inesperado y demoledor, porque yo veía salir un extraño humo negro de aquel gran rascacielos neoyorquino, como si fueran las mismas oscuras y luengas barbas del diablo, un estrepitoso y mortal demonio, como un maligno magna arrojando salitre, pútrido aroma, polvo y cascotes incendiados, saliendo sin piedad de la chimenea de un volcán hawaiano...

Ella, tan sensual, carnal y atractiva, no daba crédito a mi confusa explicación por la que yo creía haber oído una extraña explosión en el centro de Manhattan.

Y cuando descolgó de su mesita, con enfurruñamiento y algo de malhumor, aquel símbolo del progreso y del hipotético bienestar, aquel pequeño y sencillo teléfono móvil, y comenzó a hablar a su través, adiviné y supe que era su madre la que le llamaba con virulenta insistencia.

Quizás, ella, a pesar de su avanzada edad, y de su desmesurada demencia senil, – según mi particular modo y parecer, claro está, en lo que poco o mucho que la conocía –, quizás, decía, fuera ella con sus lapsus conversacionales en blanco, y sus muchas equivocaciones al responder o hablar con personas, de su mezcla de locura con ciertas extravagancias, así junto con su amarga ironía y su mucha mala leche, quien le dijese o la comunicase algo de lo sucedido, de lo que en realidad estaba sucediendo en aquel mismo instante allá afuera.

Pero también podía ser que lo que aquella anciana y lunática mujer le contase a su hija fuesen otras cosas, o bien sandeces, majaderías, algo de perogrullo, diciendo al tuntún cualquier chirigota sin importancia, cosas que le hubiesen bastado para distraer su soledad aburrida y lejana, sus días de silencio y de tristeza, en una casa solitaria situada al norte del Bronx neoyorquino. Pero yo estaba equivocado en ello.

- Pero, mamá, ¿cómo me llamas a estas horas? – le dijo en un primer momento Miriam Starpe a su madre -. ¿Qué te pasa mujer...?. ¿Pero, qué dices...?. ¿Mamá, tomaste anoche esas malditas pastillas que te vuelven todavía más loca de lo que estás...?. ¡Ese psiquiatra nos está volviendo a todos más locos y arruinados!.

- ¡Miriam, Miriam, me oyes, - le repitió su madre con cierta incoherencia en sus palabras – sí, ha ocurrido algo horrible! Ha estallado, ha explotado una gran bomba en el centro de Nueva York, Manhattan está ardiendo.

- Pero, ¿quién te ha dicho semejante sansirolez, mamá?. Esa noticia no puede ser cierta. ¡Manhattan en llamas!

- ¡Sí, lo veo yo misma desde mi ventana!. Veo arder el centro de Manhattan – dijo la mujer llorando y con las lágrimas en los ojos.

La conversación entre madre e hija parecía ahora más acorde con la palpable realidad, con una inquieta veracidad, que parecía sugerirle que una catástrofe o atentado había ocurrido. Y en eso su madre no podía engañarla.

- ¡Es, hija, un gran holocausto para Nueva York!. ¡Una pesadilla!. - exclamaba la mujer sollozando.

- ¡No puede ser cierto! – contestó con cierta conmoción la joven mujer al lado del hilo telefónico.

Miriam hubiera querido que ella se equivocase, que fuera una noticia falsa. Pero seguro que su madre decía la verdad.

Entonces yo mismo interrumpí el diálogo entre madre e hija, y le dije a Miriam intuyendo la conversación, y con bastante ironía:

- Se ha vuelto ahora cuerda y sensata tu madre. ¿Qué dice...?. ¡Qué ha ocurrido algo grave en la ciudad!, ¿verdad?.

- ¡Cállate, hombre, no molestes, por favor, que estoy hablando con mi madre! – dijo ahora Miriam aturdida y confusa, y llena de profunda emoción.

- ¿Quién tienes ahí al lado, hija?. Oigo a alguien que te habla. No será ese último calzonazos que está casado y es un cabronazo de campeonato.

- Pero, Mamá. ¿Cómo se te ocurre decir esas cosas de Mario?.

- Aún, hija no le has mandado a freír gárgaras, mándalo al diablo, a la misma mierda de Harlem.

- Mamá, ¿pero cómo dices eso, por favor...?.

- Él es un demonio europeo metido en un traje de astronauta ruso, un espía de la URSS... Ya sabes lo que aún

significan los soviéticos para mí, unos hijos de puta... Unos traidores de la auténtica democracia... Unos rojos de fuego...

- Mamá, escucha, pero si la URSS ya hace tiempo que no existe... Y nadie es rojo de fuego...

Yo había sabido ya cómo era esa mujer, Nuncy Suan Lorten, una mujer a la que había visto en dos ocasiones fortuitas, y no con buenos recuerdos, sino siempre con gritos y de un humor de perros.

La conversación de Nuncy con su hija ahora parecía ir directa y furibundamente contra mí, como si yo hubiese sido el responsable de aquella tragedia de que estaba ocurriendo a unas millas de allí, porque en la voz y en la mirada de su hija hacia la otra interlocutora del hilo denotaba asimismo la animadversión, y la rabia de la vieja, hacia mi persona.

Había sabido por Míriam del odio y del aborrecimiento que sentía aquella mujer por los antiguos soviéticos comunistas, a los que tildaba de todos los males del planeta, sin verse ella misma la viga en su propio ojo, viendo quizás la delgada paja en los demás.

- Dice mi madre que algo grave ha ocurrido en el centro de Manhattan – cambió el semblante de la sensual joven con la que me había acostado aquella noche.

- ¡Ya te lo dije yo hace un momento! – le añadí intentando buscar una emisora en la radio. ¡Tu madre no está tan loca como decís! – le respondí con cierta dosis de comprensión -. Desde la habitación del lado oeste se ven y se divisan una espesa humareda tan negra como el carbón, que sale, creo yo que desde una de esas Torres Gemelas.

- ¡Mamá, voy a conectar con el teléfono y altavoz general de la casa para que todos te oigamos mejor!.

- ¡No, no quiero, no quiero hablar con ese mequetrefe de comunista, con ese desgraciado que tienes a tu lado, no quiero que oiga mi conversación contigo, hija!.

- ¡Mamá, no te pongas tan nerviosa, ni te excites tanto, por favor!. Él no es un comunista ni un pordiosero. Estás equivocada. ¡Es mi amigo, mi amigo, me oyes, y con eso basta!. ¡Entendido!. A mí me gusta. A ver, qué dices ahora, que no te oigo bien...

- Dicen, hija, por la radio que ha sido un avión el que ha explotado en Nueva York...

- Espera, espera un poco, que vamos Mario y yo a ver al cuarto de atrás, en la otra habitación, la que mira a Manhattan, que dice él que se divisa algo...

Mario estaba en aquel cuarto descorriendo totalmente las blancas cortinas de blonda bordadas con puntillas y cenefas en sus extremos, y cuando se disponía en aquella dirección a fotografiar el horrible espectáculo del aquel inesperado siniestro con su cámara fotográfica, apareció casi inesperadamente, en el limpio cielo de Nueva York, la silueta verídica de un avión que al poco tiempo se estrellaba, y embestia con gran velocidad y



vertiginoso impacto, e inexplicablemente, contra la otra Torre Gemela en el World Trade Center neoyorquino.

El semblante de Mario palideció entonces de repente.

Una honda sensación de desconcierto le invadió su ser, como un inesperado y traicionero amago de tic nervioso. Y de súbito le entró una profunda nostalgia que descompuso su rostro al instante, como una triste y profunda melancolía que de pronto y en breves segundos inunda el alma y el espíritu de fuertes y negras sensaciones. Sintió dentro de él una deforme depresión y una fuerte angustia como soñando un gran abismo al que no se ve el punto final en el fondo.

Así le estaba sucediendo a Mario, una sorpresa fotografiada con flash como un terrible e inexplicable susto de muerte, una pesadilla imaginada como una insaciable voráGINE de neutrones a través de un agujero negro cósmico. Luego, como si fuera una película en blanco y negro notó en su interior que veía pasar su propia muerte, o su pequeña vida anterior, en unos breves segundos de tiempo muy impactantes y fugaces.

Nuncy Suan Lorten, al otro lado del hilo telefónico, debía estarme poniendo verde y a caldo, porque me llegaba ahora su voz casi apagada, muy callada y difuminada ahora por la gran súbita congoja de mi alma, cuando de repente agregó como contagiada por un inesperado presagio lo siguiente:

- ¡Ese hombre que tienes ahí, en tu casa, debería estar ahí arriba!. ¡Hecho polvo entre esa Torre de Babel!

- Pero, ¿qué dices mamá...?. ¡Estás todavía más loca de lo que suponía!. ¿Has tomado las pastillas que te recetó el doctor...?.

- ¡Qué debería estar ahí estrellado, empotrado contra esos muros, contra esas Columnas de Hércules!

- ¡Estás tonta o desquiciada del todo, no hables así, no estás en tu sano juicio, madre!. ¡Cállate, por favor, no sigas diciendo más majaderías, por Dios...!

- ¡Déjala, y cuelga!. ¡Tu madre debe malamente recordar la mitología griega de cuando era profesora, o estudiante, de Arte Clásico en aquella Institución Académica!

Su madre, al decir verdad, que tenía manía persecutoria contra los amantes de su hija, debía sufrir de esquizofrenia general, alucinantes paranoias, o agudos ataques de parálisis de memoria. Y la verdad es que además de aquello, luego, pude comprobar lo que dicen popularmente algunas gentes, y es que todos los locos, chiflados o pirados, tienen alguna vez en su vida alguna señal, algún signo, o fase de vaticinio, que escapa a los sentidos normales de los demás mortales, como si ellos mismos fuesen “mediums” u oráculos esotéricos capaces de descifrar sucesos que han ocurrido o que ocurrirán.

- Bueno, mamá, te llamo luego. ¡Hasta pronto! - cortó ahora sin más Míriam la conversación con su madre, con sus ojos azulados perdidos en la infinita soledad de un grave

acontecimiento, y con una mirada inexpresiva, como retorcida, y perdida en un hecho trágico y funesto. Un dramático suceso que, en su expresión y mirada, recogía toda la rabia y consternación del aquel desgraciado momento. Luego, desde el cristal de la ventana, contempló el aciago espectáculo a lo lejos, y extendió sin darse cuenta el desplegado pañuelo de papel para recoger las húmedas y frías lágrimas que caían veloces por sus claras y cálidas mejillas, viendo ahora emerger dos largas columnas de humo negro y ondulado como conchas grises que subían hacia el difuso cielo neoyorquino -.

Pero su madre al otro lado del hilo telefónico tuvo aún tiempo para despacharse a gusto, y de nuevo salir diciendo:

- Y manda al cuerno, al infierno, por tu bien, hija, a ese cabrón de mierda, abandona a ese hijo de puta porque te hará mucho daño...

- ¡Mamá, modera tu viperina lengua, por favor!. ¡Adiós, y no vuelvas a decir más tonterías!. ¡Te lo prohibo!.

Luego como estatuas impertérritas, como inmóviles esculturas griegas, como momias estupefactas egipcias, contemplaron lo sucedido en la pantalla de su televisión, haciendo zapping por las diversas cadenas americanas de la ABC o la CNN o la CNT..., para comprender que no era un sueño ni fantasía lo que estaban viendo y ocurriendo en aquel amanecer del 11 de Septiembre de 2001, comprendieron intuitivamente la magnitud de la tragedia y que aquello no se trataba de un espectáculo cinematográfico al uso de Hollywood, como tal vez pareciese en un primer momento, sino de una visión esperpéntica y sanguinaria de la misma muerte al por mayor.

Luego cuando Mario comprendió su otro destino, cuando miró su billete intacto de pasaje de aquel segundo Boeing de la United Airlines 175, y cuyo asiento se encontraría vacío en el momento del brutal choque, supo que algo extraño o fatídico, y mortal de necesidad, le tendría que haber sucedido a él.

Y sintió en un primer momento la irresistible llamada de comunicarse con su familia, en Madrid, o tal vez con Barcelona. Pero, ¿por qué no había tomado él ese avión Boeing 767 – 200ER?.

¿Cómo iba él mismo a descubrir, a destapar, que él lo había perdido, y que no lo había cancelado ni anulado, sino perdido adrede o dejado por un asunto de amoríos, por una cuestión secreta de faldas femeninas?.

No obstante, inconscientemente marcó el número de su hija Terea, en Barcelona, donde trabajaba en aquellos momentos, de colaboradora en el emisora radiofónica de la SICO.

Dejó sonar por unos momentos la penetrante sinfonía del ring...ring...ring... Y oyó una voz femenina que le decía:

- Diga, dígame... Diga..., dígame...

Y una señal hueca, sorda, se confundió en su oído con los mensajes que estaban dando por los medios de comunicación.

Porque cuando se cuelga o se deja una llamada perdida hay algo que flota sin destino en el aire sin corazón.

Y su mente se trasladó al interior de aquel avión que habría sido su tumba, y con las voces de horror y terror del indefenso pasaje, y con los gritos de angustias y desolación de mujeres y niños, y la congoja de otros hombres, que viajaban en un avión secuestrado a punta de pistola, o de lo que fuera, por unas gentes sin corazón, sin escrúpulos y sin piedad.

Y aunque supo que su hija Terea sabría de su llamada por el número correspondiente, y lo interpretaría como un misterio, porque no sabría a ciencia cierta si la llamada fue realizada desde el mismo avión secuestrado o desde el apartamento de Peter Felling. Y quizás, nunca sospecharía que fue realizada desde el apartamento de Míriam, apartamento y mujer que ni siquiera sospecharía que existiera.

Y escondiendo Mario su movilete telefónico en una funda en la que siempre lo guardaba, en una pequeña cartuchera como de cananas, pensó en sus hijas e hijos, en Madrid y en Barcelona, en sus mujeres españolas y en las víctimas de aquel brutal accidente, en los seres inocentes que traería aquella tragedia, que ya parecía a todas luces un grave atentado terrorista, o un hecho similar con las mismas características, y con considerables repercusiones humanas, económicas y sociales, y políticas.

Y un hecho fatal y doloroso para la propia Ciudad de los Rascacielos. Porque entonces ya Nueva York rompía a llorar como un niño que pierde inexplicablemente a su madre.

## CINCO

## BARCELONA

En los Estudios Radiofónicos de “Alfa-Omega” de Barcelona, de la Cadena SICO (Servicios de Información, Cultura y Ocio), siendo las catorce horas y cuarenta y cinco minutos de la tarde en España, mañana del 11 de Septiembre en Nueva York, a comienzos del Tercer Milenio, Siglo XXI, y en el año del 2001, una voz diáfana y atolondrada, mitad asombrada por lo que no quería siquiera ni imaginar que fuera auténtica verdad, y mitad anonadada por unos sucesos que tenía ante sus ojos, episodios inexplicables y desconcertantes en los que creía ver una broma al estilo de Orson Welles con el espacio radiofónico de las Guerras de los Mundos, por el que un genial y fantástico actor y director logró entumecer los huesos de miedo, embriagar de psicosis las mentes humanas, y sumir en la desesperación a muchas gentes, que echadas a la calle y desalojadas voluntariamente de sus tranquilas y seguras viviendas, vieron aparecer marcianos y extraterrestres por todas las partes, como si de una terrible invasión de malditos foráneos se tratara, como si una terrible nube de infectos y sanguinarios mosquitos provenientes de otro mundo cayesen sin piedad sobre ellos, y les abrumasen sin consideración, y atacasen envueltos en un ambiente de alérgica desolación y fría desesperación, y en un profundo y oscuro misterio.

Una voz atónita y franca, muy femenina y agradable al oído, con una silueta de mujer que enmarcaba unos perfiles de figura delgada, sencilla, ojos azules, cara fresca y juvenil, y turbada por la emoción de los acontecimientos que describía desde la Ciudad de las Altas Torres, a unos oyentes habituales de esa Cadena de Radiodifusión, distribuidos y repartidos por los más desperdigados lugares de la geografía española, en los más variados o diversos edificios o mansiones, casas o viviendas, o radioyentes de las fábricas o empresas, y en los trabajos más dispersos y extraños, o gentes que discurrían entre los anómalos atascos de los automóviles en las grandes ciudades, o sumergidos en los trenes de cercanías o metros pendulares. Oyentes o radioescuchas situados en hogares, pisos o apartamentos, donde el ama de casa o el trabajador cotidiano enchufaba su aparato radiofónico a los cuatro vientos, cortando de paso unas rodajas de pan, sirviendo la sopa caliente, o las lentejas en la mesa, preparando ensaladas mixtas con lechuga, tomate, cebolla,

espárragos, aceitunas y atún escabechado, regado bien con aceite y vinagre, o bien, mandando callar a unos intranquilos y juguetones chiquillos que todo se lo tomaban a broma o a chirigota, y que jugaban con las cucharas o los tenedores a modo de catapulta o lanzador de bolitas de pan blanco y redondo, amasado con primor y fuerza para herir al enemigo de enfrente, en una mesa repleta de viandas, vasos de vino o de agua, platos medio vacíos o medio llenos, servilletas de papel, y postres de frutas maduras o de yogures naturales.

Y la explícita voz femenina, al otro lado del dial, continuaba retransmitiendo la genuina narración con estas palabras lejanas que, no obstante, parecían estar reflejando una inesperada situación de catástrofe, como una real y funesta actualidad que caía como opresiva imagen mental del cielo en la ensimismada retina de los familiares radioescuchas:

MARGARITA RUIZ: “Un avión de la American Airlines – Número 11, creemos que es un Boeing 767 – 200 ER, que hacía el trayecto de Boston a Los Ángeles, acaba de estrellarse contra una de las Torres Gemelas del Barrio de Manhattan, en la ciudad de New York. Torre que se ha incendiado desde el mismo instante de la llamativa colisión”.

Una voz fuerte y segura, conocida y entrañable, cortaba al instante aquella crónica realizada con urgencia desde la Ciudad de los Rascacielos, y con voz ahora trémula y casi paralizante, como si hablara consigo mismo, decía para anunciar lo siguiente :

SANTY DEL ÁLAMO: Gracias, Margarita Ruiz, por esta crónica de urgencia y especial, que nos has transmitido. Estáte, ahí a pie de micrófono, a la espera, por favor. Te necesitaremos. Ahora, un momento. Nuestro corresponsal en Norteamérica, Fermín Delgado, nos está pasando por línea interior un comunicado. ¡A ver, Fermín, no te oímos todavía!. Fermín Delgado, digo, nos está informando, nos está exponiendo un episodio anacrónico, triste e inusitado. Una comunicación dramática, la visión de un edificio neoyorquino que arde en llamas por los cuatro costados, después de recibir un brutal, un tremendo impacto contra su almacén de cemento y acero, por parte, al parecer, de un avión comercial, del que se desconoce sus datos por el momento y los motivos exactos por los cuales se ha estrellado con estruendosa violencia contra una de las Torres Gemelas, en el World Trade Center neoyorquino, que son como todos sabemos los edificios más altos de New York.”

La voz masculina de Santy del Álamo, famoso, agradable e inteligente locutor de radio, un hombre apuesto y alto, de facciones recias y tez blanca, una voz radiofónica cargada de brillante carisma, con una fuerte y segura personalidad, denotaba como pocas veces la profunda emoción del momento que estaba viviendo, y por la verdadera importancia del acontecimiento sufrido, e intentaba conducir como director del programa, o más bien, reconducir la crónica del mismo, y el aluvión de noticias que

como cascada primaveral caían sobre los cuerpos desprotegidos y descuidados de todos los radioescuchas, utilizando una fluida, ágil y rápida conversación radiofónica:

SANTY DEL ÁLAMO: ¡Adelante, Fermín Delgado! Explicanos que es, que es, repito, lo que ha podido pasar, lo que acaba de ocurrir en uno de los edificios más altos de la ciudad de Nueva York.

FERMÍN DELGADO: ¡Buenas Tardes en España!. Mañanas aquí, en New York. Son aquí exactamente las diez y media de la mañana, las tres y cuarenta y tantos minutos en España. Vemos arder tras la colisión producida por un avión, con una furia despiadada, esto es inenarrable, el edificio de la Torre Norte..., casi a la altura de un sesenta y tres piso, las gentes comienzan a correr por las calles y despavoridas, nerviosas y desorientas, huyendo de lo que no se sabe con certeza como se ha producido, cómo es posible que un avión haya cambiado de rumbo y se haya estrellado y explotado contra el gran edificio comercial donde existen miles y miles de oficinas y donde trabajan miles y miles de personas cada día.

SANTY DEL ÁLAMO: Pero, dime, Fermín Delgado, le hablo desde una honda sensación de impotencia, tenemos en la garganta una contenida y extraña emoción, una inesperada conmoción que nos está llenando ahora nuestra alma. Espera, ahora, espera, por favor, comienzan a verse las primeras imágenes por la televisión, son las primeras imágenes que nos están llegando a nuestro País, vemos una Torre Gemela totalmente en llamas, ardiendo con gran violencia, con una espesa y furibunda humareda gris y negra como el mismo corazón de un bosque ardiendo por los cuatro costados. Observamos con impotencia y cierta ingravidez que en algunos ventanales la gente pide desesperadamente ayuda, mueven sus brazos y sus manos con insistencia, y con gran nerviosismo vuelven a pedir auxilio. Pero, ¿cómo ha podido suceder esto?. Ahí arriba, en esos altos ventanales de acristalado vidrio, muchas, muchísimas personas despavoridas piden insistentemente ayuda, gritan con macabro pavor solicitando auxilio con las manos, o se refugian en los aleros de las esquinas para no respirar el inhalante, macabro y funesto humo que como fumarolas volcánicas suben y suben envolviéndolo todo, o algunas personas adheridas a las ventanas angustiosamente con uñas deshechas, con grima o con rabia, y hasta mordiendo ariscas de los ventanales con dientes tal vez ya deformados, tratan de sobrevivir, aferrados o escondidos tras los últimos resquicios de los marcos de los rectilíneos ventanales de cristal de ese infranqueable torreón de fuego y muerte.

¡Fermín, Fermín!, perdona por mis interrupciones, pero es que ahora vemos lo trágico y lo indescriptible de la situación. Oye, ¿se conoce algo más fiable y preciso, de cómo, y en que modo, ha podido ocurrir esta terrible, y cruel catástrofe, en una ciudad como New York, de la que se cree que estaba segura, o

que estaba predispuesta, o salvaguardada, vigilada o alertada por sus sofisticadas fuerzas aéreas de la Nación más grande y poderosa del mundo. Muy protegida por un escudo de misiles – según se dice – contra un posible y fatídico ataque o una inesperada incursión guerrera de una hostil potencia nuclear extranjera, o de un implacable o perdido misil foráneo?.

FERMÍN DELGADO: Parecen que todas las cadenas de radio y televisión están en estos momentos, las once de la mañana, aquí en Manhattan, transmitiendo estos trágicos sucesos, estos dramáticos acontecimientos, cuando, espera, espera, aparece en las imágenes de la televisión un segundo avión, un segundo avión, pero, pero, pero..., qué ha sucedido..., parece que también acaba de estrellarse contra la segunda Torre Gemela de World Trade Center.

SANTY DEL ÁLAMO: ¡Sí, sí, aquí, en España, también hemos podido ver el terrible y espectacular impacto, un avión que penetra por uno de los lados del edificio de la Torre Sur, a la altura de... un piso hacia la mitad del rascacielos, un poco más arriba, y con un brutal impacto ha llenado de pavor, estupefacción, asombro y miedo, el corazón de todos los que aquí en el Estudio Radiofónico estamos asistiendo a un espectáculo terriblemente dramático. Son las 9:05 ahí en Nueva York, verdad.

Fermín, aquí estamos especulando con la posibilidad de que sea un atentado terrorista. Se pueden confirmar estas sospechas. No es posible que dos aviones comerciales se estrellen con un intervalo tan corto de tiempo, cada uno en una de las Torres Gemelas de World Trade Center neoyorquino.

Te presento a mis otros contertulios que acaban de llegar, o están llegando, a la redacción: Manu López al que ya conoces, y a Carlos Rodry, que está todo atosigado y ensimismado mirando los mismos sucesos en varios televisores... Ramón Py está entrando por la puerta. Un momento, perdonad estos lapsus, la emoción y el nerviosismo es grande. ¿Di?, ¿dime?, ¡sí!, ¡sí, Carlos, sí!. Carlos Rodry, di, expón lo que ibas a decir!:

CARLOS RODRY: Espera, aquí están dando ahora noticias de otras explosiones en Washington y en otros lugares, y espera, un segundo, espera... Dicen que también en las Oficinas Centrales de la ONU, ha tenido lugar una fuerte explosión, no se sabe si de un coche bomba, o algo parecido. Se especula con que las acciones sean obra de un grupo integrista y radical afgano o palestino.

Todas las cadenas de los medios de comunicación han cortado sus emisiones y retransmiten imágenes de los dos edificios envueltos en gigantes llamas. Las gentes se agolpan desesperadamente en las ventanas y recovecos acristalados del magno edificio mientras las enormes llamaradas y el espeso humo comienza a envolverlo todo.

MIRANDA LESING: ¡Fermín Delgado!. Soy Miranda Lesing. ¿Se confirma que es un ataque terrorista de gran envergadura?. Aquí

se oye que están sucediendo otros muchos ataques a edificios estatales e instituciones del País Americano.

CARLOS RODRY: Dentro de la confusión general primera, parece que toma cuerpo la premisa de una acción guerrillera a gran escala. Por la cadena CNN alertan de otros posibles aviones suicidas estrellándose sobre otras ciudades estadounidenses. Es una gran catástrofe nacional. El Presidente George Bush se dice que está analizando estos sucesos y tomando medidas especiales para cortar esta sensación de impotencia que asola al País más rico, más poderoso y grande del mundo. Esperad, un momento, un segundo... Están dado un teletipo. "Se ordena paralizar toda la flota de aviones comerciales en todo el territorio estadounidense". La orden ha sido cursada por el Departamento de Estado Norteamericano, en vistas a solventar e imposibilitar otros posibles accidentes o ataques terroristas sobre ciudades o edificios federales del País.

MANU LÓPEZ: Soy Manu López. Se tienen también otras noticias. Ahora están echando las imágenes del Pentágono, parece de una sección del Pentágono ennegrecida y humeante. Se confirma que también un avión, o tal vez un misil haya hecho impacto también contra el Pentágono.

CARLOS RODRY: Sí, sí, ahora están llegado espeluznantes fotografías con los bomberos y policías luchando contra el fuego en lo que parece ser el Pentágono de Washington. Sí, sí, lo confirman desde el mismo centro.

RAMÓN PY: Pero, Fermín, soy Ramón Py, cómo es posible que también el Pentágono, símbolo de la estrategia y fortaleza de un País como Estados Unidos, se vea atacado y destruido en parte por un avión suicida kanikaze?. ¿Dónde están las medidas auguradas como efectivas y de gran seguridad que se decía tenían esos lugares y los aeropuertos estadounidenses?.

FERMÍN DELGADO: Aquí, en New York, nadie comenta esos aspectos, lo que las cadenas de radio y televisiones siguen ofreciendo en sus pantallas es el fuego espectacular, el humo infernal que sale por las ventanas de los edificios en llamas, las gentes corren atemorizadas de un lado para otro. Dicen que el avión estrellado contra un lado del Pentágono podría ser el American Airlines 77, que hacía el trayecto de Dulles a Los Ángeles con 64 personas a bordo. Las noticias son aún confusas. Pero, esperad, mirad, veis eso ...

RAMÓN PY: Sí, es el edificio de la Torre Sur, parece que se está demoliendo, se está viniendo abajo. Se cae, se derrumba. Se desploma. Parece imposible pero se está viniendo abajo...

CARLOS RODRY: La Torre Sur de los edificios del World Trade Center se está derrumbando como una baraja de naipes, se viene todo abajo, esto es inaudito, nadie da crédito a sus ojos. Parece una película de ciencia ficción. Pero la realidad es siempre más poderosa y dramática que cualquier ficción.



SANTY DEL ÁLAMO: Sí, sí, aquí, nos sucede lo mismo. Los contertulios de la Radio, en esta cadena SICO, están asombrados, espeluznados por las imágenes y los mensajes que nos llegan de Estados Unidos. No dan crédito a sus ojos. Parece ser el derrumbe total, dramático, apocalíptico, del primer edificio tocado, ¿o era el segundo?. También aquí la confusión es casi total a estas horas de la tarde en España, de madrugada en New York. Fermín Delgado, ¿es esto normal?. Es normal todo lo que está pasando en New York, ahora que son aquí en España la cuatro de la tarde.

FERMÍN DELGADO: ¡No, no, esto no es normal!. Todos estamos alucinados, consternados y abatidos por estos espectaculares momentos que sabemos están padeciendo y sufriendo la ciudad neoyorquina. Suponemos que aún ese edificio no estaría totalmente desalojado. Suponemos que aún habría mucha gente sin evacuar, todo parece desconcertante, inaudito. Esto parece obra de algún maquiavélico plan establecido, obra de un personaje sanguinario y cruel...

CARLOS RODRY: ¡Fermín, por favor, dinos desde ahí, desde tu sitio favorito en Nueva York, si las imágenes que vemos, que estamos contemplando, son reales o ficticias!. Todavía hay algún incrédulo que afirma que todo esto es una mala secuencia de alguna película hecha por algún bromista de mal gusto, como si otro Orson Welles hubiese surgido de repente en medio de una confusión total.

FERMÍN DELGADO: ¡Todo esto es tan verídico como que yo mismo me llamo Fermín Delgado!. ¡Esperad!. Se confirma aquí en New York, que en todo el País, que todos los aeropuertos de Los estados Unidos han sido cerrados al tráfico aéreo.

MARGARITA RUIZ: Soy de nuevo Margarita Ruiz. Perdonad.

SANTY: ¡Adelante Margarita, cuenta, sigue contando!.

MARGARITA RUIZ : ¡Sí, parece que los teletipos así lo confirman!. Es fácil de adivinar que la medida de cierre es muy conveniente y prudencial. Parece tomarse para evitar otros posibles errores o accidentes intencionados contra edificios estadounidenses. Tanto el F.B.I. como la C.I.A. parecen haber despertado de un pesado letargo, de un sueño áspero y desconcertante, donde ahora la pesadilla será dar con la identidad de los asaltantes, o los secuestradores de estos aviones que parecen que eran civiles y en los que viajaban un número no determinado de pasajeros.

FERMÍN DELGADO: Volvemos a ver imágenes con esas gentes desesperadas asomadas a los ventanales, varias personas presas del pánico ya se han arrojado de las Torres para abajo. ¡Al abismo!. ¡Esto es dramático, espectacular!. No han podido resistir tanta calamidad y tanto dramatismo. No podemos ni imaginar lo que esas pobres gentes estarán viviendo allí arriba. Las gentes en las calles y avenidas corren ahora despavoridas presas de un enorme pánico y miedo, con una grave desmoralización en sus rostros que no adivinan a comprender qué es lo que en realidad sucede. Poco

pueden hacer. Se ven impotentes ante tanta calamidad y desastre. Esto es una gran tragedia de la que se tardará mucho tiempo en levantarse. Ahora se especula con que la restante Torre del otro rascacielos se venga también abajo.

CARLOS RODRY: ¡Últimas noticias!: Un avión parece haberse estrellado hacia las 10: 10 hora americana, en las cercanías del Condado de Sommerset, al sudeste de Pittsburgh, en un bosque parece ser que de Stony Creek... Los aviones de la Fuerza Aérea de los Estados Unidos tienen órdenes tajantes de disparar y derribar cualquier objeto o avión que no obedezca tajantemente sus órdenes. Parece ser que el mencionado avión iba dirigido contra el Capitolio de la Capital Federal, aunque algunas fuentes parecen decantarse que iría sobre la Casa Blanca... Y otras fuentes añaden que el avión Boeing de la United Airlines 93 que iba desde Newark a San Francisco iría a colisionar o chocar contra el edificio institucional de Camp David. Las noticias son algo confusas. Por otro lado una serie de explosiones se comenta o se rumorea están teniendo lugar en todo el País. La alarma general se ha disparado, y los establecimientos comerciales a estas horas toman las medidas oportunas y de precaución necesarias para evitar otros posibles daños.

SANTY DEL ÁLAMO: Vamos a pasar a emitir el boletín informativo de noticias correspondiente a las cuatro de la tarde. Gracias, Fermín Delgado. Dentro de unos momentos volveremos a conectar contigo, ahí, en Nueva York, para que nos sigas informando de los duros y dramáticos acontecimientos que están sucediendo en la Ciudad de los Rascacielos. El otrora edificio más alto de la ciudad, El Empire State, aún continua con su imagen y silueta intacta y en pie. La Estatua de la Libertad en el Puerto de Nueva York también continua enarbolando la flamante antorcha como el símbolo de la Libertad. Libertad por la que este País siempre ha defendido con orgullo la democracia y el derecho a una existencia y a una vida mejor, donde el progreso no se vea roto o tergiversado por fanáticos y sanguinarios terroristas. Adelante compañeros de la Redacción Informativa. Un Saludo, y pronto seguiremos desde aquí con todos Uds. analizando y comentando estos crueles y trágicos episodios que vive la Ciudad de Nueva York...

Un momento compañeros, por favor, estimados oyentes, volvemos ahora.

LOCUTORES DEL CCC:

“Boletín de noticias de la cadena SICO. Son las cuatro de la tarde. Las tres en Canarias”:

“Según noticias que nos llegan del Departamento de Estado norteamericano, aviones kanikazes suicidas se habrían estrellado contra dos edificios neoyorquinos, al impactar contra las llamadas Torres Gemelas en el World Trade Center en Nueva York, ciudad donde se habría creado el pánico, la angustia y cierta desolación. Una ciudad, por cierto, que miles y miles de gentes y turistas la

visitan diariamente con fervor, frenesí y devoción, por ser una de las ciudades más bellas y artísticas del mundo.”

“También se especula que otros aviones desconocidos o terroristas estén en vías de colisionar o impactar contra otros lugares estratégicos norteamericanos, como lo ha hecho un avión de la American Airlines contra una parte del edificio federal de Defensa, en el mismo Pentágono. El lugar más seguro del mundo desde donde se controlan todos los movimientos guerrilleros y fanatismos de medio mundo está ahora en entredicho.”

“Por otro lado parece confirmarse que el Boeing de la American Airlines 11, es el aparato que se ha chocado aproximadamente a las 8:45, hora norteamericana, contra la Torre Norte, y que llevaba un vuelo establecido, un viaje de Boston a Los Ángeles. Esta Torre cuenta en su cima con una gran y potente antena para dar cobertura de telecomunicación a gran parte de la región neoyorquina y alrededores.”

“Un aparato de iguales características, el American Airlines 175, sería el avión que se habría estrellado a las 9:05, contra la Torre Gemela Sur donde en su cima hay un helipuerto y para servicios de emergencia del propio edificio, y desde donde miles de turistas disfrutaban cada día de una de las mejores vistas panorámicas de la ciudad de Nueva York...”

“La ciudad de Nueva se sumerge en estos momentos en un incierto caos y en una grave desolación. Miles y miles de personas, de neoyorquinos y neoyorquinas, huyen por los diversos puentes y los túneles que salen de Manhattan, y lo hacen apesadumbradas y despavoridas del lugar de la catástrofe. Las escuelas, colegios e institutos, han sido cerrados hasta nueva orden. Se ignora aún el número de muertos que podría situarse, según algunas fuentes, en varios miles de personas, considerando que entre los dos edificios pueden albergar a unas cincuenta mil personas...”

“Nos llegan otros mensajes trágicos y escalofriantes, de gentes y personas desesperadas que se han arrojado al vacío desde los pisos incendiados víctimas del pavor y del miedo que les producía...”

## SEIS

## UN ATREVIDO PLAN

Hay mujeres que disfrutan con la dadivosidad y la bondad que ofrecen solidaria o inconscientemente a sus semejantes sin esperar a cambio nada más que una cordial palabra de gratitud, y a veces ni siquiera eso.

También hay mujeres que por los motivos que sean, venden o alquilan su cuerpo al mejor postor o al guapo de turno, o al que paga fielmente su peculio como siempre, en un afán de subsistir o de dejarse llevar por las adversas o amorales circunstancias.

Hay seres femeninos con una ilusión a prueba de desmanes y de desdichas, con un apasionamiento altruista y generoso que raya en lo inverosímil, y que vuelcan hacia los demás todos sus genuinos afanes y sus anheladas esperanzas por conseguir un mundo mejor, confiando que las penas y los sacrificios sean menos, y así se pueda ir alcanzando un deseado y simbólico paraíso artificial.

Y hay mujeres que creen que el orgasmo sexual no tenido ni sentido físicamente no es un defecto más, y en cambio hay otras muchas que opinan o dicen que es un defecto más como la celulitis o una verruga en la nariz, y que hay que reformar el cutis, sanar el alma, o extirpar el feo engendro como una condición necesaria para lograr la belleza, una seguridad mejor y mayores dosis de confianza femenina.

Hay mujeres, por otro lado, que mezclan en su vida y en su obra el fuerte y maquiavélico quehacer de sus malas artes, su ruin inteligencia y su fría necedad, que odian y que hieren como malditos seres en una perversa región del Averno, con un cuerpo sexual frígido y voluble a su vez, con olor a podredumbre, unido todo con la inexplicable y malvada dicha, con el furibundo placer que produce el sadismo y la maldad como signos de opresión e injusticia. Un pérfido corazón femenino, cruel y sanguinario, cínico y opaco, usado como un flagelante instrumento de látigo, cual un inhumano verdugo que disfruta haciendo sufrir a las demás personas, o riéndose o especulando en las mil desgracias ajenas, con las espeluznantes tragedias que produce dolor en unos seres frágiles, buenos e inocentes, como en el inconmensurable drama actual, de una tremebunda catástrofe, obra de Satán o de unos fanáticos terroristas.

Y hay otras mujeres, como Miriam Starpe Suan, mujer de gran pasión y fuego, y una gran independencia, que aman y luchan por su igualdad, la justicia y el prestigio social entre hombres y mujeres, que sueña la pintura abstracta o surrealista como un modo de expresión corporal, rico y vigoroso, con sus instintos libidinosos y emociones a flor de piel, y que muestran y mezclan el espacio sexual de su cuerpo, rico en fuertes y atrevidos coloridos con una sana concepción del amor en libertad, de una nueva explosión de vitalidad y de sublime naturaleza humana.

Pero nunca las palabras gramaticales protegen contra los malignos hechos como diría el dramaturgo inglés de Hamlet o Macbeth, nunca las palabras sonoras llegan a decir o a sugerir, ni tan siquiera a contar una décima parte del dolor que se quiere describir, ni los textos abigarrados llegan a plasmar ni a imaginar lo que el pérfido látigo del malvado opresor, del voraz asesino, del cruel terrorista, llega a realizar como maldad de su impuro ser.

Y como brujos alquimistas del dolor y la maldad, o como las malignos reyes de las tinieblas que provocan cruentas guerras con sus espadas de láser, o como feroces arpías que disfrutan como Dráculas haciendo el mal y bebiendo la dicha y la voluntad de las víctimas, riéndose con sarcasmo y mal de las penalidades y sacrificios ajenos, oprimiendo corazones y cuarteando esperanzas, como si el cáncer y la cruel enfermedad fueran el mayor deleite para alimentar su pobre e indolente alma, su infectado corazón, su aullido de lobo triste y sanguinario en medio de la soledad y el duro invierno.

Algo se notaba en el sutil aire, como se nota el humo de una roja hoguera, algo se palpaba en el mar como se nota la humedad en una fría noche de lluvia, algo se sentía entre los nervios y las arterias de un cuerpo sumido entre la triste realidad de estar muerto y no estarlo.

Y el ambiente vomitaba pestilentes aromas de invisibles sulfatos o malolientes nitratos, olores pestilentes que subían o bajaban del cielo como una borrasca tropical arrastrando caprichosa su vientre cargado de espanto y destrucción, convertido en un destructor ciclón de verano que arrasa conciencias y voluntades.

Las Torres Gemelas eran la conciencia y la voluntad de un pueblo. Eran los dos platillos de la balanza de un creador japonés. Eran arena y cal. Fuego y agua. Cara y cruz.

Y yo, Mario Ruber Vidal, era todo un enigma, pero un enigma cuyas notas o propiedades a deslizar o contar estaban en un diario de aventurero adolescente, escribiendo unas páginas de mi vida que parecían irreales y soñadas. Entonces pensé en el dramaturgo Calderón de la Barca y su obra "La vida es sueño", y seguí sus pautas y sus consejos.

¿Era todo eso lo que querría contar de mi vida?. ¿Era todo verdad o mentira lo que mis palabras querían expresar?. Entonces me hubiera pegado un tiro en la nuca y en paz. Pero era muy

cobarde y un tímido. Y la fuerza no va con la timidez. ¿A quién quería, pues, engañar si no era a mí mismo?.

Así que decidí seguir mi narración autobiográfica, imponiéndome la condición de alternar este relato alter ego, con palabras que diría un narrador omnisciente, unas frases generales y cotidianas para no resultar empalagoso, para no dar la sensación de una figura impostada, un ser acaparador y egoísta, vanidoso o mentiroso, o hipócrita.

Y tenía que pasar a lo principal, a lo históricamente correcto, a meollo de la cuestión, al puro grano, centralizar mis actos y dejarme de rodeos y sandeces.

Para ello tenía que comenzar mi historia relatando cuál había sido mi motivación esencial y el interés principal por esta historia.

¿Cuál había sido el motivo principal de mi abandono temporal de Boston, en donde tenía que haber estado en ese crucial momento?. ¿Cuál era el motivo verdadero que me había llevado a tomar el vuelo de Boston a California?.

¿Por qué, en cambio, lo había cambiado a última hora para irme a New York, donde me encontraba el día de autos del 11 de Septiembre de 2001, y donde tuvo lugar el espeluznante episodio y trágico holocausto de gentes en las Torres Gemelas?.

¿Estaba clara y sencilla mi postura esgrimida en mi interior y ante Uds. de que se trató de un asunto particular de faldas al puro estilo masculino?, ¿o era una sencilla y simple coartada para ocultar otros tejemanejes o sucios negocios empresariales?.

Siempre hay una segunda oportunidad cuando la vida te sonríe pero aquí no se podía esgrimir eso mismo. Cientos de personas habían muerto incomprensiblemente en Las Torres gemelas, y yo tenía también que figurar en los anales de fallecidos.

Entonces me puse a pensar, a reflexionar como si con ello me fuera mi descargo, mi franco desahogo, y dejé que hablara mi otro yo, mi otro ser que dormía en mí mismo sin yo conocerlo hasta el momento.

Muchas preguntas y cuestiones se planteaba mi alter ego y yo mismo, y lo hacía sinceramente en primera persona, y otras veces afloraba como por timidez y desidia en tercera persona como queriendo escurrir el bulto, como queriendo escapar de mi responsabilidad subsidiaria:

Pero, - me preguntaba, se preguntaba - ¿por qué iba él precisamente a dirigirse a otra ciudad americana, sin contárselo a los más allegados, y sin mencionarlo a nadie, ni siquiera exponerlo a su nueva amada Miriam, que desconocía esos otros planes?. ¿Cuál era el objetivo o el interés que tenía él para haber emprendido una inesperada visita, o tal vez no tan inesperada, a la ciudad de la Meca del Cine, a los Ángeles?.

¿Qué o a quién buscaba allí en Hollywood?.

Sin duda, ¿había otro asunto secreto de gran trascendencia e importancia tras ese cambio de rumbo?. ¿ Pero después por qué lo abandonó en los últimos momentos?. ¿No estaría implicado en algún turbio asunto?. ¿O, no tendría, tal vez, algo que ver con los secuestradores o asaltantes de los aviones?.

De todas maneras si se confirmaba su abandono de aquel avión, y era localizado, tal vez fuera interrogado por el F.B.I., o la C.I.A., sobre su cancelación o anulación o marcha atrás del billete de aquel viaje?.

¡Era casi obvio que Mario Ruber Vidal tenía algo importante que ocultar!. Pero, ¿qué...?.

Con el Patrocinio de la Universidad de Harvard y de la Fundación Americana de Artes Plásticas, exponía en la ciudad de Boston, su magnífica colección de pinturas y fotografías de retratos con personajes famosos o célebres del siglo XX, así como una colección muy significativa de Palacios y Mansiones Europeas de los Siglos XXVII y XXVIII.

Él sabía que era un hombre mujeriego, un snob de la nueva sociedad como si con él fuera Picasso, Dalí o Miró, un ser algo engreído y descuidado, a veces callado y silencioso como las mismas piedras, una persona sencilla y sincera, aunque pareciese lo contrario, fumador en los ratos libres que eran muchos, incansable viajero, un dandy afrancesado, un chulo madrileño, y un enrevesado negociante, probablemente un hombre algo disoluto y pícaro si se quiere, pero nunca un terrorista ni un atracador, nunca un hombre radicalmente dogmático, nunca un falsificador del tres al cuarto ni un apegado al mal rollo de las drogas o al sexo duro.

Sólo un vividor extraño e incondicional, un personaje raro y mujeriego, casi un ser de otro siglo, como un Casanova frustrado.

Por eso en Boston, Mario Ruber Vidal hacía buenas migas con la alta sociedad y burguesía bostoniana. Por eso en la capital del estado de Massachusetts era conocido por sus idas y venidas en el mundillo artístico sin levantar ninguna sospecha ni ningún asomo de complicidad en asuntos turbios, ni tener consigo ningún indeseable y oscuro tejemaneje. ¡Pero las apariencias siempre engañan!.

La inquietud y el desasosiego tampoco era visible ni sentida en la noble familia de Boston, en la que se hospedaba el hombre como un importante huésped de honor.

Mario Ruber Vidal se alojaba en Boston en la casa del matrimonio Parkins.

Y, para que nadie enturbiara sus planes y proyectos, había conseguido dar un fenomenal esquinazo a su agente en Estados Unidos, Mr. Peter Felling, al que había esquivado muy sutilmente, sin contarle sus últimas maquinaciones.

Por ello estaba también contento, y casi seguro, de cómo en Boston había conseguido dar, como una creíble coartada sin ningún escrúpulo, una astuta y razonable disculpa al matrimonio Parkins, sus anfitriones en la capital, un matrimonio formado por Louise Catherine López, una mujer descendiente de un rico comerciante español de Barcelona, y de Eduard Adams Parkins, un industrial de lo Textil, originario del Estado de Nueva Jersey. Pues, Mario Ruber, en casi todos sus viajes a Boston, se había alojado en la Mansión “West Island”, una hermosa villa de estilo colonial, propiedad de Los Parkins, como si fuera una señorial Casona o Mansión de lujo barroco, cuya espléndida fachada principal, que miraba al amplio y ancho horizonte del Océano Atlántico, era casi copia exacta de un magnífico Palacio del Norte de Italia.

Su plan había sido concebido como una película de James Bond, y era algo retorcido y complicado en su configuración o fabulación, aunque no muy difícil de realizar y de llevarse a cabo. Veamos algunos pormenores:

Como había previsto, su llegada en avión, en vuelo intercontinental desde Madrid a Nueva York, había sido el día 6 de Septiembre. Pernoctaría el día 7 en Nueva York, y al día siguiente, el día 8, saldría en compañía de Peter Felling hacia Boston donde tendría una reunión artística, y daría una conferencia-coloquio, sobre antigüedades, aspectos, y destrezas manuales de la pintura española en el siglo XVIII, en la propia Universidad de Harvard.

Luego emprendería un viaje secreto, o tal vez, dos, mientras haría creer a los allegados que se encontraba en casa de su amigo Stephen Andrew, un profesor de Boston.

El mencionado viaje programado por él mismo estaba envuelto en un oscuro misterio, y era a la ciudad de Los Ángeles, con la disculpa, si le preguntaban, de tratar con ciertos cineastas y productores de la realización, de un proyecto o guión cinematográfico, de una película sobre la vida de José Vela Zanetti, un pintor renacentista y costumbrista castellano –leonés de la época actual, al que él había conocido personalmente en vida. Y, también entraba en sus planes entrevistarse en Hollywood con el director norteamericano Calvin Zeter, un director que también había conocido a Vela Zanetti, en su etapa colombina, en Nueva York y en Puerto Rico, mientras el famoso artista pintaba el Mural de la Concordia en la Sede Central de las Naciones Unidas, donde llegó después de un exilio forzoso desde España al término de la Guerra Civil Española.

Pero en realidad eso era una buena excusa, quizás habría que llamarla más bien una buena coartada.

Pero su misión en aquella ciudad era otro bien distinto.

Expliqué a mis anfitriones, Los Parkins, - continuó diciendo Mario en un tono francamente idealista -, que marcharía a pasar el día siguiente, día 9 de Septiembre, a casa de Stephen Andrew, un amigo neoyorquino que había conocido en la Universidad de Harvard a comienzos de ese mismo año, para intercambiar notas,



datos y opiniones sobre un libro y sobre el mundo cultural y pictórico español.

Y luego, engañando en parte a mis amables anfitriones, dirigirme a la mañana siguiente al aeropuerto de la ciudad para emprender el viaje desde el mismo Boston hacia Los Ángeles para realizar las determinadas gestiones y pesquisas mencionadas anteriormente.

Pero fue una posterior llamada telefónica, con servicio de urgencia, de Miriam Starpe Suan, una mujer de la que me enamorado como un loco, la que al final cambió otra vez mis planes y tuvo las consecuencias que tuvo.

## SIETE

## MUJERES EN BOSTON

Boston se abría en abanico con su espléndida bahía resguardada y segura, las varias penínsulas unidas por modernos puentes y un túnel submarino, un soberbio puerto naval mirando al océano Atlántico como si el horizonte marino fuera la misma imagen de lo inconmensurablemente bello, una ciudad crecida de buenos magnetismos, de álgidos y bonitos rascacielos, y que gozaba de una fuerte pujanza comercial, educacional o sanitaria, agolpando la moderna fuerza de la industria tecnológica y del sector financiero y comercial, tan importante y vital para la ciudad en estas épocas, como antes lo había sido para la abierta ciudad la industria textil o la metalurgia, la pesquera, la de madera, o el cuero o la química.

Y Boston estaba rodeada además por un sinfín de excelentes universidades y centros educativos, de gran alcurnia y magnífica profesionalidad, famosos en el mundo entero, y sobretodo en los mismos Estados Unidos que enviaban a sus progenies a estudiar y a formarse en las más variadas ciencias de la vida .

Boston, la capital del Estado de Massachusetts, y de la antigua Nueva Inglaterra, región indígena que hablaban las lenguas de la familia del algonquino, siempre tuvo fama de liberal e independentista, y resurgía con cada nuevo amanecer llena de pujanza, trabajo, y afán de superación.

Universidades como la de Boston, la de Cambridge, Massachusetts o Harvard, así como el sofisticado organismo del Instituto Tecnológico de Massachusetts, y otros tan importantes, aunque quizás menos conocidos, daban prestigio y gloria a esta ciudad del noreste americano.

Y aquel día, 9 de septiembre, Mario Ruber Vidal se dirigió en autobús urbano hacia el distrito sur, a la zona universitaria, donde su amigo Stephen Andrew disfrutaba de un apartamento de la Universidad de Boston para sus estudios e investigaciones académicas.

- ¡Hola Stephen, soy yo Mario Ruber!. ¿Puedo pasar?.

- ¡Adelante amigo, Marius! ¿Cómo has tardado tanto en llegar?.

- El autobús se desvió hacia la zona de la Universidad de Cambridge, e hizo un rodeo.

- Ya pensaba que te había pasado algo y he estado a punto de telefonearte.

- ¡Gracias Stephen!.

- Mira, amigo, ahí tengo todo lo necesario para empezar la investigación, son unos legajos que encontré aquí en la Universidad. Se tratan de papeles antiguos de la época colonial que hablan sobre diversos aspectos de la configuración artística y pictórica del Museo Nacional de Boston. No sé si te valdrán de algo, pero es todo lo que he podido buscar y encontrar de momento.

- Aquí te traigo el libro sobre tendencias artísticas del Renacimiento Español, que te pude encontrar en España, creo que es un tomo completo y muy adecuado para los estudios que preparas de esa época.

- ¡Gracias, Marius, pero siéntate!. ¿Quieres un bocadillo de vegetales con patatas y crema de cacahuete?. Tengo preparados también unos refrescos y unos aperitivos a base de productos envasados. Espero de un momento a otro a Catherine. ¡A Catherine Smith Anderson!. ¿Ya te hablé de ella un día, verdad?. ¡Ah!, y te la presenté me parece, verdad...

- No sé..., no me acuerdo...

- Sí, hombre, esa chica azafata tan... Bueno tan genuinamente americana, si es todo lo que hay que decir. Y dado que tu venías y teníamos que salir, luego a cenar, al atardecer, le he sugerido que si lo cree conveniente traiga a una amiga con ella... Es por ti, comprendes... No quiero que te aburras y estés solo...

- Pero, Andrew, porque te has molestado tanto.

- Tengo ya las entradas para el cine "Maryland".

- Y..

- Y vamos a ver la película "El Señor de los Anillos".

- ¿Qué te parece, Marius?

- "El Señor de Los Anillos" de Tolkien. ¿Quién es el director...?

- ¡Peter Jackson!. Un especialista en cine fantástico de Nueva Zelanda, autor de la película "Criaturas Celestiales".

- Pues bien... ¡Sí!.

Catherine Smith Anderson era la novia de Stephen Andrew Turner.

Era una guapa azafata, muy simpática en apariencia como suelen serlo todas esas damas de la navegación aérea, con su tez fina y delicada como ébano sagrado: puro y brillante. Una señorita más alta de lo acostumbrado, un buen tipo que dicen por mi tierra, con unos pendientes de aros de titanio que le asomaban por su lóbulos como francas siluetas en una noche estrellada. Una joven muy segura al pisar con sus zapatos de tacón altivo, delgada como

los tipos de revista que se llevan ahora, y que a sus veintitrés años era como esa joya tan adorable, madura y gentil que toda dama desea poseer, como esas doncellas que llevan en el alma la gracia y el donaire de la vida alegre y jovial que sus mejillas a perfil muestran de vez en cuando, sobretodo cuando sonríen por una gracia incomprensible.

Esta bellísima e inteligente negrita, una señorita apuesta, cariñosa y muy sensual, siempre sonriente como una Mona Lisa, se había presentado – según manifestaciones del mismo Stephen que se hallaba loco por ella - a varios concursos de Miss Universo, y a no sé qué determinados pases de modelos comerciales, y había ganado varios, hecho que le lanzó al mundo de la moda y luego al de las azafatas de vuelos comerciales.

Su perfil era el de una muchacha alegre de dientes grandes y blancos, pelo negro muy rizado y corto, ojos casi de sensual ámbar, y las uñas muy extraordinariamente largas y pintadas de lila que llamaba la atención, y andares de señorita de pasarela, cosa que sin duda a ella le era familiar. Vestía ropas sencillas pero muy sofisticadas, y lo hacía con gran delicadeza, cortesía, forma y sencillez.

Después de aproximadamente unas dos horas de estancia allí, una llamada al timbre interior indicaba que Catherine estaba abajo en la puerta.

- ¿Quién es?.
- Somos nosotras, Stephen.
- ¡Subid, subid, por favor!.
- ¡Gracias!.

Rápidamente se atusó Stephen para recibir como Dios manda a las señoritas que esperaban en el vestíbulo del apartamento. Stephen era un profesor de la Facultad de Artes y Letras de la Universidad de Boston. Había intentado entrar en el Claustro de Profesores de la Universidad de Harvard, pero le había resultado imposible hacerlo, pues era una Universidad muy elitista y selectiva, y exigían muchos conocimientos y un currículum muy completo y perfecto. Ahora se había acostumbrado a esa otra clase de profesor agregado de Arte y Pintura Española. Solía llevar siempre que salía a la calle un sombrero escocés a cuadro, que junto con su larga barba cana, (tenía cuarenta y dos años de edad), sus ojos de mochuelo grises, sus largas manos como de pelotari vasco, su franca mirada de hombre servicial y nada racista, su amplio cabello revuelto y rubio como el sol del atardecer, y sus amplios zapatos del cuarenta y cuatro, le daban aspecto de hombre bonachón y gentil.

Mientras esperaba la subida de las jóvenes le dijo a Mario.

- Te llamaré como siempre lo hago, Marius. Es un nombre que arma mejor en nuestro idioma. Espero que su amiga te satisfaga. ¿No tienes problema de raza ni edad ni nada de eso, verdad?.

- ¡No!. ¡No!.

- ¡Así me gusta, que seas un hombre libre y universal!.

- Pero no sé qué pensar de ello, Stephen, a mi edad, y por estos lares. Vas a creer que yo soy un... -

- ¡Un aprovechado y un mujeriego...! ¿Y qué hombre que se precie de ello no lo es?. – dijo su amigo sonriéndose irónica y malignamente.

Apenas había acabado de decir eso cuando aparecieron en el rellano de la escalera las dos simpáticas jóvenes, dos apuestas muchachas, que les saludaron amablemente.

- ¡Hola, chicos!.

- ¡Buenas tardes!.

- ¡Pasad, pasad...!.

- ¡Hola!.

- Os presento a mi amigo Marius Ruber. ¡Un Español!. Un pintor español que expone en el Museo de Boston unos retratos y unos cuadros de Pintura Española.

- No es exactamente eso, Stephen...

- ¡Qué importa, amigo, estas chicas lo mismo les da que exponga Mondrian, que Modigliani, que Picasso!. Lo suyo es otro mundo. La moda, la pasarela, la aventura, el vuelo... A todo americano le importa sólo lo suyo.

Se dieron un beso corto y muy cariñoso. Y Catherine aprovechó a continuación para decirnos:

- Mi amiga Josephine Roland. Es una compañera de trabajo. Mañana se marcha a Londres. Y yo pasado mañana, día 11, a California.

- ¿A California? – dijo Mario repentina e inconscientemente, sin controlar su emoción.

- ¡Sí, hombre, a Los Ángeles!. ¿Es qué vas a ir tú allí?.

- ¡Oh, tal vez, lo haga... – contestó Mario sin saber cómo salir del apuro.

- Pensé por tus palabras que tendrías que realizar un viaje hacia aquella parte – dijo la muchacha con suma inteligencia.

- ¡Oh, sí, sí, tal vez lo haga pronto!.

- Espero que tal vez nos veamos en el vuelo – dijo la muchacha sonriendo con ironía y mirando de soslayo a su amiga, la otra azafata acompañante.

- ¡Encantado!.

- ¡Encantada, yo misma!.

Mario Ruber Vidal, con su nerviosismo y emoción, se había dado cuenta al instante que quién de veras le gustaba era la misma azafata de Catherine, la prometida de su amigo, la novia de su mejor amigo en EE.UU. No era cuestión de gustos, ni de delicadezas, ni de apariencias, ni de personalidad, ni de actitudes. En amor y en las lides amorosas los flechazos son los que imponen las reglas de juegos. Y de nada vale que sea guapo o guapa uno o una. De que se sea inteligente o buena persona. Lo que cuenta es

esa primera y sensual mirada, ojo con ojo en un éxtasis sin nombre, que nos dice intuitivamente si hay magnetismo revoloteando en el aire, si existe química con la que reaccionar en pulsión sensual, o si existen feromonas paralelas u hormonas sinónimas, entonces habrá comprensión y mutuo entendimiento, y si no existe nada de eso, sólo habrá una ligera amistad, un equívoco conocimiento pasajero, y que cuando una sencilla brizna o un leve viento los encuentre por allí, los arrastrará muy lejos hasta perderse en medio de una gran ciudad. Porque el amor es pasión, fuego, y puro disfrute de la sensualidad, y la amistad, en cambio, es un camino que siempre conduce a darse la mano sin profundizar en las más hondas y mutuas intimidades particulares.

- Tengo preparadas unas bebidas y unos picadillos para comer.

- ¡Qué gentil eres Stephen!

- No es nada. ¡Sólo espero que pasemos una velada agradable y alegre!

- ¡Sí!. ¡Sí!. ¿Por qué no va a ser? – contestó la joven confiada en su resolución.

- ¡Ah!, ¿quiere tu amiga Josephine un poco de whisky con hielo?.

- ¡Josephine!, ¿quieres un whisky?.

- Con soda, por favor – respondió ésta, quitándose algunas prendas que la molestaban y dejándolas encima de un sofá.

- ¡Lo siento, pero sólo tengo hielo!.

- ¡Bueno, pues hielo!.

Josephine era una muchacha muy distinta de su amiga Catherine. Aunque tenían en común su rizado cabello tan negro como el azabache, sus sensuales y ondulados labios, ese talle fino y fresco como de adolescentes en flor, esos brazos que tejen en el aire figuras geométricas diversas, ese habla tan característica de las azafatas, esos collares y ajuares tan peculiares, en cambio su modo de ser y de estar difería si uno se fijaba durante varios minutos.

Josephine parecía no estar interesada en nada de lo que ellos hablaban. En cambio, Catherine, la novia de mi amigo, y a pesar de lo que había sugerido él anteriormente, seguía con cuidado cualquier información que nosotros levemente sugeriáramos. Josephine parecía hallarse indispuesta, incómoda, en esa reunión. Tal vez, se sintiese o le pareciese una entrometida cuando no lo era ni en pintura. Su mirada casi siempre estaba perdida, como obsesionada con otra cosa, con algo íntimo y personal. Quizás habría ido a la reunión forzada por los acontecimientos, y sólo para acompañar a su amiga. Ella era como de otro mundo. Y pronto lo supieron los tres, digo los cuatro.

Apenas pronunciaba ninguna palabra, en puro silencio, y su cara amplia y redonda, de pómulos salientes, amplia frente y flequillo cortante, casi no se movía ni tan siquiera para beber o

comer los bocaditos. Era Josephine más compacta, más gruesa que Catherine, una mujer reservada y callada, aunque solo fuera por las circunstancias presentes, y tenía un ligero tic nervioso en el ojo izquierdo que quizás le hacía sentirse con un poco de complejo de inferioridad según me lo pareció a mí. Pero sus enormes ojos negros y saltones, incrustados en unos profundos arcos como la órbita de Plutón, penetraban a fondo cuando ella se clavaba en ti y te hacía sentirte tenso y nervioso.

Entonces nos dimos cuenta que ella estaría un poco al margen, casi aparte aunque estuviera presente, y que seríamos en la velada sólo un trío. Dos hombres y una mujer: Catherine y Stephen y Marius.

Y es que yo sólo me sentía atraído por la alegre novia de mi amigo.

\*\*\*\*\*

Luego nos dirigimos al cinema “Maryland” para ver la película sobre el mundo mágico de los hobbits, los elfos, Gandalf, el misterioso mago enviado a la Tierra Media, y a Frodo Bolson, el protagonista, y a los secuaces de Sauron, los feroces Jinetes Negros.

- ¿Os gustará la película, ya veréis?. ¡Tiene mucha acción, mucha emoción, mucha fantasía, y mucho combate!.

- ¡Me han dicho que mucha batalla. Demasiados combates! – aclaró Josephine Roland, la amiga de Catherine.

- Bueno, Josephine, es normal en una película así. Los efectos especiales son enormes. Pero vale asistir a un estreno cinematográfico de esta envergadura y criticar si los Oscar que le han dado, son merecidos o no – le replicó gentilmente la novia de Stephen.

- ¡Sí, pero no me gusta tanta violencia inútil, y tanto efecto especial!.

- Bueno, chica, ya verás como no es para tanto.

Los cuatro entraron al cine situado en el mismo centro de Boston. La que más a disgusto iba como siempre era la un poco antipática de Josephine. Su expresión desencajada y su difuso rostro era todo un poema de estar a disgusto y sentirse indispuesta. Pero la mujer aguantó casi toda la velada.

Era una mujer algo rara y extraña. Quizás esperaba más de nosotros, más de mí sobretodo, y nosotros, o yo mismo, le hubiera defraudado en sus planes. Quizás, se creyera una intrusa, una impostora, una carabina. Pero todo era absolutamente falso.

Después de la sesión, larga y sesuda sesión cinematográfica de casi tres horas de duración, donde las aventuras fantásticas de los héroes y antihéroes se debatían entre pasiones y luchas, fue cuando Marius Ruber les invitó a una cena en el restaurante “Atlantic II”.

Ellas habían aceptado, con algún leve reparo, es verdad, pero qué mujer no pone a veces ciertos reparos a citas de este tipo.

Quizás fuese verdad que el tiempo se venía ya encima, la noche ya caía plácida y voluminosa, y la impaciencia ya le rondaba la mente a Josephine Roland que tenía que irse al día siguiente en vuelo hacia Londres. Y una buena azafata, siempre descansa prudentemente.

- ¡Oiga, maître!. ¡Tráiganos, por favor, una botella de cava catalán! – dijo Marius al encargado del comedor.

- ¿Cómo dice señor? – dijo el caballero sin alterarse lo más mínimo, con el rostro serio e impassible.

- ¿Que si nos puede traer una botella de cava, por favor?

Marius viendo la cara de incomprensión y una cierta expresión de no inteligencia, le volvió a decir con ciertos modales aristocráticos:

- ¡Cava!, un vino espumoso, como el champán.

- ¡Ah, champán francés, cava español!

- ¡Cava catalán! – le respondí sin darme cuenta.

- ¿Cava catalán? – dijo el camarero elegantemente vestido de blanco, con frac negro y linda pajarita de cuadros, y mostrándose muy extrañado y sorprendido.

- ¡Ah, sí, sí, perdonen!. ¡Una botella de cava achampanado!. Inmediatamente señores.

Después, en los postres brindaron y alzaron las copas de cristal bohemia, e inmediatamente, y a continuación, Josephine miró a su amiga, y con un gesto sencillo, un ademán particular usado por todas las mujeres, dijo:

- Ya tengo que marcharme, señores. Gracias por la velada. Gracias por la invitación. Pero es que mañana tengo...

- ¡Tiene que madrugar!. ¡Se va a Londres! – interrumpió alegremente su amiga recogiendo sus cosas también de la mesa, y diciendo con cierta ironía femenina. Y ya sabéis: ¡Una buena azafata nunca falta a su cita puntual con el avión y el capitán!

- ¡Un momento!. ¡Pediremos un taxi, por favor!.

- ¡Gracias, señores de nuevo!.

- ¡Espera, Josephine que te acompaño hasta la puerta! – le dijo su amiga mientras hacía ademán de levantarse.

- ¡Está bien! - dijo Josephine, pero antes debo pasar por los servicios y aseos.

Se levantaron con gran cortesía y educación las dos damas, mientras los caballeros las ayudaban a hacerlo. Luego vieron como se alejaban de allí y se sentaron de nuevo.

Fue el momento oportuno que esperaba Mario Ruber para contar a su amigo las próximas actuaciones suyas, las siguientes vicisitudes, y creyendo conveniente aclararle algunos aspectos de aquella conducta extraña, le comentó:

- Te hablé del por qué te he pedido que me alojarás en tu apartamento esta noche. No quería importunar a la familia



Parkins con nuevas conjeturas. Tengo un asunto entre manos. Tal vez se lo comunique también a ellos, no lo sé, lo pensaré. He decidido volar a Los Ángeles para entre otras cosas buscar, o tratar de encontrar a un familiar.

- ¿Encontrar a un familiar? – repitió ingenuamente su amigo Stephen.

- Pero no ibas, decías, a verte con un director de películas para tratar el guión de la vida de ese pintor. Como dijiste que se llamaba: ¿Vela Zenet...?.

- ¡Sí, sí, eso también!. ¡Y se llamaba Vela Zanetti!.

- Bueno, está bien. No importa. Pero, ¿quién se ha perdido allí?. ¿Alguien conocido tuyo?.

Hubo una pausa significativa, un silencio profundo, un callado y proverbial momento...

- Bueno, te voy a confesar a ti mismo, como un secreto que quiero que me guardes. Voy a tratar de encontrar en Los Ángeles, en la ciudad de la Meca del Cine, a mi hermana Tamara. Vino aquí a Estados Unidos hace unos tres años. Nada hemos sabido de ella desde entonces. Mis padres, Pablo, y sobretodo, mi madre Amaranta, me lo han pedido encarecidamente, y me lo han sugerido siempre que vengo a los EE.UU. Pero siempre por unas cosas o por otras lo he ido dejando. Creo que ahora ya ha llegado el momento oportuno de encontrarla. O por lo menos intentar encontrar algún rastro, alguna pista o alguna huella suya.

- ¿Y cuándo piensas irte?.

- Pues ese es el motivo de que te lo expusiera. Ya tengo el billete para el día 11, para el martes. ¿Hoy, qué día es...?.

- Domingo.

- Pues para pasado mañana.

- ¿Y no será en el mismo vuelo que...?.

- ¡Creo que sí!. Pregúntale tú cuando venga.

- Está bien, pero se lo digo a Catherine sin tapujos que vas a volar a Los Ángeles, para pasado mañana.

- ¡Díselo!. Creo que no hay ningún inconveniente. Quizás es mejor decírselo ahora. Que no me vea sorprendentemente el mismo día y en el mismo viaje.

- ¿Qué vuelo es?.

- La reserva la tengo para el United Airlines 175. Salida desde Boston con destino a Los Ángeles a las 7 horas y cincuenta y ocho minutos.

- Espera que aquí regresa Catherine. Se lo diremos todo a ella. Tal vez ella te pueda ayudar. ¿Tienes ya hotel en la misma capital?.

- ¡No, todavía no he reservado el alojamiento!.

- Se lo comentaremos a Cathy, - dijo ahora, en un tono más cordial y familiar, su amigo -. Ella conoce bien Los Ángeles, y trata con muchas personas. Además tiene alguna

pequeña influencia. Te ayudará, ya lo verás, en cuanto se lo digamos.

Cuando Catherine supo del proyecto de su amigo para encontrar a su hermana Tamara Ruber en la ciudad de Los Ángeles se alegró mucho, ofreció su colaboración desinteresada, y quedaron en verse en el aeropuerto el mismo día del viaje.

## OCHO

### UNA CANCIÓN SIN MOTIVO

Después de haber llorado por ti. ¡Hay cosas que no se explican!. Hay cosas que no sabemos descifrar el por qué de su existencia, de su misma esencia. Esta es una de ellas. Estas páginas, que compuse en una noche de fiebre, son para ti. No sé si merecidas o no, pero fueron fruto de una noche de amor con Miriam, con quien te comparaba, y de embriaguez y sonambulismo.

“Nueva York era una ciudad altiva, noble y orgullosa, aunque fría y vanidosa como una hermosa mujer debajo de su sensual y desnuda piel.

Sus rascacielos, a pesar de su altivez dorada, no oprimían con exceso al ser humano ni lo acongojaban con sus enhiestas y barrocas fachadas, ni tampoco ofendían la mirada como aquella histórica y legendaria Torre de Babel, que se creyó

más diosa que Dios, como un nido de araña que en soberbia al que la mira.

Nueva York era una ciudad cosmopolita, abierta a los cuatro puntos cardinales, que se dialogaba tanto en árabe como en chino, se cantaba en francés o en italiano, o se negociaba en el inglés de James Joyce o de Allan Poe, se trapicheaba con el hispano, se hablaba el spain-english, o se bebía en ruso o en alemán.

Nueva York era el orgullo del mundo, no sólo de EE.UU., sino del mismo siglo XX que la vio crecer y hacerse una adulta señorita, seria, bellamente maquillada y con zapatos de tacones finos y elevados.

Las Torres de Babel, y Las Torres Gemelas, y todos los Rascacielos de Nueva York, y del mundo entero, nacieron para alimentar el progreso y la grandeza de la humanidad, para ilustrar y educar la mente humana, para admirar la belleza de una soberbia arquitectura, para mostrar el ingenio, la creación, y la fuerza de sabiduría humana, acumulada en milenios como Las Pirámides de Egipto o los Colosos de Abu Simbel.

Las Torres Gemelas no debieron nunca ser destruidas porque la vida es bastante dura y amarga, como para tirar por la borda todo el esfuerzo, el tesón, el genio y la confianza de los hombres en su progreso, en su creación y en su superación como hombres y como artistas.

Solo algunos hombres han manchado, roto o ensuciado con su poder despótico o dictatorial, o con su autoridad mal interpretada, las maravillas del mundo antiguo o las excelentes obras del moderno.

Las Guerras, todas las guerras, son malas, penosas, crueles, terribles y funestas, y desencajaban a los hombres de su celestial destino.

Pero las maravillas del arte y de las ciencias, de la técnica o de la cultura, y los mismos Rascacielos lo son, aunque puedan aparecer como caprichosas y vanidosas estatuas, o impávidos gigantes o anómalos bloques de cemento o granito, son también mensajes artísticos, figuras plásticas y esculturas diáfanas, soñadas y escritas en relieve, que habría que salvaguardar a través de los siglos como lo han sido las Pirámides o el Partenón, la ciudad de Florencia o Venecia, los Cuadros de Goya o Velázquez, porque son patrimonio y testigos de la Humanidad. Fueron imaginadas y pensadas como fruto de la investigación y del arte arquitectónico, creadas con la magia del sacrificio y del tesón, de la constancia y de la imaginación, y por qué no, de la ostentación, pero una ostentación que era pura sutileza, puro arte arquitectónico.

Las malayas Torres Petronas, el Sears Tower de Chicago, o el Empire State, son el mismo espíritu de la imaginación y de la sabiduría humana, cánticos a la fantasía real, unos símbolos que denotan que el hombre ha emprendido el camino del

amor, del arte, de la ciencia, de la técnica, de la magia, y de la voluntad de superación. No los caminos de la guerra ni de la destrucción. Sólo la constancia y duro esfuerzo, no para que el hombre fuera más que Dios, sino para avanzar por los senderos del amor artístico, para expandir por el universo su arte, su fuego, su ciencia y su progreso de civilización.

Porque los Rascacielos nacieron también para mirar más de cerca, sin fríos telescopios oculares, a todos los astros del firmamento, para contemplar mejor la Luna con sus fases y cambios, para conocer con más satisfacción y complacencia, a las estrellas y a las galaxias que iluminan de noche nuestras almas y corazones, y nos dan la energía suficiente a nuestros cuerpos, con sus rayos de luz y resplandor.

Nueva York no es perfecta, nadie lo es. Es independiente y libre. Es sucia, fría, y descuidada en algunos lugares, usurera y comercial casi al cien por cien, gallarda y pícara a ratos, engreída y soberbia cuando le suben la moral con tanta adulación creída.

Nueva York era también ciudad de nieve y de bruma matinal, una urbe cuyos hermosos carámbanos y chapiteles cuarteados de magia y de floración arquitectónica, miran al cielo con deleite y encanto, como mil flechas de Cupido disparadas al celeste y altivo horizonte de un cielo infinitamente azulado. O cómo mástiles de acero que miran a un cielo frío o cálido, frío de río Hudson o al cálido embrujo de Central Park.

O viajeros o turistas, llenos de ensoñación, que atraviesan con sus pasos ligeros entre los adoquines de las márgenes del East River.

Rascacielos que enervan las islas que rodean Manhattan como anillos de Nibelungos enmascarando cuevas del submundo del Señor de los Anillos.

Y al fondo, como una diosa griega, La Estatua de la Libertad, clamando al cosmos y a la tierra más paz, más justicia, más libertad, solidaridad, y armonía social para unos y para otros.”

Alguien me habló de poesía abstracta, de magia lírica y de mirada altiva. Y yo pensé en ti Nueva York.

Y compuse un poema que cae torrente y delirante sobre el cielo azuladamente gris de Manhattan:

“Nueva York, dulce frío de la corriente del Labrador.  
Nueva York, rayos de luces de neón y de fantasía.  
Nueva York, espejo de un beso en el torrente espacial.  
Nueva York, éxtasis y magnitud de un sueño.  
Nada me hace amarte sino es el puro amor a tu palabra.  
Nada me hace quererte,  
Es pura pasión a tus ansias de volar desnuda.  
Nada me hace desearte  
Sino son tus ojos que rezuman altiva pasión.

Soy para ti, un tonto y un ingenuo, pero te quiero.  
Que me llamen loco o demente, no importa.  
Si tú me das tu corazón, yo soy acero y piedra de tu cuerpo.  
Yo veo volar tu alma, y por eso me envidian.  
Ellos sólo ven inútiles espejismos en tu bruma.  
Yo creo en ti Nueva York porque me acogiste como un  
huérfano sin patria.  
Y leí que...  
La aurora de Nueva York es cisne de fuego y cristal en  
Federico García Lorca.  
Y espíritu de enigmas y soledades en Paul Auster.  
Espíritu indómito en tu corazón salvaje y dramático.  
Historias con hogueras de vanidades escritas por Tom  
Wolfe al aroma de lo misterioso, de la crueldad diaria, y de  
los rancios y deformes escrúpulos judiciales o mercantiles.  
Astillas de criminales vendavales...  
Juegos de mafias sucias y de grises soles que lloran  
difuminados entre los grafitis contemporáneos de Warhol.  
Secuencias de lejanos trailers de cine negro americano.  
Tabaco rubio y soleado al beso de una Marilyn Monroe.  
Imágenes de encopetadas damas maquilladas,  
De negros gánsters en tinieblas.  
Y de largos y escuálidos automóviles americanos, como  
plátanos canarios que navegan con ritmo musical por las  
grávidas aguas de las digitales avenidas neoyorquinas. ”

## NUEVE

TRES DÍAS ANTES del Atentado terrorista contra las Torres Gemelas del World Trade Center de Nueva York, y el Pentágono, edificio del Departamento de Defensa Americano en Washington, suceden en Barcelona un determinado número de acontecimientos que bien pronto tendrían respuestas concretas:

En el apartahotel “Milton Harry”, en Barcelona, en el número 32, viven en el mismo piso, tres periodistas, que aguantan el tipo velando sus plumas y abillantado sus armas para futuras y mejores cargos de responsabilidad y mando en los medios de comunicación.

Son estos personajes los siguientes: Alice Logman Porwell (norteamericana), Nury Sabater Coussin (francesa), y Eduardo Garés Terrat (catalán).

Las tres personas, periodistas en vías de madurez y de situarse en unas órbitas periodísticas y radiofónicas mejores y más adecuadas a sus menesteres, trabajan para la Cadena de Radiodifusión y Prensa “SICO”.

El director general de SICO, Matius Gómez Dolter, sabe que uno de los tres periodistas es un posible agente, un infiltrado de la una nueva cadena de radiotelevisión, la llamada provisionalmente: “RADIOESPACIOROJO. COM”, que quiere enterarse de algunos aspectos nuevos que se van a implantar en la emisora, comprar o “robar” periodistas ya formados con cargos o puestos de responsabilidad, y boicotear algunos planes o programas de la emisora radiofónica SICO, su potencial enemiga en los medios de radiodifusión.

Alice y Nury juegan a ser en secreto, ( o lo son sin dudas ) lesbianas y amantes. Son dos mujeres con perfil o aspecto de extranjeras. Pero se les ve muy unidas íntimamente, asomando una leve y febril acción en sus palabras y propuestas, y una astuta inteligencia que les sirviera a ambas para medrar en esos puestos tan difíciles de conseguir.

Alice Logman Porwell es una muchacha de 25 años de edad, nacida en Illinois, en EE.UU., alta y muy rubia de cara, que no obstante, al atardecer adquiría la tonalidad de una rica manzana amarillenta y muy sabrosa. Alice tenía un cuerpo fino y sensual, unos ademanes atractivos y fuertes, y le gustaba con preferencia llevar largo su cabello del color del trigo de verano, un pelo casi siempre suelto y desgarrado, con su mirada de gata en celo y sus ojos grandes y verdosos estaban enmarcados en unas suaves cejas

sonrosadas que le daban al rostro una expresión enigmática, sonriente y maquiavélica, en una enorme boca con dientes tan blancos y fríos como la misma nieve.

Nury Sabater Coussin es hija de padre catalán y madre francesa de Toulouse, cuya edad de 24 años le hacía muy apetecible para romances y amoríos diversos. Y de ahí que su gran tipo femenino, amplio busto, finas caderas, y sensuales y rígidos glúteos, todo ello casi acorde con el cano de belleza femenina de 90-60-90, y su personalidad les sirviera para tener amores en donde menos se lo esperaba. Miraba intensamente con sus ojos verdes esmeralda como una gacela traviesa y casquivana que gustara moverse por sitios intrincados e inseguros del bosque, con su cabello blanquecino, casi albino, teñido con preferencia de mezclas de colores cálidos y sensuales.

Por lo que las primeras sospechas caen y radican en Eduardo, el joven periodista catalán de veinticinco años, un joven nervioso e inquieto, un tipo como ausente y ensimismado, delgado y muy alto, pero un fiel cumplidor de palabra, sumamente trabajador y ahorrador como buen catalán, y que aspiraba a ser corresponsal o cronista en un país extranjero, casi uno noventa, con poco pelo, notándosele la incipiente calvicie, y unos ojos azulados de león africano. Eduardo Garés Terrat, que está a su vez enamorado de Nury Sabater a la que trata de seducir y convencer haciéndole la corte, sin sospechar, por supuesto de la afinidad de sentimientos y encariñamiento mutuo de la pareja femenina.

Enry García Aláez, un amigo de Eduardo Garés, un profesor contratado en la Facultad de Bellas Artes, un tipo excéntrico, moreno, de ojos negros como el azabache, que casi siempre vestía parka negra o suéter en tonos apagados o grises, un muchacho alto y serio, de modales algo bruscos, habla desgarrada y ademanes desnaturalizados. que frecuenta con cierta asiduidad el apartamento del hotel donde conviven esos tres jóvenes periodistas, siente súbitamente una irrefrenable y oculta pasión, y una lasciva inclinación sentimental también por Nury Sabater Coussin.

Alice Logman Porwell, lleva asistiendo durante un tiempo como colaboradora en un programa de radio en directo “El Día es de Todos”, que dirige Santy del Álamo. En los estudios radiofónicos y siempre que puede, intenta flirtear, hablar cariñosamente y ponerse cariñosa y dulce, con el director del programa, en un acoso al comienzo algo oculto y luego poco a poco cada vez más descarado, contando con el consentimiento convenido de Alice, su confidente y más que compañera y amiga. Toda la trama planeada comienza a surgir efecto por aquellos días con el director de Programas Informativos de la Cadena SICO, el Señor D. Santy del Álamo Márquez .

Pero hay una persona que observa la maniobra, la sutil y enmarañada red que aquella intrépida y descarada mujer le tiende al director, D. Santy del Álamo. Y esa es la periodista Juana

Matta, de treinta y cinco años de edad, una señorita pelirroja, de aspecto algo distraída y tonta, eterna soltera, y eterna recibidora de compromisos por parte de compañeros y amigos que no eran recibidos ni deseados con satisfacción, una eterna secretaria de oficina con gafas y miopía, una mujer celosa de su trabajo y celosa de que alguien perturbara la tarea y la labor de su jefe, que meses atrás habría sufrido un atentado terrorista si no lleva a ser por una casual actuación de un agente de policía que perdería la vida en ese rutinario servicio. Juana Matta Valdés, una colaboradora cotidiana, y una secretaria eficaz de los espacios radiofónicos del periodista barcelonés, oriundo de León.

Perspicaz y astuta más que Desdémona con su tejer la tela Para Ulises, Juana M.V. una vez que intuye los entresijos del asunto de la joven rubia americana pone en marcha su reloj sincronizado de estratagemas y tretas para obstaculizar el acoso o la influencia de aquella intrigante y jovencita periodista de origen norteamericano. Y es que también ella misma ha estado enamorada en secreto, y con muchas más razones del mundo que esa advenediza, de su jefe y compañero, Santy del Álamo Márquez.

Sólo la propia mujer de Santy del Alamo, parece desentenderse siempre de esas cosas, de ciertos amoríos adjudicados a su marido por parte de fans o lagartas buscavidas. Su esposa, la señora Margarita – Eloisa, se dice y se rumorea que ya está vacunada contra tanta chica enamorada de su marido, en sus funciones de famoso locutor radiofónico español.

Margarita-Eloisa Smithson, antigua empleada de Banca, en la actualidad trabaja de secretaria para una empresa de Informática alemana, y siempre ha sido muy consciente de los peligros morales, sociales y políticos que entrañan esos puestos de responsabilidad. Y por eso ahora tienen servicio de vigilancia especial tras el frustrado atentado terrorista. Aunque ella dice que siempre ha estado inoculada contra la enfermedad del sueño artificial, y contra ese cariño superficial e interesado de algunas mujeres sinvergüenzas que hay por ahí.

Pero la solución vendrá impuesta por la necesidad de mandar a alguien personal a la guerra en Oriente Medio.

El director de SICO, Matius Gómez Dolter, va a decidir a quién envía de reporteros al frente, porque la competencia de las cadenas contrarias ya tienen resuelto quien irá y quién se quedará.



## DIEZ

En la otra cara de la moneda, afianzados en sus puestos de combate, como si todo en la vida fuera lucha y pelea, que lo era, estaban como para equilibrar el fiel de una balanza nada segura y armoniosa, sino oxidada, desgastada e infiel, los siguientes personajes, gentes que sabían más del oficio de la guerra que de reporteros de medianoche: Y “Radioespacio rojo.com” quiere competir con “Sico”, y para ello nombra a un trío algo divergente: dos corresponsales de guerra, cámara y técnico de sonido, así como a una periodista de locución radiofónica, para que lleven a cabo la tarea encomendada.

Pero las divergencias surgirán prontamente, cuando después de unos días en Barcelona, y antes de partir para el frente de batalla, surja un romance amoroso no deseado ni esperado.

Thomas Brits, apodado el “Aroma de Guerra”, que era un audaz e intrépido reportero canadiense, un hombre serio y tenaz, de 47 años de edad, un cámara en ristre de la sinrazón de los humanos que es matarse y pelearse como fieros leones y como astutos lobos de presa, y un varón barbudo y de mirada tosca e indiferente, que mostraba su alma rota sin paliativos de ningún tipo, como un cascarón o mascarón de guerra que solo sirve para grabar imágenes de horror, escalofríos y criminalidad, y que junto con el técnico especializado en sonido y ambientación, el proverbial y ambiguo Alan Treguary, formaban el dúo ideal para retratar la muerte desnuda, con el mismo sarcasmo irónico que si fuera una mujer desnuda que busca el calor del diablo para calentarse del frío y de su maldita desnudez, una desnudez tétrica e inhumana, vista con los pinceles de la gama de los colores apagados, en tonos azulados, violetas, verdosos o grises, y con sus diversas posturas negras y desnudas como imágenes retorcidas y teñidas de amapolas inmundas, donde la vida es el miserable infierno de la existencia.

Y un hombre, Alan, de 36 años, un ingeniero técnico australiano, metido en los escaparates de la batallas reales, inhumanas, guerras salvajes y de batallas cruentas y sangrantes, que nada decían en unas filas o líneas de revista, periódicos o noticiarios informativos de guerra. Dos buscavidas que se esparcían por el ruin y odioso mundo, como reguero de pólvora maloliente y del color de las fresas salvajes, manchando de púrpura roja las placas de videos y filmando rojizos atardeceres donde las serpientes volátiles deambulan en busca de insensateces, envidias, venganzas, odios y enemistades que pagan a sus clientes con balas de acero, con metralla de tornillos

inservibles, o con una retahíla de oquedades muertas, como un manjar cochambroso y ruin, mísero e indecente. Y ese dúo de reporteros de ensangrentadas batallas de muertes y descalabros, de combates donde las doncellas como Ifigenia son sacrificadas cada vez con más asiduidad y voracidad por una despiadada carnaza de voraces y crueles guerrilleros de la muerte.

Alan Treguary y Thomas Brits formaban un dúo de inseparables y de buenos compañeros de viaje, amén de una pareja casi, casi gay en toda regla.

Recientemente contratados por una agencia de aspecto dudoso y muy cuestionable, e incorporados a los circuitos internacionales de esas cadenas que forman sin saberlo macrocosmos informativos o desinformativos, de esas empresas multinacionales de más ya casi de la desinformación querida o sentida que de otra cosa parecida, Thomas y Alan pertenecían a la Cadena Televisiva “Radioespaciorojo.com”, desde hace varios meses, y que a pesar de su entrañable amistad, supieron cuando la vieron que aquella mujer vendría a perturbar la paz y el cariño tan ricamente construido entre ellos.

Eran corresponsales de guerra que actuaban en sus misiones ya no como antiguamente se hacía por valentía, ardor guerrero, o aventura sin límite, o para mostrar esas causas altruistas y llenas de ideales románticos de otros tiempos legendarios, prototipos de hombres rectos y formales, campechanos y generosos, seguidores de buenos y desinteresados programas sociales o pacíficos ciudadanos de primera, héroes de la igualdad y de solidaridad mundial.

No, no, ahora esos reporteros, esos cronistas del miedo, el terror y las bombas, de la miserable muerte y de la desolación más inhumana y sangrante, de las horrendas calamidades y de las desesperantes miserias, actuaban por dinero, por dólares o euros, con afán de lucro o amando la perfidia y la ambición, mercenarios sin escrúpulos y antihéroes de la nada y de la muerte, y mandaban al carajo, eso sí jugándose la vida cada día, esas posturas ya nostálgicas, caducadas y pasadas de moda como eran la solidaridad, la generosidad, la igualdad de los hombres humanos, el exterminio del hambre en el mundo, las causas nobles de la igualdad de razas y sexos.

Y ya sólo los héroes de las películas, los paladines de los filmes, los salvadores quijotescos de princesas Rosalindas en valles encantados y en castillos medievales, los audaces mensajeros de la bondad y de la verdad, yacían para siempre en las últimas páginas de un destartado, sucio y quejumbroso libro de aventuras legendarias.

Las palabras nobleza, audacia, entrega y generosidad, habían sido casi borradas del mapa de un buen reportero, de un corresponsal de guerra todo un tipo recomendado por los directivos y sabuesos de cadenas de telecomunicación vía satélite, por otras palabras como la suciedad de las almas y la desidia de los seres

humanos, la corrupción y la malicia, la hipocresía y la ingratitud. Todo un mundillo de horrendas maquinaciones, de viles improperios y de nefastos sufrimientos. Casi unos verdugos con sus cámara de vídeo al hombro montando guardia para destripar al adversario, descalabrar al herido y enterrar o incinerar a la almas y espíritus de gentes que ya nunca sabrán después de muertos por que lucharon y cuales fueron sus ideales panfletarios que los comieron el seso, les devoraron el coco y les hicieron picadillo enrojecido de primera clase, sin apenas enterarse de lo que vale un peine, y sin dar el último beso o el postrero adiós a su madre o a su novia bendita de entre todas las mujeres.

¡Mierda de guerra y mucha más mierda para el triunfador!

Pero es que además había otros personajes y otras cosas que contar:

Se trata de la chica Bond 2200, y se llama Simone Carris, que se acuesta y hace el amor con Alan Treguary.

Pero despechado y celoso como un nuevo Otelo, Thomas Brits decide vengarse de su ofensa, del inadecuado entremetimiento femenino, y que después de pensárselo cuatro o cinco veces comprende por fin que aquella mujer es un peligro inminente, un polvorín en toda regla, una clara advertencia de que su compañía femenina no es nada favorable a los augurios de los dioses del Olimpo griego, y como buen traidor decide vengarse de su amigo Alan pasando y uniéndose al enemigo, es decir, contando las cosas a Nury Sabater, la experta chica de la competencia enemiga. Pero ella, muy atenta y coqueta, a su vez se enamora, o dice que enamora de él, olvidando antiguos amores y levantando ampollas y resquemores de unos y de otros, y haciendo nuevos enemigos en las filas antes aliadas, tanto a Alice Logman como a Eduardo Garés.

Todo un tremendo y verídico enredo de novela, porque además la tal Simone Carris era una apuesta y bella funcionaria de honor, una locutora de voz álgida y aguda, la voz de la emisora, la encargada por “Radioespacio.com” de formar un compacto y aguerrido equipo de Radio y de Televisión que parta hacia Oriente Medio, hacia la Palestina que sufre y padece los ataques sin cuartel de la orgullosa e intrépida Israel, o hacia Afganistán, lugar ya por entonces muy caliente porque los de la Alianza del Norte, gentes muy antitalibán por razón y corazón, luchan en un enfrentamiento desde hace años contra el poder establecido, y creen que habrá una grave confrontación futura a gran escala contra el poder de los Talibán que controlan Kabul y más de la mitad del territorio afgano.

Luego se irían también a Pakistán a filmar más muerte y destrucción.

Y como los directivos de esas grandes cadenas de telecomunicación saben y sospechan de algunos de estos objetivos, de inminentes ataques suicidas, y de graves pormenores y dramáticas vicisitudes, les hacen ir de aquí para allí, de Zeca a la

Meca, de Bombay a Estambul, y de Madrid a Islamabad, trasladándoles de unos lugares a otros, con indiferencia y abandono a su suerte, si es que esa palabra representa algo para ellos, sin corazón ni templanza, y les echan como burros en un muladar a una suerte ciega y aciaga, unas veces muy solos e inseguros y otras acompañados de algún que otros malandrines que se les une como arrugada costra a una uña ya muy deteriorada por la grave corrosión de un asqueroso e infecto virus.

## ONCE

### EN LA DIAGONAL DE BARCELONA

Eran las seis y cuarenta y tres minutos por el reloj digital de cuarzo del portero Ricard Trevélez.

Era también Febrero junto a las orillas del mar Mediterráneo, y era una mañana apagada y algo húmeda por la fresca y suave brisa marina, pero abierta y despejada a la respiración pulmonar de los humanos.

Las luces de neón aún iluminaban las glorietas barcelonesas, las plazas circulares de la urbe, y las avenidas y las calles cercanas a la Diagonal, donde, casi a mitad de su larga extensión kilométrica, se alzaba la sede principal de la emisora de la Cadena S.I.C.O.

Hacía unos días que el tiempo atmosférico había dado una vuelta de reloj de noventa grados, y las fuertes lluvias y aguaceros, o los huracanados vientos de Levante, habían dejado paso y abierta la puerta para que entrara otra nueva dimensión espacial.

Aquel sol radiante del día anterior, lánguido y sencillo al principio, pero exultante de envidia y de vanidad en las horas

centrales del día, aparecía también hoy, por las predicciones de rigor, como algo factible y deseado.

Porque aquel día más bien parecía un amanecer de primavera que un aciago día de invernial. Era Febrero, día 14, día de S. Valentín, patrón de los enamorados.

- ¡Buenos días, Doña Juana!. Parece que hoy tendremos mejor día.

- ¡Buenos días, Ricardo, así lo parece! – dijo Juana al conserje, al que siempre le había llamado Ricardo, con un tono de voz bastante alejado de su manera habitual de expresarse y de saludar, con un timbre impostado y hueco, dicho para no herir susceptibilidades propias en un buen hombre como era Ricardo, pero alejado del tono discreto, amable y gentil con que saludaba otros días.

La otra persona que estaba junto al portero de la emisora permaneció como una inmóvil estatua de piedra de un museo romano, apenas se movió de su posición tiesa, rígida y altiva. Fue una ligera ráfaga de desprecio e indiferencia las que se cruzaron aquellos otros dos seres, cuyas miradas impávidas y serias, delataban confrontación y odio, desprecio y envidia. Hasta el mismo portero intuyó que el saludo de doña Juana Matta Valdés no era claro y sincero como lo era siempre, sino cortado e inseguro.

Notó que las miradas se distanciaban cuanto más cerca estaban aquellas dos personas que momentos antes había tenido a su izquierda y a su derecha.

Habían desviado sus frías y distantes miradas con las que cruzaron sus huidizas pupilas, unos ojos al parecer difíciles de armonizar y de congeniar. Y era óbice, dado la tensa situación interior por la que pasaban ambas personas.

- ¡Cuando llegue D. Santy avíseme, por favor! – dijo Juana con calculada precisión y cortesía, más sobretodo, estando aquella otra impasible mujer esperando como loba esteparia que la presa se descuidase por un momento para saltar sobre su cuerpo indefenso, y comérselo a besos y a abrazos, y por qué no a golpes de sábanas y camas.

- ¡Descuide que en cuanto lo vea aparecer le comunico que le espera Ud. urgentemente! – dijo el hombre con calculada amabilidad como intuyendo la trama que estaba por desarrollar.

Estuvo a punto de decirle que no era tan urgente la comunicación que tenía que darlo, pero viendo que la otra mujer que esperaba callada y como serpiente venenosa, se relamería de gusto, de endiosamiento y de triunfo, decidió dejarlo así.

Cuando subía en el ascensor pensó que aquel trato diferenciado de Ricard con ella, era porque, tal vez, el buen hombre se había también dado cuenta de la comedia o drama que planeaba aquella lagarta de mujer que también le esperaba, tiesa y atenta como un caimán, en el vestíbulo de la entrada.

- ¿Señorita, si quiere puede retirarse a su despacho, ya le avisaré cuando llegue D. Santy del Álamo? – le comunicó el portero con suma educación.

- ¡Oh, no, gracias!. ¡No tardará en llegar ya!. Prefiero esperarlo aquí. Tengo que darle un recado urgente y en cuanto aparezca...

- No aparecerá tal vez por este lado, quizás, penetre por la puerta de atrás. Son medidas de seguridad.

- Pero, si casi siempre entra por aquí... – dijo la mujer muy sorprendida y asustada por el hecho de no ser ella la primera en saludarlo y en darle las Buenas Mañanas, y en contarle algo secreto, tal vez muy importante.

- Sabe, que varios periodistas están amenazados, y que después del intento de atentado de la banda terrorista E.T.A., los servicios de seguridad policial disponen, y contra disponen, cómo, cuándo, dónde, y a qué hora debe llegar.

Pero viendo la impasibilidad, firmeza y aguante de aquella mujer, que era Alice Logman Porwell, colaboradora circunstancial de la emisora, y contratada desde hacía varios meses para cubrir determinadas noticias y reportajes periodísticos, el portero decidió callarse y no entrometerse más en asuntos, que intuía en reservado, pero que de los cuales debía mantener cierta distancia y salvaguardar el secreto profesional.

- Pero, si desea esperarlo aquí. A mí no me molesta, por supuesto, señorita.

- Gracias, pero deseo encontrarlo aquí mismo.

Apenas dijo esas últimas palabras penetró en el recinto el señor Sebastián Rosas, que era uno de los más antiguos colaboradores de la emisora, encargado de los servicios deportivos.

- ¡Buenos días, Ricard! – le dijo con un saludo muy relajado y destemplado. ¿Todo va bien, verdad?.

- ¡Sí señor!. ¡Todo en orden y a sus órdenes...! – dijo mostrando una leve inclinación y saludo de cuartel.

- ¡Como siempre...! – añadió riéndose con cierta mofa de aquel inusual y marcial saludo, a lo militar.

La chica presintió que se trataba de un juego de palabras, porque sabía de la confianza y de la gracia que mostraba a veces Ricard Trevélez con sus gentes y con los compañeros de estudio.

- Mire, parece que llega el coche de D. Santy del Álamo Márquez. Pero no se precipite, el guardaespaldas debe obrar con cierto sigilo y tomar ciertas medidas de precaución. Espere que entre aquí, dando la contraseña.

La señorita Alice Logman sonrió como sonrisa maquiavélica y se apartó ligeramente hacia la casilla de entrada. En sus labios sonrosados y curvos se adivinaba la fuerza de la juventud, ese modo de comerse el mundo sólo con una voluntad apasionada, o con una mirada femenina más bien fría e inconcreta, pero también delataba la inexperiencia, prisa y atrevimiento propia de un joven reportero que comienza su trabajo con ciertas precipitaciones y sin

la documentación adecuada, como en una programación incompleta, y tal inocente e incorrecta.

No obstante Alice Logman Porwell no solía actuar a trompicones y con desgana, sino que aquella mujer era muy inteligente y astuta, y aunque actuaba con frivolidad y descaro, lo que se proponía solía medirlo muy bien para no fracasar en el empeño. Y además Alice guardaba otras cartas, y otros amores secretos y no tan misteriosos.

## DOCE

### EN LA EMISORA DE RADIO

- ¡Buenos días, D. Santy!  
- ¡Hola, Buenos días, Ricard!. ¿Todo va bien?  
- ¡Todo va de acuerdo, señor!.  
- ¡Buenos días, profe! – dijo la muchacha como agazapada en un rincón y tratando de llamar la atención sobre su persona.

- ¡Ah, Buenos días, Alice! – dijo él mostrando cierta inquietud y desasosiego porque conocía la pesadez y las ocurrencias fuera de tono de aquella joven.

Como veía que no se la quitaba del medio y que intentaba seguirlo, Santy, cambiando de mano el carterín que traía en la mano derecha, y desabrochándose el chaquetón en tonos pardos y de cuero, como una moderna parka nórdica, le dijo con

aires mitad destemplados, mitad diplomáticos, y como queriendo quitar aquel asunto del medio, y de su repleta agenda de trabajo.

- ¿Quiere algo, señorita?. ¿Desea decirme alguna cosa?.

- ¡Sí, Profesor, tengo que hablar con Ud.!. ¡Es algo importante!.

- ¿Importante? – exclamó con cierta sorpresa el director de programas informativos -. ¡Sabe que tenía que estar ya junto a los micrófonos!. ¡Quedan seis minutos para Las Siete en Mundo!. No puedo perder ni un momento. Déjelo para el intermedio de las ocho. ¿Le parece bien?.

La mujer quedó al instante, por inesperada contestación, tan desconcertada y anonadada, que parecía una destartada imagen de muñeco de guiñol. Pareció en un principio no reaccionar, como que con aquel leve desplante la fuera la vida en ello. Sus ojos alegres y juveniles comenzaron a cubrirse y a nublarse de delicadas lágrimas. La mirada se tornó angustiada y dura. Sus piernas comenzaron a temblar, y su cuerpo, otrora vez seguro y juvenil, se tambaleó.

- ¡Alice!. ¿Es relativo al trabajo de la entrevista que tenemos para hoy?.

Un fugaz destello de luz de su atractivo y sensual cuerpo femenino afloró también inmediatamente al aire, como una bella tela de seda destaca alegre y radiante en el cuerpo de una hermosa modelo, y un ligero movimiento de cabeza afirmativo sugirió que estaba en lo cierto.

El cuerpo alto y sofisticado de la mujer se irguió de repente, y su desencajado semblante cambió de aspecto y de tonalidad. Sus ojos verdosos de gata norteamericana se volvieron brillantes y risueños. Su cara de manzana aterciopelada inundó de fragancia el local del vestíbulo. Se arremolinó con sus manos diligentes, y con calculada fuerza, su cabello rubio y fresco con varias mechass en tonos beige y pardos, sus labios de piña carnosa tomaron cuerpo y forma como cuando uno está dispuesto a besar a alguien por amor.

- ¡Anda, espérame a las ocho y diez en el cuarto nº tres de grabación!. ¡Veremos qué sucede y qué se puede hacer!.

La cara de Santy se enrojeció de pudor y de vergüenza. Se dieron cuenta tanto el dispuesto portero de Ricard como el mismo Santy que ya antes había tenido que lidiar o soportar, torear o huir, con muchachas y jóvenes, guapas y seductoras las más, que decían que estaban enamoradas de él, o que se acababan de enamorar de su persona. Mas, él sabía que cada caso es distinto. Y que no se puede bajar la guardia en asuntos de amoríos, porque si no, te cuelgan un hijo o un escándalo por menos de nada. Y ser pasto de los tiburones, o de las revistas de corazón, en estas horas no hacía gracia a nadie. Y aunque aquella muchacha era estadounidense, y dado el conflicto que vivía en la actualidad los Estados Unidos con Afganistán, había que tomar las medidas



oportunas y justas para no lesionar ciertos intereses informativos, ni escatimar sutilezas profesionales, o no molestar a nadie en el ejercicio de su cometido. Y aunque su fuerte no era la diplomacia sino el periodismo informativo y cultural, la guardia no se podía bajar nunca, como decían los expertos.

## TRECE

El programa de radio “El Día es de Todos” de la Cadena S.I.C.O., cuyo director era Santy del Álamo Márquez, había comenzado aquella mañana con los boletines informativos cotidianos.

Santy llevaba sus amplios cascos negros enrollados en su cabeza de pelo gris claro y abundante, dando paso a corresponsales y gentes colaboradoras del programa que llevaba ya muchos años en antena. Por fuera de locutorio, y tras los gruesos cristales transparentes, Tomás, el realizador movía sus largas manos de un lado para otro deslizando las teclas y los botones para que todas las sintonías entraran a tiempo.

Pero había otras dos personas que no despegaben también ojo del director del programa.

Juana Matta, sabedora del desaforado interés y de la descarada seducción que había empleado la joven Alice hacia Santy, seguía, desde su despacho de colaboradora y secretaria, todos los aquellos extraordinarios acontecimientos que tenían lugar desde hace unos días, y se partía de corrosivos celos, embargándole el alma una aguda envidia profesional.

Ahora la confrontación era a raíz de la entrevista en directo que iba a tener lugar poco después de las once de la mañana con la profesora de Arte Islámico por la Universidad de Granada, Doña Araceli Solyman Vélez, y también, con el profesor de Historia

Medieval Universal de la Universidad de Navarra, D. Fernando Ruiz Preston.

Doña Araceli Solyman Vélez sería presentada por Juana Matta y defendería la tesis de que Occidente había emprendido la Novena Cruzada contra los Pueblos Islámicos, al igual que en la Edad Media se desarrollaron las otras cruzadas que los cristianos hicieron en Tierra Santa.

En el lado opuesto estaba Fernando Ruiz Preston, que iba a ser presentado por la colaboradora Alice, cuyas objeciones y comentarios se oponían, o entraban, ahora y paradójicamente, en contradicción, con su anterior cuestionario de preguntas.

Cuando Santy se reunió con Alice en la sala de grabación según lo convenido, la chica le expuso la discrepancia y los reparos de que no quería presentar ni entrevistar al profesor Fernando Ruiz Preston, con una posición de abierta neutralidad, dado el conflicto que estaba viviendo su país contra los Talibán de Afganistán y contra otros pueblos de religión musulmana, tras el colosal derrumbe producido por el terrible ataque que unos terroristas y extremistas islámicos hicieron contra Las Torres Gemelas de Nueva York.

Alice esperaba de Santy, al que había de alguna forma acosado, y del que creía que también era un hipotético admirador de sus cualidades femeninas, que le suplicara que no abandonase la tarea encomendada, que saliese a las ondas exponiendo las cuestiones y preguntas que había preparado, que no se desmoralizase de su tarea a fin de que firmemente expusiese sus consideraciones y opiniones personales. Pero se encontró con una fría y racional respuesta del director del programa. Santy, que entreveía una posible trama en todo aquel asunto, optó, no por desenmascarar a nadie, que no hacía falta, sino por esquivar de momento como una estrategia prudente, y apartar provisionalmente si podía hacerlo a aquella hermosa joven que desde hacía algún tiempo intentaba seducirle firmemente con sus secretas armas femeninas.

- Si no te quieres poner los cascos y salir a antena es tu problema. Yo no te puedo presionar si tú te consideras que no estás dispuesta o que no eres responsables de tus preguntas. La verdad es que hay que programarlo y prepararlo con antelación.

- Pero, es que no me encuentro bien y con ganas de realizarlo. También mi conciencia me dicta dejar el plató radiofónico por no estar de acuerdo en que a la otra religión se la trate en pie de igualdad con la nuestra la cristiana. Sólo te quiero a ti. La verdad es que no he podido preparar bien el cuestionario. ¡Estoy enamorada de ti, Santy!

- Eso son chiquilladas, Alice. ¿Cómo es posible que digas eso?. Tú no estás bien...

Santy que no se esperaba esto en ese preciso instante, aunque lo había previsto o supuesto dado el último apasionamiento y locura de la joven con imprudentes meteduras

de pata ante sus compañeros, reaccionó con sosiego, moderación y prudencia. No era la primera vez que se enfrentaba a una declaración de amor con alguna de sus alumnas en prácticas, o intrépidas periodistas que habían pasado por sus Estudios Radiofónicos. Tragó saliva como buen profesional, cerró los ojos por unos instantes para aislarse, retomó el aliento y respiró hondamente. Se percató de que podía estar usando de sus argucias femeninas. Tal vez, quería dejarlo plantado, ahora y allí mismo, a punto de comenzar una entrevista anunciada a bombo y platillo por las cuñas radiofónicas, y darle como una lección y escarmiento, como una pequeña venganza o una de las muchas testarudeces de la joven, a tanta esquividad y alejamiento masculino. ¡Él que le había dado una buena oportunidad profesional!. Le caía bien por bueno y generoso. A veces no se puede ser tan condescendiente con sus ... Bueno, para él todos eran compañeros.

A esas alturas, ya no podía sustituirla por nadie. La verdad era que era una lata y una desconsideración por parte de aquella mujer, todo ya preparado para la entrevista, pero así – concluyó – son a veces ellas. Van a lo suyo. Y punto. Luego el hombre tiene que bregar con lo que tenga a mano.

- En ese caso, haz lo que quieras, Alice. Es tu propia responsabilidad. Déjalo si no lo tienes preparado – le dijo sin más y seriamente.

Y Alice miró los oscuros ojos de Santy como queriendo interpretar todavía algún oculto favor, algún extraño dilema que dilucidar, que él le convenciese a ella de la necesidad de salir a antena. Ella estaba dispuesta a que él le sugiriese, le pidiese, le rogase, que ella era primordial e imprescindible en aquella esperada entrevista.

Pero él se dispuso a callar, no sé qué quiere esta chica con esta actitud tan extraña y comprometedor – se decía para sus adentros -. Convino en interpretar por una vez más en su vida el papel de un sordomudo, (él que había sido uno de los más elocuentes y deslenguadas personas que trabajaban en las cadenas radiofónicas de mayor audiencia, en las redes españolas de radiodifusión) como sabia y prudente medida, y a no convencerla de nada. Callar y no hablar con ella para nada de nada sería lo mejor. Lo más seguro y conveniente. Todo lo demás podría liarte y enrollarte más en la red de araña que podría estar tejiendo. Había que ser sensato. Muchos hombres lo eran a la hora de decidir importantes cuestiones. No había que dar más importancia que la necesaria y suficiente. Menos aún.

## CATORCE

En un breve receso, hacia las diez de la mañana, el mago de las radios españolas, que había hecho a muchas gentes protagonistas de sus vidas y de sus suertes, llamó por teléfono a su mujer, a su trabajo para hablarle durante unos minutos, y contarle o exponerle, como hacía casi todos los días, algunos problemas o algunas vicisitudes que últimamente iban ocurriendo.

Y contó lo de Alice, no con pelos y señales sino someramente sobre algunos aspectos de sus trabajos, y su problemática a participar en una entrevista o tertulia sobre las civilizaciones cristianas y musulmanas, que era como decir Occidente contra Oriente, o Estados Unidos frente al Islam, para tratar de descifrar las luchas ancestrales entre las dos religiones del Libro. La Biblia contra el Corán. La misma Alice se hubiera muerto de vergüenza ajena si al instante llega a conocer algunas de estas cosas o pormenores que Santy relató a su querida esposa.

Y si Alice jugaba con su juventud y frescura, la mujer de Santy, Margarita-Eloisa Smithson, jugaba con la ventaja de la confianza mutua y los muchos años de convivencia, franqueza y amor.

Además Margarita-Eloise estaba en cierto punto inmunizada, pero a toda mujer siempre le queda la duda y la desconfianza, como armas de defensa, y ve en las demás mujeres como una rival a la que hay que estudiar, combatir y vencer.

Sus hijos habían ya crecido y tenían casi todos su vida propia. Sólo la más pequeña, Nuria del Álamo Smithson, de 26 años, soltera hasta la fecha y periodista, vivía en casa con ellos. El resto ya se habían emancipado.

Margarita-Eloise, tenía 54 años, y era oriunda de Alemania, y había conocido a Santiago del Álamo en Berlín visitando una exposición de radios alemanas antiguas. Ahora Santy era un coleccionista de ellas de las primeras épocas cuando marcas como A.E.G. Telefunken, Sanyo, Phillips, o Marconi, inundaban los mercados europeos. En la actualidad la señora Smithson trabajaba en una empresa alemana dedicada a la informática. Y conocía también muy bien la Banca porque también con anterioridad había trabajado en un banco financiero privado.

El matrimonio del Álamo-Smithson tenían otros tres hijos más: Juanmary, de 36 años estaba casado con Carla Suárez Patrison, y tenían dos hijos Helene, de 10 años, y Lauren de 7 años, muchachitos que hacían las delicias de sus abuelos Santy y Margarita-Eloise.

Juanmary era actor de cine y de teatro, y su mujer Carla era una prestigiosa abogada que trabajaba en el bufete de los Sotelos.

Y los otros dos hijos eran los gemelos Alexis y Joseph, de 29 años, que para más explicación estaban casados a su vez, con dos hijas del primer matrimonio de Mario Ruber Vidal y Josefina Andrea Bofarul, y eran, Marina de 25 años, y Fely de 23 años.

Es decir, por si no ha quedado claro, que Santy y Margarita-Eloise eran consuegros, por partida doble de Mario Ruber Vidal.

Misterios que da la vida, o como decía mi abuela basándose en refranes castellanos: “Que pequeño es el mundo, o el mundo es un pañuelo”.

Y aunque parece mentira estos matrimonios mixtos, no tan inverosímil es creer que todos venimos de los mismos genes humanos, y que los colores de piel blanca, negra, cobriza o amarilla, son meras y sabias adaptaciones del hombre al medio ambiente en que vive, o ha tenido que vivir a lo largo de su existencia.

Mario Ruber tuvo con Josefina otra hija: Terea, de 29 años y estudios de licenciatura en Económicas y Empresariales, y que actualmente trabajaba de agente inmobiliario y de seguros en Madrid.

Todo este panorama arrojaba que ambos consuegros, Mario y Santy, dado sus caracteres y personalidades tan opuestas y distintas, se hubiesen distanciados entre ellos hacia ya muchos años. Y sólo existiese una relación meramente formal o burocrática para algunos asuntos familiares.

Además desde que Mario se divorció de Josefina-Andrea Bofarul para unirse y casarse con Mirella Gandar Gutiérrez, su actual esposa con la que tenía dos hijos, Elia y Any Ruber Gandar, de 8 y 6 años respectivamente, la intercomunicación era nula, y el alejamiento entre ambas personas había sido ya casi total.

Sólo en alguna reunión de bautizos o primeras comuniones se habían vuelto a ver, aunque muy desinteresadamente por ambas partes.

Cuando Santy terminó de hablar por teléfono con su esposa, apareció por la puerta Juana Matta Valdés que era como la perfecta sombra, muy exacta y deslizante, del mismo Santy del Álamo en la emisora de radio.

Juana Matta amaba a Santy en silencio, y desde hacía tiempo, desde siempre, que decían las malas lenguas en las oficinas y en las redacciones, y estaba tan enamorada de él que ya nadie la discutía ninguno de los papeles o asuntos relacionados con la programación del director de “El Día es de Todos”. Y todo el mundo sabía que su amor era platónico y místico, y muchas veces sus negros ojos trasnochaban cierta honda melancolía, porque poco podía hacer con el fuerte y seguro lazo matrimonial entre Margarita-Eloisa y Santy, así que callaba con espíritu eclesial, y honradamente actuaba con ahínco al servicio de la emisora y del jefe, y respetaba con amor su quehacer profesional, poniendo toda

su buena voluntad para trabajar en equipo, y con eficacia y superación, en un programa que desde hacía muchos años se debía casi todo al espíritu de Santy.

Juana Matta Valdés cavilaba ella sola como una hormiga cruzando sus antenas en el aire como para dar la sensación de alerta general o de llamar la atención sobre su labor profesional.

- Tiene una llamada por la Línea Cinco. Es del Presidente del Congreso de los Diputados para convenir la entrevista en la Radio. Se la paso o...

- Dile, Juana, que le llamo yo luego. Pídele disculpas y explícale lo ocupado que estamos con la entrevista tan delicada que tenemos para hoy a las once. Vale.

- ¡Sí, señor!. ¡Así se lo haré saber!.

- ¡Ah, sabe Juana, que estarás tú sola en antena, bueno, y yo mismo como siempre ante el micrófono. Al parecer entrevistaremos a nuestros contertulios en amor y compañía – le dijo muy cortés y amigablemente como solía actuar y dirigir siempre los programas, con estímulo, consideración y compañerismo -. La señorita Alice renuncia, por problemas de conciencia hacia la religión musulmana y otras cosas sin mucha importancia a mi juicio, a realizar la entrevista convenida. No está – ha comentado luego también - de acuerdo con la persona que representa a...

- ¿Renuncia...? ¿Cómo, entonces no va a salir al aire, 0en antena...?

La expresión de Juana era mitad de sorpresa mitad de agrado, y de extraña malevolencia más que de comprensible benevolencia. Bueno, una menos en la cuenta – se dijo -. Pero, al instante pensó con cierta angustia y desazón: ¿será alguna astucia, treta o estratagema de esa golfa y aprovechada para meterse en el bote al Jefe, a mi Director, que es un bendito de Dios?. Tal vez con ese peculiar comportamiento de lo que se trate, es de hacer resaltar más su fresca personalidad de aprovechada, y llamar más la atención de Santy, para embaucarle y seducirlo con sus artimañas sexuales de arpía femenina.

- Habrá que tomar las medidas oportunas para sustituir a esa... A lo mejor aparece por allí en el último instante para fastidiar toda la entrevista... – pensaba Juana Matta con sus rostro embobado en el asunto en ciernes, mientras Santy ya había desaparecido del despacho, y estaba de nuevo en el locutorio informando a los radioyentes sobre diversos temas de actualidad y otros asuntos importantes del día en día.

## QUINCE

ENTREVISTA SOBRE LAS CIVILIZACIONES  
CRISTIANAS Y MUSULMANAS, Y SU IMPACTO EN LAS TORRES  
GEMELAS .

Eran las once y doce minutos cuando Santy del Álamo tomando el micrófono por vocación y por bandera profesional, después que el boletín informativo y las respectivas cuñas publicitarias y comerciales de rigor hubiesen terminado, dijo a los oyentes que esperaban en sus casas y en sus trabajos, en oficinas, talleres y despachos, en los taxis o en los campos, que la conversación iba a comenzar.

Con su voz clara y firme, álgida, segura y noble, una inconfundible voz en el panorama radiofónico español, hablaba con agrado y entusiasmo, a los que tras el hilo radiofónico esperaban con impaciencia y atención, una charla interesante, una disertación casi en exclusiva, una entrevista o diálogo entre dos posturas, dos formas o conceptos religiosos de ver la vida, y enfrentados a lo largo de los siglos y en la actualidad sin tampoco muchos visos de unión, y más bien de acrecentar la desunión y el alejamiento de ambas convicciones religiosas y posturas dogmáticas.

Todo estaba a punto, y en la calle y en los países de medio mundo la confrontación o guerra entre dos posturas de vida distinta estaba al orden del día.

Su profunda, señorial y conocida voz masculina comenzó a oírse y a sentirse más allá de las ondas hertzianas de la Cadena S.I.C.O.:

- Hoy vamos a tratar un tema que no por manido y esperado deja de estar siempre de gran actualidad. Oriente, el Oriente de los Reyes Magos, y el Oriente de Las Mil y Una Noches; y Occidente, el Occidente Cristiano o el Occidente de Cristóbal Colón. Un Oriente, filosófico y relajado, y un Occidente, tecnológico y ataviado, que siempre han ido de la mano de la religión, de su religión. Juana Matta Valdés, nuestra colaboradora habitual en este espacio, nos hace una pequeña semblanza del tema, una breve introducción a algunas espinosas cuestiones que entrañan estos acontecimientos, hoy en día tan de actualidad.

Matta, la ayudante de redacción, con un estilo claro y conciso, y con su voz femenina llena de sutilezas y tonalidades, comenzó su exposición leyendo estas palabras escritas en una agenda radiofónica:

- “Estamos viviendo un clima político mundial desesperanzando y distante. Son días de confrontación y distanciamiento, de frialdad y amargura, casi más fríos e inseguros que aquella ya lejana Guerra fría, que nació después de las Segunda Guerra Mundial. Nosotros siempre hemos querido aunar puntos de vistas que parecía perderse en las noche de los tiempos, nosotros siempre hemos querido juntar personas e ideas, unir corazones y alejar dogmas rigurosos o intolerantes, dialogar con las gentes y las personas, y olvidar o alejar mil rencores y odios, entablar relaciones y diálogos, y amortajar las malas suspicacias y animadversiones. Del diálogo, sin dogmas ni radicalismos, viene el conocimiento mutuo, del conocimiento la comprensión, de ésta la amistad, y de la amistad llega la Paz y el Bienestar.

Sólo tenemos una Tierra, sólo Una. Y sólo, tal vez, muchos tengamos un único Dios. El Yahvé de judíos, el Alah de árabes y el Dios de los cristianos. Las tres religiones del Libro. De la Biblia y el Corán, y el Nuevo Testamento de Jesús.

Hoy, aquí, en este Estudio de la Cadena SICO, recibimos con cariño y entusiasmo a dos representantes significativos, diríamos a dos personas que estudian, investigan y hablan sobre las dos civilizaciones que han dado al mundo sabios y hombres de bien como Abderramán III o Alhakan II de Córdoba o Al- Mutamid de Sevilla, Avicena o Averroes, Maimónides o La Alhambra de Granada o la Mezquita cordobesa, el astrólogo y astrónomo Azarquiel, o la ciudad Damasco o la Bagdad de Los Cuentos de las Mil y Una Noche, o El Egipto califal con sus innumerables minaretes, o por otro lado, Alfonso X el Sabio, o la filosofía de Tomás de Aquino, Santiago de Compostela o París, La Universidad de Salamanca o la austeridad de Coimbra, La hermosa catedral gótica de León, Los Reyes Católicos o la pujanza comercial de la Ciudad Condal, El cantar del Mio Cid o la Canción de Roland, el arte románico o el bizantino, La Ruta de la Seda o El Camino de Santiago, y un largo etc., con que nuestras dos culturas, árabe y cristiana, o tres, si consideramos la hebrea, han ido muchas veces de la mano y otras pocas separadas.

Los tiempos cambian y a riesgo de quedarme anticuado o estrecho, el Mar Mediterráneo siempre ha unido más que separado. El comercio y las rutas han ido siempre juntas, Marco Polo y Las Cruzadas no sólo sirvieron de encuentro guerrero sino que al final se impuso el negocio, el comercio, la artesanía, la cultura, el progreso científico y técnico, la empresa comercial y financiera.”

Una vez acabada esa breve disertación histórica de la voz de Juana Matta, toma la palabra Santy para presentar a sus dos contertulios: La doctora Araceli Solyman de la Universidad de Granada, y al catedrático, Fernando Ruiz de la Universidad de Navarra.

La voz recia, conciliadora, serena, prestigiosa, amable y diáfana de Santy del Álamo Márquez, se fugaba y huía



misticamente por las ondas como se fugan por los oídos los sonidos de una clara y magnífica sinfonía de Mozart, Beethoven o Malher. Al otro lado de los estudios radiofónicos la guerra de Estados Unidos contra Afganistán, los Talibán y el grupo terrorista de Al.Qaeda y Osama Bin Laden, estaba en su punto más álgido, sin que el reposo, el tiempo y la serenidad impusiese ese poso dorado y sombrío de buen vino añejo, para que todo análisis y crítica de las situaciones, todos los pormenores de una grave conflagración bélica, se analice y se investigue sin pasión, sin radicalidad, ni odio o venganza, ni puro enfrentamiento sin más, sino con ecuanimidad, justicia, y estrategia basada en el conocimiento real de la situación.

Y el director del programa “El Día es de Todos”, continuó diciendo:

- Las guerras las hacen los hombres no los pueblos. Los Jefes, Presidentes o Generales, son los que hacen y deshacen a fin de cuentas. Las personas y los individuos se ven abocadas a veces a luchar y a pelear sin que ellos quieran o deseen hacerlo. Partiendo de esta premisa, hoy tenemos con nosotros a dos especialistas en estas cuestiones, a la Doctora Araceli Solyman Vélez y al Profesor Fernando Ruiz Preston.

“La verdad está en el propio sueño de felicidad, en la propia convivencia”. Doctor Fernando, ¿no es posible la convivencia ni el soñar unidos en este nuevo siglo del tercer milenio entre cristianos y musulmanes?.

- Buenos días a todos los radioyentes. La palabra convivencia nació cuando el hombre primitivo tuvo que sentar las bases de una organización territorial y social que se le iba de las manos porque era ya grande e importante. El hombre es por naturaleza un ser racional y social. Pero también es un ser altamente conflictivo en su propiedad particular y en su concepción de la vida, sea esta mitológica, antropomórfica, cósmica o espiritual. Pero es un animal racional, y esto conlleva voluntad e inteligencia para superar cuestiones de supervivencia o control sobre una organización que él mismo establece. De ahí que intente vivir en paz para salvaguardar sus vidas y haciendas como dice la sentencia.

- El hombre claro siempre tiene a su alrededor – continuó diciendo el famoso locutor de radio – una mujer a la que hay que defender de curiosos, mirones e hipotéticos amantes, unos hijos a los que defender de la competencia ajena y de los tiburones de la tierra. Un territorio común o privado que aquéllos que le rodean intentan conseguirlo o quitárselo. Y unos vecinos lejanos o cercanos con los cuales estará enfrentado también al menor cambio de los vientos. ¿No está todo esto ya superado?.

- Es verdad que hoy en día muchas de estas cosas se han superado, pero noten que siempre se tiene un enemigo, bien potencial, o real, un enemigo que se agazapa y que espera la menor oportunidad para saltar sobre uno al menor descuido. Después de

la Segunda Guerra Mundial fueron los dos grandes bloques: Los comunistas y los capitalistas los que enfrentaron, más que un modo de vida una concepción dogmática de entender, una idea de poder y autoridad, llámese democrática o dictatorial. Los Países occidentales tenían como enemigo o adversario en ciernes a los comunistas, y estos al revés, a los otros, a los que apodaban imperialistas. Al acabarse los bloques, tras la caída del Muro de Berlín, han surgido otras facciones enemigas como los grupos terroristas que desequilibran la balanza de contrapesos que antes imperaba entre países occidentales o capitalistas, o países del Este o comunistas. Y aunque existe una gran Potencia Mundial como son los Estados Unidos de América, ese principio de fuerzas iguales ahora se ha desnivelado, pero, para bien de todos, debe asegurarse también que no se traerán a escena nuevos enfrentamientos o conflictos de otro orden o tipo.

- Sí, - dijo Santy del Álamo algo enfadado - pero sigue sin responderme a la pregunta de, si es posible la paz y la convivencia entre las dos religiones, los cristianos de Occidente, incluyendo a los Estados Unidos, el Canadá y Australia, y a la otra gran multitud de creyentes y fervientes de la religión islámica. ¿Qué dice la doctora Araceli Solyman que conoce bien estos hechos por su profesión y estudio?.

- La profesión poco da a cambio. El mando del mundo no lo llevan los dioses, lo llevan los políticos y los grupos de presión económicos que son los que imponen en el mundo un tipo de vida determinado. A lo largo de la historia se ve como algunos pueblos imponen la paz, el orden, la convivencia, pero son esas fuerzas minoritarias, muy potentes, quienes tuercen el fiel de la balanza para un extremo o para el otro. Un fiel católico de a pie, un ferviente orador de la Meca, nunca se harán enemigos si cada uno en sus creencias religiosas no se molesta al otro. Además debemos pensar que ambos adoran a un único Dios o Alá. Y eso les diferencia de los que no creen en nada, o tienen otras creencias religiosas, morales o espirituales diferentes. La paz debe de prevalecer por encima de cualquier locura, asesinatos o frustración moral.

Las palabras de los contertulios iban subiendo poco a poco de tono y de intensidad. Era obvio que el tema era interesante y espinoso, y que cada cual juzgaría el tema según sus creencias y opiniones.

Santy como buen profesional y muy avezado en estas lides, tomó de nuevo la palabra y dijo:

- Arundhati Roy, la escritora hindú y defensora de los Derechos Humanos acusa a los Países occidentales europeos y a Estados Unidos de estar practicando una política cínica, globalizadora, colonialista, y rapiñera. ¿Tienen algo que decir o que objetar a este respecto?. A ver quien quiere empezar. ¡Ud. mismo D. Fernando!.

- Bueno, esta señora escritora hace lo que debe hacer los de su clase, engordar sus arcas con las novelas que vende y arrear al Occidente culpándole de todas las ruinas, maldades y epidemias y desolaciones de la India o de África. Cada pueblo debe empezar ya a saber que tiene que valerse por sí mismo. Y no mirar a Occidente como la panacea de todo bien, o como que viene el coco que trae mal y desdichas. Es bien verdad, que algunos gobiernos corruptos dejan a sus pueblos en el abandono, pero, esos gobiernos y autoridades, ¿se han preocupado alguna vez de quitar los burkas a las mujeres afganas de sus cabezas, de dejar de explotar a las mujeres y a los niños en trabajos ínfimos y en los campos donde curran y curran a destajo para los mayores, se han ocupado de una educación y una sanidad mejor como aquí en Occidente...?. Bueno, ellos son tan culpables que nadie. Y la política que debe hacer Occidente con respecto a Oriente debe ser como esa sentencia china. Se debe enseñar a pescar a las gentes, no darles el pez pescado para que se lo coman tranquilamente y encima se rían del que pesca.

- Yo no estoy de acuerdo con esa postura – manifestó la doctora Araceli Solyman cuando apenas había dejado de hablar el profesor Fernando -. Arundhati Roy no ha querido decir eso exactamente. Nuestra presentadora Juana Matta, y luego, Ud. mismo, don Santy del Álamo, han esbozado unas posiciones y posturas que se vienen dando desde mucho antes de las Guerras Mundiales. El principal poder hoy en día es el económico. Unas cuantas familias, grupos o empresas multinacionales, lo que llaman Los Globalizadores, son los que mandan en el mundo. Los gobiernos a veces obedecen sus órdenes como corderillos. Sólo los grupos ecológicos o antiglobalización luchan desesperadamente, incansable y indeciblemente por cambiar las cosas, las ideas, y las vidas, con el eslogan de que un mundo mejor, más justo, más equilibrado y más sano redundará en beneficio de las siguientes generaciones. Pero hay gentes importantes que mandan en las sombras, en la oscuridad, porque tienen dinero, petróleo, haciendas, y manejan con astucia e inteligencia, ese nuevo poder, casi místico, de los medios y las fuentes de comunicación social, y con los organismos bursátiles a sus pies, hacen todo lo que desean, incluido quitar gobiernos de algunos países reticentes o vampirados, o manejar o corromper a personas que están al frente de ciertos organismos públicos. Y no les importa un bledo hacer oídos sordos a grandes manifestaciones para cuidar por el medio ambiente, o no envenenar atmósfera ni los océanos ni ríos con fábricas o empresas que contaminan descaradamente nuestros ríos, océanos y tierras. Dominan las rutas del petróleo, las rutas del oro y del uranio enriquecido, las rutas secretas del opio o las drogas, las rutas de la economía sumergida de Corea, Taiwan y o Tailandia, donde se explota a la gente con cuatro perras gordas para realizar tareas que son inhumanas.

A muchas gentes de Occidente se les llena la boca de libertad, tolerancia y democracia, cuando en verdad las tres palabras claves debieran ser: justicia social, la lucha contra la pobreza, y ecuanimidad de derechos humanos para todos. Mientras haya desigualdades sociales profundas, mientras el hambre campee por medio mundo, mientras en el otro medio se tiren a las basuras frutas o alimentos para que los precios no bajen, el mundo seguirá un rumbo equivocado, un rumbo falaz y opresivo. Y al final todos descubriremos con horror y pena que nos estamos fabricando un mundo destructivo para unos y para otros.

Entonces intervino de nuevo Juana Matta con su palabra rotunda, documentada, y llena de suaves modulaciones femeninas para exponer:

- “A pesar de estar ya en el tercer milenio la herida entre Oriente y Occidente parece existir desde siempre, y no cerrarse nunca, porque no solo priva y subyace en el fondo dos concepciones de vida sino dos modos de entender el poder y la religión. Desde Buda a los hijos de Genghis Khan, desde la visión relajada y aquiescente de Oriente frente a la competitiva y voraz de Occidente. Desde la India hasta Jerusalén. Desde Jesús a Mahoma. Todo parece seguir su curso. ¿Oriente frente a Occidente?. ¿Occidente y Oriente?. Estrés o cansancio frente a desidia y miseria. Siempre nos olvidamos – recordaba Juana Matta - que durante muchos siglos fueron los sabios o científicos musulmanes, astrólogos, médicos, ingenieros o letrados árabes, los que enseñaban e investigaban las ciencias de vida humana y sus consecuencias. Que literatos y poetas inundaban las grandes ciudades hasta de Occidente, que el comercio y el desarrollo económico vino impulsado por sus pueblos, y que judíos, árabes y cristianos compartían negocios, vidas y haciendas, voluntades y servicios comunes. Hoy esto parece querer olvidarse. Pero la historia está ahí para cualquier erudito o profano que quiera consultarla. Es decir, que en la Edad Media la civilización Oriental resaltó y fue más importante que la Occidental. Hoy, parece que la tendencia quiere ser o es la contraria. Así son los tiempos y la vida. Pero la vida es, como todos sabemos a veces, una tómbola y una ruleta de la suerte. Los cambios, las modas, el paso del tiempo, la suerte, los conocimientos, los azares históricos, los cambios de imperios, puede hacer que dentro de cien o doscientos años, la curva histórica se invierta, y las flechas del arco apunten en otra dirección. Por eso debemos ser juiciosos, y analizar todo bajo el prisma de la comprensión, de la tolerancia y de la verdad histórica. El pueblo que olvida su historia dijo el poeta está llamado irremediablemente a repetirla. Y a equivocarse dos o tres veces por lo mismo.” Por tanto, y esta pregunta es para los dos – argumentó la colaboradora de Santy -, ¿cómo ven Uds., la postura y el papel de líder universal, de jefe material y espiritual de Occidente, de los Estados Unidos de América, con su política

particular entre países islámicos y países capitalistas occidentales?.

- La pregunta no es exactamente ésa – dijo la doctora Solyman -. Yo la plantearía más o menos así: ¿Cómo debe construirse el nuevo Oriente del siglo XXI?. El conflicto palestino-israelí tiene para todos unas consecuencias nefastas, altamente explosivas para la zona. Y para muchos países limítrofes. Todos los analistas lo dicen, mientras no haya una Solución aceptable y pactada para ese conflicto, la Paz y convivencia en esa parte del mundo estará en entredicho, y penderá de un hilo, de un hilo de araña, ni tan siquiera de un hilo de seda. Además esa política de pequeños pactos o acuerdos es puro maquillaje que durará sobre el papel lo que dura una brisa primaveral. Las últimas situaciones se caracterizan por unos intereses económicos fuertemente dependientes y derivados de las fuentes de energías clásicas. Las alianzas se basan en una geoestrategia de amor-odio, de celos y venganzas, de amistades y traiciones, y de petróleo o minas de oro o plata, que siempre han caracterizado y primado en esas partes del mundo. Los Estados Unidos cuentan también con aliados en los países árabes, véase en los Gobiernos de Arabia Saudí, Kuwait, en Pakistán, en Turquía, y hasta en Egipto. Por lo tanto, debemos entender el problema como una derivación de las consecuencias del Segunda Guerra Mundial.

- Yo no estoy de acuerdo con el fácil y sencillo planteamiento que ha hecho la doctora Araceli, claramente oriental y pro árabe – criticó el profesor de la Universidad de Navarra. Los adeptos al Islam siempre han mantenido un proselitismo más exagerado.

- ¡Igual que los cristianos lo han hecho en Las Cruzadas y en otros momentos históricos! - interrumpió momentáneamente la señorita de la Universidad de Granada.

- No, no es eso exactamente. Vamos a ver - continuó su explicación el señor Fernando con una arrogante sencillez, mientras fumaba un cigarrillo rubio americano, y lo posaba a veces en un camuflado cenicero de la mesa del locutorio -. Mire Ud. señorita, lo que quiero decirle: ¿Qué es lo que ha habido en Afganistán?: Fusiles rusos “kaláshnikov”, aptos para disparar a cualquier persona de buena voluntad que viva allí o se acerque incautamente por allí. Sus mujeres van con unos horribles “burkas” que les tapan los ojos y la piel. Una educación para mujeres y niños pobre, inexistente, escuálida y como de burros, con perdón, como esos pollinos y jumentos que llevan los campesinos sus obsoletas mercancías y ruines objetos al mercado o al zoco. Las niñas y los niños están siempre separados, discriminados y maltratados. La “guerra santa” con el Corán en las manos, invocando la destrucción de los países civilizados occidentales. Y todo esa política de guerra, pobreza y destrucción ha sustituido al desarrollo agrícola, comercial o industrial, fructificando en cambio el dinero negro, la vida fácil, pues las

drogas y el hachís se han apoderado de sus campos de cultivo, y el opio ha resurgido de las cenizas terrenas sobre las aletargadas frutas, las anteriores succulentas hortalizas, los cereales o la ganadería. Tan brutos y salvajes han sido, que hasta han dañado y volado las estatuas de Bamiyán, esos pobres Budas de piedra que a nadie molestaban ni hacían daño, ni mal ninguno. Sólo una banda de cafres o bárbaros como ellos, exageradamente enfurecidos y locos, se les podía ocurrir semejante cosa. Ese fundamentalismo islámico es el que ha propulsado el enfrentamiento, y la lucha con los valores y las serias conductas de Occidente.

- Pero, Fernando, todos los islamitas no son terroristas. Y tú parece confundir los dos términos. Y meter en el mismo saco a islamistas y a sicarios terroristas.

- ¡No, no, yo no confundo los dos conceptos como tú parece hacer constar, señorita Araceli!. Yo lo único que pretendo explicar es que las gentes de estos pueblos, hoy en día se mueven por convicciones religiosas altamente explosivas, y muy radicalizadas en cuanto a sus modos de entender y vivir la vida. La consecuencia es que hayan proliferado estados anárquicos como Irak, Irán o Libia, con sus líderes sujetos a la poltrona del poder durante años y años, sin elecciones democráticas ni nada por el estilo, y sus súbditos esclavizados por esos regímenes. ¡Sí, es verdad, y no lo niego, el aporte cultural y científico que personas sabias y otras de buenas cualidades y talentos ha dado el Oriente a al historia!. ¡Pero no es oro todo lo que reluce, amiga mía!.

- Bueno, vamos a ver compañeros, vosotros sois eruditos y profesores que tratáis estas cosas, - tomó ahora la palabra el mismo moderador Santy del Álamo que había permanecido hondamente callado y oyendo a sus tertulianos casi sin pestañear a pesar de sus diferencias y de sus encontronazos - está bien todo eso, pero, explicarme, que no se ha explicado bien todavía, qué objetivo final tenían los terroristas con sus malvadas actuaciones, cuáles eran los últimos y profundos motivos por los cuales un puñado de hombres fanatizados intentan y destruyen las Torres Gemelas de Nueva York el 11 de Septiembre, y atacan despiadadamente el mismo Departamento de Defensa, el Pentágono de Washington. Aquí lo que se juega, además de la educación, la cultura, el arte y el progreso frente a la incultura, barbarie, fanatismo, intransigencia, es un modo de establecer estrategias y cercos de seguridad. No es cuestión de miedo frente a osadía. Ni de cobardía frente a valentía. En cambio, si podemos decir que es rabia y orgullo, mala suerte y desesperación, como mencionó elocuentemente Oriana Fallaci. La misma periodista italiana, amigos, vivió directa y dramáticamente la tragedia neoyorquina, y lo expresó con sus angustias, sus frustraciones, sus sentimientos y pesadillas, en un conmovedor relato periodístico publicado en prestigiosos medios de prensa y comunicación. Pero como ella, yo mismo, y muchos ciudadanos del

mundo libre, vimos o tuvimos una sensación de que aquello se iba a cerrar en falso, y una sensación de guerra inundó nuestros ya rotos corazones.

- Y es que Nueva York, no se merecía eso, nunca se mereció eso – interrumpió sin esperar nada a cambio la profesora Araceli Solyman. Y si algo siempre se mereció la ciudad de los Rascacielos fue un gran monumento a su cosmopolitismo, a su ingente trabajo cotidiano, a su ideal y afán de libertad, o de acoger a emigrantes y extranjeros que vieron fructificar, e impulsar con nuevas manos y nuevos ojos, una nueva ciudad, una ciudad colosal pero fantástica. Una Gran Ciudad comparable en la historia a la Babilonia mesopotámica, a la Tebas antigua egipcia, a la Samarcanda en la Ruta de la Seda, a la ciudad de Petra en Jordania, a Jerusalén en Oriente, y a Roma Imperial en al antigüedad, y a tantas ciudades que nacieron para la historia, demostrando al mundo que la eternidad y el prestigio viene por su trabajo y sensatez, por su afán de dignidad, de esfuerzo, de superación y amor a la tierra.

- Por eso quiero recalcar aquí de nuevo, - tomó la palabra de nuevo Santy del Álamo - como también escribió en otra crónica periodística, la escritora Susan Sontag, que todos deberíamos volver a Nueva York para así demostrar al mundo y a todos nuestro amor a una Gran Ciudad, urbe que debe seguir siendo el símbolo del cosmopolitismo, de la libertad y de la convivencia entre los pueblos. Y la misma escritora también está de acuerdo en que no debe ser una lucha entre dos fecundas y esplendorosas civilizaciones clásicas, sino una yuxtaposición de afanes e intereses comunes. Debemos obviar la interesada oposición que algunos quieren ver entre musulmanes o cristianos, sino que son dos mundos que han nacido como dos caras de la misma moneda. ¿No lo cree así Ud., Don Fernando?.

- Sin duda así lo creo. Y así debería ser. Pero lo que no se dice, se calla y ahora se habla muy poco, son de esos desgraciados seres, de esas víctimas del terrorismo que ya no pueden decir lo injusta que fue su muerte, lo malditos que son sus asesinos. Tenemos que sentir y musitar una profunda oración, orar por esas muchas personas que murieron abrasadas, terriblemente fulminadas, exterminadas sin piedad ni consideración, sepultadas en tumbas no previstas dos horas antes del holocausto. Yo quiero llamar la atención para que todos reflexionen sobre la magnitud de la tragedia en aquella mañana de Nueva York cuando los niños y los escolares iban inocentemente a sus colegios e institutos, las personas caminaban o circulaban felices y seguras bajo un sol claro y diáfano, la ciudad comenzaba su quehacer cotidiano y sus gentes inocentemente descuidadas, y silenciosamente pensativas, se disponían a trabajar con ordenadores o máquinas informáticas, a negociar con papeles y agencias financieras, a emprender nuevas tareas comerciales, o a desarrollar servicios portuarias, a estructurar nuevos proyectos económicos, en fin, a convivir unos

con otros, y a vivir con fiebre competidora en esa gran Ciudad norteamericana, y muchos a tratar, como todos los días, de buscar un resquicio de posible felicidad entre unos muros de piedra o de cristal, de cemento y hierro, de ladrillo u hormigón, de sus edificios comerciales o mercantiles. Pero, desgraciadamente, algunos de ellos ya no volverían de sus puestos de trabajo, y no volverían a ver ese sol claro y diáfano del amanecer neoyorquino con la silueta de la Estatua de la Libertad a la entrada de la bocana del puerto de Nueva York. Y como anónimos héroes morirían minutos más tarde, víctimas del salvaje atentado. Sus horribles quejidos de angustias, sufrimientos y desesperación, sus estertores de muerte se oyeron lejanos entre las negras cortinas del humo asfixiante y mortífero, y surgieron infernales voceríos y gritos de angustia y desesperación, que se mezclaban con terroríficos miedos, o espeluznantes síntomas de frías congojas sin fe ni esperanza en la salvación, macabras escenas de espanto, y de huida imposible. O esos inocentes suicidios sin mente ni cráneo donde aprisionar el cerebro loco, ni sangre roja ya por donde deslizar la fluida corriente hacia el descuartizado y roto corazón. Venenos humeantes y malignos aromas. Gritos y alaridos asfixiantes como perros enjaulados que conocen la súbita muerte por el olor de su ennegrecido acero. No hay palabra grande, ni vocablo justo y ecuánime, no hay frase humana ni lingüística, que pueda describir tanta angustia, congoja y desesperación, que pueda relatar, aunque sólo sea en un diez por ciento, la terrible catástrofe vivida, sufrida y padecida en sus tristes carnes por unas gentes tan inocentes, unos honrados trabajadores y pacíficos ciudadanos estadounidenses.

- "¡Todo eso es verdad!. ¡Terrible verdad que no quisiéramos contar! – concluyó Santy del Álamo Márquez con su voz emocionada y rota, y su corazón desarmado y entristecido -. Fue no un espectáculo triste y delirante, dramático y agónico, desesperante, horrible. Porque ninguna muerte es digna de llamarse espectáculo, aunque fuera retransmitida en directo por la radio y la televisión de medio mundo. Nada hay más terrorífico e inhumano, más cruel y vomitable, que sentir todo el podrido lodo gris, o el asqueroso y asfixiante humo mortal, rodeando tu indefenso y frágil cuerpo de piel desnuda. Todo es, fue, una pesadilla, una imaginación anacrónica de inmundos gusanos apestosos corroyendo una manzana hermosa. Aquellas ateridas y aterrorizadas pobres gentes agolpándose en compacto pelotón como hormigas despistadas en un ajeno hormiguero de termitas rojas, comprimidas por las rotas paredes del fulminado edificio, en dramáticos escorzos y con un lúgubre griterío de muerte y desolación, balanceándose o deslizándose sin tino por las descuartizadas ventanas, rotas en mil pedazos por la terrible explosión, huyendo desesperadamente de la misma sombra de la muerte, sin atisbar a ver que la abrazaban de nuevo en cada instante, en cada el hueco vacío de la horrenda superficie. Quizás



ni el mismo Dante Alighieri podría haber visto ni imaginado nunca nada igual de esta tamaña tragedia de horror y muerte, ni supuesto en su “Divina Comedia” este fogonazo, este horrible drama, este verídico y terrible impacto de muerte, con este agónico holocausto de las Torres Gemelas de Nueva York cayendo con sus víctimas dentro, bajo el fatídico peso de sus pies de barro o de impotencia.” Muchas Gracias, Juana Matta Valdés, compañera periodística de la casa, gracias por tu labor de documentación y comentarios. Muchas gracias también a nuestros contertulios de hoy, tan amables y gentiles, a Doña Araceli Solyman Vélez de la Universidad de Granada, y a Don Fernando Ruiz Preston, de la Universidad de Navarra, por habernos ofrecido sus puntos de vistas, a veces iguales y otras divergentes, pero exponiendo sus opiniones con libertad y honradez, con pasión o clarividencia.

Y un minuto de silencio por las víctimas inocentes de las Torres Gemelas, que fueron muchas, y por las posibles e involuntarias muertes de Afganistán, que también las habrá. Que este clásico y eterno “Réquiem de Mozart”, que ahora mismo escuchamos y oímos abra el buen entendimiento, el corazón y la buena voluntad de los humanos, para todos los que quieran sentir y escuchar un mensaje callado y silencioso de paz y concordia, de esperanza y de vida.

Después de ese minuto de silencio en las ondas con la música sinfónica de fondo, se dio paso como siempre a las cuñas publicitarias y a los siguientes informativos de noticias.

\*\*\*\*\*

La mansión de Santy del Álamo era grande y espaciosa. Era un elegante chalet, una bonita torre con un cuidado jardín enclavado en las afueras de la Ciudad Condal, en uno de los bonitos y lujosos barrios residenciales.

Juan María, el hijo mayor, acompañado de su esposa, la bella Carla Suárez, tenían cena de negocios con unos amigos y clientes aquella noche, por lo que habían llamado a los padres de Santy, aquel fin de semana, para que se hicieran cargo de los peques mientras durase la jornada.

- ¡Encantados!. ¡Traerlos, ahora mismo! – les había contestado la señora Margarita, a quien le gustaba mucho estar y compartir con sus nietos todo el tiempo que fuese menester.

- Iremos dentro de una hora aproximadamente.

Margarita-Eloise llena de júbilo y satisfacción no había podido callarse por más tiempo y dijo a su esposo:

- ¡Santy!, ¡nos traen a Helene y al pequeño Lauren!
- ¿Cómo dices?. ¿Que nos traen a los nietos?.
- ¿Cuándo?.
- Dentro de una hora o así.
- ¿Y dónde van ellos?.
- De cena de negocios con unos amigos. ¿No te importa, verdad?. Les he dicho que sí, que vengan.
- Está bien mujer. Haremos un sacrificio. Pero sabes que tengo que preparar esos temas.

Cuando bajaron del automóvil, los chiquillos fueron corriendo, gritando y desahogados a besar y a abrazar a sus abuelos paternos. Hacía casi un mes que no les veían y estaban todos encantados, unos de irse tranquilamente de cena, y los pequeños de jugar, corretear y dormir en casa de sus abuelos, como en los viejos tiempos cuando eran más pequeños que corrían y corrían por los pasillos o por los senderos del jardín al escondite inglés, o se ponían sentados a jugar a la Oka o al Parchís con su abuelo o su abuela.

Bajaron sus bártulos, sus neceseres, y un regalo que traían para los abuelos. Un frasco de un elixir ambiental que daba un olor aromático muy tropical y extraño, como sándalo de oriente, a la que su abuela era muy aficionada a poner extraños olores en los rincones más insospechados del hogar.

Santy y Margarita les habían obsequiado a los chiquillos con sendos libros de aventuras.

Después de tomar un ligero aperitivo, un refresco y un bocadillo de jamón con queso y lechuga, los padres de los muchachos se despidieron de ellos y se fueron a la mencionada cena donde se reunirían con varios amigos en plan de negocios.

Helene y Lauren pidieron a sus abuelos que les dejaran jugar un poco con el juego del Pokemon. Luego pidieron jugar a una partida del parchís, pero la abuela les dijo que a ese juego se haría ya muy tarde para concluirlo, que mejor a una partida de la Oka. Así lo hicieron hasta que dieron las diez y media de la noche, en que los abuelos les hicieron saber que era llegada la hora de irse a la cama a dormir.

Pero su abuelo y su abuela, Santy y Margarita del Álamo, querían que sus nietos Helene y Lauren, los dos hijos del mayor de sus retoños, de Juanmary, actor de cine y teatro, y de Carla Suárez Patrison, una mujer abogada de origen norteamericano, estuviesen contentos y durmiesen felices.

Por eso, no resistieron la tentación de contarlos un cuento. Un pequeño relato.

- ¡Tú los cuenta muy bien, abuelo! – dijo el pequeño Lauren haciéndole la pelota.
- ¡Pero hoy le toca a la abuela contarle! – mencionó algo enfadada la pequeña Helene.
- ¡Bueno, no discutáis, – puntualizó Margarita con cierto énfasis cariñoso – os lo contaré yo misma!. ¿Verdad, abuelo?.

El abuelo, Santy, inclinó la cabeza y con una ligera mueca afirmativa dio a entender que en ese momento mandaba la abuela en el hogar, y que todos a callar.

Y la abuela comenzó la narración así:

“Érase una vez, hace mucho tiempo, una mujer llamada Yan, una enorme y gruesa mujer que concibió un país llamado África. Ella era una especie de gran diosa-madre con un regazo, con un vientre donde entraban muchas cosas, desde el gran cielo azul con la Luna y las estrellas de la noche a las verdes y extensas praderas africanas con sus árboles y sus bosques de alrededor, y con su enorme boca llegaba hasta besar las más altas cumbres montañosas como el Kilimanjaro, que es un pico muy, pero muy alto del continente africano.

Esta primera gran dama del mundo, decían las malas lenguas que había nacido directamente de uno de los hijos de Adán y Eva.

Luego, Yan se casó con Yin, un enorme gigante que habitaba en solitario en el desierto del Sahara. Un corpulento hombre de mucha altura, muy rubio como la arena, y muy feo como las mismas piedras de aquellas peladas montañas.

De todos los once hijos vivos que tuvieron Yan y Yin, y que tomaron el apellido de “África”, cinco fueron varones, altos, fuertes, feuchos como su padre, pero aguerridos y valientes, cuyos nombres fueron: “Nay – Ney- Niy – Noy – Nuy”. Sus seis hijas fueron hermosas y robustas hembras, unas mujeres alegres y risueñas, y más hermosas que sus hermanos, que eran pretendidas por muchos varones de las tribus y pueblos cercanos para casarse con ellas”.

- ¿Y cómo se llamaban éstas? – formuló la jovencita con cierta ingenuidad infantil.

- Sus nombres eran: “Frida – Freda – Frada – Froda – Fruda , y la más pequeña se llamaba, Fríodita”.

- ¿Qué es eso, abuela, de “concibió” un país llamado África? – interrumpió su nieto con enorme inocencia y una voz llena de graciosa candidez.

- ¡Calla, Lauren, no interrumpas, que pareces aún un crío!. ¿No sabes que los cuentos son así?.

- ¿Cómo?.

- Imaginarios... Fantasiosos... ¿A qué sí, abuela?.

La abuela movió la cabeza ligeramente hacia abajo para afirmarlo.

- ¿A qué también los hay... realistas y verdaderos?.

La abuela volvió a hacer unas muecas con la cabeza en el mismo sentido.

- ¡Qué te lo crees tú, mono!. Esos no son cuentos son novelas.

- ¿A qué yo no soy un mono, abuela?. ¡Tú si que eres una mona, una mona, y descienes de ellas, de ellas...!

- ¡Bueno, haya Paz entre vosotros!. Si no me escucháis con atención y espíritu de confraternidad, me callo y se acabó. ¡Mucho, mucho, que os narre un cuento, mucho que os lo cuente de esa manera, y cuando comienzo el cuento ya estáis incordiando y peleándoos por nada, como dos chiquillos tercos y maleducados. ¡Parecéis unos niños tontos y caprichosos!. Tu padre y tu madre os tienen mal acostumbrados y algo consentidos. Antes no éramos así.

- ¡Perdona, abuela, fue Helene la que comenzó el jaleo!.

- ¡Mentira, fue él el primero!. ¡Idiota!.

- ¡Si oigo una palabra más de vuestros labios me calló definitivamente!. ¡Qué paciencia hay que tener, Dios mío!. Diré a vuestros padres que no os vuelvan a traer aquí...

- ¡No, no por favor abuela, no lo hagas!.

- ¡Por favor, no lo volveremos a hacer!. Te lo prometemos...

- Sois unos buenos zalameros, unos grandes farsantes. Espero que lo cumpláis. Y ahora a callad y a dormir.

La abuela siguió contando el cuento con estas palabras tranquilas y sosegadas que toda abuela sabe hacer valer en tales circunstancias, hasta que percibió que ambos jóvenes comenzaban a respirar más profundamente:

Margarita-Eloise, al cabo de un rato, miró hacia las pícaras y traviesas caras de sus dos retoños, y respiró con honda satisfacción. Creía que ya por fin se habían quedado dormidos.

Helene, la mayor de los dos hermanos, tenía una mirada porfiada y pensativa, una niña inteligente y con mucha capacidad de oratoria, y contaba sólo diez años de edad.

En cambio, su hermano, Lauren, tenía siete años, era listo y juguetón, con la sonrisa de un loro y el aspecto de un pícaro y picajoso jovencito.

## SEGUNDA PARTE

### “ ENCRUCIJADA MORTAL ”

## SEGUNDA PARTE

### “ENCRUCIJADA MORTAL”

#### CAPÍTULO DIECISÉIS

Después algo, o mucho, había cambiado en la Gran Ciudad.

El terrible impacto también nos había cambiado a nosotros.

Y contemplábamos una doble visión apocalíptica sobre aquella terraza donde Miriam Starpe Suan tenía su apartamento.

Era un apartamento cómodo, coqueto y afable, sin duda muy estudiado para seducir y embaucar a algunos sujetos algo inexpertos en las redes del amor. Yo lo sabía pero no movía un dedo porque mi convicción era la de dejarme llevar en los asuntos del amor, y como nunca salen las cosas como las planeas, no me importaba ni un ápice algunas cosas, que a algunas personas puede parecerlas muy importantes a la hora de decidir sobre su vivencia personal.

Ella acababa de colgar su teléfono, y dejado a su madre Nuncy casi con la palabra en la boca. Yo había respirado un poquito porque aquella mujer que era la madre de Miriam, me envolvía como una piltrafa en una ruleta rusa, me desesperaba hasta los huesos, me inquiría constantemente con sus malos requiebros y amargas palabras, sus excéntricos desaires y su mala leche, amén de su terca o segura locura, o lunática paranoia de vieja rencorosa, sino haciendo furor en ella un galopante Alzheimer que le nublabla más mente que corazón.

Luego desde aquella ventana, Miriam y yo mismo seguíamos contemplando el cruel espectáculo de una triste situación, de una penosa e inesperada desolación.

Las Torres Gemelas neoyorquinas ardían de alta fiebre por los cuatro costados, y la negra humareda como grisáceo manojo de teas o antorchas encendidas con su tóxico humo gris inundando la

roja sangre de las nerviosas y angustiosas personas, que se asomaban despavoridas por las esquinas de los altos ventanales de aquellos egregios edificios pidiendo socorro, ayuda, y más socorro y ayuda de nuevo, gritos, sones, palabras que parecían no llegar nunca al suelo, aterrizando en los oídos de bomberos, gentes salvadoras, o policías, que estaban abajo, como hormigas lejanas de una inconcebible marabunta. Palabras y gritos de auxilio y ayuda que parecían vanamente estrellarse sobre el amplio vacío físico que separaba el cielo de Nueva York de la tierra de la Gran Manzana. Gentes desoladas, locas y con las manos en alto, enloquecidas de espanto y dolor, que se agolpaban fatídicamente esperando más la muerte que la salvación como un oscuro y negro presagio de las Parcas.

Mario Ruber apenas había desayunado. Se había quitado el pijama y vestido con cierta premura, con acelerada rapidez, como cuando una urgencia te dicta lo que es primordial y tienes que hacer, y lo que es secundario y puede esperar.

- ¿Qué haces?. ¿Dónde vas a ir?.

Esas sobresaltadas palabras le había dicho Míriam cuando vio en los ojos y en los hechos de Mario el deseo de marchar, y dirigirse hacia el lugar de la catástrofe.

- ¡Anda!. ¡Vístete tú, y acompáñame!. Debemos fotografiar y ayudar a esas pobres gentes.

- ¡Más ayudar que fotografiar!, ¿dirás?.

- ¡Bueno, sí, eso quise decir!. ¿Vienes o no?.

- Espera. Voy a...

- Pues date prisa. ¡Ah, y coge la cámara de vídeo también!.

Yo tenía que estar tal vez muerto... Yo tenía que estar muerto si uno de esos aviones fuera mi propio avión. Eran palabras que repetía su mente sin saber por qué, y una y otra vez le angustiaban y le obsesionaban. Debo hacer algo, hacer algo..., tal vez así logre borrar la inquietud que atenaza a mis nervios – se repetía mentalmente una y otra vez.

La radio y la televisión seguían mostrando serias y flagrantes imágenes de aquella sorprendente tragedia, e indicando algunas de las cosas que había que tener en cuenta, y que se debían de tomar en seria consideración y no a chirigota.

- ¿Ya estás listas, Míriam...?.

- Han surgido problemas. Están bloqueadas las alarmas y embotelladas las calles y avenidas. Recomienda la radio y la TV. prudencia y sensatez. Quizás sería imprudente salir sin más ahora de la ciudad.

- ¿Deja la apatía, mujer, a un lado!. ¡Si no vamos a escapar...!. Sólo vamos a dirigirnos a la zona de la catástrofe por si podemos ayudar en algo. ¿Comprendes...?.

Él se había puesto unos pantalones vaqueros algo ajustados y desteñidos, y con ciertos fingidos trozos como añadidos a la tela según la moda imperante. Se había ajustado una camisa de un

azulado como de lilas a punto de florecer, y un jersey de lana virgen en tonalidades anaranjadas.

Se estaba acabando de atar los lazos de sus zapatillas de deportes de cierta marca en forma de media luna, cuando inesperadamente llamaron al timbre metálico de la puerta.

- ¡Miriam!. ¿Has oído...?. Llamen a la puerta. Mira a ver de quién se trata.
- ¿Qué...?
- ¿Me parece que han llamado a la puerta?. Era como de aquí arriba. Mira primero por la mirilla.

La mujer que estaba medio abrochando su vestido blanco como si la nieve nada tuviera que ver con el atroz fuego rojo que desprendían las Torres incendiadas, hizo una mueca de desconfianza, y luego ademán de darse prisa por ir a ver quién llamaba a esas trágicas horas.

- ¿Quién será a estas horas? – repitió casi en un sacro silencio catedralicio la mujer que se había acabado de ajustar y cerrar el abierto vestido blanco como de una deportista olímpica.

Esperó el tiempo suficiente mientras inconscientemente se alisaba el rubio cabello con la mano, y medio despeinada aún por la brusquedad del acontecimiento abrió la puerta con cierto sigilo y precaución.

- Buenos días. Miriam. ¿Sabéis ya la triste noticia?. Ha habido varios atentados en los Estados Unidos, y arden las Torres Gemelas por los cuatro costados.

Una voz femenina, carrasposa y cortante, afónica y titubeante, informaba de lo sucedido, tratando de contener las lágrimas que le asomaban y se escurrían sin poder impedirlo por las suaves y morenas mejillas de origen hispánico o portorriqueño.

- ¡Sí, lo estamos siguiendo por la tele y por la radio! - contestó con voz más segura y más modulada la joven Miriam.
- ¡No puede ser, no puede ser ...! - irrumpió con voz temblorosa y con un largo y grave sollozo la muchacha que la visitaba.

Se notaba que estaba muy afectada por la calamitosa situación. Tal vez algún familiar, amistad o amigo trabajase en las Torres Gemelas. Era una joven de unos veinticinco años, con traje negro de esos que llevan las mujeres dedicadas a la gimnasia rítmica. Sus ojeras delataban que llevaban algún tiempo encharcadas en lágrimas y lágrimas. E intentaba también, casi inútilmente, con tanto sollozo y pena, atusarse el negro pelo más largo y despeinado que el de su vecina Miriam.

Era Ingrid Thomas Ruiz, una bailarina de ballet clásico, y profesora de danzas en los ratos libres que vivía justo en el apartamento de enfrente, y con quien Miriam mantenía una buena relación de amistad.



- ¡Pero, pasa, Ingrid!. ¡Perdona, por no haberte hecho pasar!.

Penetró la joven mujer como quien penetra en un recinto acogedor y seguro, y desea explayarse con las cuitas que la enervan vilmente su vientre femenino.

- ¡Es que Andrée ha marchado a ver qué pasa...!.
- ¿Y te has quedado sola en casa con esa terrible angustia, verdad?. ¿Por qué no has venido antes?.
- Es que tengo mucha pena.

Entonces apareció en el pasillo Mario que saludó a la joven bailarina con palabras entrecortadas por la situación que se estaba viviendo.

- ¡Buenos... días!
- ¡Ah, os presento!. Éste es mi amigo Mario, un pintor español... y un prestigioso fotógrafo. Iba también a salir a ver qué pasaba. Yo le iba a acompañar, aunque recomiendan por la tele y la radio que se tomen ciertas precauciones, que se extremen ciertas medidas de seguridad. ¡Y no se salga por salir!.
- ¡Pues vete, vete, id, no os quedéis aquí sólo por mí!.
- ¡Ni hablar! – profirió la dama con cierta cordura. ¿Te importa ir solo, querido?.
- Ingrid me necesita. Además sacaré a “Thilma” a pasear cerca de la manzana. Tal vez me entere de otras cosas. ¿No te importa verdad, amor?.
- ¡Está bien, cariño!. ¡Pero cuidaros mucho vosotras!. ¡No se sabe que puede pasar aún!. Puede haber por ahí más bombas o artefactos explosivos, más aviones, estad alerta. ¡Y no bajéis la guardia!.
- ¡El que debe de cuidarse bien eres tú! – dijo Miriam con ciertos aires maternos.
- ¿Conoces a Marcus?. A Andrée Marcus... – refirió inesperadamente la vecina mirando para el hombre que las decía estas cosas -. Es un emigrante francés afincado en Estados Unidos. Trabaja de chelista en la Orquesta de Cámara del QUEENS. Si lo ves le dices que tenga cuidado, que sea precavido...

Andrée Marcus era un músico profesional llegado a los Estados Unidos hacía seis años. Procedía de la ciudad francesa de Toulouse, en el sur de Francia. Pero sus abuelos que habían sido húngaros fueron los que le dieron su amor a los instrumentos musicales, sobretodo a los de cuerda que adoraban profundamente. Había estudiado música en los Conservatorios de Música de Grenoble y en París, y era muy aficionado a la buena cocina y al buen vino. Su aspecto melencólico y achaparrado le daba apariencia de ser antiguo hippy o de algún país del Este europeo, pero era su talante snob y excéntrico el que le infundía su carácter puramente francés. Su cara redonda como una pelota o balón de fútbol y sus inquietos ojos negros le hacía ser una persona lejana,

orgullosa y huidiza. Pero era un estupendo gastrónomo, un estupendo cocinero, a pesar que sus comidas eran sabrosas pero muy condimentadas.

Se ganaba la vida tocando primero con el violín, y luego ocupando un puesto de violonchelista en la mencionada orquesta sinfónica neoyorquina.

Vivía desde hace dos años con Ingrid Thomas Ruiz, de padre irlandés y madre española, una mujer muy altruista que tenía un gato llamado siamés de nombre “Tomby”, un orgulloso gato que no hacía muchas migas con la perrita pequinesa “Thilma” de Miriam. A Ingrid le gustaba participar en todos los movimientos artísticos de danza y ballet benéficos que organizaba la ciudad de Nueva York, para sacar ciertos caudales sobretodo por la Navidad, y comprar ropa y juguetes para los niños y niñas pobres de Harlem o del Bronx.

- ¡Me voy ya!. ¡Adiós!.

Fueron la últimas palabras de Mario al cerrar la puerta y dirigirse hacia el centro de World Trade Center para ayudar y grabar la horripilante tragedia que estaba teniendo lugar en las Torres Gemelas, cuyas espectaculares y trágicas imágenes no eran ni tan siquiera un cinco o diez por ciento de crueles y aterradoras como las que proyectaban películas de catástrofes o de tragedias como el Titanic, de terremotos, ciclones o de feroces tiburones, y a las que nos tenía acostumbrado el cine de Hollywood.

Luego y para calmar los nervios y la congoja de aquella mujer, las dos damas decidieron salir hasta el parque más cercano, y cambiar impresiones sobre lo que estaba sucediendo con gentes de la ciudad.

Así Miriam llevó a su perrita pequinesa “Thilma”, de tres años de edad, la ató a su nervios cuello con su correa plateada, y se dispuso a pasear con cierta tristeza y desasosiego por las un poco vacías calles de su barrio.

Miriam le había propuesto llevar consigo a gato siamés “Tomby” para olvidar su depresiva soledad y su tristeza, pero la misma Ingrid se había opuesto a ello por el posible enfrentamiento moral y físico entre los dos animales.

Durante un rato la angustia y la sentida desolación embargó el ánimo de las mujeres, desolación, impotencia y llanto que era el mismo que tenía toda la ciudad. Un sentimiento interior profundo de vacío y soledad que se desparramaba por calles, e invadía plazas y avenidas, mostrando las dos caras de una misma moneda. El Nueva York orgulloso y el Nueva York humilde. Ambos siempre habían existido bajo la apariencia del derroche, la opulencia y la altivez. Y como dijo Tom Wolfe en la Hoguera de las Vanidades: “Los perros comprenden enseguida que las cosas han cambiado. Los perros comprenden enseguida que ha llegado la hora de actuar...”.

Y actuar era para ellas pelear como animales para socorrer al desgraciado y al oprimido entre tanta mole acumulada, y actuar

era para ellas proyectar la adecuada e inteligente réplica contra sus enemigos, y vencer a los terroristas asesinos.

## CAPÍTULO DIECISIETE

### SETENTA Y DOS + TRES FOTOGRAFÍAS DEL HORROR Y UNA LARGA ORACIÓN DESESPERADA.

“Y caminé como un emisario o mensajero sabedor de su eminente o fatal peligro, que anda por el ardiente y voraz fuego y no sobre las suaves aguas del ensueño, envuelto mi traje gris y mis zapatos marrones con mis dudas a cuevas y con una morbosa y romántica curiosidad que pudo haberme matado, como el que se acerca desafiante a la cima de un levantisco y álgido volcán, y mira ensimismado la sublime cresta, y casi sintiendo con aguda y loca temeridad que pueda ser absorbido por la misma humareda asesina y tóxica, tosiendo flemas y pastosas tierras y polvorientos asbestos, respirando pestilentes y negros fulgores de mortífera muerte, y saboreando la negra miasma de la desesperación, jugándose el tipo con inútil osadía, y abusando del todo por el todo.

Pero, he ahí su extraña grandeza, con su desapasionado destino envuelto en la magia y en la suerte, aunque sepa que nadie se lo pueda reconocer, sólo será un curioso y atrevido hombre que hace ciencia y alquimia, un espíritu aventurero que se la juega por amor al arte, y por mor de una costumbre ancestral humana, una prehistórica sensación de adivinar lo que hay más allá del caliente abismo, una fría sensación que impulsa hacia el más allá de la

calurosa noche, más allá que el atravesar las barreras del miedo y de la incompreensión.

Esto no es apto para cardiacos, no es apto para titubeantes navegantes, no se hizo el mar para los miedosos y apocados, sólo los más duros atravesarán las montañas y e irán a los fondos de los mares sin mojarse. Como dioses verán las nubes limpias de vomitivos salitre y de insospechados adjetivos, y como héroes contemplarán las estrellas donde mora el águila y pasta el buitre las hierbas medicinales de la salvación.”

Mario Ruber Vidal

Cuando vi por primera vez con enorme extrañeza, y contemplé agónico el espectáculo, y divisé, como quien contempla una película de grandes catástrofes y graves situaciones tensas cinematográficas, a un consternado y apocado Manhattan en llamas, en un Nueva York a aquellas horas indefenso y solitario, el triste y lamentable impacto de las Torres Gemelas como un aullido interminable, destruidas bajo el peso y el odio de criminales atentados suicidas, no me creía que fuera cierto lo que mis desorbitadas pupilas observaban y apreciaban como un desafiador terremoto que se interfiere con inusitado frenesí en las débiles mentes de los humanos. Contemplando extasiado, y estupefacto, como un peregrino medieval a la orilla de un sendero divisa esa carismática iglesia románica que se encuentra en su Ruta Jacobea, y cercana a las poblaciones por las que transita ataviado con su raída pelliza y desusado ropaje y sus botas rotas, y con el ajado bastón en sus manos y su concha de viera como emblema en su pecho, así yo, ensimismado y atónito, ya algo sucio y un poco harapiento, contemplaba con mi cámara fotográfica en mano, mi vídeo digital a mis costados y mis gafas de pasta dura para algo de miopía en mis absortos ojos verdosos como de impávida tortuga, cómo un voraz incendio destruía con saña y crispación, y con desaforada crepitación los mejores y más altos árboles del sagrado bosque, como un hogar de trabajo financiero y de vivencia de muchos seres vivos, o como un lugar donde lasavecillas multicolores y los variados animales libres e inocentes de la floresta huían despavoridos como almas que lleva el diablo, y se precipitaban con angustiosa desesperación unos contra otros en busca de la otra tierra del más allá donde las fuentes y el agua pudiesen mojar su piel y su boca pudieran beber la salvadora agua. Un mundo muy siniestro y pavoroso, donde sólo las almas que allí moran y habitan saben del tremendo terror, del fatídico horror que suponen esos sombríos y altos muros de la muerte que reverberan sonidos de miedos ancestrales y aullidos como de hambrientos o heridos lobos.

Cuando en aquel Martes Negro, aquel 11 S, el extraño y atrevido viajero con cámara de filmar en ristre, como desconocido y aficionado plasmador de imágenes caóticas y abstractas, se lanza a capturar con su máquina aquel mundo roto ya por los exiguos jirones de la catástrofe, fotógrafo metido en la arena teñida de gris y de oscuro polvo, como un valiente héroe de circo romano buscando la gloria o la perdición total, o como atolondrados cometas que se precipitaban al ciego vacío del suelo, desparramando hacia todos los costados de su ígneo cuerpo, con la vertiginosa reacción de un extraño pulsar cósmico girando sobre sí mismo a velocidades inauditas e infinitas, buscando, digo, el documento histórico, la imagen o secuencia, de un aciago y triste día de Septiembre de 2001, para que el rancio celuloide se ennegrezca de pesadilla y pesimismo.

Y allí, metido entre cascotes rotos por el dolor y el miedo, allí envuelto entre soledades y rabiosas Parcas, contemplaba, como si mi vida fuera otra vida vivida en otra galaxia, el fatal espectáculo del que contempla algo que nunca más puede volver a ver igual con sus ojos, u ocurrir del mismo modo, y a contemplar la silueta de opacidad mortal de las Torres Gemelas neoyorquinas de Manhattan. Todo un simbolismo y una calamitosa realidad, una nostalgia y una paradoja al mismo tiempo. Una imagen imborrable e imperecedera.

Unos pies que caminan emborrachados de polvos pegajosos, unos cuerpos empapados de ácida viscosidad grisácea, documentos esparcidos y rotos por doquier, legajos y documentos hechos trizas, folios ilegibles destruidos por una maraña cubierta de escombros y rotos cascotes, tejidos y telas quemadas o deshilvanadas y hechas añicos como jirones de una ruina, papeles y cuartillas que fueron números, letras y gráficos, estadística, etc., y ahora todo ello con forma de ruinas, basuras, suciedades y claros exterminios.

No se puede faltar a la verdad sin mentir un poco. Porque sería la muerte misma querer volver a vivir la muerte con palabras.

Yo, Mario Ruber Vidal, era allí un extraño, un solitario extraño del mundo, un loco perdido entre tantos leones y bestias que podían despedazarme en cualquier momento, y sin embargo aguanté el tipo, tosiendo febrilmente y vomitando rabia y salitre pastoso, sin explicarme todavía hoy el por qué lo hice. Y el porqué de tamaña y ciega osadía. Quizás los sueños no tengan nombre, ni siquiera un título con el que recordar una hazaña.

Un viajero solitario que ve la muerte pasar, con la férrea guadaña sanguinaria entre sus manos, y con la extraña sensación interior de ser más fuerte que la misma muerte que le rodeaba por todas partes como queriendo también enterrarlo vivo, y

aprisionarle desnudo entre las rejas destrozadas por una oculta y frenética fuerza maligna.

Yo ni osaba tan siquiera pestañear viendo la dura y la extraña emoción de esas imágenes en mis absortas pupilas. Una realidad que nunca pensé ver ni contemplar en mi vida, una maquiavélica realidad teñida de nubes de cementos grises, espejismo cuarteado por el viento de un atentado inesperado y brutal.

Cuando las humeantes calderas de los dos gigantes titánicos se deshacían en penosa y lastimosa visión etérea, un fulgor de momia muerta, como un flash sin retorno, invadió mis tuétanos y mi hígado, me comprimió el corazón, y paralizó de súbito mis neuronas, porque yo mismo parecía flotar en una pálida y barrosa nube de polvo ceniciento, levitar en una desconocida región que no era la tierra de mi Tierra, sino algo más allá de las profundas y cotidianas realidades, y de pronto vi salpicado mi traje de apestoso y mugriento lodo sucio, mis manos mojadas de un grasiento hollín como gris plomizo, y tan pestilente como la náusea misma, y mis ojos nublados por la humeante y tétrica polución de la catástrofe.

Luego intenté respirar con acuciante y deseado esfuerzo, pero un desenfrenado y fragoroso ruido, como una cascada de cascotes cuarteados, se precipitaba al vacío con una violencia invisible y de arrolladora rabia, de incontenible virulencia y de titánica ira. Sin apenas darme cuenta invadió mi indefenso cuerpo una volátil e incombustible llamarada, y me sentí inerte como un mártir cristiano en medio de la arena de un circo romano y rodeado de fieras hambrientas y salvajes.

Cerré los ojos como para dormir un segundo y volver a despertar al segundo después, cuando aprecié que la mente, que mi espíritu, no volvía a ser el mismo que analizaba, como casi todos los días de trabajo rutinario, las imágenes plásticas, los lienzos y retratos, las pinturas o los dibujos, las fotografías artísticas. Pero ahora no había nada de eso. Eso se había evaporado, diluido.

Una inaudita e impotente rabia, una sensación caótica y abrumadora, un mareo de pestilentes aromas, me hacía volver, a veces, un poco atrás, y esquivar y dar la espalda a la muerte, y a volver a tragar a través de una vomitiva garganta, hecha ya de repelente bilis y de asqueroso cuajo, lo que había bebido o comido el día anterior.

Una sensación de náusea y oprimido malestar que llegaba hasta el mismo y nauseabundo estómago, lleno ya del polvo grasiento y gris, y de repugnantes cenizas. Y en la boca y en la nariz la respiración se hacía infame, imposible, un humo fétido y cochambroso que se pegaba a las mismas entrañas de la piel, como pegajosa y maloliente pasta compuesta de amasijos y quebrados ladrillos doblados, y negros y oscuros cementos abrasados, de trozos compactos y esponjosos de hormigón destruido, de

amasijos de aceros reventados y quemados, papeles rotos y descuartizados, restos de libros extraviados y perdidos por todos los sitios, y de afilados y múltiples cristales rotos insertados de sangre inocente y de viscosidad férrea.

Mario Ruber Vidal.

\*\*\*\*\*

Luego, Peter Felling, mi amigo, mi agente, y un desconocido poeta neoyorquino, insertaría estos sublimes párrafos, estos poéticos recuerdos, en las páginas centrales del New York Times, un domingo del segundo mes de la fatídica catástrofe.

Todo aquello surgió, más como bola de nieve de alud, que como bola de fuego que arrasa todo lo que pilla a su paso, cuando le envíe esas notas misteriosas y esas anónimas imágenes, que le obligaban a realizar un esfuerzo poético al ver y contemplar las 72 fotografías que yo había hecho en aquel apocalíptico día, con mi cámara Nippon 95, dos carretes de 36 de Kodak 2001, más tres fotos añadidas que había comprado por veinte dólares a un aficionado de la Calle 35, un hombre con cara de bohemio, un chico pelirrojo, luenga barba, de mirada lánguida y triste, apagadas facciones blancas, y un olor a chamusquina solitaria y con sabor a quemados sueños, un joven ensimismado en el más allá del horror, que vestía un grueso jersey de lana verde y vieja, pantalones vaqueros ajados y manos gruesas y callosas, y que me las vendió a regañadientes, regateándole como un viejo mercader solitario en una tienda de El Cairo, porque me quiso cobrar 50 dólares en plata.

\*\*\*\*\*

Y, yo, Peter Felling, escribí en Nueva York, en un día y en una noche del mes de Octubre, ante la dramática visión de unas frías y dolorosas fotográficas, ante las espeluznantes imágenes de un inusual cataclismo, estos versos que nunca tuvieron que escribirse en el horror de la tragedia, y que nunca merecerían ningún osado epíteto ni resaltada vanidad.

Sólo resaltarán banderas de barras y de estrellas a media astas, con crespones negros arañando su tela en señal de luto, y un viento leve y tibio por un duelo casi totalmente americano.

Porque cuando se muere la Paz y el Amor fallece también la Ilusión y la Esperanza. Y los inocentes juegos de los niños y de las niñas naufragan estrepitosamente contra las olas de la incompreensión.

## POEMA

### A los que mueren caídos en el silencio de un amanecer

“Caras sin rostros, cuerpos sin facciones, y muchos muertos que rezaban por sus vidas desde el aire sutil del cielo.

Amarga humareda de muerte y fantasmas que vuelven a morir. Y dentro de los rascacielos el impávido volcán de la gélida muerte.

Llovía nubes de tristeza, tosían enjambres de misericordia e impotencia.

Un triste, penoso y lamentable silencio petrificado, un calvario de gentes prisioneras de su aciago destino, de su desafortunada suerte. Almas de piedra y de lloros en el suelo, almas resquebrajadas, incrustadas en unos muros de reverdecidos escombros, en unas ardientes ruinas como un letal sueño otoñal.

Suenan sirenas y más sirenas, policías y bomberos que nunca tuvieron entonces una flor entre sus manos. Abnegados seres que cumplieron el fatal destino de un inesperado sueño.

Ninguna palabra podrá resucitar el sueño de un hombre, de esos cientos de bomberos o ciudadanos que perecieron como enjambres de inocentes hortensias, porque el olor fétido de los rotos silicatos, las cansinas toses de aciagos y corrompidos asbestos, se dejaron caer como un hilo de Parca que aullaba con un inexplicable sentimiento, como si el viento frío del Norte cortara las sangrantes venas en pequeñas miasmas para ofrecerlas a unos dioses ingratos y desagradecidos.

Y a toda la ciudad la envolvía negros nubarrones como lenguas de fuego.

Energéticos fuegos de rabia, dolor, desolación, ingravidez, y negro silencio.

Se incrustaron las secas lágrimas ardientes entre los compungidos y débiles seres, familiares que perdieron un ser querido, un buen padre que amó y fue amado, un anónimo ser que trabajó por un mundo mejor, y que luchó con el sudor de su frente, pero un hombre como todos, al fin y al cabo con virtudes y defectos a flor de piel.



Mártires sois de Nueva York, mártires de inesperados ensueños, qué bondad la del hombre que sólo ama y ama porque su misión es sólo amar y querer, y sentir el amor tanto a sus espaldas como en sus besos.

Porque sé que Nueva York se volverá a alzar sobre sus propias cenizas, sobre su propio pie.

Y Manhattan será custodiada por legionarios y bravos soldados, con la pértiga en ristre y el alma en guardia, y voluntarios cruzados neoyorquinos de mirada inocente, y pura, con sus manos suaves o callosas, pero trabajando por una ciudad libre y nueva.

Por su ciudad al fin y al cabo.

Unas walkirias sagradas y unas diosas olímpicas bendecirán tus sienes de enorme Urbe y de gran Manzana, con el bálsamo de la nueva progresividad.

Y serás N.Y. un futuro de iones mágicos, como tus señeros y altos edificios, que navegarás verticalmente electrizada por las estrellas de neones y una Vía Láctea más segura y feliz.

Oh, N. Y., hoy te volví a ver sangrante y destruida, derrumbada y tétrica en imágenes aciagas, porque unos malvados y mezquinos seres, sin corazón y sin escrúpulos, te crucificaron sin piedad y con dura crueldad asesina.

Y cuando recorrí los campos de la Zona Cero tuve la sensación de no ser yo el que era, sino un perdido espectro recorriendo la región de unos atribulados seres sin carne viva ni mentes con las que soñar, petrificados cuerpos de una negra pesadilla sin retorno.

Noté una gélida sensación en mi garganta, que me hacía volver para atrás y empotrarme en las húmedas paredes del río Hudson, o bajo las gruesas paredes East River, para huir del áspero y fútil humo negro, de ese olor putrefacto que sólo intenta destrozarte tus sienes y tus corazones.

Mi cuerpo estaba sucio, de apestosos asbestos, manchado con los lodos pestilentes, con los polvos grises y ruinosos.

Y miré en la fría soledad del día, y vi que todos estábamos igual, seres macilentos como espectros que salíamos de una calamitosa tragedia, vestidos de harapos amarillentos con la muerte a nuestras espaldas, sirenas apagadas, sombras desfiguradas, y muertos a nuestros talones.

Nubes de escombros y olores fétidos, humos que se nos metían por tuétanos y gargantas rotas como serpientes sin mudar.

Y tragué saliva que era como tragar machacados huesos de buitres, ojos de langostas, patas de lechuzas, pieles de pobres sapos, sangre de escorpiones, y tétricos aromas de sangrantes corazones.

Mi lengua sabía a babosas que malviven en maltrechos riachuelos escondidos en los bosques del lejano país del olvido.

Vomitaba mi propia náusea por mi destrozado y raído traje de caballero, de un caballero que nada pudo hacer ante la muerte

que avanza seria y segura con pasos de gigante, si no sólo fotografiar con sencillos versos ilustrados, si no sólo imaginar con sus humildes palabras imaginadas, lo que nadie ya ni ver, ni sentir ni oler ni gustar quiere ni desea.

Pero esto, es una canción, un pobre poema, no para ti ser vivo y viviente que me escuchas, sino para el que perdió la voz y la palabra por manos de un salvaje y descalabrado asesino.

Oración, más que canción, para el que ya no tendrá palabras en sus labios, ni besos en su boca, sino que serán un hondo silencio vacío de la nada en el abismo de la noche.

¿Por qué hay odio y amargura en la Tierra?.

¿Por qué hay todavía muchos sufrimientos y miserias humanas?. Sé que estas palabras no gustarán a quién pretenda con su voz o sus palabras sólo resucitar sus votos o su fama ya perdida. Ni vanagloriar su propia figura, su poder o su destino, a propósito de los miles de muertos fallecidos.

Está equivocado, quién pretenda apoderarse de las honras fúnebres del alba, para decir con egoísmo: “Yo estoy aquí vivo y coleando. Rezad por éstos que están ya muertos”. Los rezos se llevan en el corazón y en el alma, no se ponen de manifiesto entre los aplausos de los insensatos, ni en el crujir de los dientes.

Todo había sido allí humo y fuego con negras entrañas, pavor y miedo. Todo era desolación, y drama.

¿Qué otra cosa había sucedido aquel día en Nueva York?.

¿Qué otra desesperación y angustia se podía prever sobre una urbe que había dormido hasta ese día, feliz y tranquila entre las sábanas de su bondad y de su gentileza, de su digna cordialidad y de su firme cosmopolitismo?.

Mi boca pastosa y amarga, asquerosa y doliente, tosía y tosía, y vomitaba y excretaba, toda la rabia contenida y toda la desolación que tenía en mis huesos y en mi sangre, en los nervios y en los destellos de ira contenida.

Mi lengua sucia y pastosa me sabía a hiel y a angustia diluida en el vacío de un cerebro casi de otro mundo, viviendo una visión apocalíptica del futuro, sobrepasado por el fatídico acontecimiento de dos suicidas aviones estrellándose contra las Torres Gemelas de N.Y.

A mi alrededor un sinfín de deformes y cuarteados guijarros, y hombres y mujeres que habían escapado de milagro de la muerte casi amortajados ya con el espeso ropaje grasiento, polvoriento, irrespirable, y miles de cascotes asesinos, llamaradas de fuego y muerte abrasadora, olores a podrida muerte, viles humillaciones se mezclaban con humeantes aromas de negra saña, satánica humareda de horror y destrucción, y miles y miles de papeles rotos y corroídos, legajos y documentos marchitados, y utensilios y objetos polvorientos y mancillados, cuyo destino final sería el mismo que el de un agujero negro cósmico engullendo la sangre de cientos de inocentes.

¿Quién puede destruir los sueños infantiles?.

¿Quién puede olvidar los ideales adolescentes?.

¿Quién puede eludir de su mente los platónicos saberes?.

¿Quién puede tergiversar las buenas ilusiones, las utopías mejores?.

¡Quizás haya otropreciado y desconocido incienso, en otra parte del mundo, que devore y trague al negro y pestilente humo de las Torres Gemelas!.

¿Dónde están ahora mis amigos y amigas, esos seres queridos y muertos por tanta colección de odios y venganzas, por tanto cantidad de ladrillos cortantes, por tan voluminoso caudal de hierros retorciendo sus huesos de acero, carcomidos metales de ferrosos óxidos, letales piedras que nunca supieron entonar una oración en mitad de cielo?.

¿Dónde están ahora los sueños de esas gentes, que muy arriba supieron de horror, de pavor, de la desesperación, de la horrenda sensación de una muerte segura, o muertos por tanto destripado hormigón, por tanto puntiagudo cristal, por tanto indeseable y vil metal?.

Una muerte henchida de violenta, una muerte amarga, negativa, penosa, lúgubre, rabiosamente repugnante.

Silencio de fuego y humo.

Soledad de almas que lloran desde sus altas tumbas.

Descarnados griteríos, desgajados cuerpos que se arrojan al vacío de la impasible Luna.

Unas criminales arañas asesinas tejieron en las alturas la fatídica red, el drama de la muerte porque la vida nunca estuvo en el corazón de su infancia. Harapientos caimanes que demuestran su instinto cainita y su falta de sensibilidad, profanando y mancillando el honor y la dignidad humana.

Hubo olores pútridos de arpías que envenenaron el fiel corazón de unas pobres e inocentes gentes trabajadoras. Y los vampiros también quisieron tener su noche negra. Y los buitres carroñeros se dispusieron a sus menesteres nauseabundos. Y llamaron a los zombis que habitan en los escuálidos paisajes de los desiertos perdidos, para que vinieran a ver la muerte más de cerca.

Y hubo cadáveres que se desmembraron bajo el peso fantasmal del vil fuego enemigo.

Hienas siempre hay en las oscuras ciénagas del pantano, y hienas son también algunos hombres como el maldito Osama Ben Laden, retorcido y sanguinario ser, como el mismo Creonte, que legisló en la antigua Grecia, no dar humilde y sacra sepultura al cuerpo muerto de su sobrino Polinices, el amado hijo de Edipo. Y no contento con perversidades y traiciones para ocupar tronos y poderes, condenó a la muerte hasta a la misma Antígona, hermana amada de Polinices, por enterrar humanamente el cadáver postrero de su insepulto hermano. Tragedias que destilan pasiones y crueldades. Tragedias griegas de Sófocles que vaticinan la ambición fría y pérfida de algunos hombres.

Y volvía a escribir viendo, como fotografías o cuadros que recuerdan Los Caprichos, Los Disparates, o Los Desastres de la Guerra, o como una trágica Tauromaquia Española, del genial pintor Francisco de Goya, todo el nauseabundo y negro aroma de la muerte.

Sólo el ligero aire era cruzado por tempestades de humos y humaredas de sangre y fuego.

Montañas de escombros cadavéricos, ondulados desplomes de deforme materia gris, asbestos rellenos con amargos bocadillos de silicatos naturales destruidos por una odiosa mano asesina, achicharrados esqueletos de ásperas y amargas letanías, un rosario de perlas desplomadas por un vil criminal, un inhumano ser que descargó las balas sobre ti, personas neoyorquinas que tuvieron emociones y esperanzas, sueños y amores, padres que tuvieron hijos, y abuelos que tuvieron nietos, que ahora les lloran y les lloran, abatidos por la dura realidad, perplejidad de un incomprometido destino, unos ojos cargados e hinchados de duras lágrimas, de duras lágrimas...

Y otros guijarros imponían su silencio...

Quebrados sílex manchaban las manos de parduscos aromas. Grises terracotas ya ahumadas exponían la verdad sobre la tragedia.

Arcillosos pedazos de rocas muertas, y negros pizarrones de vil cuarzo rayado, imponían tétrico silencio a la desolada desesperación de unas almas.

Y allí yacían los miembros descuartizados de dos titánicos colosos como dos álgidas sombras que laten titubeantes en la Caverna de Platón: Dos aplastados corazones de hierro de dos orgullosos gigantes de cristal. Un sueño roto en la inmensidad infinita del océano. Del océano neoyorquino.”

Todo fue así de increíble y sorprendente como una nefasta descarga de fusiles.

Todo fue así de compacto y de frío.

Una magna tragedia sin mente ni sentimiento.

Nunca sabré, o sabremos, explicar bien el porqué de estas inútiles muertes, ni podré poner un epigrama, un epitafio o una oración, acorde con los sentimientos y súplicas de tantas gentes muertas, en unos edificios señeros neoyorquinos que nacieron para servir mejor a la colectividad, a una sociedad que tiene que volver a levantarse, y yo le doy mis más fervientes ánimos, para poner las bases a un nuevo resurgimiento neoyorquino.

Y aunque las plegarias toquen a muerto, como campanas de duelo en los campos y en ciudades, y aunque tengamos que llorar lágrimas sobre lágrimas, y pena sobre pena, lo haremos con la oración en el corazón, con un beso en el labio, y con la palabra en la boca, porque la vida es amar al vivo y recordar al muerto, que

vivió entre los mortales cuando aún sonreía la Luna en su máximo esplendor.

Peter Felling

\*\*\*\*\*

Ahora volvía a ser yo mismo de nuevo, un Mario Ruber impertérrito e inconsciente, que camina entre cascotes y escombros viendo la muerte por pantalla, y la vida por destino.

Caminé solo y triste como un olvidado vagabundo que sólo tiene la mirada en la subsistencia diaria, pasé sin rumbo aún tosiendo y tosiendo, con una tos a veces áspera y fría, a veces frenética y delirante, me fui encorvado y sumido en una gran depresión por las solitarias y adyacentes calles de una ciudad casi muerta por el miedo, la desesperación por lo desconocido, y la falta de una concreción justa y verídica.

La muerte te pisaba los talones, sin piedad ni benevolencia, si no corrías y corrías, si no huías y huías con frenesí y desespero, y hasta mi Alfred Hitchcock se quedaba corto y apático en la apreciación de la furibunda y despiadada muerte.

Mi alma estaba tan embargada y meditabunda en tales pensamientos que no veía a esos otros impertérritos y altivos edificios que seguían desafiando a los espectros de la muerte, a esas otras almas de personas que corrían despavoridas en dirección contraria a la muerte, a esos vehículos cuyos faros encendidos sólo servían para indicar el camino donde la muerte se encontraba comiendo en un gran restaurante las gruesas heridas llenas de agrietadas postillas o las mil pústulas carcomidas de unos seres deshechos por el fuego.

¡Todo era lúgubre y tétrico!

¡Todo era espeluznante y vergonzante!

¡Sólo la muerte sonreía con cara de pícaro y maligno niño!

¡Sólo una asfixiante pesadilla mostraba la peor cara de nuestra existencia!

Gris plomizo y polvo pesado sobre los vientres y las almas, sobre las venas y los ojos de los supervivientes. Caminantes sonámbulos de infames tragedias, polvorientas estatuas de barro mortal.

Y llegó un momento inesperado, un súbito segundo en que todo fue correr y correr. Perseguido por una enorme bola de fuego, una gran masa compacta de polvo, humo y lodo helado de asbestos persiguiéndote por las calles de Manhattan.

¡Corre y corre, huye y huye, la atmósfera se hace irrespirable, amarga, impura!. El pánico cunde y cunde en todos los alrededores. Me alcanza la magnitud ingente de una nube de muerte que se desplaza con luces grises y negras envolviéndolo todo a su paso. Me tiro al suelo. Me arrodillo. No puedo respirar. Estoy envuelto en una densa oscuridad de asqueroso polvo irrespirable. Sufro por mi vida. Es casi inútil. Me estoy ahogando, ahogando...

El gran estrépito de la caída de una de las Torres nos ha sorprendido, y nos ha sumergido en un abismo de malsano polvo gris, de asfixiante humo ennegrecido, de partículas de cemento, borrados pergaminos, cristal y metal, como un mago de alquimia que diluye en un gigante matraz unas macabras pociones de magia negra. Ando a ciegas buscando algo, tal vez la vida, ¡qué vida!. ¡Mi tercera vida!. Ya tendría que estar sensatamente muerto cuando el avión de la United Airlines 175 se estrelló contra la Torre Sur.

Intento salvar de nuevo mi vida, o lo que queda de ella. La vida es vida hasta que el último suspiro desembriaga nuestro cuerpo de la velocidad de la existencia.

Ando a gatas como cuando era un bebé, quizás no hay ni tiempo para hacer un examen de conciencia. Todo es tan rápido que no vale ya ni pensar. Hay que ser un camaleón de ciudad, un topo suburbano para perforar subterráneos y esconderse de la muerte que camina con paso de gigante polvoriento.

Apoyo mi mano en una pared, la deslizo como para sujetarme en mi último suspiro a una mano cálida y terrenal, aunque sea una pared de una casa, la piel deshecha de un edificio adyacente, de un portal contiguo...

Mis arañados pies, mis atribuladas y cuarteadas manos, no son nada con la segura muerte que me rodea por doquier como una incesante y apabullante Parca de mirada bizca.

Soy un aprendiz de brujo con la vertiginosa marea que se desliza por las calles de la ciudad como plaga de Egipto, buscando inermes cuerpos y gentes inocentes para engullirlos fatídicamente en su enorme y monstruosa tripa, y con su inhalarante aroma de sabor a mortal sulfato.

Y volvía el asfixiante olor a quemado, a ruina y a desolación, y volvía para cubrir mis pulmones de grises asbestos con la fría sensación de que aquellas horrendas muertes tendrían un día su justo castigo.

Y sólo sentía con rabia e impotencia como el tóxico humo infame penetraba vilmente por mis fosas nasales, y comprimía mi pleura con inusual virulencia.

Me tiraba con vehemencia al suelo intentando respirar por aquello de que en el suelo el aire es un poco más respirable, y sin embargo tuve la sensación de que me ahogaba igual y sin remisión. Tosía y tosía, expectoraba polvo diluido, carraspeaba y volvía a toser. Me faltaba la respiración.

Perdí en aquella confusión el teléfono móvil, sentí que lo pisaba, que se rompía en mil pedazos en el suelo. Quise recuperarlo, pero veía muy poco, no importaba el teléfono móvil. Fueron unos momentos dramáticos. Fueron momentos que no quiero recordar, porque sólo una palabra me pone los pelos de punta.

Después pensé que sería mejor perder el móvil. Nadie me reconocería, era una buena coartada para avalar mi genuina muerte. Luego, pensé en sobrevivir. El caos es lo más parecido a la tortura de las sienas. Mis dedos aprietan algo. Es una puerta entreabierta. Es un portal de un edificio anexo, en una calle desconocida por donde segundos antes corría y corría, muy despavorido corría huyendo de un terrible fantasma enlodado de mortíferos sueños.

Me refugié, me parece, en un sucio portal, y fotografié como pude la muerte, la insólita muerte, desafiándola con mi cámara Nippon 95 en ristre, para que la muerte no pudiera nunca borrar el maquiavélico espectáculo de su crueldad.

Y tosía y tosía bochornosamente con aguda ira, intentando apagar con mi poca saliva los agudos e inflamados bronquios, como cuando el humo a veces cruje y crepita como el fuego fatuo.

Y exclamé con un grito de dolor y de sufrimiento interior. ¡Ay, ay!. ¡Ah, ah, de mi incredulidad!

Con total desolación, con iracunda rabia, y con el invisible énfasis de la desnuda verdad, pregunté a las alturas con impotente y callada voz:

¿Dónde están las Torres Gemelas del World Trade Center?. ¿Dónde está su poder, su gloria y su veneración?. ¿Dónde está su magnificencia y su grandiosidad como culto a lo que es y representa Nueva York?.

¿Dónde su risueña imagen?. Pero mi corazón ya no razonaba, muerto como estaba por el miedo y el horror, por la poca respiración y por la insuficiencia de un cuerpo roto por los acontecimientos.

No sólo el humo ennegrecía las prendas de mi corazón sino la lluvia de preguntas sin respuestas que asaltaban mi mente como atracador de sucursales bancarias que pregunta cuanta pasta habrá. ¿Quién, quién, o quiénes eran los autores de ese malvado y horrendo magnicidio?.

¿Quién osaba desafiar al gigante norteamericano sin saber a lo que se exponía en adelante?. ¿Cómo había pillado por sorpresa un atentado de esas características tan peculiares y sorprendentes sin que la C.I.A, ni el F.B.I, supiesen nada de ello?. Preguntas sin respuestas que ya no valían para nada en ese momento.

Y ya sólo puedo llorar y callar. ¡Callar y llorar!. ¡Y volver a llorar y callar!.

Mi resignación y mi dignidad me decían lo siguiente: que era volver a sentir, en silencio y en soledad, las huidizas almas sin

cuerpo donde asirse, que se escapaban y se desparramaban en aquel instante por las calles y las avenidas neoyorquinas próximas al lugar del crimen, esas almas espectrales que dejaban sus cuerpos en las cuarteadas esquinas para subir al cielo envueltas, tal vez, con una callada oración de mi espíritu o de alguien que presenciaba la tragedia desde otro rincón del exiguo Manhattan.

¡Atónito y estupefacto me sumergí de nuevo en mí mismo como queriendo huir de la cruda realidad que no me gustaba, y que no quería asimilar completamente!.

¡Y de nuevo volvía a llorar y llorar que era ya lo único que sabía hacer!.

¡Y las noches ya no fueron iguales tras la larga agonía de aquellos días!.

## CAPÍTULO DIECIOCHO

El sufrimiento no tiene palabras. Peter Felling nunca supo quien le envió esas fotos. ¡Qué importa!. ¡Yo sólo las hice para fotografiar mi propia muerte!. Otros periodistas dicen que hicieron fotos y vídeos para dejarlas para la posteridad, para la historia venidera de nuestras futuras generaciones!. ¡Quizás ellos y yo estemos en lo cierto!.



Tal vez los dos estemos equivocados, o estemos siendo cómplices de algún nuevo destino. Porque a veces, los Destinos no tienen dioses que los compren ni los usen para sus cuitas.

Luego, leyendo los comentarios poéticos de Peter en la sección de sucesos, o en los suplementos culturales del New York Times, supe que el mismo Peter Felling también debió vivir la tragedia muy cerca, y en carne y hueso. Le conozco y sé que dice la verdad. Mis fotos le sirvieron de complemento, tal vez, a su aún vivo sentimiento dramático.

Luego hice otras fotografías en los siguientes días, unas de cerca hasta donde me dejaban la guardia nacional y la policía de Nueva York, y otras desde más lejos. Todas tenían la misma expresión: una derrota sorpresiva e inocente, como un nuevo Pearl Harbour durante la Segunda Guerra Mundial.

Nadie es perfecto. Y mi crónica es como un relato fantasmagórico que no llega a narrar ni lo que fue en realidad ni en un veinte por ciento. La realidad siempre es más cruel y dramática que lo verdaderamente imaginado. La tragedia y el drama que vivieron aquellos seres muertos y heridos sólo ellos, y Dios, lo saben. Unos marcharon a sus tumbas sin decirnos sus sufrimientos, sus escarnios, sus muchas torturas. Otros fueron pronto pasto y fuego de las llamas, almas y espectros de ensueños imposibles. Y otros escribieron su muerte hasta en pedazos de papeles, o en comunicaciones telefónicas, que cuando las vemos o las oímos nuestros ojos no son ojos normales son fuentes bañadas de aguas infelices.

Nosotros desde aquí sólo hacemos que tomar una foto, o ilustrar una imagen, y narrar lo que pasó.

Yo que estoy aquí de milagro, y que también tuve que estar tan muerto como ellos, puedo narrar o contar por sentimiento, por terrible experiencia, o por casual alusión, algo más que unas líneas casuales, o unas páginas fingidas o impostadas, o unas fotos tergiversadas con maquillajes obsoletos.

Pasaron segundos, minutos, tal vez alguna hora... Pero me parecieron días o semanas de una ausencia total...

Cuando regresé a casa, al hogar, bendito hogar, de Miriam Starte en la avenida Atlantic, era como un nuevo desconocido. Muchas suertes tienen algunos, y poca, o nada, la de otros. Yo era de los primeros en aquella situación, pero debo de reconocer que también sabía algo o mucho, de lo que era estar en la otra posición, en otras situaciones.

Me había costado tiempo triunfar con mis retratos, con mis lienzos con mis pinturas, con mis fotografías especiales de estudio, con mis exposiciones, con mi arte, bueno o malo, pero el mío al fin y al cabo, y aunque pese a algunos envidiosos de mi profesión.

Recuerdo que mis primeras impresiones al llegar a casa fue el que Miriam no quería abrirme la puerta. ¡Tan extraño y distinto estaba!. ¡Parecía un viejo fantasma de la ópera, un pordiosero que

pide limosna o un misero trabajador de la época de la Depresión por cualquier esquina del Bronx o de Harlem!

Nadie parecía reconocerme. Tan cambiado venía. Mi chaqueta hecha una porquería, mi jersey envuelto en barro grisáceo, hecho una piltrafa, mis zapatillas tan pringadas que no se sabía de que maraca o de qué color eran, mis vaqueros parecían unirse a la piel de tanto barro pegajoso.

- ¡Abre, Miriam!. ¡Soy yo!

Sabía que me estaba observando, que me estaba mirando a través del círculo de la mirilla. Pero sólo silencio y miedo.

- Por favor abre. ¡Soy yo!. ¡Mario Ruber!. ¡Mario Ruber!.

Otra vez el silencio y la desolación. ¿Cómo iba ella a reconocerme con mi cara pastosa y salpicada de tintes grises como un payaso mal pintarrajeado, feo y pestilente?.

- ¿Quién es? – vociferó una voz femenina muy asustada tras la puerta de la casa.

- Soy Mario Ruber. ¡Abre!.

La puerta se abrió silenciosa, despacio como el que quiere conocer lo que está más allá de su consciencia.

Una figura embarrada y fea, tosiendo y carraspeando con dificultad, enlodada de polvo áspero y ceniciento cemento, oliendo a asbestos y silicatos destruidos, se enmarcaba entre la puerta, con semblante serio y compungido, demacrado y compungido.

- ¿Has visto lo que ha sucedido?.

- ¡Mas valiera estar yo muerto con ellos!. ¡Ha sido horrible!.

- ¿Te pongo agua , o quieres un refresco para ...?

- Mejor un whisky. ¡Un whisky doble, por favor!.

Apenas casi podía articular palabra. Era tan fuerte el impacto que sufría que hubiera querido hundirse bajo el fango de aquellos bloques cuarteados, partidos, encorvados y difuminados por todas partes. Hubiera querido morir como se hubiera dado en realidad si hubiera viajado en aquel aparato aéreo, y no hubiese decidido cancelar el vuelo a última hora.

¿Era suerte, milagro, inusual casualidad, o era una mala jugada del destino que aún no había encontrado hora ni lugar para ello?.

“Nadie muere hasta que Dios lo quiere”, decía un refrán de estas tierras. Y había que aplicarse el cuento, o lo que fuera.

\*\*\*\*\*

Todo era obsesionante. Locamente obsesionante. ¿Y qué no lo era en aquellas infernales horas sobre los habitantes de Nueva York?. Les habían prometido protección y seguridad a destajo. Aviones permanentes de apoyo y defensas logísticas de todo tipo. Barreras y escudos antimisiles a diestro y a siniestro. Un impermeable de salvación contra guerras y catástrofes. Pero, ¿dónde estaba todo aquello?. Se había esfumado tras unos aparatos locos y suicidas. Unos secuestradores y kanikaces sin corazón, sin piedad y sin escrúpulos.

Eran las siete de la tarde de aquel 11 de Septiembre de 2001. De aquel Martes Negro como pasaría a la historia.

Se habían reunido Mario y Miriam en casa de Ingrid y de André.

El apartamento de Ingrid Thomas Ruiz tenía unos ochenta metros cuadrados. Y daba para el otro lado contrario por lo que apenas podían ver las Torres Gemelas arder como antorchas incendiarias.

En cambio el de Miriam era más grande. Unos cien metros cuadrados y una posición privilegiada mirando hacia Manhattan. Sólo un rellano y un pasillo separaba ambos pisos. Ingrid había preparado la mesa en el comedor de la cocina, y como aquel día apenas habían probado bocado por la tristeza y las pocas ganas de comer tras la tragedia, André Marcus, que era algo experto y un aficionado a la gastronomía había decidido preparar un menú ligero a base de entremeses y un plato a base de pescados fritos.

- Pasad, Miriam, Pasa Marius.

La mujer bailarina le había comenzado a llamar Marius porque le gustaba emplear los términos de los nombres acabados a lo latino en us.

- Gracias, Ingrid.

Cuando entraron en aquella casa contigua, y casi de la misma estructura que la de ella, tuvo Miriam la sensación de encontrarse en otro hogar, en otra estancia situada a muchos cientos de kilómetros de distancia. Y sin embargo sólo unos metros separaban ambos mansiones.

Los pisos eran de lujo, pero no un lujo excesivo. Había mármol y buen cristal. Había hormigón y buen ladrillo visto. Había porcelana y buen gres en los suelos. Había excelente cerámica y cuartos de baño de buena calidad en sanitarios y bañeras. Había alicatados y cortinaje de blonda o de fino encaje.

Apenas hablaban. Las palabras no salían del fondo de sus corazones. Estaban comprimidos, angustiados, desorientados.

- ¿Has recibido alguna llamada nueva? – señaló Miriam mirando hacia su amiga .

- ¡Sí!. Ha sido por el correo electrónico de Internet. Era mi madre preguntando por mi estado.

Un leve suspiro había partido del fondo de alma de Ingrid. Era casi imperfectible pero un suspiro porque su madre supo que estaba bien y no les había pasado nada. No obstante, parecía

acordarse de esos otros seres que no podrían decir lo mismo. ¿Dónde está Sandra o John?. ¿Dónde está Sophie o Eduard?. ¿Dónde están tu padre y tu hermano?. ¿Dónde estaba mi hijo o mi marido?.

Tantas preguntas sin respuestas. Tantas preguntas que salían de unos labios entrecortados por la emoción, por el dolor y el sufrimiento de sentir que sus seres queridos estuvieran allí sepultados tras de tanta chatarra y cascotes malolientes.

Casi apenas probaban bocado por más que Andrée se esforzaba en decir:

- Por favor, ¿lo he preparado mal?. ¿No les gusta mi comida?. ¡La he hecho con gran esmero y cuidado!.  
¡Quieren un poco de salsa para acompañar...?

Todo era inútil. Ellos sabían que era bueno comer algo, pero no entraba nada de nada. La garganta, es estómago y el corazón prohibían ingerir cualquier alimento.

- Será mejor que salgamos a un restaurante a cenar – dijo entonces con palabras apenadas el propio Marcus.
- ¡No, no! Comeré algo. – respondió Mario Ruber tomando el tenedor en sus manos e intentado no hacer ascos a la comida.

Una llamada telefónica a un teléfono móvil sacó a los comensales de sus angustias y vicisitudes alimentarias.

- ¡Es el mío! – dijo con una delicada pálida sonrisa Miriam -  
. ¡Perdonad!.

Hizo ademán de levantarse de su asiento, y retirarse pero antes que nada su voz ya estaba tras el aparato:

- ¿Dígame?.
- ¡¡Hola, soy Ángela!. ¡Ángela Peterson...! ¿Eres tú, Miriam?
- ¡Sí, sí!.
- Recibí tu mensaje en el buzón de voz. Gracias por preguntar por mi situación. Estoy bien. Gracias a Dios. ¿Y a vosotros, os ha sucedido algo?.
- No, estamos bien, de momento no sabemos de nadie que conozcamos que estuviera allí. Pero dicen que hay más cinco mil personas desaparecidas. Tal vez más.
- ¡Sí!. Un hijo de mi amigo Quimm dicen que estaba allí adentro... Lo andan buscando...
- ¡ Cuánto lo sentimos...!. ¡Qué mala suerte, por Dios!.

Las lágrimas parecían volver a aflorar entre esas dos mujeres. Se adivinaba que tras la comunicación había un sentimiento de pena y gran tristeza.

La voz lejana de la comunicante era la de Ángela Peterson Robse. Ángela vivía actualmente en un piso de la West 73 Th Street, en la zona de Upper West Side, cerca del Museo Americano de Historia Natural, en el mismo corazón de Manhattan.

Miriam Starpe Suan había conocido a su amiga Ángela Peterson Robse en Nueva York a raíz de un encuentro artístico en el Museo Metropolitan de Arte, situado en

Central Park. Una reunión cultural sobre los estilos actuales americanos del nuevo arte, desde el biomorfismo de Pollock o Rothko con sus líneas surrealistas al pop-art de Andy Warhol u Oldenburg, pasando por el minimal art de Morris o el informalismo abstracto de la Escuela de Nueva York con Frank Stella.

Ángela era una dama culta, sofisticada, elegante, una bella rubia de cabello ondulado, con unos carismáticos ojos azules, un tipo alto y delgado, cuello fino y sensual, una mujer cosmopolita de estiradas y suaves manos blancas, una mujer de ésas que los anglosajones neoyorquinos elegirían sin más como modelo y exponente de su vida social, cultural y comercial. En aquellos años se dedicaba a ser la segunda de a bordo en las exposiciones temporales que mantenía la Galería de Arte anexa al Metropolitan Museum.

Una mujer que había perdido a su esposo Bernat Springfield en un accidente de tráfico hacía tres años antes de ese encuentro. Que se le había muerto su hija Margat Springfield Peterson de leucemia cuando contaba veintidós años de edad.

Aquellas dos muertes seguidas de un intervalo de dos años la había sumido en el trastorno y en la desesperación. Médicos psiquiátricos, antidepresores y fármacos contra la locura le habían llevado a un estado lamentable. Por suerte ahora parecía reponerse de ello. Y Miriam temía que tras el bárbaro atentado de ese 11 de Septiembre recobrase la angustia y el resentimiento que la había acompañado durante años.

Había incinerado a su hija tras su muerte, por expreso deseo de la misma hija, y arrojado sus cenizas a un arroyo, que era como decir al AGUA, (porque ella veneraba al agua porque decía que era la fuente de la vida), y los había depositado en un riachuelo perdido en medio del bosque que se encontraba cerca de su casa de Campo, de sus conocidas praderas y valles donde solía pasar gran parte del tiempo, lugares donde ella corría y jugaba, paseaba y a disfrutaba del aire limpio, del cielo claro y azul, y del campo verde y lleno de olores.

Luego su madre comenzó a ir al campo, al bosque, dos o tres veces a la semana, a pasear por los sitios donde anduvo y correteó su hija, y a recordar donde estuvo, las pisadas que hacía, las aves que oía, los árboles que conocía. Porque allí ve a su hija metida y disfrutando entre los arbustos del bosquecillo, entre los matorrales de los senderos, por entre las bajas montañas, o mirando al cielo diáfano, o las noches estrelladas de astros relucientes, y mojando sus tiernas manos en los arroyos, o siguiendo a los pájaros y a las aves en sus recorridos...

Sólo se sale de la abulia y la tristeza, de la depresión y la desolación con manos amigas y un tratamiento médico adecuado y eficaz.

Y todos necesitábamos, en aquel fatídico martes 11 de Septiembre del año de 2001, una buena dosis de reconfortante infusión de tisana mezclada con tila. Y sólo podíamos ante tanta desgracia rezar y callar. Orar y meditar.

Aunque los trabajos peores estaban por venir. Muchos bomberos habían muerto entre los escombros intentando salvar a las víctimas, muchos policías y voluntarios habían sacrificado sus vidas en la hecatombe, y habían perecido tras el gran e inesperado desplome de los edificios.

Y los supervivientes o estaban malheridos del cuerpo y en los hospitales de la ciudad, o eran blanco de nuevas enfermedades mentales y psíquicas como fantasmas que resucitan de entre los muertos. El panorama era poco alentador. Pero Nueva York no podía caer en un abulia sin fin.

## CAPÍTULO DIECINUEVE

Unas semanas después de que los atentados terroristas causaran una de las más amargas y crueles realidades en Norteamérica, de que la población estuviera muy atemorizada, casi enloquecida por el terrible magnicidio, deprimida y obsesionada por cualquier resquicio que se saliese de lo normal o

habitual, de lo natural, de lo cotidiano, unos días después de que se observaran estrictas y severas medidas de seguridad en aeropuertos, estaciones de trenes, autobuses o metro, oficinas o instalaciones de la Administración, en puertos, locales o despachos financieros o comerciales, puentes, túneles o carreteras, etc., la vida se reponía más lenta y pausaba de lo que cabría esperar. Sin duda, y en honor a la pura verdad, el duro y sonado aldabonazo utilizado por los terroristas y asesinos era difícil de encajar y muy difícil de superar. Todo se analizaba con fina o potente lupa. Todo era cuestión de desconfianza e intriga. Se sospechaba de la más ligera brizna, de la más ligera pluma. Y hasta las cosas más ínfimas o secundarias eran pasadas por el detector de metales o por el sofisticado escáner. Se inventaron nuevos aparatos o artilugios para detectar ocultas pertenencias personales, y surgieron aparatos para rebuscar sospechosos explosivos en pies y en todo tipo de calzado, incluyendo zapatos, botas y zapatillas deportivas.

Los días siguientes a los terribles y fatídicos acontecimientos, al cruel derribo de las Torres Gemelas y sus anexos, una psicosis tal vez no tan infundada pero cierta y verídica inundó el país, y lo sumergió en un profundo drama colectivo. Los habitantes y gentes de las ciudades y de los pueblos sentían auténtico temor, pánico e inseguridad a los días postreros del atentado. Esa indefensión tuvo más énfasis y alarma en algunos Estados de la Unión, aunque los más afectados fuesen sobre todo los habitantes de Nueva York y Washington. El tremendo trauma derivado del terrorismo radical islámico se vivía a niveles nunca conocidos en los Estados Unidos, y también en otras partes del mundo, sobretodo en la Europa Occidental, donde las medidas de seguridad eran muy especiales y severas, y se registraba también todo con gran escrupulo y minuciosidad.

Semanas más tarde comenzaría la ofensiva aérea y terrestre, denominada Libertad Duradera, sobre Afganistán para tratar de destruir las células y los grupos terroristas asentados en ese país asiático. Se buscó en las montañas y debajo de las piedras al máximo terrorista, responsable del grupo Al- Qaeda, el saudí Osama Ben Laden, oculto, tal vez, en algunas secreta región del árido y empobrecido país islámico.

Se atacó y bombardeó las famosas Cuevas de Tora Bora, se le buscó en algún perdido escondite de las inaccesibles montañas afganas, palmo a palmo, rincón por rincón, agujero por agujero. Un país destruido por años de guerras civiles, donde las ruinas y pos escombros también eran el pan nuestro de

cada día, con sus burros pardos o grises de transporte, con sus consejos de ancianos con sus turbantes y faldones de vivos colores como guarida de los ladrones de Alí Baba, sus habitantes comiendo granadas en vez de pan y llevando kalásnikov en lugar de arados, una región oprimida y sojuzgada por los talibán y los mulás religiosos que impusieron sus nefastas tradiciones ancestrales sobre todo en contra de mujeres, niños, educación y sanidad. Mucha pobreza y miseria por doquier. Escarnio y dolor. Muerte y desolación por todas partes.

Para colmo de males comenzó la fiebre del “ántrax”, llamado también en Occidente “el carbunco”, en la población estadounidense. Una serie de estragos de trágicas consecuencias, sin poder dilucidar su origen o procedencia, anegó a la población americana para dar cuerpo de veracidad al refrán que dice que los males nunca vienen solos.

No era una bobada. No era ninguna estupidez. El “Ántrax” se confabuló como una segunda invasión terrorista. Llegó a escasear el remedio farmacéutico contra esa enfermedad o plaga. Se acabaron los envases y medicinas en las farmacias, y en las tiendas especializadas”, armas con las que la población americana se armó, y compró hasta los dientes, para combatir el susodicho mal, como si otro nuevo jinete del Apocalipsis intentara penetrar en tierras norteamericanas.

Paquetes envenenados de ese maligno polvo, cartas infectadas del casi letal producto, sospechas de envíos y franquicias con el contagioso ántrax asolaron como pólvora incendiaria todo el territorio de los Estados Unidos. Y surgieron varios muertos. Y el temor a una guerra química o bacteriológica sobre el territorio de la Unión cayó como espada de Damocles en mentes, en espíritus y en corazones.

La población se había vuelto a alarmar, a atemorizar, el miedo es libre se decía, y no con exageración, como decían algunos periódicos extranjeros, si no con la justa precaución de estar ante un nuevo desastre nacional, pues varias víctimas fueron hospitalizadas y otras perdieron su vida con el letal producto.

Había, querámoslo o no, vuelto la psicosis del miedo, el pánico y de la indefensión. Los fantasmas habían vuelto a salir de los viejos armarios empotrados, de los fríos arcones de las buhardillas o sótanos, y sus largas prendas blanquecinas y usadas tapaban de nuevo los frágiles cuerpos llenos de escalofríos y angustias, como si de nuevo hubiesen formas y esqueletos embrujados en las Noches de Halloween.

En este estado de cosas, con estas nuevas situaciones tan especiales como desconocidas, la población norteamericana se armó de valor y de prudencia, tomó medidas de precaución y de vigilancia, hasta el extremo de que las gentes hicieran acopio de alimentos, de productos vitales y de cosas esenciales para la vida. Mermaron las compras en las tiendas y supermercados. Disminuyeron las compras y salidas al interior y al exterior del



país; las gentes dejó de mandar a los escolares a los colegios y escuelas; las calles, avenidas y parques vieron disminuir su afluencia de personas muy drásticamente. Los aeropuertos sufrieron una severa disminución en sus vuelos nacionales e internacionales, cosa que también se dio en casi todos los países del mundo, incluidos los de la Europa comunitaria.

El nuevo orden mundial parecía al principio impotente y débil en proseguir con su línea de seguridad, templanza, severidad y estrategia. Era cuestión de inteligencia y madurez. No de venganzas y odios, no todos eran enemigos, era cuestión de sofisticada actuación, no dando palos de ciego a diestro y siniestro. Era cuestión de eficacia y sosiego. Pero como el enemigo era invisible la cosa no estaba clara.

En iglesias, plazas e instituciones, se habían celebrado honras fúnebres, actos religiosos de piedad y oración, rezos de penitencia y fe religiosa, sencillas o impresionantes celebraciones por las víctimas, heridos, muertos y desaparecidos de los atentados terroristas, muestras de cariño y amistad hacia los familiares, parientes y amigos de los muertos y heridos. Honores póstumos para héroes desconocidos, para bomberos y policías que dieron su vida por salvar o rescatar a las gentes atrapadas en los pisos y en las plantas: operadores de bolsa, empleados de negocios, agentes bursátiles, gestores de entidades financieras o comerciales, informáticos y porteros, vendedores y pagadores, gentes trabajadoras o simples ciudadanos o clientes que estaban en el lugar de la catástrofe.

La vida volvía poco a poco a su cotidiano quehacer, a su tarea de vivir y progresar... Una fotógrafa voluntaria había dicho: "La ciudad tiene un corazón mucho más blando y grande de lo que parece, mas la gente se volcó y ayudó a los necesitados de forma muy extraordinaria."

Los taxistas neoyorquinos, con sus vehículos y automóviles del color del sol conducían ahora más despacio, más serios, más pensativos y prudentes. La "ground zero", la zona cero, debe servir para honrar la experiencia del esfuerzo, del sacrificio, del heroísmo, de la austeridad y de la solidaridad. No debe ser – dice un empleado de banca – el lugar donde se saquen fotos de una vil canallada. Y si se sacan fotografías que sean de recuerdos por las víctimas, y pensando en los muertos que nunca ya más vieron unas imágenes en color ni en blanco y negro.

Debiera montarse un donativo para las pobres viudas, para los hijos e hijas huérfanos, para las gentes heridas o con lesiones traumáticas o psíquicas para toda la vida, para reconstruir edificios o ayudar a los más necesitados de la catástrofe.

Yo seré un buscavidas, un donjuán, un pecador empedernido, un vividor y mujeriego, pero sé que también comprendo la muerte de los demás como estoy intentando aprender a sobrellevar mi propia muerte no consumada.

Sé que es una misión sagrada rezar u orar por los muertos y por los desaparecidos, al fin y al cabo ellos fueron los que se llevaron a la tumba el drama de sus vidas, la peor suerte, no, mejor dicho, se llevaron consigo muchas ilusiones y esperanzas de superación, de conquistar nuevos progresos y puestos de trabajo más ambiciosos como es de naturaleza normal en el hombre, de albergar nuevos horizontes para sus hijos y familia, de emocionarse con un juego o tararear una canción musical. De maravillarse ante un paisaje hermoso de la Naturaleza, o ante una vista encantadora de una cascada o catarata. Pero todo se derrumbó el once de septiembre como un fugaz meteorito que se estrellara contra la Luna. Luego, desesperación, afligimiento y resignación, y fe religiosa si crees en Dios.

Yo, Mario Ruber Vidal, me confieso pecador y mortal. Y arrepentido de algunos de mis actos, pero no puedo renunciar a mi nueva vida. He de vivirla y llevarla como me fue luego dada, tras mi hipotética muerte tras el once de septiembre. No quiero dar envidia a nadie, ni a viudas ni a huérfanos, sólo he pretendido llegar a conocer y a ponerme en el sitio, en el lugar de una cualquiera de las víctimas, y más de los familiares que lloran y lloran intensa y dramáticamente a sus seres queridos. No sé si hago bien o mal. Tal vez un día me arrepienta y exprese otras voluntades, mientras tanto te seguiré contando mi vida, mi sencilla y pequeña vida en la ciudad amada de Nueva York.

A veces yo mismo no me creo que estoy vivo, que sigo existiendo, que fue una suerte ( o una desgracia) el cancelar aquel fatídico y mortal viaje que me llevaba a Los Ángeles en busca de mi hermana y de una ambigua entrevista, no bien programada con un director de cine. A veces no sé si esto de escribir unas memorias o un relato de mi vida es bueno o malo. Sólo la gente y el público que lo lea me comprenderá o me odiará. Y verá si obro con buena voluntad, o si sólo he pretendido vender un libro más, una novela de mi vida, quizás mi primera narración leída a nivel internacional.

Ahora, repito, soy otro. Así se lo he comunicado a Miriam. Sé que lo que estoy haciendo puede que no tenga nombre ni título. Que es una locura esto de vivir una nueva vida. Nacer de nuevo es un privilegio, es un milagro. Pero nacer de nuevo es un gran favor de los dioses que hay que aprovechar. Sólo se sabe de lo que vale un minuto de una vida cuando se ha perdido parte de está, o se comienza a perder la misma. Lo que vale un minuto de vida no se puede pagar con oro cuando uno comprende lo que vale la vida, lo que vale disfrutar de unas horas, aunque esas horas sean un viaje al más allá de las estrellas como en una película de las Guerras de las Galaxias.

Hoy es un viernes del mes de diciembre de 2001. Le he comunicado a Miriam Starpe Suan mi propósito de seguir con ella, de serle fiel, cosa rara en mi vida, pero sincera. Además le he confesado los pormenores de mi frustrado viaje a Los Ángeles en California.

La búsqueda primordial y casi infructuosa de mi hermana Tamara, perdida y sin rastro de ella desde que fue a California desde hace unos tres años. Y de mis otros menesteres y futuras reuniones con los directores de Hollywood, y mis fobias y mis fracasos matrimoniales.

Ahora Miriam, de la que me he enamorado como un cadete de academia, como un adolescente juvenil en trances de terminar el bachillerato, me ha hecho su prisionero de amor, en la querida jaula de su piso neoyorquino, me ha protegido y esclavizado, y no me importa, me ha cautivado con su excesiva delicadeza femenina, me ha seducido con su exaltado vigor sexual, me ha atraído y atrapado con su carismática personalidad, llena de defectos como yo, pero así, al fin y al cabo deber ser el amor: ciego, loco y borracho, apasionado y distinto cada día.

## CAPÍTULO VEINTE

Era, repito, un viernes del mes de diciembre.

Estaba casi todo el tiempo metido en la casa, había perdido casi la cuenta exacta de los días que llevaba así. Como un Don Quijote estudiando la existencia y vida humana, recordando la naturaleza de los hombres.

Ayudaba, algunas veces, a Miriam a preparar y a tener a punto sus pinceles, sus tubos de pintura o sus lienzos blancos, donde plasmaba luego, en algunos ratos libres, sus cuadros, sus

lienzos que pintaba con fervor e ilusión, con motivos abstractos, surrealistas o minimalistas.

Yo me había fabricado un pequeño taller o laboratorio casi más literario que artístico, donde escribía estas cosas o revelaba algunas fotos, con más o menos acierto y voluntad.

Aquella tarde estaba deseando que llegaría Miriam de su trabajo en las oficinas anexas al Museo Metropolitano donde últimamente trabajaba colaborando en una nueva exposición artística de varios artista japoneses, y deseaba su pronta venida porque tenía un constante y gran dolor de cabeza, estaba como mareado, tenía poco apetito, me dolía la espalda y de vez en cuando tenía algunas convulsiones y temblores por el cuerpo. Debo tener fiebre. Puede que sea una gripe o algo parecido – me dije a mí mismo, procurando no darme por convencido de mi atrevido pronóstico médico.

Por fin oí abrir con la llave la puerta, y mover la manija de la entrada del apartamento neoyorquino de la avenida Atlantic, y di un gran suspiro al aire como el niño que espera de sus abuelos un regalo u obsequio por su cumpleaños.

“¡Qué bien, es ella que regresa!” – mi anhelada reflexión parecía fuera de toda duda.

Me encontraba echado en el sofá del salón intentando malamente seguir algún canal de televisión. En el cenicero había cuatro o cinco colillas de cigarrillos dejados allí desde no sabía cuanto tiempo.

Escuché dejar varios paquetes u objetos en la cocina. Luego oí el ligero taconeo de una mujer deslizándose a lo largo del pasillo y del vestíbulo interior.

Todo era difuso y apagado. Casi un amortecido eco de alguien que se movía como fantasma oculto en un desván, y que apenas se desviaba de un pequeño espacio. Desde los pasillos penetraba un ligero ruido por el pequeño hueco abierto entre la doble puerta del salón.

- ¡Miriam!. ¡Miriam!. ¿Eres tú...?.

Luego intuí la presencia de una mujer genial, y con gran talento, que quizás me quería sorprender con algo especial, o que buscaba una cobertura ideal para sorprenderme con alguna nueva y sorprendente cuestión.

Días atrás había tratado de instigarme para trabajar a favor y en provecho de la colectividad, o de intrigarme sobre determinados aspectos culturales neoyorquinos, tales como intervenir en una librería dedicada a libros artísticos, o colaborar anónimamente en la confección de varios lienzos y cuadros para una exposición que se iba a desarrollar meses después con destino a recolectar fondos y dineros para las víctimas del terrorismo.

Miriam tenía fases de gran exaltada efusividad sensual, en las que no me dejaba ni a sol ni a sombra. Yo le seguía sus pasos, y estábamos en la cama hasta altas horas del día, porque su trabajo en aquella oficina o despacho era eventual, y debía

consistir en hacer llamadas a determinadas personalidades y relacionarse con determinados individuos o instituciones que movieran ciertos hilos de la exposiciones que se llevaban a efecto en la capital de los rascacielos.

Y otras veces parecía cansarse y hastiarse de mi actitud pasota y vegetativa, pero feliz y llena de suma reflexión religiosa o moral. Ella era muy astuta. Una mujer atractiva y seductora, que no dudaba en calificar al sexo como sexo, al amor amor, y al aburrimiento pues aburrimiento, pero a su vez una sensible mujer actual, en el sentido de que te hacía ver lo blanco negro y al revés. Cuando te tenía en sus redes femeninas te aprisionaba con sus garras felinas, y como sagaz leona te cautivaba agradablemente haciéndote un aguerrido y fuerte león en su jaula de circo. Inteligencia, sensibilidad y personalidad puestas al servicio de la vida vivida al máximo cada día.

Una voz femenina y sensual, y con aires de princesa, se desparramó entonces entre las paredes del apartamento como eco que reverbera con exquisita sensación acústica.

- ¡Mario!. ¡Mario soy yo!. ¿Te pasa algo?.

Le iba a contestar algo cuando apareció más hermosa, radiante y coqueta que nunca, en la puerta de la entrada del salón.

- ¡Hola Miriam!. ¿Dónde has estado?.

- En el trabajo y en las oficinas. ¿por qué, pasa algo?. ¡Ah, y comprando a la vuelta en un supermercado!. Porque hijo, ¿hay qué comer o no?. ¿No te levantas para darme un beso?.

- ¡Oh, sí, sí, perdona, ya lo iba a hacer! – inquirió él tratando de levantarse con cierta dificultad del gran butacón de tela de algodón, con motivos florales y geométricos en su confección, en el que estaba medio sentando, desperezándose lentamente, moviéndose como tortuga que comienza a deslizarse después de un gran sueño.

- ¿Te pasa algo Mario?. ¡Te veo encorvado y pálido...!

- Creo que debo estar cogiendo la gripe...

- Lo que nos faltaba... ¿Te has puesto el termómetro?.

- Pero si no sé donde lo tienes...

- En el armario de la izquierda del cuarto de aseo. Si estás mal por qué estás fumando.

- Si era un cigarrillo de nada.

- De nada, y veo cuatro colillas en el cenicero.

- Bueno tú también fumas y no...

- Pero yo estoy sana.

- Sí, tú sana, pero tú fumas a veces como un carretero, y yo no te digo nada.

- Faltaba más que me lo dijeras. ¿Y claro, no habrás preparado nada?. Ni la mesa ni las viandas, ni hecha la labor ni la limpieza. ¿Hoy nada, verdad?.

- Las camas sí las he hecho. Lo otro no he tenido ganas. Estoy cansado.
- ¡Cansado, cansado!. ¡Se te deja a cargo de la casa y ...!
- Pero si yo cumplo contigo en ...
- Faltaba más. Bueno, anda, toma esto. Aquí te traigo la revista "TIMES", trae un artículo de tu amigo Stephen Hawking, que tanto te gusta, y además hablan en otros apartados también sobre el ántrax, y sobre ese otro nuevo virus descubierto.
- ¿De Stephen Hawking?.
- Sí, además pone Hawking la guinda en la tarta. A propósito del ántrax, se le ocurre decir a él, que otro virus mortal vendrá y acabará con la vida sobre la Tierra. Menos mal que la gente no le hace mucho caso, aunque podrá ser verdad algún día. ¡Ah, y hay un reportaje de tu amigo Paul Auster, sobre la nueva narrativa contemporánea!. Eso sí que es interesante para un narrador como tú que empieza a escribir. ¡Te lo digo en bromas, hombre!. Dice que un noventa por ciento de la narrativa actual es repetición y plagio del siglo XIX. Ninguna innovación importante desde Joyce o Kafka. Todo lo contrario de los movimientos y estilos artísticos que han renovado y desarrollado nuevas formas pictóricas o escultóricas en el arte, nuevas estructuras y temas arquitectónicos, nuevas visiones de ver el mundo artístico, con nuevos materiales y realidades de abstracciones, etc. ¡Y el mundillo novelístico sumergido todavía en las cloacas del siglo diecinueve!. ¡Qué asco y qué vergüenza para ellos!. ¡Sumergidos aún como besugos en el fondo del mar!.
- Pero Miriam, sabes que un cuadro surrealista, abstracto o minimalista vende, por lo menos aquí en Nueva York.
- ¡Sí, y una mediocre novelucha convertida en un best-seller da más dinero que diez cuadros artísticos de los nuestros!. Pero, anda, calla, y mira eso de Hawking mientras preparo la comida.

Mario tomó la revista con sus temblorosas manos y se dispuso a hojear la revista donde venía un artículo titulado en portada: "El Hombre creará un virus que lo matará en mil años".

Y mientras Miriam se quitaba el vestido, y se ponía ropa más ligera y de estar por casa para hacer o preparar la comida, Mario se atrincheró en el sofá, y a pesar de su incipiente dolor de cabeza comenzó a leer el reportaje del que había hablado con su amante.

## CAPÍTULO VEINTIUNO

- ¡Mario, puedes venir a comer!. ¡La comida ya está servida!.

Otra cosa no sería esa chica de Miriam Starpe Suan pero servicial y agradable con quien quería, sí que lo era.

Miriam maquinaba todo lo que le interesaba, y darle ahora trabajo a Mario Ruber era una de sus aficiones especiales, de sus nuevos juegos o divertimentos.

- ¿Qué has leído ya de ese Hawking? – le indicó mientras servía un plato de verduras con salsa francesa.
- ¡Es muy interesante todo lo que cuenta!.
- ¡Sabría que te gustaría el tema! – comentó la mujer mientras se secaba las delicadas y finas manos con una servilleta de cocina.
- ¿Quieres un poco más...?.
- ¡No, no, gracias!.
- ¡Ah, perdona!, ¿cómo sigue Nueva York?.
- ¡Mal, sigue mal, para que te voy a mentir!. Todavía humea el centro de la zona cero.
- ¿Entonces, la situación no ha mejorado mucho desde la fecha...?.
- Algo sí ha mejorado, pero cuesta trabajo encajar este gran estrago, la gravedad de lo sucedido está ahí, ¿o no lo crees tú también así...?.
- ¡Lo comprendo!. ¡Sí!.
- Tardaremos bastante tiempo en levantar cabeza, y tardaremos más aún en cicatrizar las heridas.
- ¡El que las cicatrice...!.
- Efectivamente, tú lo has dicho. Nunca se cauterizarán del todo.
- Pero los neoyorquinos son gentes muy dura y muy testaruda. Son sacrificados y muy trabajadores. Saldrán adelante...
- Sí, así lo creo, pero con sudor y sacrificio. Con paciencia, olvido y atrevimiento.
- ¡También eso es cierto! – dijo Mario que ya había dado por finalizada su comida. ¡Nueva York es sorprendente e irregular, por eso la hace ser más cosmopolita!.
- Pero, Mario, ¿no vas a comer más?.
- ¡No!.
- ¡Come anda, come, que si no te vas a quedar en los huesos metido aquí en casa y sin salir nada!.
- ¡Es que no tengo hambre!. ¡No tengo apetito!. Debo estar incubando o agarrando una gripe o algo parecido.
- ¡Bueno, ni me hables de ello!.

- ¡Pero tengo escalofríos!
- Olvídate, son sugerencias tuyas. ¡Claro vas en mangas de camisa por la casa!. ¡Abrígate más, hombre!. Y hablando de Hawking, entonces, sigue ese hombre emperrado en sus trece de que un virus asesino terminará con el resto de los que hemos quedado en pie.
- Stephen Hawking es muy serio y un tipo profético. No dice que sea ahora mismo aquí, ni en esta parte del mundo. No obstante, con la epidemia del Ántrax todas las especulaciones se han disparado vertiginosamente.
- Entonces, qué dice ese patibulario de científico inglés.
- ¡Bueno, no le insultes al hombre así!
- ¡No, no, si no trataba de insultarlo!
- El profesor de matemáticas de la cátedra “Newton” de la Universidad de Cambridge, dice que los mismos humanos nos destruiremos a nosotros mismos dentro de unos mil años. Que no serán las bombas atómicas ni las bombas de hidrógeno, sino que los humanos crearemos por accidente o por investigación química un extraño virus, un germen muy peligroso y voraz, millones de veces más destructivo que las bombas atómicas, y que acabará con los seres humanos. Todo puede ser cierto. No es una broma ni un decir por decir. Un poderoso virus sin antivirus en sus genes podría ser mortal para el género humano, ¿o no?.
- ¡Qué serio y especulativo te pones, hijo!. ¡Haces como él!
- No te rías mujer. La cuestión tiene mucha importancia. Es de vital necesidad que nos demos cuenta de los peligros que entrañan la manipulación genética. Puede ser positivo para muchas cosas, en enfermedades y en medicina, para la salud o para la alimentación, pero hay que tener un extremado cuidado para no olvidarse que el problema tiene dos caras como cualquier moneda. La creación de un virus nuevo para el que no estemos inmunizados ni protegidos puede acarrear que cuando nos demos cuenta del hecho, el mencionado virus sea letal, y haya atacado a los humanos y poblado grandes extensiones de la tierra con el consiguiente nivel de destrucción que ello conllevaría. ¿No te parece a ti eso?.
- ¡No, no creo en tan pesimista conclusión!. Siempre ha habido una solución para todo. Siempre sabrá el hombre evitar esos problemas y ...
- ¡Menos cuando deje de haberlas!
- ¡Qué pesimista eres!. ¡Qué escéptico te has vuelto al leer eso!
- Algunos autores piensan que la destrucción de los cientos y miles de dinosaurios que poblaron la Tierra hace miles de años, pudo además de ser causado según se dice por un meteorito, serlo también por un poderoso virus



maligno procedente tal vez, del mismo espacio exterior, que pudo penetrar anexo con el susodicho meteoro cósmico.

- ¿Quién dice eso?.
- Algunos científicos, y yo mismo pienso que bien pudo ser así.
- Pero, ¿no se conocen las causas exactas de la destrucción del meteorito?.
- ¡Exactas, exactas, no del todo!. Aproximadas puede...
- Luego, ¿qué tendremos que hacer?.
- Irnos a vivir al Universo. La salvación está en salir de la Tierra y habitar algún planeta desconocido de alguna estrella perdida por el Cosmos.
- ¡Tú estás tan loco como él!. ¡Terminarás desquiciado!. Anda, coge el aparato, y ponte el termómetro, que te encuentre mal. ¡De verdad. Creo que tienes sinceramente mucha fiebre.

## CAPÍTULO VEINTIDÓS

La temperatura crecía en la casa como medran los políticos mediocres en sus puestos de trabajo para ganar fama, gloria o dinero. La conversación entre Miriam y Mario se desarrollaba en plan de buenos amigos. Había un extraño hilo conductor en su relación sentimental. Por parte de él un dejarse hacer, un dejarse llevar, como habían propuesto los ilustrados franceses allá en el Mercantilismo del Despotismo ilustrado

europeo. Ella con su imponente e intelectual sagacidad, con su Practicismo Contemporáneo para encauzar y cautivar corazones a su servicio, a su querido menester. Ella una seductora como encantadora princesa de cuento, y él como atribulado príncipe que se deja enmarañar dulce y tranquilamente entre las redes de un bonito amor.

- ¿Te sigue doliendo la cabeza, Mario? – le dijo mientras recogía de la mesa algunos de sus utensilios y los introducía en el fregaplatos.
- ¡Sí!. ¡Tengo un mareo general y estoy como algo atolondrado!. ¡Me han vuelto los escalofríos!.
- Vuélvete a poner el termómetro digital.
- Ahora mismo lo haré.

Mario se levantó algo encorvado por un estado general de malestar. Tomó el aparato y lo introdujo debajo del brazo, a la manera española.

- Pero, ¿por qué no te lo metes en la boca?. Es más rápido y seguro.
- ¡Es lo mismo!. ¡Mide la misma temperatura!. Son costumbres de cada sitio.

Esperó unos minutos mientras intentaba, mal que bien, ayudar a Miriam en la tarea de recoger los cacharros empleados en la comida que se esparcían por la pequeña mesa donde habían almorzado. Un agudo pitido como un tren de juguete le avisó que el aparato había terminado de subir su temperatura.

- ¿Cuánto tienes de temperatura?.

Un raro silencio se desparramó por el cuarto del piso de Miriam. Mario Ruber miraba con extremado cuidado, con unos ojos desconfiados y fijos en la zona del termómetro que marcaba los números que tenía su cuerpo de temperatura.

- ¿Di...? – dijo impaciente la mujer. ¿Cuánto te marca?.
- ¡Treinta y ocho con nueve!
- Cuánto: ¿Treinta y nueve?.
- Casi. Menos una décima. Treinta y ocho con nueve.
- Pues anda, métete en la cama, y descansa. Ponte el pijama, estarás más cómodo. Voy a ver los analgésicos que quedan en el botiquín del armario.
- ¡Iré ahora mismo a acostarme...! – dijo el hombre que andaba y se movía con gran parsimonia, fruto de la declarada fiebre -. No creo que por una fiebre convenga llamar a un médico, ¿verdad?.
- Bueno eso ya lo diré yo. Ahora échate, pues será donde mejor estés. Te tomarás una pastilla y esperemos que te baje la fiebre, sino tendremos que llamar a un doctor.

Pasaron aproximadamente unas tres horas. La situación de Mario Ruber en la casa de Miriam parecía empeorar. Ella se dirigió hacia la habitación donde él yacía, y despertándole ligeramente de la modorra le dijo.

- ¡Mario!. ¡Ponte de nuevo el termómetro a ver la temperatura que tienes ahora!

Mario, amodorrado y lleno de mala cara, despeinado y titiritando como un pez fuera del agua, obedeció a la mujer, y se puso el termómetro debajo de la axila izquierda. Esperó, dando ligeros escalofríos de vez en cuando, durante unos breves minutos, hasta que un leve aullido, como un pitido de un ferrocarril de juguete, le hizo sacarlo de su brazo y mirarlo con cierta extrañeza.

- ¿Qué dice? – le dijo la mujer en un juego de palabras lleno de ironía.

- ¡Treinta y nueve con dos...!
- ¡Anda sí!. ¡Déjame verlo!

El hombre no pronunció ni palabra. Se lo entregó y se volvió a tapar con las sábanas y la colcha de la cama.

- Treinta y nueve y pico... Casi treinta y nueve con cinco. Hay que llamar urgentemente a un médico. Pero, ¿cómo lo hacemos... dada tu situación tan especial y anormal?. ¿Di, Mario?. Me escuchas. ¿Di...?.

- ¿Qué quieres que te diga, mujer...? – mencionó el hombre con voz ronca, baja y con pocas ganas.
- Llamaré al doctor del seguro privado para ver si puede venir.

Miriam telefoneó a continuación al médico de un seguro especial que ella tenía, dado que le diría que era para ella, porque la situación tan anómala de Mario no aconsejaba descubrir la verdad.

- ¿Por favor, puede ponerse el doctor Crowe?.
- Lo siento, no está en el consultorio. Acaba de ir a la clínica para una urgencia.
- ¿Y cuándo regresará...?.
- Es probable que hoy ya no lo haga. Si quiere le dejó alguna razón.
- ¡Ah, no, nada, nada!. ¡Gracias!.
- Está bien. ¡Adiós!.
- ¡Vaya, hombre! - dijo Miriam mirando el envoltorio en que se había transformado Mario debajo de las sábanas -. Los médicos cuando más se los necesita menos se los encuentra – dijo como para sus adentros con cara de indignación y amargura.

Miró de nuevo el revoltijo de ropa en que estaba metido su amante, y le dijo:

- ¡No está el doctor Crowe!.
- ¡Llama a mi seguro médico particular! – le dijo Mario incorporándose en la cama.
- ¡Pero si tu seguro médico es para Boston!. Aquí como si nada. ¿Entiendes?.
- ¡No!.
- ¡Déjame pensar un momento, por favor!. ¡Ah, ya está, de momento voy a ver si está Ingrid Thomas o Andrée

Marcus en su apartamento, y les pediremos unos analgésicos, unas aspirinas o unos gelocátiles, pues apenas nos quedan dos o tres!.

- ¿No les molestarás a estas horas?.
- ¡Espero que no!

La mujer se dirigió hacia la puerta de salida. Salió al relleno de su planta. Luego se fue hacia la puerta de entrada del piso de sus vecinos y tocó al timbre. Esperó unos segundos y nada se oyó al otro lado. Lo volvió a intentar de nuevo dada la especial situación en que se encontraban. Y pasados unos minutos regresó hacia su piso. Sus vecinos neoyorquinos no estaban en casa. Estaba segura que si hubiesen estado la hubieran abierto la puerta.

La mujer estuvo haciendo de nuevo nuevas cábalas, cuando movió súbitamente su cabeza como aquel que encuentra algo que lleva mucho tiempo buscando, y dijo de repente para sí misma. “Ya está llamaré a Alex Terry. Casi siempre tenía guardia los viernes y los sábados. ¡Sí, sí lo intentaré, por lo menos!”.

## CAPÍTULO VEINTITRÉS

Miriam había decidido en último extremo llamar a un antiguo amigo, un hombre algo descarado y fanfarrón, un individuo no recomendado para mujeres que se enamoran fácilmente, porque aquel hombre tenía unas grandes dotes naturales de atracción y también de persuasión. Más que antiguos novios habían sido antiguos amigos o amantes, y le conocía lo suficiente bien para sentir una honda preocupación, y que tenía que tener cuidado si no quería entrar otra vez en un

círculo vicioso no deseado ni querido. Pero, ¿a quién podía recurrir en aquellas anómalas y extrañas circunstancias?. Los servicios médicos particulares en Nueva York son muy caros. Pero tal vez un amigo... Quizás él no estuviera de guardia en el Hospital ni en su consulta privada, y a lo mejor se hallaba en otro Estado o fuera de los límites de N.Y. Además hacía ya un tiempo que no lo veía...

Por eso dejó obrar a su pensamiento como aquel ser que se consuela con ver un acto de espiritismo creyendo que los remedios propuestos para otros son o tienen que ver con uno mismo.

Lo llamó a su despacho médico, y pronto supo por su voz que aquel hombre la había trastornado no sólo por su tipo físico extraordinario sino también por su elocuente voz, muy sensual y varonil, muy agresiva, seductora y segura.

- Cuando acabe aquí a las ocho de la noche salgo para allí mismo – le anunció bajo una fuerza masculina de aparentemente profesional, y bajo un señuelo de antigua amistad. Una voz profunda que denotaba una postura no solo solidaria sino al mismo tiempo cameladora -. Luego, le dijo con aires de conquistador profesional: ¡Oye, tú dirección es la misma que la que aún figura en mi agenda, verdad, en la avenida Atlantic, número Alfa 87 del edificio Stevenson! – le puntualizó aquel hombre con un sonido claro y perfecto.
- ¡Sí!. Eso es. ¡Gracias, Terry, te lo agradezco!.
- Descuida mujer, ya sabes que para eso estamos..., te lo hago encantado. En cuanto termine el trabajo me voy para allá inmediatamente.
- ¡Gracias de nuevo!. ¡Hasta pronto!.

Alex Terry Bathring era un tipo lunático, excéntrico, genuinamente americano, snob y mitómano. Así disfrutaba de las alturas y de las vistas de Nueva York desde un despacho de consultas de seguros médicos en el edificio del Empire State Building, cercano a su Hospital, el New York University Medical Center, porque casi sólo tenía que transitar desde la First o Primera Avenida del Hospital, y por la East 34 Th Street, y llevar a la esquina con la Fifth o Quinta Avenida donde se encontraba el genuino y clásico edificio neoyorquino de mil películas, casi en el mismo centro de La Gran Manzana. Operación, no médica ni quirúrgica, en la que empleaba algo más de media hora andando y paseando, porque decía que una ciudad es como una hermosa mujer, si se la quiere conocer bien, amarla y sentirla, hay que patearla, analizarla y desmenuzarla como si de una operación cuidadosamente médica o bursátil se tratase.

Y es que en su mano, en su maletín, y en su mente, llevaba siempre, como en un vídeo digital, tres secuencias de la misma película de su vida: La pasión por las bellas mujeres, la pasión por el dinero de Wall Street, ya que él tenía todos sus ahorros metidos en la Bolsa neoyorquina, y su anhelado trabajo médico, al que dedicaba, era verdad, muchas horas y horas, y todo su esfuerzo en

guardias y servicios de urgencias con las que se ganaba más dinero y más dólares, amén de algunas actividades farmacéuticas de las que era delegado en el hospital neoyorquino, y que le reportaban también grandes sumas de dinero.

El “New York University Medical Center” era un complejo sanitario en forma de L, con varios edificios departamentales anexos, situado en las orillas del East River, a casi un tiro de piedra de Roosevelt Island, y al lado de la Primera Avenida neoyorquina.

Su situación era privilegiada, casi enfrente de Kips Bay Plaza, y a unas manzanas de la famosa Calle 42 de los Teatros de Broadway, una situación también primordial, pues desde allí se daba acceso al Túnel Queens Midtown que comunicaba con ese gran distrito, y se estaba a unos cientos de metros del Edificio General de la O.N.U., lugares muy visitados por todo tipo de turista, y cercano como dijimos al mítico rascacielos de King Kong.

Cuando el mencionado doctor llegó al piso de Miriam, ésta se encontraba preparando la estrategia a desarrollar con su antiguo amante.

- ¡Hola, Miriam!. ¿Qué te ocurre, por qué me has llamado Miriam?. ¿Estás mal, te duele algo?.
- ¡Bueno, no, no es a mí!. ¿Vienes solo?.
- ¡Ah, se me olvidaba, presentaros!. ¡Ésta es Anny Ruth!. Mi ayudante en el servicio hospitalario.
- ¿Hola, cómo estás?.
- ¡Bien, señorita!.

Miriam no contaba con que su amigo le trajera ninguna amiguita a la visita. Estaba muy decepcionada. Estaba sorprendida y algo aturdida, pero, qué podía hacer ni decir si le había llamado para que viese a Mario que estaba enfermo y acostado en la cama. ¿Cómo se lo diría, que era para su Mario Ruber?.

Anny Ruth era una joven enfermera de unos veintidós o veintitrés años. Delgada y fresca como un junco egipcio del Nilo. Toda una ingeniosa muchacha que llevaba siempre consigo, y no se despegaba nada de él, un pequeño maletín negro que contrastaba con su largo y suave cabello rubio, muy rubio, casi tan dorado como el oro que se vendía en la calle Diamond Row, en la confluencia de Times Square con Broadway y la Séptima Avenida. Sus ojos verdes y sensuales, que mostraban una corta miopía que disimulaba con unas atípicas gafas de modelo geométrico, para ser más exactos en diseño pentagonal, también contrastaban con su poca sutileza y delicadeza a la hora de sacar los instrumentos médicos o quirúrgicos, y una incipiente brusquedad a la hora de abrir el maletín y buscar determinados medicamentos o aparatos.

Las siguientes palabras de Alex Terry resultaron aún más frías, drásticas y opresoras. Sintió que sólo había llevado a aquella mujer allí para darle celos. Porque – decían las malas lenguas – que los celos son la base de una venganza posterior. Sabía que su anterior romance, su antiguo amorío con Alex Terry Bathring,

cuando dejaron sus relaciones sentimentales por asunto de los extremados celos del varón, fueron demoledores, álgidos, casi dramáticos. Pero creía que todo aquello había pasado. Y estaba olvidado.

- ¿Tienes problemas con tu corazón?.

Miriam en un principio pensó que se refería a su corazón corpóreo, pero luego detuvo su pensamiento en el matiz que había dado a sus palabras, y cayó en la cuenta que se refería a sus amores sentimentales.

Y como una ingenua había contestado:

- ¡No es para mí la visita!.

- ¡Ah!, ¿tú no estás enferma, no eres la paciente?.

Entonces, quién es...

- Es para Mario. ¡Para Mario Ruber!.

Esas palabras bastaron sólo para ponerle rojo y encendido. Aquel hombre encendía su hoguera con las vanidades más sensibles y olvidadas. Un hombre fuerte, robusto, con luenga barba como un serio rabino, altivo, con gafas de cristales hexagonales, a la nueva moda y como su perrilla faldera, la ayudante Anny Ruth, un extremado bigote negro, unos ojos profundos y de un duro color castaño, buen porte, silueta de mirada penetrante y seductora. Sus anchos y carnosos labios no hacían contraste con su nariz redonda y algo más grande que lo normal humano, lo cual le daba una pizca de picardía y galantería inusual en algunos caballeros neoyorquinos. Cualquiera persona ajena a estos pensamientos le hubiera también tomado por un doctor Jekyll con desviaciones psicológicas a mister Hyde. Era un caballero apuesto, de amplio espectro seductor. Su labia, su oratoria, llegaba lejos hasta el extremo de creerse su propio mundo creativo, pues, en más de una ocasión había contado a Miriam relatos e historias que se salían de lo normal en una relación amorosa. Pero las mujeres gustan a veces de estas queridas leyendas para ser amadas con pasión.

- ¿Mario Ruber?, ¿quién es el tal sujeto?.

- ¿A ti qué te importa a estas alturas? – le contestó Miriam, que al pronto se arrepintió de la rápida e insensata expresión empleada contra Alex Terry, cuando tendría que haber demostrado en su actuación cierta moderación, y tal vez, gratitud, por aquella desacostumbrada visita médica.

- ¡No, no, sólo preguntaba!. Si he de atender a alguien necesito saber dónde está, y qué es lo que le ha sucedido.

- ¿Dónde se encuentra el paciente?. ¿Está el enfermo en la habitación de ahí?.

Entonces ella no pudo casi ver, ni intuir ni comprender ese radical cambio de mirada realizada en el rostro del doctor. Pero recordó que en aquella cama él también se había acostado con ella, y lo habían pasado estupendo, muy apasionados y bien.

- Le ha subido esta tarde la fiebre de una manera muy considerable – le indicó mientras penetraban en la estancia casi a oscuras, seguidos por la enfermera que como un perrita faldera le seguía a todas partes.

Dieron la luz cuya profunda y penetrante ráfaga nubló la mirada de Mario Ruber que se desperezaba malhumorado, y preguntada con cierta desidia quiénes eran esos intrusos que le despertaban.

- ¿Quiénes son éstos?
- Es el doctor Alex Terry. Viene a verte. ¿Qué tal estás ahora?
- Mi ánimo es muy malo. Me encuentro muy cansado. Doctor, ¿qué me pasa?. Es la gripe ¿verdad?.

Terry le tomó el brazo derecho y le notó el pulso de sus venas bajo la atenta mirada de los demás, y sobretodo de su enfermera Ruth que se disponía a abrir su maletín médico con una asombrosa parsimonia.

Luego con un lacónico, grave y corto sonido le dijo como si estuviese tratando con un desfallecido paciente en aras a un triste final

obituario:  
- ¡Incorpórese un poco, por favor. ¡Déme el estetoscopio, señorita Anny, por favor!.

A continuación le subió la camiseta del pijama y le auscultó con la rapidez de un rayo y una cierta desgana en el pecho y la espalda.

- ¡Abra la boca!. ¡Más abierta, por favor!.

El médico parecía auscultar a disgusto a aquel paciente que era sin duda como un potencial enemigo para él, dado el cariz que tenía para el propio doctor haber sido el amante de aquella mujer. Se diría que en el estudio fisiológico o anatómico de aquel individuo estaba diseñando la estrategia de una venganza, de una extraña operación. ¿Tal vez, una hipotética venganza?. ¿O tal vez, un escarmiento en la persona de aquel hombre?.

- ¿Ha tenido escalofríos?.
- ¡Sí! – le contestó decidida y amargamente Miriam.
- ¿Y ha devuelto o vomitado?.
- ¡No, eso no!. Ha comido poco. No sentía apetito. ¿Es algo grave?.

A tal pregunta hubo un irrespirable silencio. Mario se sintió muchísimo peor de lo que pensaba que estaba, a pesar de que su dolor de cabeza le había disminuido algo tras la anterior toma de una pastilla antipirética.

Salieron para afuera todos como si fueran con el corazón en un puño. La señorita enfermera recogió el instrumental correspondiente y lo guardó en el maletín como guarda el joyero las más preciadas de sus joyas.

- ¿Tiene algo grave?, Terry – dijo Miriam todavía con cara de incrédula y desconfiada.



Y fue otra vez el incómodo silencio de Alex el que la sacaba de quicio. Y mirándole a los ojos con fijeza le volvió a decir:

- Bueno. ¿Tiene algo grave?. Dime si tiene algo extraño, algo grave, alguna complicación.

Tenemos que hacerle alguna prueba más. Señorita Alex disponga de una prueba de sangre. Es una operación sencilla. Así saldremos de dudas...

La señorita, a veces con gran presteza, y otras con ciertos andares de ganso a pesar de su virtual belleza, se dirigió hacia la habitación donde descansaba extraordinariamente agotado Mario para sin duda extraerle un poco de sangre.

El doctor Alex Terry Bathring y Miriam Starpe Suan se fueron hacia el salón con un aire serio, callado y medio apenado.

- ¡Siéntate!, te traeré un café o un whisky, ¿qué prefieres?.
- Un whisky, por favor, doble si no te importa.

Mientras Miriam preparaba la mencionada bebida alcohólica, sin duda para reanimar más al doctor que al enfermo en cuestión, la muchacha enfermera permaneció con el paciente extrayendo de sus venas un poco de sangre para analizarla. Luego, la propia Miriam le dijo, embargada por las dudas y las cavilaciones que veía en los sanitarios:

- La sangre, ¿tenéis instrumental para analizarla aquí, o tienes que llevarla a...?.

Apenas había dicho esas palabras cuando sonó el móvil de Terry. Sacó el aparato de uno de sus bolsillos, apretó a un botón y contestó:

- ¡Sí!. Soy el doctor Terry.

Una voz lejana y casi imperceptible para Miriam comenzó a dialogar con su antiguo amante, quien también era amante de animales domésticos, al que había conocido en una gran fiesta neoyorquina tras inaugurarse unos años atrás una exposición pictórica con de tema “Los animales en relación con la urbe y su entorno”.

- ¡Ah, pasa entonces por aquí para recoger a la señorita Anny. Lleváis las muestras al laboratorio y me avisáis en cuanto tengáis el resultado definitivo del pronóstico!.

Hubo un corto silencio en el que de repente y como una sombra imprevista apareció la enfermera Ruth, peinándose su cabello y atusándose su falda de colores rojizos, como si hubiese estado tumbada y besándose descaradamente en el lecho con Mario Ruber. Era claro, todo aquello lo supuso ficticio, algo muy imaginario para ser realidad. Aunque vete a saber, pues aquella pelandusca de enfermera no gozaba de sus amistades, ni de preferencias ni de su poca o nula simpatía.

- Sí, Anny ya lleva los elementos y las muestras que hay que analizar... Avenida Atlantic, número Alfa 87 del Edificio Stevenson. ¡Hasta luego! – con esas palabras terminó de hablar el doctor cerrando su pequeño móvil e

introduciéndolo en el bolsillo derecho de su ajustada chaqueta marrón.

- ¿Quién ha llamado? – interrumpió de pronto la señorita sanitaria, con una facilidad comunicativa muy elocuente y cordial de la que emanaba cierto grado de confianza y generosidad hacia la persona, se suponía que respetable del médico, que hizo pensar a Miriam que efectivamente entre aquella mujer y el doctor había más que un idilio o amistad, que Alex Terry y Anny Ruth tenían un apasionado y tal vez congruente romance.
- Fue McMillan. ¡John Macmillan!. ¡Pasará ahora por aquí a recogerte!. Vais al laboratorio del Center Madison y seguís analizando las muestras que llevas, y me llamáis tal pronto las tengáis listas.

Miriam recordó entonces los problemas policiales y judiciales que había tenido Alex Terry años atrás, en aquella época cuando fueron como novios o amantes, problemas y sospechas sobre determinadas drogas y narcóticos. Se decía que Alex pertenecía a una banda de gánsters dedicada al tráfico de estupefacientes, que vendía ilegalmente determinados narcóticos de los laboratorios, y no sé cuantas cosas más, pero nunca, al parecer, pudo probarse nada.

Su relación con industrias químicas y farmacéuticas, con productos derivados de drogas y ciertos alucinógenos, su relación con el mundo de los estupefacientes permitidos, y con otros que rayaban el límite o la débil frontera con la heroína o la cocaína, le hacían sospechoso, o inmune, según se mire, a ciertas suspicacias e investigaciones tanto policiales, judiciales como de las mismas empresas farmacéuticas.

## CAPÍTULO VEINTICUATRO

Aquel atardecer, rayando con las primeras luces de la noche, y con el fulgurante neón y las intermitentes iluminarias de los miles de escaparates neoyorquinos, se antojaba también gris y difuso como las lejanas luces de Harlem y del Bronx.

La ciudad estaba recobrando el antiguo patetismo vivido. Un Patetismo que había sido sublime, atroz, dramático y estremecedor. Con secuelas netamente claras y tristes, con significativas huellas y heridas en cuerpos y en mentes, en las almas sencillas y en los corazones puramente neoyorquinos. Y es que desde el 11- S la vida y la situación estratégica de la ciudad era otra muy distinta.

Habían transitado en un amplio y lujoso taxi tan amarillosamente llamativo como el trino de esos canarios veraniegos que deslumbran con sus gorjeos y el juego de sus plumas de colores casi dorados.

Desde el Hospital Universitario Central, a orillas del East River, ese Centro Médico, de gran categoría y renombre para los propios y los extranjeros, Alex Terry Bathring y Anny Ruth se habían dirigido hacia el Distrito de Brooklyn, atravesando en su recorrido las primeras avenidas longitudinales y las calles transversales del East Village y el Lower East Side hasta pasar por el Manhattan Bridge, con su enhiesto y amplio puente que daba acceso a Brooklyn por la Avenida de Flatbush, para llegar al apartamento de Miriam en la Avenida del Atlántico. Un recorrido corto y ligero para lo que suele ser habitual en Nueva York.

Las orgullosas y férreas figuras de aquellos dos sanitarios, un apuesto y grandilocuente médico, y una enfática y rígida enfermera, enmarcaban un cierto endiosamiento y altivez, un despótico tratamiento donde la vanidad era la guinda, a veces, de una profesión ya muy comercializada y selectiva, y que con frecuencia había perdido sus buenas dosis de auténtica vocación, sacrificio y entrega al prójimo como en otros lejanos tiempos.

Miriam comenzaba a arrepentirse de haber llamado a su antiguo amigo Terry, en otras horas feliz amante. Ahora, y en presencia de esa siniestra y frívola enfermera, que parecía de acuerdo con él en darle celos y envidia, se sentía humillada y descorazonada.

Y ella misma, impotente y sumisa, y terriblemente resignada a él, hacia ese amante inestable y juguetón que le había gastado muchas faenas en su relación sentimental y sensual con él, tenía además que agradecerle, y pagarle la visita médica. Y la otra mujer, una advenediza antagonista, una enfermera tal vez de pacotilla y media, pavoneándose como pavo real lleno de plumas y oropeles, con sus jeringuillas y su maletín quirúrgico.

Con tanto buen médico y tantas excelente enfermeras como hay libre por el mundo, - se decía amargamente para sus adentros - y ella había ido a elegir, y a recalar, en un fanfarrón, en un chulo y en un despreciable, y tal vez abominable sujeto. Pero, a esas alturas, ¿qué podía hacer?, si no era seguir tal vez la buena o poca voluntad de aquel sanitario, de su antiguo amante.

La conversación entre ellos giró luego en torno a cosas simples y cotidianas, y llenas de la misma frivolidad de la que adolecían aquellos dos empleados de la Sanidad.

- ¡Qué tráfico hay tan horrible y absurdo desde el 11 de Septiembre! ¡Aquí todos son unos gusanos! - dijo el hombre llevándose la callosa y velluda mano hacia su elegante corbata de franjas geométricas, y retocando con cierto apego pijo su curiosa camisa en tonos claros y beiges, como tratando de estar más chulo y atractivo que otras veces, tal vez para dar celos, envidia, y todo eso.
- Todo ha cambiado desde entonces - le respondió Miriam para salir del paso, observando en su tono un cierto malhumor y en su mirada determinado desprecio y orgullo superior.
- Estos agentes federales y autoridades municipales te desvían sin escrúpulos y bruscamente de un recorrido normal en aras de la seguridad. Pero, ¡qué seguridad y qué mierda!. ¿A qué llaman ellos seguridad?. A prohibirte libertades y recorridos, a prohibirte estancias en algunos lugares, y a esconder debajo del sobaco ciertos temas u opiniones. A joderte a todas horas.
- Tratarán de mejorar la seguridad y la tranquilidad en la ciudad, creo yo, y lo harán según sus criterios logísticos y sus objetivos estratégicos - le interrumpió Miriam con voz fresca y desconocida que acusaba fortaleza y clarividencia, cansada ya de cierto hastío machista, y modos repugnantes de superioridad en aquel sujeto, harta de la tiranía y cinismo que conocía en aquel hombre.
- ¡Esos - dijo el varón con acusado desprecio - no mejorarán las cosas. Las empeorarán con sus rutinas maniqueas y sus supervigilancias por que sí.
- ¡No lo creo! - volvió a contestar Miriam.
- ¿No lo crees?. En vez de atarnos a nosotros, unos pacíficos ciudadanos de pies y manos, deberían atar y capturar a Osama Ben Laden. Los periódicos y la CIA

dicen que el tal criminal anda suelto, y además tiene un dispositivo de varios kilotones de energía atómica entre sus faldones de jeque saudí, 10 kilotones que desaparecieron de un arsenal nuclear de Rusia y que puede haber llegado a manos de una de las células terroristas de Al Qaeda, con la intención de hacerlo explotar en la ciudad de Nueva York después de 11 de Septiembre.

- ¡Anda, no digas tonterías, hombre!
- ¡Qué es verdad!. ¡Lee los periódicos!. Lo que pasa es que no quieren alarmar más a la población.

Anny Ruth entonces también la miró desde sus ojos de ardilla con aires de superioridad e indiferencia, y la contempló altiva y despóticamente como si fuera un pequeño y raro bicho, un despistado o insignificante animalillo de zoológico. En esos mismos instantes la propia Anny Ruth, que era tan tonta como parecía se decía entre dientes:

- ¡Esta tonta pardilla, aprendiz de pintora, qué se creará una seductora a lo Marilyn Monroe, o qué se creará tal vez, una gran diva de las artes y del papel cuché como Frida Kahlo, o querrá parecerse a una extravagante musa de la pintura de Art Déco como Tamara de Lempicka!. ¡Bah, no sé qué vio en ella, Alex Terry, si sólo son huesos y palabras huecas! ¡ Y encima vive con un hombre medio muerto y cochambroso, ¿quién se creará que es, pues?

Miriam miró de reojo al reloj esperando la llegada de alguien conocido de aquellos casi intrusos sanitarios para que trasladase, por lo menos a aquella patibularia y engreída mujer, una persona con una actitud pija y descastada, por la que comenzó a sentir cierta odiosa aversión y un terrible asco tan natural como femenino.

Y viendo también a aquel presuntuoso sujeto que a veces no hablaba palabra ninguna, que era un ser cada vez más antisocial, un hombre que se había vuelto más presuntuoso y como un gallo altanero, que leía y ojeaba la revista del TIMES que antes comprara para Mario, una revista científica donde venía en portada las declaraciones del astrofísico y matemático de la cátedra Newton de la Universidad de Cambridge, un hombre antipático que comenzó a farfullar ciertas palabras inconexas, y a manifestar, luego, ciertos argumentos en contra del sabio inglés con estas palabras:

- ¡Este Stephen Hawking anda muy loco y desvariado el pobre hombre!. No tiene ni idea de cómo está el asunto de los genes y los virus. ¡Es un patibulario con ideas trasnochadas!. No hay que remontarse a dentro de mil años, ni de cien ni de cincuenta. Creo que ya podemos hoy estar en el círculo fatal de la gran pandemia universal.

Su actitud era ahora claramente desafiante, de claro enfrentamiento verbal. Y su postura irritante y hostil más bien parecía dirigirse hacia ella, con un comportamiento mezquino, y como de desquite por pasadas frustradas aventuras amorosas.

- ¡Hawking es una gran autoridad científica a nivel mundial! – argumentó súbitamente Miriam confiando en poder rebatir cortés y fulminantemente la actitud bélica de su antiguo amante.
- ¡Hawking no tiene ni zorra idea de esto, es un inculto, un mequetrefe!. ¡Sería mejor que se metiera a gurú o a fraile! ¡ A lo mejor acertaba con sus profecías! – resaltó el hombre fuerte y enérgicamente, con palabras subidas de tono como deseando la lucha y la confrontación. Y como mirando por encima del hombro, y muy socarrónicamente, la postura científica defendida por Miriam. Luego, observando en cambio dulcemente, a Anny Ruth, y como queriéndola comerla a besos, le dijo :
  - ¿A qué sí Ruth?

Una ligera inclinación de cabeza de su amante Anny Ruth, como una vendida insinuación de asentimiento, la acabó de convencer a Miriam, si alguna vez había dudado de ello, del romance que mantenía enfermera y médico. Luego, prosiguió su tonta e improvisada argumentación con un talante cada vez más lleno de quisquilloso empavonamiento.

- Sabrá algo, no mucho, sobre agujeros negros o ecuaciones astronómicas. Sobre estrellas de neutrones o sobre espacios-tiempos intergalácticos, pero en cuestión de pandemias y epidemias, de enfermedades y agentes bacteriológicos no sabe nada, ni sabe donde se mete al aseverar eso.
- Creo que te equivocas Alex – le respondió con desplante y seriedad Miriam -. Hawking tiene razón, será dentro de bastantes años.

Entonces, llegado a ese momento, sonó otra desconocida musiquilla proveniente del móvil de Terry, quien contestó inmediatamente a la llamada en cuestión, pegando groseramente la oreja en torno al auricular del pequeño aparato telefónico.

- ¡Es John Macmillan! – le dijo a Anny Ruth con voz dulce y cordial, y como un clásico hombre seductor.

Luego prosiguió con su estudiada comedia de celos-pasión:

- Te espera abajo en su automóvil. ¡Ven aquí, dame un beso! – repitió otra vez con voz paternal a la muchacha -. ¡Y tened cuidado con los semáforos!. Ya sabéis como está hoy en día la circulación. Me llamáis inmediatamente en cuanto tengáis listos los resultados de los análisis.

Y fue al darle el beso a aquella otra mujer cuando Miriam observó definitivamente que aquel hombre le quería darle celos, unos angustiosos celos, y con un gran descaró, besándola con fuerza en la boca, a una enfermera que en nada se oponía a ello,

sino que además participaba muy gustosa y activa en la consumación pasional de un espectáculo vergonzoso y vengativo. Su indecente coquetería era tan malévola como su insensata postura de mujer al servicio de un varón machista. Quería imitar, tal vez, a un apasionado Otelo, o ser un sagaz Casanova, y ella, desde lejos, la desvalida de Miriam, otrora vez amante indiscutible y apasionada de aquel hombre, una inocente y tonta de Desdémona.

Aquella descarada e insolente mujer se marchó en silencio. Ni un adiós ni un requiebro le dijo a Miriam en la despedida. Y desapareció entre las puertas del apartamento como una nacida y traicionera brisa, convertida en furibundo huracán a la atardecida.

## CAPÍTULO VEINTICINCO

Cuando aquella incómoda y frívola mujer, un sinvergüenza espécimen, tal era el vocablo concebido por Miriam, abandonó la estancia, su propio hogar de vivencia, se respiró un ambiente más seguro y sensato, más sereno y profundo.

El silencio, y la aparente mesura, se manifestó como una nueva actitud a tener en cuenta entre Alex y Miriam, dos viejos conocidos de la ciudad de los rascacielos. Pero todo podía también ser fingido e impostado.

- ¡Qué sabrá éste inútil de Hawking de esto! - manifestó Terry volviendo a la carga de su querido enfrentamiento con Miriam a propósito del científico británico -. ¿Qué sabrá al respecto ese pordiosero de una cuestión tan primordial sobre si los sistemas biológicos pueden quedarse atrás y trasnochados en comparación con los puramente informáticos, y que pueden ser superados por los sistemas electrónicos?. ¿Cómo van los ordenadores a poder conseguir dominar al hombre, a pesar de que sus movimientos y rendimientos se dupliquen cada año?.
- Pues por eso, efectivamente, le corrigió Miriam, tratando de aseverar y de comprobar la teoría de Stephen Hawking. De ahí la necesidad que promueve el matemático de la cátedra de Newton sobre la conveniencia de establecer una conexión, una adaptabilidad, entre cerebro humano y ordenador, para que la máquina no se convierta con el paso del tiempo en el Poder Absoluto. ¡Que bien pudiera suceder así, según vamos!.
- Bueno, bueno, no tanto disparates. Mejor será que pensemos en el hoy, o en el mañana que se nos avecina. Y dejemos de ensueños futuristas. ¿Te voy a decir un secreto?.
- Tus secretos son como el agua de Fierabrás. Paja y nada es lo mismo.
- ¡No, mujer!. Me refiero a un secreto profesional.

Miriam recordó cuando años atrás le contaba secretos profesionales que eran pura fantasía narrativa. Recordó lo astuto y sutil que era como fabulador, amén de un buen seductor femenino que resultaba a veces con sus palabras huecas e innecesarias, pero a veces eficaces con algunas mujeres, con su dicharachera profana pero efectiva y positiva con el género femenino. A ella no le iba a engañar ni a engatusar una vez más. Ya no era una ingenua, y se había curado ya de espanto y de sus males artes.

- Que no es mentira esto que te voy a contar.
- ¿Qué es, pues?.



- ¿Habrás oído alguna vez hablar de los nuevos virus genéticos?.
- ¡Sí!. ¡Todo el mundo lo sabe!.
- Hemos descubierto un nuevo virus: “El androgen Ocho”. Una variedad rebelde del gen óptico denominado “Rama VII”.
- ¿Me sigues?.
- No soy tonta.
- El “gen ocho” está invadiendo la Tierra de una manera imprevista, inesperada, compleja, inusitada, cruel y catastrófica. Primero está dejando ciegos a muchos especialistas de los hospitales y clínicas de EE.UU., expertos en oftalmología y visión, debido al hecho de andar y manipular objetos, colirios, emulsiones y medicamentos relacionados con el mundo de la oftalmología. Afecta a todo el personal sanitario que está en contacto con los globos oculares, y con las retinas de los ojos. Todo lo tienen en el mayor de los sigilos, en el mayor de los secretos.
- ¿Qué pruebas tienes tú para aseverar eso?.
- En el hospital Monte Sinaí hay catorce sanitarios afectados y cuarenta y nueve casos declarados. En el Roosevelt Hospital Center hay once casos del personal sanitario y treinta y cinco entre los enfermos. En el Hospital Metropolitano los casos pasan de cincuenta. En el Bellevue Hospital otros tantos. En el nuestro, en el Universitario, la cifra es la más abultada. Se mantiene de incógnito pero yo he comprobado esta tarde que el número de afectados entre personal y enfermos se cifraba en torno a ciento veinte casos. Del distrito del Queens comunicaban que las primeras víctimas mortales eran unas veinte. Y de Brooklyn se manejaba la cifra de unos cien casos más.
- Bueno, ¿y qué me dices con eso?. ¿Qué me quieres insinuar?, qué es algo relacionado con un nuevo terrorismo biotecnológico como el famoso ántrax?.
- ¡No, mujer, esto vino acompañado, tal vez transportado en el interior, con los aviones que se estrellaron contra las Torres Gemelas, como un meteorito astral de otros tiempos!. ¡No recuerdas los Dinosaurios!. ¡En eso sí estoy de acuerdo, murieron por dos causas inmanentes, el mismo tremendo impacto del meteorito sobre la Tierra, y con la emisión de un virus que transportaba en sus concavidades pétreas, que luego se expandió fulminantemente por todo el orbe!.
- ¡Paparuchas!. ¡Tú sueñas!. ¡Deliras!.
- Que es verdad, mujer. Fíjate en los telediarios, y en los partes de las emisoras de radiodifusión. ¿No has observado que hablan de una nueva plaga desconocida

para los neoyorquinos?. Ya saben lo que es pero no lo quieren decir. Tienen miedo que a la gente les entre más pavor, más ansiedad, más miedo, y terminen por abandonar todos Nueva York, sembrando el pánico en toda la Ciudad y en todo el País.

- ¿Y qué dices que es ese virus? – dijo Miriam como sugiriendo cierta anonadada curiosidad.
- Dicen que mana de las ruinas, de las cenizas contaminadas del World Trade Center. Es un virus genético con un poderoso gen mutante, derivado del gen óptico Rama VII, y tan rápido y veloz que ha engañado a los médicos y oftalmólogos más famosos e insignes. Es un secreto a voces, pero nadie habla de ello para no alarmar.

Poco a poco los hombres – continuó con su creída teoría como una nueva advertencia - van sufriendo atrofas en la visión, van perdiendo el sentido de la vista por una desfibrilación de las membranas de la retina, su rotura o desprendimiento vertical, y llegan a quedar muchos de ellos completa y absolutamente ciegos.

En el University Medical Center se están cogiendo y seleccionando a personas ciegas y que ya usan bastón, o perros adiestrados para sus cotidianos desplazamientos, para que asesoren a los funcionarios sanitarios o a determinadas personas que puedan caer o ser víctimas de los mismos síntomas. Y todo esto trae de cabeza y de puntillas a oftalmólogos, oculistas, médicos y ópticos. Y a los mismos deslenguados de políticos.

Algunos dicen que después del 11- S, en los días siguientes, el oncogén vírico, comentan, que se ha trasladado desde New York a la ciudad de Washington. Pero otros suponen que fue desprendido del mismo supuesto avión terrorista que se incrustó contra el Pentágono de la Capital Federal, conteniendo ya dentro de sus cabinas y coraza el mortal virus biológico.

Dicen los entendidos y científicos, que el mencionado oncogén vírico emplea para su transmisión, entre la población civil y urbana, diferentes caminos o vías. En los primeros días fue el ferrocarril y las vías de comunicación terrestres como carreteras, autopistas, autovías, para penetrar secreta e ingenuamente en los corazones y hogares de las gentes.

Lo han encontrado a la semana siguiente ya en Chicago, Boston, Los Ángeles y en Miami.

Camina entre las ropas, vestimentas y zapatos, en las maletas y en las pieles y abrigos que portan las damas para sus diversos atavíos y sus superfluas elegancias.

El virus “androgén ocho”, se trasmite preferentemente por vía aérea y terrestre en una primera fase. Penetra por las fosas nasales y entre los alimentos camuflados como un feroz e

implacable oncogén. Está en la saliva o en las mucosas genitales, en las moléculas de hidrógeno del agua, o camuflado entre los rayos solares en forma de radiación cósmica. Se le ha encontrado en el cabello como el más insignificante y decrepito piojo. En las uñas y en las patas de los animales, en las flores preciosas con sus aromas enigmáticos a las que utiliza como engaño femenino. Es como el mismo demonio con vida y alma cruelmente invisible. Un diablo envuelto como fantasma con transparentes defectos, y ninguna virtud propia ni ajena. Dicen que desplazará al Sida de la faz de la Tierra, y que es mucho más temible y poderoso que cualquier bacteria o virus descubierto hasta ahora, por su enorme capacidad de camuflaje y destrucción que tiene. Porque se trasmuta cada dos o tres generaciones. Convirtiéndose en un nuevo e indiferente corpúsculo. Incapaz de seguirlo y de detectarlo. Actúa como si fuese inteligente, y tal vez lo sea. Sabe de su peligro y de que también es perseguido sin piedad, por eso diseña constantemente nuevos cambios y accesos, y formas para escapar de la implacable persecución humana a que es sometido. Nadie sabe, en la tercera o cuarta generación en donde se encuentra, cómo es en realidad su estructura definitiva y su configuración subatómica, ni cuál tamaño tiene, ni dónde esconde su material mortífero. Todas las vacunas y medicamentos diseñados y suministrados hasta el momento, hasta la fecha, han sido inútiles e ineficaces contra este nuevo monstruo de la naturaleza...

- ¡No te creo nada!. ¡Fabulador!.
- ¡Pues, créetelo!. ¡Es cierto!. ¿Qué gano yo con que sea mentira?. ¿Crees que me puedo arriesgar a contarte algo que sea falso?. Tú me conoces bien. Ese Hawking podía haber previsto una calamidad así, y no esperar mil años a que esto ocurra.
- Entonces, ¿por qué antes le criticabas y ahora le ensalzas?. Todo esto me parece, te lo digo de verdad, una jilipollez.

Después de decir esto, la mente de Miriam se había quedado en blanco, como bloqueada por tanto acontecimiento que la sobrepasaba.

Luego había actuado como un autómatas. Sin darse cuenta había sacado y puesto encima de la mesa para pinchar y comer unos bocaditos ligeros de paté y de queso. Había también abierto una lata de aceitunas con trocitos de chorizo y jamón español, y acoplado con palillos unos trozos de lechuga y tomate, puesto unos cereales tostados en un cuenco, y preparado con cierto esmero unas rabanadas de pan con mermelada y crema de cacahuete.

Y empezaron a comer y a pinchar sin darse cuenta que el tiempo transcurría inexorablemente. Que la noche se metía callada y loca como sus mismas vidas, como los neones coloristas de los alrededores, los vehículos ligeros, y los rumores de futuras calamidades y enfermedades desconocidas como el Ébola en puja mercantil o farmacéutica con otros valores más bursátiles o

financieros, como queriendo penetrar con sus ganchos invisibles entre el murmullo de las avenidas, y tratando de buscar el enfrentamiento, la angustia y la obsesión apocalíptica entre las pacíficas gentes que rodeaban el World Trade Center.

Alex Terry siendo un pesimista agudo, un incongruente y falaz absoluto, y Miriam tratando de ser ella misma, una ciudadana escéptica y una apasionada luchadora neoyorquina. Todo un cóctel subido de grados y grados, apto para beberse como una pócima de incalculables consecuencias. Ni la misma Patricia Highsmith con sus personajes psicológicos llenos de indiscutibles testimonios, ni la misma Agatha Christie con sus rocambolescas y algebraicas alucinaciones, se podían interferir entre ellos para recordar sus vidas anteriores, como dos sombras que solo en la caverna de Platón saben adónde conducirán sus almas o terminarán concluyendo sus vidas.

## CAPÍTULO VEINTISÉIS

Nueva York, o La Gran Manzana como se la comenzó a denominar en los años veinte, seguía latiendo allá abajo, afuera, entre la espesura fresca de Central Park o por las escaleras financieras en espiral de Wall Street, pero con una arritmia nueva e inusual. Con un latido desconocido y noctámbulo.

Enfrascadas entre mil paredes verticales de calles, callejuelas y avenidas, que subían y subían como imparables agujas sin esterilizar hacia un amplio cielo sin fronteras, las gentes y personas de la gran ciudad engullían en sus estómagos, en sus neuronas, o en sus sangres, con desprecio y resignación, en cada día y en cada larga noche, sus nuevos miedos y lastradas obsesiones, sus fobias y sentimientos de frustración, sus rabias y sus depresiones.

O dejaban aposentados en sus casas y hogares (convertidas de la noche a la mañana en pequeñas guarderías), a sus hijos e infantes, les daban ellos mismos sus propias lecciones sobre cultura, ciencia o gastronomía, mantenían con ellos sus temas didácticos preferidos de amor a la patria o de educación religiosa, les daban sus mensajes educativos de bondad, paz, trabajo, sacrificio, con sus recetas de frases hechas o palabras pedagógicas, y los entretenían con sus débiles ejercicios físicos y diversos juegos infantiles, con comidas a veces pantagruélicas, y sobretodo, en aquellos muchos hogares cristianos, manejaban y utilizaban continuamente pensamientos, ideas, oraciones y rezos religiosos por las víctimas y heridos de aquel tremendo holocausto del Once de Septiembre.

Nadie se atrevía aún a mandar a sus queridos y tiernos hijos a uno de esos colegios o escuelas municipales, tan tacaños en presupuestos estatales, tan cortos en simples manutenciones locales, tan pringados de buenas enseñanzas educativas, tan pobres de profesorado, de contenidos y de métodos didácticos, tan cortos de memoria, tan sencillos de contenidos y explicaciones como era en decir de verdad cómo era el mundo entero. Enseñanzas y colegios tan olvidados de todos los poderes y sistemas públicos, federales y locales. Y quizás, por ello mismo, allí estaban la mayoría de los escolares y estudiantes, metidos en sus propias casas y viviendas, porque, quizás, poco tenían que perder, y mucho por ganar, si los escolares recibían sus enseñanzas y lecciones en los propios hogares neoyorquinos.

Otra cosa distinta eran los buenos colegios privados de pago y de renombre, los institutos e instituciones de lujo y prestigio, donde los pudientes y los atrevidos mandaban a sus hijos por el bien de Nueva York y de ellos mismos, y en aras del mañana que sólo sería para ellos.

Y allí, decíamos, entre las muchas paredes rectilíneas de edificios que subían inauditamente perfectas al claro cielo, como aún subían aletargados y pegajosos los débiles rescoldos y las palpitantes cenizas del World Trade Center; allí, decíamos de nuevo, entre aquellas soberbias y altivas edificaciones, rascacielos que son el orgullo y la insignia de los neoyorquinos, vivían, se recogían y trabajaban, una extensa población de millones y millones de habitantes y seres humanos, que mezclan y entremezclan, entre sus calles numeradas de antemano y sus avenidas horizontales o la transversal encabezada por la extensa arteria de Broadway, sus distintas razas, sus pieles y sus castas, sus variadas lenguas sus dispersos países de origen y de procedencia, con actitudes y disfraces de muchas regiones del mundo, hábitos insospechados y costumbres incalificables, sus barrios impenetrables o admirados, inseguros o famosos, espléndidos o justicieros, elegantes o pobretones, un Chinatown o un Little Italy, un Harlem o un Manhattan señorial, un Bronx difuso o un elegante Queens, o el mismo aroma y deleite de

Brooklyn, donde vivía Miriam en su cómodo y magnífico apartamento de la Avenida del Atlántico, ruta que al final del trayecto conducía al aeropuerto internacional de J.F. Kennedy.

Nueva York era el Todo y eran sus Partes, sus Distritos. Era el Ser y la Frescura. Era el ingenio y el talento. Y era también la escondida miseria, la ciega suciedad de sus calles y la superación de su incansable voluntad comercial o viajera.

Miriam observaba las palabras de su antiguo amante como el que conoce todos los intrínquilos secretos de Nueva York. Y supo mientras él le explicaba concienzudamente cómo habían comenzado a quedar ciegos, llenos de una ceguera total, cientos de personas en la misma urbe que pisaban y en sus alrededores, que la ficción puede ser tan poderosa como la misma realidad. Y que ambas, a veces, se confunden, se pisan, o se entremezclan, cuando nadie lo espera.

Miriam sabía que la imaginación de su amigo era muy abierta, muy dicharachera a veces, muy elocuente y natural. Una genuina alocución a lo Orson Welles radiofónico en la Guerra de Los Mundos. Pero, ¿por qué no podría ser cierta, estrictamente cierta, esa enfermedad que podría ser muy contagiosa y destructiva?. ¿No podía algún día, hoy, mañana, pasado, ser cierto todo aquello, incluso quedarse pequeño como muchas veces ha sucedido?.

Un desconocido gen, una misteriosa enfermedad que se propaga con la intensidad de un rayo de tormenta por el globo terráqueo. Todo podía ser. Todo podía ocurrir en la vida. Aunque no hubiese sido programado ni profetizado como la destrucción de Las Torres Gemelas. El poder está en la mente y en el corazón de los humanos. Y una mente enferma o maquiavélica, un cerebro enloquecido o diabólico podía surgir en cualquier instante, y empleando recursos y armas mortales de gran poder energético o biológico, eliminar o exterminar a una extensa población mundial por el simple gusto paradójico de amar equivocadamente, vivir o sentir unos erróneos ideales o atravesados pensamientos, de querer ser más poderoso que el Presidente, más papista que el Papa, de desear ser más inteligente y sabio que Einstein y Newton juntos, o de gustar, casi con un pésimo eufemismo, el placer de ver el sufrimiento ajeno en los ojos y en los cuerpos de las víctimas, disfrutando con el mal, que de todo hay en la viña del Señor. Y gentes, mala y buena, la hay en todos los sitios. Porque bien es cierto aquel refrán que dice, que en todos los sitios cuecen habas y en el mío a calderadas.

El sonido de un álgido teléfono móvil irrumpió en el hogar como fuego esperado en invierno para calentar, estrepitoso sonido en el salón donde Miriam y Terry más que hablar discutían, y se mostraban beligerantes cada uno con sus ideas y pensamientos como muchos amantes y novios suelen hacerlo con asiduidad y placer. Ambos miraban para sus móviles, decantando al pronto para quién sería la llamada.

Terry supo pronto que la llamada era para él mismo.

- Sí, Alex Terry al habla.

Una apagada voz, muy imperceptible, se oía más allá de las ondas electromagnéticas.

- ¡Ah, eres tú Anny Ruth!. ¡Sí, dime!.

Luego permaneció un tiempo en silencio, un largo rato oyendo lo que la otra interlocutora decía a través de teléfono móvil.

- ¡Sí, sí, comprendo!. ¡Bien!. ¡Vale!. ¡De acuerdo!.

Era uno de esos mensajes que nadie quiere saber que se está produciendo, un mensaje del que se teme inexplicablemente lo peor, y que se disfraza con ropaje de afirmativas admiraciones: “¡Sí, sí, sí!”, “ Okey”, “bien, vale, vale”, o que fluye invisible con inesperadas e interrogativas negaciones llenas de lacónicos noes: “¿no, no, no, no puede ser?”.

A Miriam, que acababa de recoger la mesa, y estaba como estatua inmóvil y sedente viendo como su antiguo compañero sentimental hablaba por el teléfono, le iba cambiando poco a poco el semblante, la cara, su rostro femenino, mientras escuchaba, aunque sólo por adivinación o intuición, y desde afuera, un inexplicable mensaje médico, como un enrevesado código genético, un incomprensible y detallado análisis clínico.

Cuando colgó y cerró su telefonillo, ambos se miraron tímidamente a la cara, e inmediatamente desviaron sus miradas hacia otro lugar. Como para no herir sentimientos ni susceptibilidades. Ni poner sobre el tapete algo malo, incomodo o indeseado.

- Tiene una enfermedad vírica producida por el bacilo “Klox”.

Entonces a Miriam comenzaron a brotarle unas inesperadas lágrimas que bañaron los ojos y le remarcaron sus tiernas y suaves mejillas femeninas. Su rostro adquirió otra tonalidad, sus ojos se nublaron como de la noche a la mañana, y sus sentimientos afloraron inconscientemente en su incipiente cara algo ya demacrada.

- ¿Es algo serio?. ¿Es algo grave?, Terry – preguntó desconcertada la mujer limpiándose la leve y mojada sal de las lágrimas que la recorrían poco a poco, casi persistentes e invisibles, por sus tersas y sonrosadas mejillas, frotándose de nuevo suavemente con un blanco pañuelo de papel.

- No es el virus óptico, el androgén-ocho. ¡No!. No trata de una enfermedad vírica en sangre. Es un virus gripal con altas dosis de duración y persistencia. Le recetaré seis inyecciones de Biogetil-2-Beta. Esta es mi prescripción médica – le decía mientras anotaba en un papel de membrete sanitario el nombre y los detalles de la medicina para que la pudiese solicitar en la farmacia.

- ¿Seis inyecciones de Biogetil...?

- ¡Sí!. ¡Seis inyectables!. Tendréis que llamar a un enfermero o A.T.S.

- ¿Y es la enfermedad contagiosa? – preguntó Miriam ahora muy intrigada y asombrada por lo que de aquello se podía derivar.
- ¿Desde cuándo me dices que conoces a ese hombre? – le interrogó Terry con una pregunta ya no esperada por deseada.

Y ante la mudez y la aparente negativa de la mujer a contestar, dijo Alex en un tono burocrático y de médico principiante.

- La enfermedad es tan contagiosa como una usual gripe. No obstante habrá que tomar la clásicas medidas preventivas. ¿Entendido?. Dormir en camas separadas, poner una inyección por la mañana y otra al atardecer. Administrarle buenas dosis de líquidos, zumos y agua. Comidas ligeras y frutas. Descanso. Muchas frutas, verduras y hortalizas.

Fueron, tal vez, las palabras sobre dormir o acostarse en camas separadas las que debió de oír mencionar, con un cierto acento grave o despectivo, las que llevó a Mario Ruber que debía estar soñoliento y apesadumbrado, pero no dormido del todo, a levantarse, y a incorporarse de inmediato.

Se había Mario Ruber Vidal comenzado ya a incorporar en la cama, con los ojos hinchados y el rostro aún soñoliento, ajustándose el pijama a la cintura y estirándose la chaqueta a cuadros y con franjas verdes y azules para abajo, cuando oyó un chasquido inusual, un inesperado ruido que provenía del centro del Salón.

Era Alex Terry quien en un impulso no habitual, un impulso ciego e incontrolado, se había abalanzado sobre el cuerpo y el rostro de Miriam tratando de besarla desesperadamente con pasión. La mujer hacía quiebros por desembarazarse de aquel hombre y de aquel inesperado acoso sexual, hombre que aunque había sido su antiguo amante ahora solo quería conservar una amistad, una cortés y cordial amistad.

Su cara masculina y fría, ya lejana y asquerosa, quería unirse a su delicado y frágil rostro femenino, y ella huía de esos besos que antaño le resultaron en un principio placenteros. Huía de esos abrazos en otro tiempo deseados y solicitados.

Cayeron a suelo varios frascos de porcelana china que servían de adorno en una mesilla del salón. La mujer se mantuvo esquiva y distante hasta apartar al individuo que intentaba forzarla a un deseo no compartido. Quizás era la factura que se pensaba pasar por los servicios prestados.

Pero en ese momento oportuno entró en la estancia, moviéndose un poco aturdido y apagado por su fiebre, el cuerpo también voluminoso y corpachón de Mario Ruber que vio la escena con rabia, celos, ansia de desquite y mucha furia en sus manos.



Era lo que él se había imaginado desde la cama, que aquel hombre quería cobrar los servicios médicos con un atrevimiento, con una hipotética violación, con una innoble actuación.

- Maldito, maldito!. ¡Deja a esa mujer en paz!. ¡Déjala!.

Miriam y Terry que habían visto en esa sorprendente acción como una consecuencia infeliz, y no querida, de su anterior romance, se sorprendieron de la entrada y brusquedad de Mario, que apareció en el Salón dispuesto a ajustar cuentas a ese individuo que acababa de conocer, más bien mal que bien conocimiento.

- ¡Mario, por favor, Mario! – dijo inexpresivamente la mujer.

El hombre fuera de sí mismo ya no oía más a que su herida voluntad, que a su honor de hombre. Sentía una lanza en su corazón, otra nueva herida más potente que la simple gripe. Pero estaba muy débil, pálido y abatido. Casi apenas podía contenerse en pie. A pesar de todo se abalanzó sobre Alex Terry tratando de darle un fuerte puñetazo en su cara. Pero el rival esquivó el golpe, y por su cansancio y esfuerzo perdió el equilibrio, y se cayó en el suelo derribado por la inercia y por su propia e invisible fuerza.

Después se estableció un pequeño forcejeo, un intento grave de lucha entre dos amantes, una desigual lucha si no fuera porque Terry sólo intentaba esquivar los golpes. Se agarraron ambos por el tórax y la cintura, y en ese trance Mario intentaba golpear con fuerza a Alex, quien esquivó de nuevo el golpe. Pero aquello hizo desequilibrarse a Mario que cayó al suelo con tonto esfuerzo.

Dando Mario con su cuerpo de bruces en el suelo y sin intentar levantarse, Alex Terry, algo arañado y con ligeras contusiones, despeinado y deschaquetado, recogió inmediatamente sus cosas de profesión sanitaria, y emprendió al instante la huida de la casa, mientras Miriam, muy triste, sensible y apesadumbrada por el súbito forcejeo, tomaba entre sus largos brazos a Mario, intentando levantarlo en lo que podía del suelo, lo besaba frenéticamente una y otra vez en sus mejillas y en su boca, y le hacía simultáneamente tanto ciegos reproches como le pedía inútiles disculpas, diciéndole casi sin darse cuenta, y con doble sentido, para consolarlo:

- ¡No ha sido nada!. Mario. ¿No ha sido nada?. Mario, ¿verdad?.

Las luces de la noche neoyorquinas penetraron débilmente por las ventanas entreabiertas del piso de Miriam. No veían, ni venían aún buenos días todavía para la Gran Ciudad.

## CAPÍTULO VEINTISIETE

Un día después de transcurridos dos meses de aquel Martes Negro, concretamente el día 12 de noviembre de 2001, volvió, a cundir el pánico y el miedo a otro feroz y despiadado ataque terrorista cuando un avión por motivos desconocidos se estrelló violentamente contra el barrio neoyorquino de Queens, haciendo temblar de nuevo a la gran ciudad de los rascacielos. Perecieron 260 pasajeros así como varios vecinos y habitantes del barrio neoyorquino.

La noticia cayó como un jarro de agua fría sobre los habitantes de Nueva York que ya comenzaban algo a reponerse de la catástrofe anterior. Y todo ello fue como un nuevo mazazo sobre de cacareada seguridad neoyorquina. La incredulidad y la inseguridad volvía a establecerse sobre las calladas mentes de sus pobladores que no salían de un estupor y se metían en otro.

La Gran Manzana que ya parecía que comenzaba a recuperarse aún no salía de su asombro. No podía ser cierto tanto desmán y tanta mala suerte.

Aquellas nuevas víctimas se achacaron por algunos a un nuevo acto terrorista, mientras que otros esperaban ansiosamente, muy cuerdos y sensatos, a que los organismos públicos competentes estableciesen las causas del siniestro, y analizasen las cajas negras del avión estrellado. Aunque para las víctimas y familiares sólo los rezos y las oraciones les valdrían de algo, el resto de las cosas era agua pasada que ya no movía molino, como solía decirse.

También Mario Ruber era consciente, - y Miriam aunque quizás lo suponía nunca nada le dijo -, que aquellos álgidos días pasados en cama estuvieron a punto de volverle a mandar a esa tierra pútrida e imperfecta de la que nadie regresa.

Aún recordaba con desánimo y nerviosismo como aquellas seis inyecciones le habían supuesto un nuevo terror en su cuerpo. Un medicando inadecuado para una simple gripe. Y le habían vuelto a meter el demonio en el cuerpo. Sólo mejoró y se puso bien cuando aquella Molly Spencer, una señorita diplomada y enfermera, le terminó de ponerle ese Biogetil- 2- Beta, un producto que casi le manda de nuevo a ultratumba. O como decían los de La Gran Manzana, “al otro barrio”.

La culpa no era de ella, de esa experta enfermera diplomada en el arte de poner inyecciones cutáneas, intramusculares en el argot medico, y venosas, o directamente en sangre, puesto que ella sólo se había propuesto poner el medicamento recetado por Alex Terry. Pero Mario, no opinaba igual. Juraba y perjuraba que le cielo no lo volviese a poner en medio de su camino, ni a la

supuesta enfermera ni a aquel diabólico y desconocido médico llamado Alex Terry, porque acabaría pegándole un tiro.

Comprendió que el tal Terry, y aquellos otros tipos de sujetos igual que él, pocos, pero alguno que otro existente en todo el mundo de la medicina, pudo actuar de mala fe con él, haciendo una vil canallada con su ser, bien por celos o venganza contra su persona, o bien por ignorancia de diagnósticos adecuados en su profesión, y aquellos sujetos lo único que hacían era desprestigiar una profesión que en su inmensa mayoría era muy voluntariosa, ejemplar y vocacional.

Aquella traicionera receta, con aquellas seis infernales inyecciones, le dejaron a Mario una nueva marca en su ya delicada situación personal, y profesional.

Él estaba como Nueva York, sufriendo pacientemente una dolencia desconocida, ni querida ni deseada, sino como un fiero atacante que utiliza la sorpresa y la alevosía para su término de maldad. Y se sentía desvalido y desprotegido como un niño pequeño en medio de una inesperada, cruel y poderosa enfermedad.

Miriam estaba decidida a abandonar por un tiempo la Gran Ciudad y refugiarse en la mansión, o pequeña casa de campo que tenía su madre en las cercanías de la población de Cape May, en la costa este del Atlántico, en el mismo Estado de Nueva Jersey, a un poco más de tres horas de Nueva York.

Aunque antes debería hacer algunas cosas y despedirse con una cena a la que invitaría a sus vecinos Ingrid Thomas Ruiz, su amiga la bailarina de ballet, y a su consorte el chelista y músico André Marcus.

También había pasado por su mente femenina, invitar a esa recepción particular a su entrañable amiga Ángela Peterson Robse, la hermosa viuda de suaves cabellos ondulados y amarillos, profundos ojos azules como de mar bravo y salvaje, talle estilizado y noble, amante del buen arte y de obras de caridad y de misericordia, entregada sobretodo tras las dramáticas muertes en menos de tres años de su esposo, Bernat, en accidente de automóvil y de su única hija, Margat, por una cruel y rápida leucemia, a causas generosas, altruistas y serviciales para la comunidad, toda una mujer cuyo cuerpo y alma había cambiado profundamente tras esos trágicos sucesos familiares.

Por otro lado, fue el propio Mario Ruber Vidal quien tomó otra decisión importante: Había llegado a ese momento en que todo hombre recapacita y vuelve a hacer de nuevo examen de conciencia en su vida.

Mario comprendió así, que era imposible e inútil, tal vez un silogismo filosófico ineficaz y viciado, como era el seguir contando y relatando, con sus propias palabras y su propia letra impresa en papel, una azarosa vida y unas rocambolescas aventuras, que no le pertenecían totalmente en absoluto, y que si habían sido fruto lo eran de la casualidad, de la suerte y de un sorprendente destino.

Había llegado casi al extenuamiento moral, ético y mental. Se había cansado de escribir y de relatar unas vivencias que eran, por otra parte, además de personales, tibiamente literarias. Y consideraba que ya no estaba preparado para mostrar y relatar, y alguna vez posiblemente engañar, a sus posibles, e hipotéticos futuros lectores.

Se acordó de aquel refrán castellano que decía: “Zapatero a tus zapatos”, y por consiguiente decidió abandonar la narración tal como la venía haciendo hasta ahora, casi en primera persona, para que así alguien más literato que él, y si fuera necesario un negro de profesión, pudiera introducir otros recursos narrativos, no tan aburridos y dramáticos.

Pero como la vida sigue, y la historia no se para, quiso que fuera alguien conocido, y quien sino mejor que a ese autor, al que él se lo diera en último término, el que retomase y continuase la narración empleando otras técnicas expositivas, o escogiese otros recursos literarios y lingüísticos, para seguir exponiendo según él viera, y creyera necesarios, los problemas, planteamientos y vivencias de todos los protagonistas, reales unos, y virtuales otros, para no herir susceptibilidades personales a nadie.

Así, a lo mejor, la narración se agilizase, y fuese, - eso quería él mismo - más viva y amena, - que todo estaba por ver - y sirviese, además de mostrar los funestos y trágicos hechos pasados en Nueva York, como una ilustrativa epopeya o elegía novelesca, mostrando, si era necesario, una genuina concienciación de situaciones similares, a nuevos personajes, nuevas situaciones y vivencias, y de buscar entre todos paz, sosiego, entendimiento, verdad, solidaridad; soluciones, que nunca serían fáciles ni sencillas de conseguir, apuestas que eran difíciles de conjuntar y de superar. Pero los intentos no son vanos cuando hay voluntad de superación y de confianza en los resultados.

## TERCERA PARTE

### “ VÍCTIMAS DEL MUNDO ”

## TERCERA PARTE

## “VÍCTIMAS DEL MUNDO”

## CAPÍTULO VEINTIOCHO

Miriam estaba decidida a emprender un nuevo camino. Tenía que pensar para retomar una nueva vía. Y por eso se enfundó en su coraza de ternura, pasión y voluntad de superación. Todo mirando a Mario, todo envuelta en su nuevo enamoramiento por un hombre que la atrajo emocionadamente, y que le intentó seducir empleando todo su saber femenino, como si fuera la misma encarnación de la diosa, o mejor dicho de la ninfa Calipso, aquella dueña y señora de cabellos ensortijados que hilaba con su rueca de oro en su mansión natural, y que embrujó y sedujo al griego Ulises, héroe de la Guerra de Troya, incansable e infatigable personaje cuyo corazón estaba también habitado por inesperadas catástrofes, por infinitas desgracias y por severas tristezas, más viajero que aventurero, más audacia e inteligencia que fuerza física o ardor pasional, cuando desembarcó tras un naufragio en la isla de Ogiya en el Mar Mediterráneo.

Y Miriam sin saberlo, involuntaria e inconscientemente, también como por un destino de los dioses, se había convertido en una nueva Calipso, una mujer enamorada y pasional de un hombre viajero, casi un viajero sin rumbo ni destino, de un ser como Mario todo un errante Ulises casi moderno, una atenta y amorosa mujer que no le importó cuidar de una complicada enfermedad gripal a su hombre, a pesar de saberlo divorciado y vuelto a casar con otra mujer. Pero el amor verdadero es ciego, y la pasión no sería auténtica sino no estuviera rodeada de un potente enamoramiento amoroso.

Nadie quería en ese momento otra vuelta de tuerca a nada. Sabemos que la vida se mueve por períodos cíclicos de fortuna o mala suerte. Y Nueva York había que volverla a cargar de energía positiva, había que volver a cargar sus pilas desgastadas y medio apagadas tras el fatídico Once de Septiembre.

Pero la vida sigue. Y Nueva York tenía que seguir su marcha imparable de progreso y bienestar.

Había que recordar a los muertos y a las víctimas de la tamaña tragedia, había que rezar por sus almas, había que suplicar a Dios por los vivos que quedaron vivos y que salvaron sus vidas, había que ayudar a los heridos y necesitados, a los que se quedaron sin empleo o perdieron sus haberes y dineros, había que fortalecer con dádivas y ofrendas a las familias que perdieron seres queridos, había que reconstruir el World Trade Center con un nuevo diseño donde se alzase ineludiblemente un magno y genuino Monumento a las Víctimas de los atentados terroristas.

Cada uno de los habitantes de Nueva York, desde sus lugares de trabajo, desde sus hogares, desde sus oficinas respectivas, no podían hacer la inútil carrera del avestruz cuando cansado mete su cabeza tras un agujero en tierra, y espera su mala suerte, su triste sino.

Cuando uno se cae hay que hacer como el niño pequeño, intentar de nuevo levantarse y elevarse. Y volver a vivir la vida.

Los antiguos yuppies y los nuevos brookers, y los futuros planners, casi habían dejado ya de ir desde su Wall Street hacia el Pier 17, junto al río, para descansar y tomar con presteza su bocadillo, su fast food. Pues deberían intentar volver a hacerlo. Era buena y sana costumbre. No había que amilanarse. El enemigo siempre quiere que el adversario baje su testuz, incline su cabeza y sea su siervo o esclavo.

Y no había que permitirlo. Ni aquí ni en ningún sitio. La Libertad vale más que un tesoro escondido - como dijo Don Quijote a Sancho Panza por boca del literato Cervantes: "La Libertad es el más preciado don de todos los tiempos que ha sido dado al hombre, y que no se paga con todo el oro del mundo".

Al día siguiente se respiraba una nueva inquietud. Volvía la Gran Ciudad a recobrar su latido vital, y sus millones de neuronas recorrían de nuevo calles y avenidas, pensamientos y proyectos, ideas y nuevas voluntades. El pulso se hacía sensible, delicado, versátil, cosmopolita de nuevo.

Había varias personas que hacían también un tiempo habían emprendido la búsqueda de dar con el paradero ( inútil paradero por otro lado pensaban ) de Mario Ruber Vidal. Las víctimas de los atentados de aquel 11-S de 2001, habían sucumbido en un horno de horror y fuego. Sus cuerpos se habían lamentablemente volatilizados, incinerados por efectos del enorme calor creado de cientos de grados caloríficos tras los sorprendentes y dramáticos impactos contra Las Torres Gemelas. Y todo había que decirlo a

pesar de su gravedad lacónica, a pesar de su pura realidad. A pesar de la severidad de la terrible afirmación.

Todo había estado oculto por la Gran Tragedia del 11 de Septiembre. Pero los seres humanos, y en concreto los familiares y amigos de las víctimas, buscan y rebuscan hasta debajo de las piedras cuando ven un posible resquicio de encuentro, de aparición o de salvación, u otean un horizonte nuevo y distinto.

Mas la realidad era muy amarga, terriblemente triste y sangrante. La mayor parte de las víctimas, de los muertos y desaparecidos habían sido dolorosamente calcinados, carbonizados en medio de un infierno horrible. Y la verdad no había que ocultarla ni a familiares ni a amigos, ni al público en general, aunque fuese una realidad tan dura como enormemente incierta y dolorosa.

Los acontecimientos, no obstante, cambian cada día con la llegada del nuevo sol matutino, y con la aparición de varios restos humanos sacados de los escombros. Y todos los familiares y amigos confiaban en ese rayo de esperanza, un efímero rayo sin porvenir vital, pero que aclarase y recuperase los cuerpos u objetos personales de algunos de los desaparecidos.

Así había ocurrido durante varios días con Terea Ruber Bofarul, que a sus 29 años había emprendido, primero con la actual mujer de su padre, Mirella Gandar Gutiérrez, la búsqueda del paradero de Mario Ruber Vidal.

Por sus amistades con Peter Felling, su antiguo agente y representante, con la familia bostoniana de los Parkins (Louise Caterine y Eduard Adams), donde se hospedó en la ciudad de Boston, por su amigo universitario, el profesor Stephen Andrew Turner, que fue el último en verlo con vida, cuando al parecer había tomado el avión de United Airlines para Los Ángeles, vuelo que también había transportado a la azafata Catherine Smith Anderson, novia del profesor, y otras pruebas o noticias sin confirmar, algunas de las cuales lo situaban vivo y en algún lugar de Nueva York, y otros lo daban por muerto y desaparecido al precipitarse el avión en el que probablemente viajaba contra la Torre Sur del World Trade Center.

Ahora Terea Ruber, hija mayor del pintor y retratista, habida en su primer matrimonio con Josefina Andrea Bofarul, intentaba buscar un signo, una incipiente prueba o manifestación, que le dijese qué era lo que en realidad le había sucedido a su padre.

Terea era una intrépida mujer que había cursado la licenciatura de Economía en la Universidad de Barcelona, y periodismo en Madrid, y estaba destinada en la actualidad en una agencia de inmobiliaria internacional, la Roman Trade Company y con residencia en Miami, Florida, dedicada a resolver seguros y relaciones entre empresarios.

Ella, a sus jóvenes años, era el nexo de unión entre las dos familias de Mario Ruber Vidal: la suya, la de los Ruber Bofarul, y la actual, esa que su padre había establecido legalmente tras el



divorcio con su madre Josefina, es decir, con el nuevo desposorio realizado con Mirella Gandar Gutiérrez.

Ahora Terea Ruber Bofarul trataba de unir ciertas pesquisas, de atar cabos, de concluir informes negativos o cerrar huellas inútiles, o todavía hallar pistas fiables y buenas...

Terea era una joven sencilla, inteligente, más bien gordita por naturaleza, que estuvo a punto de sufrir una grave depresión a causa de su anorexia, pero que había superado cuando se dio cuenta que su obsesión le estaba llevando a la muerte. Ahora disfrutaba de un nuevo look: ojos verdes y traviosos, cara blanca y seria, sonrisa triste y lejana, cuello fino y senos prominentes, brazos musculosos y serviciales, pelo rubio pero teñido con trenzas grises y marrones, nariz chata y con algunas pecas en su cara de melocotón, cuerpo esbelto y de estatura media.

Si no hubiera sido por la repentina desaparición de su padre, muerto según algunas fuentes y versiones con el avión de la United Airlines, aquel Boeing 767, Terea se hubiera ya casado con Jesús López Sant, un joven y moreno ingeniero industrial de 34 años de edad, natural de Valencia, dedicado en la actualidad a trabajar para una empresa de electrónica alemana.

Recordaba la muchacha, la frustrada llamada realizada desde al parecer el móvil de su padre y hecha aquel mismo día de la fatídica tragedia. No supo decir ni descifrar la hora exacta de la incipiente y rota llamada telefónica, mensaje que desapareció del móvil como fresca agua de verano, y nunca supo la hora exacta en que había tenido lugar.

Luego trató de averiguar si la tal llamada había sido comenzada a hacerse desde el interior del malogrado aeroplano, estrellado contra la Torre Sur, o bien había sido recibida desde otro lugar o en otro determinado momento.

## CAPÍTULO VEINTINUEVE

El peso de las enormes sombras de Nueva York era insoportable. Una y otra vez caía como una dura losa sobre el espectro de hombres, seres y rascacielos.

Nunca se debe nadar contra corriente, así que lo mejor era dejarse envolver por la melancolía, por la tristeza, desesperación y múltiples depresiones que aquejaban a los habitantes de Nueva York.

Una y otra vez era imposible librarse de la congoja, de la febril expectación, de la sentida emoción, de la desilusión, que llevaba a veces emparejada un sentimiento de fracaso, y un amargo y doliente sueño.

Las luces de la Gran Ciudad se teñían de una palidez sonrosada. Las filigranas y caligrafías de sus anuncios comerciales, y de sus soberbias marquesinas, se teñían ahora de nostalgias y penas, de fastidiados ensueños y de deformadas ilusiones.

Pero teníamos que volver a ser tú y yo, aquél y el otro, la vida sin personas es como la savia sin plantas. Sin hombres ni mujeres, sin pensamiento ni lenguaje, sin creación ni destino, la comunidad humana está abocada a la Nada, al Vacío, al desolado desierto de la indiferencia, la soledad, el hastío y la dura desesperación.

Había que volver a revivir la vida, a pesar de los pesares, había que volver a resucitar a los muertos si hicieran falta, y recordarlos y memorizarlos como en un gran ordenador informatizado de la última generación, en una gigantesca computadora que acumulara en sus genes, en su memoria, en su mente, en sus invisibles neuronas, las sublimes vidas de aquellos seres que murieron inocente y drásticamente. Conseguir para ellos nueva vida virtual, y estructurarlos en chics y en pantallas visuales era hacerlos seres aún vivientes, era hacerlos personas inmortales, era convertirlos en personajes imperecederos, eternos.

Desde la Quinta Avenida a la Séptima Avenida la vida debía recobrar su pulso, su confianza, su grata y exquisita esbeltez.

Y era hora de desterrar ya de Nueva York esas otras imágenes de siempre, fotos e imágenes no célebres ni elocuentes: la abyección de sus eternas basuras, el pestilente aroma de su corrompida suciedad abandonada en callejas o rincones, la necesidad de su lavado limpio y fresco cada día como el nacimiento feliz de un niño, esa decrepitud que atesoran algunos lugares o barrios, eliminar los montones de materiales amorfos, deformes, innecesarios escombros y destrozos de cosas, papeles y porquerías,

de mala “sui generis” educación, imágenes y sueños que atosigan al transeúnte, que abruma y distorsionan la mirada de un ojo sencillo e inocente de otras tierras, ya europeas o mismamente americanas. Sentimiento de borrar de un plumazo, como si una goma borrara los iniciales garabatos de un infante en un cuaderno de notas, tanta necedad tanta villanía, tanto abollado objeto, tanto polvoriento espectáculo, tanto machacado mueble, tanto siniestro enjambre de basuras por doquier.

Y luego la autoridad competente imponiendo sus sabios criterios y sus reglamentaciones urbanísticas. Y buenas normas de educación y cultura. Y mano dura con los sucios y guarros.

Un nuevo espíritu más de confraternidad y más humano había sido creado tras la tragedia. Y entre los habitantes, otrora vez apáticos, indiferentes, se respiraban nuevos aires y afanes de encuentro, tras los pestilentes asbestos y los gases tóxicos derivados de la destrucción de las moles arquitectónicas.

Era imposible librarse de Nueva York cuando sitúas una historia o una tragedia entre sus altos muros de piedra y de cemento. Parece que todo en la ciudad te envuelve entre un velo semejante a una “burka” afgana, te rodea una y otra vez como un escudo o coraza invisible, que aunque te proteja también te puede destruir. Por eso aquella dramática historia vivida en N.Y. debe continuarse narrando. No para regocijarse en sus nefastos destrozos sino para no olvidar a las víctimas humanas de una tragedia que nunca tuvo que existir.

Cuando varios días después del sangriento y terrible atentado, donde murieron muchos seres humanos con nombres y apellidos, y algún espectro anónimo (seres desconocidos de los que ignoramos cómo y cuándo sucumbieron atrozmente, y valgan mil perdones por las mil y una redundancia empleada en estas relatadas y trágicas historias, y de los que nunca sabremos por desgracia sus nombres de pila como ilustres fantasmas vagando por la inmensidad del espacio de la Zona Cero), los amigos y amistades de Mario Ruber Vidal comunicaron a sus familiares la casi seguridad y creencia de la muerte del mismo, porque el avión en que viajaba, el 175 de la United Airlines, un Boeing 767 – 200ER que hacía el trayecto desde Boston a Los Ángeles, se había estrellado fatalmente contra una de las Torres Gemelas del World Trade Center neoyorquino, y una sensación de impotencia, de gran tristeza y terrible fatalidad embargó los corazones y los sentimientos de sus amigos y conocidos.

En España como en el resto de Europa y del Mundo, se vieron y se vivieron los inesperados e insólitos episodios de Nueva York como un acontecimiento tan espectacular como dramático, tan extraordinario e increíble como lleno de tristeza y desolación.

Esto no podía traer cosas buenas. Y con el devenir del tiempo así sucedió.

Noches de angustias, de desesperación y de sollozos, noches y días de expresiones lastimeras, de lloros y lágrimas, terribles y

demacradas noches que envolvieron a las familias de Mario Ruber Vidal. Aún existía un rayo de esperanza, un inexplicable sentimiento de cómo y por qué iba Mario Ruber en aquel avión hacia Los Ángeles. ¿Qué hacía allí cuando todos le creían trabajando en su Exposición Artística de Boston?

Al principio nadie se lo creía, un halo de incompreensión y desconfianza había surgido entre los familiares. No podía ser cierto ni veraz que un hombre de su talento e ingenio fuese en un avión como aquellos en vuelo hacia Los Ángeles. Una y otra vez unas preguntas obsesionaban a las familias. ¿Los Ángeles...? ¿Los Ángeles... Los Ángeles...?. ¿Y a qué demonios iba ese hombre hacia aquella ciudad californiana?. ¿Qué se le había perdido allí cuando nunca comunicó a su familia alguna cosa extraña o conocida que por allí se diese en aquel momento...?.

Lloros, lágrimas, sollozos y más susurros inundaron en Madrid y en Barcelona los inocentes ojos de su última esposa, la ingenua y trabajadora Mirella Gandar, su ex esposa, la inteligente Josefina Bofarul, sus hijos y sobrinos, sobrinas, familiares y amigos.

Pero fue sobretodo su primogénita hija, Terea Ruber, habida en su primer matrimonio entre Josefina y Mario, quien se tomó muy a pecho y en serio la insólita desaparición de su padre en Las Torres Gemelas, y como una nueva y emprendedora mujer actual al que no le importa vicisitudes, problemas ni zancadillas, como un nuevo Telémaco que parte para buscar al perdido y sin noticias héroe, al legendario de Ulises traqueteado por los dioses en el Mar Mediterráneo, después de que terminara la Guerra de Troya e iniciara su periplo de regreso a sus tierras de Ítaca, de la misma manera se armó de valor, de ímpetu, y secándose lágrimas y lágrimas, sollozos y angustias, se fue hacia Madrid donde vivía su otra madrastra, Mirella Gandar Gutiérrez para intentar formar un tándem familiar que les llevase a ambas a Nueva York en busca de su padre o de su carísimo esposo.

- Mirella, debemos unir fuerzas para encontrarlo, o saber por lo menos cómo fue su muerte o su destino.
- Sí, Terea, ¿qué otra cosa podemos hacer?.
- No sé, si se merecería una lágrima más nuestra, un sollozo, suplica u oración por nuestra parte, pero él es mi padre, y tú eres su mujer.
- ¡Qué Dios lo tenga en la gloria!. Y que podamos dar con su paradero pronto o tarde, pero encontrar un rastro, una huella, tal vez un detalle, cualquier cosa insignificante que nos diga cual fue su último destino.
- Mañana partiremos si nos lo permiten ya.
- Mañana, volaremos de nuevo a Nueva York.

Y sin quererlo ni desearlo otra vez se repetía la historia de Ulises.

Terea se marchó hacia Madrid y allí en el piso de Mirella en la calle de Hortalezas, después de llorar y llorar amarga y

conjuntamente, de secarse muchas y muchas lágrimas de sus caras apagadas y pálidas, de comprarse nuevas gafas oscuras con las que oscurecer los inflamados y ojerosos párpados, decidieron, en cuanto pudieran, partir hacia Nueva York para interesarse sobre la fatal desaparición de aquel hombre.

Ambas mujeres eran muy distintas en muchas cosas pero con un único e intrépido, y abnegado, corazón.

## CAPÍTULO TREINTA

Decíamos que otra vez, e inexplicablemente, se volvía a repetir la historia, como tantas y tantas veces lo hace.

Terea, era un ser muy generoso y servicial. Sencilla y sin aspavientos hacía las cosas, con un alma en callada y simple armonía. No solía discutir nunca porque opinaba que lo que ha de suceder sucederá sin que nadie, ni tú ni yo, intervengamos, y que lo que no ha sucedido o no sucederá, nada debe de preocuparnos.

Terea – decíamos que había estudiado periodismo y que era una persona encantadora -, a sus casi treinta años simbolizaba la unión familiar, entre ambas familias de su padre, y como Telémaco una fuerza necesaria del destino. Tenía coraje y valor. Era austera y sensata. Y su voluntad de superación la había llevado a dirigir una empresa de internacional de inmobiliaria, y luego a ser trasladada a Miami para aprender más y especializarse en tareas más sociales y de relaciones públicas.

Ya había ido varias veces a Los Estados Unidos de América, por lo que no tenía ningún inconveniente en acompañar a su

madrastra Mirella en busca de los restos de su marido Mario, supuestamente fallecido en aquel terrible atentado del 11 de Septiembre.

Ahora ambas mujeres tenían los rostros cansados, demacrados, pálidos, y sin leves asomos de sus anteriores y sonrientes fortunas.

Las etéreas y transparentes luces de sus anteriores alegres ojos se habían transformado ahora en pesados y largos insomnios, ojeras imponentes, y habían huido a refugiarse en las cavernas de la nostalgia, la memoria y la poca esperanza. Porque esperanza es lo último que se pierde, y ellas emprendieron el viaje a Nueva York con alguna esperanza y nulas posibilidades.

Lo sabían, pero así es la vida, a veces se gana y muchas se pierde. A veces se ríe y muchas se lloran.

Mirella era sin embargo un ser que dedicaba la mayor parte de su vida, y de toda su energía, a su trabajo y a sus hijos.

Amaba a Mario, claro que lo amaba. Quién no amaba a Mario, un ser dulce, ingenioso, suave, emprendedor, inteligente, astuto, un Ulises siéndolo sin parecerlo, cariñoso y receptivo.

Mirella Gandar Gutiérrez, a sus 38 años, de rostro pálido y blanco, cabello castaño y ojos en un tono violeta, alta de estatura y de piernas esculturales, que fueron las que conquistaron el corazón de Mario cuando la vio por primera vez, era una mujer trabajadora pero con mala suerte. No lo tuvo en su anterior también matrimonio, roto y disuelto porque Manuel Lezama, de 43 años y un ser guapo, alto y elegante, era un tipo con ciertos márgenes que rayaban en la homosexual y tenía también otro hombre de amante, un tal, Sergio Habid, con el que también convivía sin saberlo ella. Ello no fue óbice para que tuviese un hijo con él, Tomás Enrique Lezama Gandar, que ahora tenía 17 años, que vivía con ella en su casa y que estaba acabando el bachillerato.

Tras acordar dirigirse a Nueva York con Terea, había decidido dejar a sus tres hijos, tanto a Tomás Enrique como a sus otros dos hijos habidos con Mario Ruber, es decir, a Elia, de ocho años de edad, una muchachita lista y sabioncilla, casi una niña pelirroja y muy traviesa, y a Anny, de seis añitos, un infante pelón, locuelo y caprichoso, un niño mimado y juguetón, en compañía de sus padres, es decir sus abuelos maternos, María y Luis, que residían en Segovia.

Si a alguien podíamos comparar el espíritu y el corazón, o la hermosura de Mirella, la segunda y actual esposa de Mario Ruber Vidal, era con la princesa Nausícaa, aquella princesa feacia, hija del rey Alcínoo y de Arete, que un buen día descubrió a Ulises entre unos matorrales de una playa, como Mirella había descubierto a Mario en una discoteca bebiendo una dosis de su amargura, después de un exhausto naufragio en las costas mediterráneas, comparados a sus propios fallidos matrimonios anteriores, y cómo Mirella al estilo y a modo de Nausícaa, se

enamoró de aquel desvalido y sensual ser que no sonreía ni a su propia suerte.

## CAPÍTULO TREINTA Y UNO

Fue una casualidad todo aquello pero la historia, sin querer siempre se repite. Y por mucho que uno quiera eludir el destino, éste se presenta porque los tipos y las personas poco hemos cambiado desde Adán y Eva, o lo que es lo mismo, desde que el ser humano tomó conciencia de sus limitaciones.

Y yo mismo, como narrador de estas historias, me he quedado sorprendido y algo confundido con la también casi parecida similitud entre la misma madre de Terea, Josefina Andrea, y la fuerte y ruda Penélope, la sagaz e inteligente esposa de Ulises que desde Ítaca tejiendo y destejiendo una tela bordada engañó a sus pretendientes con esa argucia, y así he de decirlo, no sólo en honor de la verdad, y en honra de la historia griega, sino en

orden a establecer unas inesperadas similitudes que se escapan de toda supuesta fábula.

Josefina Andrea Bofarul Morón, la madre de Terea, habida en su primer matrimonio con Mario Ruber, era una mujer sencilla y encantadora. Una mujer a la que un día su caprichoso marido y amante le decidió jugarle una mala pasada. Y cómo el buen contendiente de Ítaca, al que le gustaban mucho los negocios, las empresas y los viajes, y también las mujeres, decidió un buen día separarse y marcharse a otras tierras.

Pero durante sus muchos años de envolvente calma, de años de pacífica convivencia y relativa paz, la cordial y simpática familia tuvieron tres hijos, mejor dicho, tres hijas, Terea, la mayor y que ya conocemos, y Marina y Fely, de 25 y 23 años respectivamente, casadas respectivamente por el ciego amor del destino y de la natural casualidad, con la pareja de gemelos que Santy del Álamo y Margarita Smithson habían tenido, sus hijos de 29 años Alexis y Josep. El primero empleado en una empresa de producción de medios de audiovisión, y el segundo funcionario del Ministerio de Asuntos Exteriores.

Mas aquella mujer, Josefina Andrea Bofarul Morón, la madre de Terea, no había sido una Penélope al uso antiguo, sino más bien al uso nuevo, y tras su divorcio de Mario Ruber Vidal se había unido sentimentalmente con Raniero José Alonso, un profesor argentino de música, tangos y canciones populares, un cantautor o un compositor autónomo como lo llaman ahora, quien a sus 50 años, - un tipo alto, elegante, apuesto y fortachón - , aún mostraba su talante orgulloso del Río de la Plata, su acento bonaerense, y su marchamo costumbrista latinoamericano.

Y como todas las familias de linaje que nacen para ser unas cosas y terminan siendo otras, ambas familias, la de los Ruber y la de los Álamo, se juntaban y se separaban según los caprichos del destino, o según los vientos de las modas, o de las conveniencias sociales, o los reajustes patrimoniales.



## CAPÍTULO TREINTA Y DOS

Después de tener a punto nuestros pasaportes, nuestros visados especiales dados por la embajada americana en Madrid, al poner en conocimiento de las autoridades neoyorquinas del probable fallecimiento de nuestro padre o esposo en uno de los aviones que había impactado en Las Torres Gemelas, de irnos en taxi al aeropuerto de Barajas, de pasar complejos y complicados sistemas de seguridad, de protección contra posibles nuevos terroristas, de sofisticados registros, y sintiéndonos vigiladas y como espías, una sensación obsesionante y continua que nos invadiría durante todos los días que buscamos a mi padre, y que no nos dejaría nunca de sentirnos observadas y analizadas como bichos raros a nuestro alrededor, porque en aquellos días todos éramos sospechosos, y todos éramos vigilantes y vigilados, no sólo por cien ojos ajenos sino que algún que otro extraño agente secreto de los servicios de inteligencia de aquí y de allí nos miraban y nos desnudaban como si los escáner fueran los mismos rayos X.

Nos subimos al avión, un Boeing de Iberia, cuyo número no recuerdo porque la emoción, la angustia y la desolación iba con nosotras a todas partes y nuestras espaldas ya soportaban una pesada y cruel pesadilla.

Nos íbamos a hospedar durante unos días en un Hotel neoyorquino bien situado, concretamente uno que la agencia nos había comunicado que nos quedaría bien para realizar nuestras pesquisas ante las autoridades de Nueva York.

Mi madrastra, la señora Mirella a la que siempre y pesar de todo he querido mucho sólo tenía permiso de la empresa de la construcción en donde trabajaba de aproximadamente una semana. Nos habíamos comprometido a que si los resultados eran en unos primeros momentos en vano, yo seguiría durante una semana, o unos días más tratando de encontrar el paradero de mi progenitor, fuese carbonizado o desaparecido.

La imagen de Nueva York en aquellos días era la de una Ciudad paralizada, semiconsciente, difuminada como en una fotografía en blanco y negro, acartonada como una imagen borrosa, casi esquelética. Una ciudad sumida en un caos no querido, en un vacío no merecido. Una Gran Ciudad que era como un grave enfermo cuya dolencia es imposible de medir ni de diagnosticar a simple vista.

Sabíamos que los papeles, los documentos reglamentarios e informes preceptivos que íbamos a aportar eran insuficientes e imprecisos.

Tal vez las autoridades del aeropuerto de Boston nos dieran algún informe, papel o diligencia en la que constase que Mario Ruber Vidal había subido al avión de las líneas United Airlines.

Las comunicaciones con Mario se habían interrumpido desde el mismo día del accidente. Nadie respondía a nuestras desesperadas llamadas. En la correspondiente compañía telefónica de España donde tenía registrado el teléfono móvil nos decían que perdió cobertura y llamada desde aquel mismo día. Sólo Terea tenía vana conciencia de haber comenzado a recibir una llamada o mensaje de su padre aquella fatídica mañana del once de Septiembre, pero todo eran hipótesis y fabulaciones, y sin un detallado informe de autenticidad, muy correcto y legal según nos consta que actúan siempre las autoridades americanas en esta clase de litigios, si no aportábamos buenas diligencias y fehacientes pruebas del supuesto fallecimiento de Mario poco podíamos hacer. Los abogados eran caros, y nosotras lo primero que intentábamos era verificar donde se encontraba Mario aquella mañana del Martes.

Nuestras primeras pesquisas fueron entrevistarnos o conversar con Peter Felling en N.Y., y con los señores Parkins que era donde se alojaba Mario en Boston.

Peter Felling estaba muy confuso. Desconcertado y sumido en un terrible estrés. Lo único que nos mostró fue su rabia, su desolación por no haber podido encauzar bien a su representante. Él estaba realizando unas gestiones en Nueva York y siempre le creyó que estaba en Boston cumplimentando y organizando su exposición fotográfica y de pintura.

Sólo unos días después nos llamó sugiriéndonos que tal vez estuviera vivo porque había recibido unas extrañas fotografías anónimas que delataban cierta mano de Mario, pero claro, todo eran ambigüedades, suposiciones, y suposiciones sin pruebas.

Los señores Parkins tuvieron la amabilidad de irnos a visitar a nuestro hotel neoyorquino. Y una tarde, varios días después del atentado, nos fueron a ver al Herald Square, un tranquilo y confortable hotel situado aproximadamente en la calle Treinta y Uno, y que había servido anteriormente de sede de las oficinas del famosa revista neoyorquina "Life". No obstante el Hotel Herald Square estaba muy bien situado en uno de los lugares muy emblemáticos de Nuevo York, el legendario Empire State Building, ahora más símbolo que nunca de una con su acongojada ciudad.

Y esta es la conversación que registré:

- ¡Es una lástima de hombre!. ¡Qué pérdida para las artes!. Él tenía puestas todas sus ilusiones en esa exposición. Pensaba darse a conocer al mundo desde nuestra ciudad. Boston. Que también ha sufrido lo suyo con estos atentados, porque muchas de sus víctimas procedían de aquí...

Las lágrimas de la señora Louise Catherine López de ascendencia española nos sumergió a todos de nuevo con la triste realidad. Con la dura verdad de un acontecimiento lúgubre.

- ¿Y qué recuerda de su última estancia?. ¿Dijo alguna cosa sobre ese viaje a Los Ángeles? – argumentó Terea ya que Mirella se hallaba sumida en una triste melancolía, y sufría una fuerte depresión.

Hubo unos frágiles minutos de silencio, unos angustiosos segundos de reflexión.

Entonces tomó la palabra el señor Eduard Adams Parkins, que parecía menos afectado por el triste acontecimiento, un hombre serio y recio, de cara aplastante, mirada fija y cautivadora proveniente de unos profundos y graves ojos azulados, amplias manos de boxeador y palabra contundente y forme como un general que sabe de penas y de destrozos en las guerras, como un general de infantería que ha visto muchos muertos a sus pies.

- Mario nos comunicó el día anterior que iba a dirigirse a Los Ángeles por motivos principalmente privados, particulares. En sus palabras había algo de oscuro y misterioso. Su expresión era seria, pensativa, y tanto su mirada física como expresión emocional fue la de decirnos aquello con ciertas reservas. Había algo en su voz que era distinto. No voy a decir que era fingido. Me pareció que el hombre era en ese momento sincero. No voy a decir que sensato, porque viendo lo que pasó posteriormente no me atrevería a decirlo. Nos dijo que se iba por unos días a Los Ángeles para buscar o encontrar a una hermana que se encontraba allí, en Hollywood, y hacía tiempo que no le veía.
- A Tamara... A Tamara – dijo Terea dando un voto de confianza en favor de su tía.
- Sí, sí, eso creo. Tamara. Creo que dijo: Tamara. Además nos indicó, que de paso intentaría hablar con no sé quién director de cine para hablarle de un proyecto sobre un pintor español que estuvo aquí en Estados Unidos y en Nueva York, un tal Zanetti o algo parecido, que vino a Nueva York a pintar los Murales de la Concordia en las Naciones Unidas. Era un pintor muralista como Ribera u Orozco, creo, que se marchó de España en un exilio voluntario cuando estaba Franco.
- Sí, él sentía profunda admiración, casi devoción por Vela Zanetti – apostilló Mirella con un claro sentimiento de fe y esperanza en un feliz paradero.
- Y eso es todo lo que él nos comunicó a nosotros cuando vino de estar con su amigo el profesor Stephen Andrew, que era su amigo en la Universidad de Boston. ¿Ya han hablado con él?. ¿Quizás él sepa algo más de sus proyectos?. Tal vez fuese más confidente con él que con nosotros.

- Estamos tratando de localizarlo.
- Nos han dicho – señaló con baja elocuencia y en un tono pausado la señora Louise Catherine López que con su pañuelo de seda se acababa de secar las sonrosadas mejillas de antiguas lágrimas caídas sobre su cara - que ese profesor tenía una amiga o novia azafata que se debió también de estrellar contra las Torres. Nosotros intentamos localizarlo desde Boston y nos dijeron que también él estaba aquí en la Ciudad intentando realizar gestiones sobre el paradero y el destino final de ella.
- ¡Gracias!. ¡Muchas Gracias! – sollozó Mirella muy emocionada, con ese breve y parco entusiasmo que ofrece cualquier tipo de esperanza póstuma.
- ¡No hay de qué!. Estamos aquí para ayudarles a encontrar a Mario. Están descubriendo varios cadáveres. Tal vez encuentren el de...

El señor Eduard Adams fue entonces cuando se dio cuenta de su equivocación. De que había hablado más de la cuenta. Nuevas lágrimas afloraban por las mejillas de las mujeres que llorosas y compungidas no intentaban disimular su pena y su tristeza.

- Bueno. – cortó el buen hombre intentando deshacer el inconsciente entuerto – Tal vez no se encontrase allí. ¿Han contactado ya con la Asociación de Víctimas del Terrorismo?.
- ¡No. No!. – contestó un poco más tranquila Terea que había intentado tomar una infusión de té depositada por la dirección del Hotel que las estaba tratando muy bien -. Sólo hemos estado con la Policía y las Autoridades Municipales que llevan los casos de posibles desapariciones de gentes que no las han encontrado aún.
- ¿Y qué les dijo la Policía? - manifestó con cierta curiosidad el señor Parkins, comerciante del sector textil en Boston.
- ¿La Policía...?.

Un severo y sencillo movimiento de cabeza le indicó a Mirella que deseaba escuchar el tratamiento y las averiguaciones realizadas por la Policía.

- La Policía ha sido muy dura con nosotras... - resaltó con cierta rabia e impotencia Terea.

Y siguió relatando algunos hechos que nos resultaron extraños, llenos de incertidumbre, y muy perspicaces, aunque Terea no dejaba de resaltar que había manera de preguntar y de cuestionar los hechos.

- La Policía no ha hecho más que hacernos preguntas y preguntas: ¿Qué que hacía en ese avión?. ¿Que por qué vino aquí a Nueva York? ¿Y con quién se había visto últimamente?. ¿Y qué era lo que hacía en Boston?.

- Bueno es celo policial – menguó en el relato el señor Parkins. Ya sabe la policía esta muy nerviosa. Ve terroristas en todas partes. Y tal vez querían saber sobre la profesión y el verdadero motivo de su estancia en Los Estados Unidos.
- Pero si una y mil veces se lo hemos dicho – puntualizó Mirella que se secaba con sumo cuidado los labios después de sorber un breve trago de té americano -. Y allí estaba nuestro cónsul español, el Señor Murillo, mandado por la Embajada Española. Pero ellos erre que erre.
- Es que, hija, - interrumpió muy cortésmente Eduard Adams - todos debemos ser sospechosos. La Policía local, el F.B.I. y la Guardia Nacional están nerviosos y desconcertados por el atentado y temen nuevos actos de terrorismo. Uds. y nosotros seguro que somos sospechosos. Es una lógica normal y natural en estos momentos de turbación e inseguridad.
- Pero son muchas las preguntas y cuestiones que nos hacen de si esto o aquello, de si era o no era un buen ciudadano, de si estaba involucrado o relacionado con determinadas células o movimientos islámicos o terroristas vascos - respondió Terea con vertiginosa rapidez y poniendo más corazón que raciocinio - y pocas las respuestas que nos ofrecen sobre su paradero, o las pesquisas para el hallazgo de su cuerpo. Todo son largas. Todo es rellenar documentos, rellenar cuestionarios o pliegos sobre su cuerpo, medidas, ropa que llevaba, si usaba gafas, si era tal o cual cosa, etc. Además como su condición es de extranjero le dan otro valor y otro significado distinto, y un tratamiento distinto si es de los mismos Estados Unidos o eres extranjero. Y eso no es justo. La Justicia debe ser igual para todos o no es verdadera justicia aunque se enmascare con tintes de orden, seguridad y firmeza.

Fue en ese momento cuando llamaron a la puerta de la sencilla suite del hotel. Era un recepcionista del hotel con una misiva depositada en una bandeja plateada.

- ¡Pase, por favor!, ¿qué quiere? – le dijo Mirella, mi buena madrastra, a un muchacho que hacía las veces de botones por su atuendo.
- Abajo hay unos señores que quieren hablar con Uds. han dejado una nota – dijo el botones señalando con un gesto la tapadera de su bandeja del color de la plata.
- ¡Gracias!. ¡Está bien!.

Tomó el legajo de pliego Mirella y lo leyó por breves momentos, mientras el recepcionista se atusaba su impecable traje y con cara seria y fresca dejaba entrever la nostalgia y el sentimiento, y hasta la compasión que le merecíamos porque era

natural que estuviera enterado del por qué de nuestra estancia allí.

- Es Peter Felling que viene acompañado por un tal Stephen Andrew.
- Debe ser el profesor de Harvard por el nombre – susurró el señor Eduard Adams Parkins al tiempo se llevaba a la boca una pipa de madera cargada de tabaco y se disponía a fumar con el permiso de los presentes.
- Fume , fume, por nosotras no hay inconveniente – le dijo Mirella viéndole nervioso y tratando conscientemente de fumar un picadillo de tabaco habano a la manera de lo Sherlock Holmes.
- Que suban esos señores – añadió Terea mientras depositaba un dólar en la mano del botones.
- Gracias señoras. Inmediatamente les daré la orden.
- ¡Bueno, nosotros ya nos vamos! – sugirió la señora Louise Caterine, cuyos padres recordaban a antiguos comerciantes textiles del área de Cataluña en sus tiempos de esplendor mercantil y emigrados a los Estados Unidos- que había asistido impasible y compungida a toda la conversación.
- ¿No quieren saludar a Peter Felling y al otro profesor universitario? – preguntó cortés y decidida Terea a sus amigos los Parkins.
- Al Peter Felling ya lo conocemos – apostilló el señor Parkins. Pero al profesor de Harvard, o de Boston, creemos que no lo conocemos.
- ¡Pues no se vayan aún!. ¡Quédense, por favor, a saludarlos por lo menos!. ¡Gracias!.

Y les sirvió un poquito más de té y unas pastas mientras subían los dos hombres a la habitación del hotel.

## CAPÍTULO TREINTA Y TRES

Tal vez fuera el Herald Square, un hotel adecuado y justo para unas familias de tipo medio, y tal vez no fuera el Herald Square como el novísimo hotel de lujo, a punto de inaugurarse en aquellos difícilísimos días para N.Y. del Ritz-Carlton, tal fuera el Herald Square un hotel con historia y renombre clásico, pero tal vez no fuera el modernísimo Ritz-Carlton con sus suites de gran lujo y servicios fabulosos, pero las redes de amargura y tristeza que imperaban por aquel entonces en Nueva York hacía que lo de siempre cobrara nuevo prestigio y renombre.

Volvían los tiempos de los fantasmas y los espíritus antiguos, volvían los seres queridos muertos, volvían los remordimientos o la resignación.

El peso del vacío era más grande que el peso de las sombras que iluminaban las farolas del Center Park. Con el gravitatorio peso de la Luna gemían los fantasmas de los seres ocultados por moles y toneladas de cemento y acero retorcidos, de asbestos malolientes, de toxinas y mercurio y plomo oxidados, de viles cristales incrustados en los huesos, con sangres coaguladas de seres que eran llorados con compasión y misericordia, que descansaban ya para siempre sepultadas por manos asesinas. Ni W. Shakespeare hubiera imaginado por boca o mente de Macbeth tamaño, sanguinario y cruel despropósito, ni Hamlet hubiera tenido que maquinarse dar odiosa muerte al maquiavélico y usurpador de su tío.

De acuerdo que el Herald Square no era el flamante faro de Manhattan, con telescopios en sus habitaciones de lujo del Ritz, en un Battery Park que miraba diáfano la imagen de la Estatua de la Libertad anclada en dirección a Staten Island, pero tenía aún la particularidad de la experiencia, la humanidad, el aire y la nobleza de muchos años de servicio a turistas, a agentes comerciales, a visitantes foráneos y propios, y a todo tipo de viajero que se había acercado con el corazón inocente, la mente despierta y curiosa, el alma apasionada y los bolsillos llenos de dólares, a esta eterna y sagrada Ciudad del los Rascacielos.

Cuando llegaron Peter Felling y Stephen Andrew saludaron a Mirella y a Terea con toda la franqueza y compasión del mundo.

El pésame o condolencia era un signo de hermandad y confianza, de confraternización entre tanta calamidad acumulada.

Luego fueron presentados y saludaron a la familia de los Parkins, quienes al poco momento se disculparon y se ausentaron de aquella suite del Herald.

Todos estaban sumidos en una gran tristeza y desolación. Stephen había perdido a su novia, la azafata Catherine Smith, en aquel vuelo. Y así se lo estaba haciendo saber el propio Stephen a las dos mujeres:

- Fue una casualidad del destino, que fueran en el mismo vuelo tanto Catherine como Mario, - confesaba el hombre con palabras entrecortadas todavía por la emoción del recuerdo.

Ambos caballeros iban impecablemente vestidos, pero sus rostros denotaban frustrado coraje y una palpitación de rabia y de dolor.

- Lo siento de nuevo muchísimo – volvió a sugerir el agente Peter que viendo el descorazonamiento, la palidez y la casi ausencia de vivacidad en aquellas mujeres les ofreció sus desinteresados servicios. ¿En qué puedo o podríamos ayudaros?. ¿estáis aquí cómodas y bien?. ¿Necesitáis algo?.
- ¡Gracias, Peter, eres muy amable!.
- Y yo también me ofrezco, he pedido unos días de permiso para resolver determinados asuntos aquí en Nueva York, y estoy a vuestra disposición para lo que os pueda ayudar.
- Sois muy amables, gracias, os lo agradecemos – les dijo ahora Mirella, que se acababa de levantar para traer unas nuevas tazas de café o de té. ¿Qué queréis tomar, whisky, café o té?. En el minibar de la suite también hay cerveza y coñac.
- Lo sentimos mucho por tu novia Catherine, de verdad que lo sentimos – mencionó compungida y llena de sinceridad Terea dirigiéndose al hombre de color.
- Era una buena chica, era una fenomenal personal, era una ...

Y a Stephen le llegaron varias lágrimas a los ojos. Metió el dedo índice de su mano derecha por entre el hueco de sus gafas y se frotó con timidez y tibieza sus mejillas húmedas.

Había sido un buen palo para todos ellos. Y aunque a Peter Felling, un hombre blanco de buen aspecto y sutileza le iba poco en aquellas cosas porque tuvo suerte y no perdió a ningún familiar cercano, según le parecía a él, claro, porque entre los muertos y los desaparecidos sumaban más de tres mil o rayando los cuatro mil, aunque sería siempre muy difícil de establecer el número exacto y concreto de muertos, al convertirse aquello tras los graves impactos y las colisiones en un feroz horno y en un escalofriante incinerador.

Peter Felling era un hombre poeta, que debía haber publicado en el New York Times, unos poemas sobre unas fotografías anónimas sobre la tragedia de las Torres Gemelas, pero



también era un hombre comprometido con las causas justas y un hombre contrario a la Pena de Muerte en los Estados Unidos y fuera de ella. Había hecho varios alegatos sobre su abolición de todo el territorio americano como lo fueron contra la esclavitud en su tiempo, y pertenecía a una Sociedad Internacional una medio ONG que luchaba por abolir la pena de muerte en todos los Estados Americanos, y a lo máximo que llevaba sería al establecimiento de la cadena perpetua y una revisión más constante y segura de los juicios que por sus características denotasen confusión, quebranto de normas judiciales, inutilidad del habeas corpus, pruebas extraviadas adredemente, autopsias fraudulentas, casos en que la Prensa y los Medios de Comunicación ya habían sentenciado a la víctima sin ser legalmente juzgada, nulidades de pruebas fehacientes, incorrecciones administrativas, fallos policiales, corrupciones y escondidas mafias, indefensión del acusado, etc. Había habido – según documentos, ulteriores análisis, o posteriores revisiones, y así lo mostraban las estadísticas, muchos errores judiciales, muchos inocente muertos en las sillas eléctricas o en las cámaras de gas, muchos hombres y mujeres que perecieron como ahora víctimas de la fatal casualidad o de un despiadado destino.

Y muchos archivos estaban llenos de casos que hubieran merecido una revisión, un nuevo juicio, y no sólo un aplazamiento de pena de muerte con el consiguiente dolor y sufrimiento moral y mental para la víctima.

Por eso Peter Felling fue el primero en ofrecerlas sus proyectos:

- ¿Se han puesto ya en contacto con la Asociación Familiar de Víctimas del terrorismo o con la Comisión Municipal de Muertos y Desaparecidos?.
- Nos han hablado de ello – contestó Terea mientras servía a su invitados y amigos unas pastas - pero desconfiamos de todos ellos. No nos han tratado muy bien, por ser extranjeras.
- ¿Y qué pensáis pues hacer? – manifestó ahora Stephen con voz más tranquila y pausada.
- Bueno, no lo sabemos ciertamente, pero...

En ese momento sonó un teléfono móvil. Era el de Terea que estaba depositado sobre la repisa de una de las ventanas.

- ¡Perdonad un momento...! – dijo la mujer mientras tomaba su aparato y se retiraba hacia el cuarto de aseo.

Luego abrió la comunicación y dijo:

- ¿Dígame?. Soy Terea.
- Terea, soy yo, tu madre. ¿Qué tal estás?.
- Bueno, así, así.
- ¿Hay noticias de tu padre?. ¿Se sabe ya algo?.
- Nada. No se sabe nada. Ciertamente esto es un desastre. En todos los aspectos.
- ¿Y qué tal está Mirella? ¿Cómo se lo está tomando?.

- Ella como tú, fuisteis sus esposas. Unas viudas sin sus esposos. Unas viudas, si me lo permites tontas y bobas. ¡Cuánto tiempo perdido! ¡Cuánto tiempo perdemos los humanos!
- ¡Ah, olvidaste aquí la cámara de fotografía que querías llevar! – le dijo con tono conciliador y amistoso su madre, la buena de Josefina Andrea Bofarul que llevaba más en su corazón que en su voz ese llanto y esa tristeza por perder a un hombre que en otra ocasión fue su sueño, fue su único amor.

Quedaba ya lejos esos años en que siendo estudiantes de la Universidad de Barcelona le mandaba flores a su casa o le compraba flores en la Rambla barcelonesa, o por San Jordi le regalaba un libro o una novela de tema de intrigas, o de misterio o policiaco como le gustaba a ella. Esos pequeños detalles que hacen una vida mejor y hacen resurgir la vida con más ilusión que apatía. Ahora tenía en parte resuelta su vida sentimental con Raniero José Alonso, un hombre que la mimaba y la sacaba de esa monotonía cotidiana de la vida. Sus hijos apenas se habían opuesto a esa relación amorosa, sabedora de la fragilidad y de la sensibilidad de su madre, y de la nostalgia y pena que siempre guardó tras el divorcio de Mario. Ahora sus nietos habidos de sus hijas menores, de Marina, una pintora y publicista, o de Fely, una ejemplar gestora de una empresa de muebles y decoración, casadas ambas con los hijos gemelos del famoso locutor de radiodifusión español Santy del Álamo, con Alexis y Josep, quienes respectivamente le habían dado dos estupendas y bellas nietas: Luisa y Paula.

- Ah, - dijo su madre al otro lado del hilo telefónico, que era como decir al otro lado del Océano Atlántico – tu amiga Constanza te envía un saludo, y dice que cualquier día te llamará.
- Vale madre. Gracias. Nosotras ya nos cuidamos bien. Ahora están aquí con nosotras Peter Felling, su agente comercial, y un amigo universitario. Ellos nos van a ayudar en los trámites de búsqueda de papá. Un beso. Adiós.
- Adiós hija. Y cuidaros. Y cuidaros no os pase algo. Un beso.
- Adiós mamá.

Cuando tocó la tecla de stop a su móvil, sus ojos se bañaron en lágrimas. Supo lo que estaba siendo la soledad en una gran ciudad, lo que era la soledad en una ciudad sumida en el vacío y en el drama. Supo que la soledad era una actitud que se nos impone también por mandato del destino.

Hay veces pensaba, que se puede estar rodeado de amigos, de familiares, de conocidos y sentir la soledad, bañarse en la honda amargura del escalofrío solitario. La soledad te oprime el corazón y te hace estallar como maldita pólvora la mente y el intelecto. Te sumerge en los infiernos de la duda y de las

pesadillas, en los tenebrosos túneles de un extraño tiempo, en los intrincados bosques como arañas de gruesas patas, por los infinitos abruptos de los montes o las quebradas montañas, por cielos muertos de estrellas o entre los suelos enlosados de espectros.

Esa terrible soledad como arpía devoradora de entrañas, esa nefasta y aguda soledad, estarían ahora sufriendo y pareciendo todos los familiares, esposas, viudas, hijas e hijos de bomberos, policías y agentes comerciales o clientes que se hallaban a esas horas del impacto o del derrumbe en las Torres Gemelas del World Trade Center.

## CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO

Llegaba ya la noche en el Herald Square Hotel. Los cuatro conversaban sobre aspectos a tener en cuenta. Sobre qué hacer bien y correctamente. Los neones de las avenidas, de las calles, de los escaparates de los espejos luminosos, estaban tristes, muy tristes, y su luz era acaso opaca o neblinosa, difuminada por tanta alma suelta y sin reposo. Por tanto espíritu sin descansar en una tumba donde por lo menos figurase un epitafio y unas flores cada día de la semana.

Terea estaba harta de buscar a su padre entre medios policiales y detectivescos, sólo había encontrado preguntas y malas caras que hacían más preguntas como si su padre fuese un supuesto terrorista más, cuestionarios y entrevistas inservibles que hacían que te sintieras una pobre desvalida, una persona indefensa en vez de respuestas y compasión y auxilio. Por eso había solicitado extraordinariamente a Stephen Andrew Turner su ayuda y confianza para buscar de otro modo, de otra manera. Si tenía que ir a Harlem o al Bronx a verse con algún padrino o jefe de alguna mafia lo haría con tal de saber algo de su padre. Porque le

habían dicho que los bajos fondos de algunos barrios informaban sobre desaparecidos cobrando una pequeña cantidad de dinero.

Mirella manifestó su voluntad de llamar por teléfono a la empresa donde trabajaba en Madrid y solicitar unos días más de permiso. Convinieron que Peter Felling fuera con ella a realizar gestiones a la Asociación de Víctimas por los Atentados y a la Comisión Municipal de Desaparecidos. Era una labor como más positiva y segura que la que se había trazado Terea, siempre más atrevida y lanzada.

Policías altruistas y abnegados bomberos habían perecido tras las toneladas de escombros y el feroz fuego, agentes de bolsa y clientes comerciales, personas con nombre o anónimas habían desaparecido en la confusión y tras los impactos: Charles o Tony, Keith o Moisés, Richard o Sam, Mary o Stella, Ángela o Louise, Elisabeth o Errol, Martin o Manuel, Richard o George, Patric o Marlen, Arthur o Natalie, y tanto y tantos otros.

Sus vidas ya no vieron sus sueños cumplidos. Ni los haces de luz proyectados en la “Ground Zero”, para meses más tardes podrán hacer devolver sus padres o madres a tanto hijo huérfano, a tanta viuda desconsolada, a tanto familiar arruinado y en penumbras.

Ni el bautizo de esa rememoración o falsa ilusión llamada por los familiares “Tributo de Luz”, donde dos grandes haces de luminiscencia, donde dos parejos y rectilíneos espejismos de las Torres se elevarán en una nostálgica noche neoyorquina podrán terminar con todos los sufrimientos de los que perdieron seres queridos en las Grandes Torres.

Ni el viejo alcalde de Nueva York, Rudolph Giuliani, que le tocó amargamente vivir el gran desastre, ni el nuevo alcalde Michael Bloomberg, paliará completamente la sed de justicia y de equidad de los familiares que perdieron un ser querido.

Ni nadie que no sean ellos o ellas sabrán lo que es dormir una noche y otra noche sin nadie a su lado, y con duras pesadillas, con el gélido frío entre el cuerpo porque tu amado o amada ya no está contigo. Nadie sabrá soportar con la levedad de una pluma lo que significó para uno o para una aquel ser perdido, muerto o desaparecido tras el ígneo espacio. Ellos y ellas, esposas o esposos, hijos e hijas, padres y abuelos, sobrinos y primos, notarán el vacío, el solitario vacío de un ser que ya no responde a “Papá vienes a jugar conmigo”, o “Mamá dónde está el juguete de cartón”.

Nosotros y nosotras sólo podemos rezar o llorar por los muertos y las muertas, por los desaparecidos y desaparecidas. Los allegados y familiares además tendrán el eterno sentimiento del abandono y de la desesperanza. Vana esperanza y escabroso abandono sin retorno.

Pero tal vez, nuestra palabra y nuestras letras reconfortarán algún día sus acongojados espíritus. Y si creen en la vida del más allá, en Dios, en el cielo, obtendrán además una respuesta más en sus conciencias, que el agnóstico que no obtendrá respuesta

religiosa, aunque sí un serio mensaje de lo banal de la vida y de la perentoriedad de nuestros actos.

Quisiera saber todos los nombres, conocer todas sus vidas, sus gustos y sus placeres, sus ilusiones y esperanzas, parirlos de nuevo, pero la imaginación no puede con el dura realidad de estos instantes.

La zona afectada sufre una contaminación ambiental. Las escuelas y colegios no funcionan por estos y otros motivos, motivos tanto pedagógicos como sociales. Los comercios venden menos, el Museo Metropolitan y el Guggenheim pierden visitantes. ¿Cuándo acabará esto?. ¿Terminará algún día las secuelas de esta pesadilla?.

Todos o casi todos pensamos que sí, que Manhattan resucitará tras sus cenizas polvorientas, pero hay que atender a esas familias destrozadas por el destino. Hay que ayudar a recomponer sus vidas a esas familias rotas o desvencijadas por el cruel destino y la fatalidad.

¿Qué importan 88 reflectores de xenón de 7000 vatios cada uno que encenderán el lugar de la zona cero, si ese hijo está abandonado, si esa madre no tiene para comer, si han perdido el trabajo y al padre o a la madre?. Habrá primero que ayudar al protagonista actual de esa catástrofe: A las Madres que perdieron a sus maridos, a los Hijos que perdieron a sus padres, a los Esposos que nunca más supieron de sus mujeres muertas tras el derrumbe agónico de unas torres.

Ese es el gran reto actual, la deseada ayuda esperada.

## CAPÍTULO TREINTA Y CINCO

Terea se había impuesto en unos días, con la imprescindible y desinteresada ayuda, aunque condicionada en algunos extremos por Stephen Andrew, entrevistarse con algún padrino, o persona responsable o solvente, de una de esas sociedades medio secretas que siempre han proliferado por Nueva York desde aquellos largos e imborrables años de la Ley Seca y de los Años Veinte del Charleston, o de la Gran Depresión en los finales de los Años Treinta.

Stephen era cauto, sesudo, paciente y prudente, y preveía algunas complicaciones, quizás algunas más de las acostumbradas en la resolución del presente caso, empleando esos

métodos poco ortodoxos de recurrir a organizaciones mafiosas o sociedades paralelas.

En cambio Terea comenzaba a estar más obsesionada que ilusionada en la tarea de esclarecer el verdadero paradero de su padre Mario Ruber, y no veía más allá, y solo quería tratar con quien fuese a fin de encontrar algunas huellas sobre el paradero de su padre, fuera como fuera, y no escatimando ciertos medios, y si era lejos de la preguntona y quisquillosa policía, mejor que mejor.

La seguridad para ella, para Tera Ruber, era un bien menor. Porque decía que ahora Nueva York era una ciudad donde la seguridad era una entelequia, algo inexistente.

Por fin, dieron con un amigo de Stephen, llamado Mattius, que vivía en Harlen, en el sector oeste. Éste conocía a su vez a un tipo al que llamaban el “MalaBola”, por su gordura y fealdad, un tipejo de orejas grandes y retorcidas, un malandrín testarudo y engreído, un sujeto muy cabezón y un tanto arisco que tenía – eso decían – por novia una insólita mujer llamada Sally Moom, regordeta y ojeriza, tiesa y caprichosa, y con unas piernas más bien cortas que no sabían llevar bien y con holgura unos zapatos de alto y fino tacón de acero, y que además era toda una enciclopedia en picardías y en viejos vicios sexuales, pero una airosa institución la mencionada dama, entre comillas, en el alto Bronx por su desparpajo y por haberse codeado de tú a tú con cierto jefe de la camorra.

El susodicho individuo vivía en una negruzca y destartalada casa de alquiler con aires de grandeza y de obcecada vanidad, y estaba metido en ciertos asuntos turbios de los bajos fondos, donde la droga o la prostitución eran el pan nuestro de cada día.

Entablaron cierto contacto con el MalaBola en una cafetería del Queens, en una zona cercana al Roosevelt Island, y por 500 dólares acordaron que los llevaría al atardecer a un lugar secreto cerca de uno de los muelles de la antigua zona portuaria para verse con un tal “Pecas Chin”, uno de los lugartenientes de la organización clandestina.

A Terea no le gustaba este tipo de actuaciones e intermediarios sin relieve, y pensó dejarlo cuando vio tantos y tantos problemas, vicisitudes y secretos para contactar con algún miembro de la organización que ellos llamaba “El Login”, además se trataba de hablar con un lugarteniente y no con el cabecilla de la organización, pero para asuntos de esa importancia era el segundo o tercero de a bordo quien se pringaba en ello. Además la zona era muy competitiva entre los mismos mafiosos y habían llegado a especializarse cada grupo clandestino en distintas y peculiares operaciones de las que los otros grupos no solían meterse. Así según se iba desarrollando las investigaciones se percató de que los había que se dedicaban a la drogas pura y dura, o las drogas del porro, la cocaína o el hachís más puro, otros a prostíbulos y lupanares, y los había que controlaban a chulos y a las putas más sofisticadas del lugar, o cobraban ciertos dólares por

mantener la seguridad y la armonía contra ciertos cacos y maleantes, en ciertas tiendas y joyerías de alto standing de la Ciudad. También intuyó que los había contrabandistas de mercancías o de robos callejeros, de los de usar tarjetas de crédito sin fondos, traficantes de falsos cheques de combustibles y gasolinas, gentes y asaltantes a comercios o pequeñas tiendas, y otros que mendigaban lo habido y por haber o eran chivatos de policías o de los mismos padrinos.

El tal “Pecas Chin” era debido su apodo, a que en su rostro rechoncho tenía varios puntos rojizos a manera de pecas o granitos que le daban unos rasgos característicos y únicos. Era un individuo, este lugarteniente, larguirucho y más bien flaco, con cierto encorvamiento hacia el lado izquierdo. Su nariz era afilada y aguileña, como aquellos tipos finos de los años de la depresión económicas. Sus grandes manos eran huesudas y callosas, con serpenteantes nervios en los que parecían confluir todos los irascibles arroyos de una supuesta violencia o de una manifiesta irritabilidad, y sus largos dedos eran como tenazas de carpintero. Pero sus ojos eran como de lince ibérico y delataban signos de ser un avisgado sujeto en temas de contrabando o de lupanares. Pelo corto, casi calvo, y con desmedidas patillas negras, era la imagen de un personaje que quiere ocupar, a la manera de un futuro Al Capone, el puesto superior de mando por su increíble y fingida fiereza en rostro o sentimiento, un signo de madurez jerárquico que sólo los tontos o los fatuos manifiestan al exterior.

Los tiempos eran rocambolescos y caprichosos pero eso no era óbice para pensar más reflexiva y cabalmente.

Aquella entrevista casi tan esporádica como fugaz con el tal espinoso sujeto, caracterizado por sus múltiples pecas, no le dejó buen sabor de boca, y eso que ella era una intrépida y atrevida mujer, una significativa lanzada, aunque algo inmadura e inconsciente.

Minutos más tarde Terea recordaba, como en una inconsciente secuencia de película, que en España había también algo de eso y otras cosas peores como el terrorismo indiscriminado y cruel, organizaciones criminales que el tiempo borrarán de un plumazo y que nadie recordará con el paso de los años, grupos que no merecían ser citarlos ni por sus siglas comunes, para que así nunca se supiera de su existencia ni se hiciera propaganda de sus criminales actos, porque dentro de 60 o 70 años nadie recordaría ni hablaría de un grupo que había asesinado, porque a la gente popular le repugna el asesinato, el horroriza el crimen y tiene miedo a la extorsión, y olvida así tan pronto que puede a los que nunca se merecen ni un solo recuerdo ni una pizca de la memoria ajena.

Así que ella tenía ya en sus venas y en su mente cierta inmunización sobre todo contra el terrorismo de una organización criminal que mataba a concejales democráticos, a gentes inocentes

en grandes almacenes, a indefensos policías o militares, a políticos luchadores por conquistar derechos y libertades públicas.

Terea estaba ya ciertamente inoculada contra ese germen nocivo de la sociedad, como ahora lo había sido en Nueva York el terrorismo de una organización extremista islámica que no merecía ser ni citada en ningún texto. Y recordaba el eslogan que había puesto su abuela en su hogar, en un marco de porcelana en la pared de enfrente de la entrada a su salón: “No hay más desprecio para alguien inhumano y cobarde que el no hacer aprecio ni en palabra oral o escrita, ni en obra comentada de sus malvadas y viles aventuras”.

Porque esa mezquina gente en el fondo pretende también que se hable de sus criminales actos y muertes, que se les mencione en libros y periódicos, que se difunden indirectamente sus maquiavélicas ideas de muerte y destrucción.

Al cabo de varios días de gestiones y problemas, Terea se dio cuenta de su equivocación, de su craso error, al encargar a esas personas barriobajeras, y sin escrúpulos, de ciertas averiguaciones o señas, investigaciones que también en el fondo no le inspiraban ninguna certidumbre ni confianza para solucionar con éxito su acuciante problema.

Perdió 500 dólares de su primera entrega, y otros 300 de una segunda comenzada entrega, y desapareció de su mundo de droga y prostitución, de malas confidencias, y de frías irresponsables, o de extorsionadores maquiavélicos sin alma ni corazón, donde nunca debió meterse ni en serio ni en bromas.

Terea decidió entonces seguir sólo el camino de su madrastra, la segunda mujer oficial de su padre, Mirella Gandar.

Porque sin duda alguna, Mirella había elegido el sendero adecuado y más justo para llegar al corazón de su padre, si aún lo tenía allí, entre los dos pulmones del que fue su cuerpo.



## CAPÍTULO TREINTA Y SEIS

Ya llevaban unos días Peter Felling y Mirella Gandar estableciendo contacto con John Cameron Power y con Claudine Jean Mills Aberdeen, secretario de la administración local y una de las responsables del servicio social de Ayuda Estatal respectivamente, cuando Terea le dijo a Stephen:

- Voy a dejar esos caminos anómalos y algo tergiversados, esos senderos poco consecuentes y clarificadores, y más siniestros y arriesgados. Lo dejaremos ahí, Stephen. Ya no veré a ningún enlace más de la mafia. Me asquea y me enfurece esa relación extraña y misteriosa que no conduce sino a dar más y más dinero sin ver ni obtener resultados fehacientes y normales. Perderé esos dólares que he dado, pero diles que ya no me interesa seguir con las pesquisas de su organización. Dales una o mil disculpas. Lo que sea. No sé, quizás, por ejemplo, diles que me tengo que ausentar a España porque mi familia no aprueba mi proceder. Bueno, eso no se lo digas sin más. Diles que me ausento de Nueva York y que lo dejo todo en manos de la misericordia divina. Y del buen o mal hacer de las instituciones locales o federales. Que sea lo que Dios quiera, y adiós y se acabó.
- Creo que eso es lo correcto. Esta gente luego suele liarle y complicarte con falsas confidencias, con mentiras programadas, con hechos deslavazados adrede, con fingidos tejemanejes que sólo son para sacar más y más dinero. Y de las averiguaciones te dirán lo que el servicio social o la agencia de Ayuda al damnificado. Lo poco que saben unos será la realidad más inmediata. Y no las exageraciones fabulosas o esperanzadoras, imaginativas, que te traerán los otros.
- ¡Pues ya está!. ¡Vayamos a trabajar con Mirella y Peter, creo que ellos están en el camino adecuado!.
- ¡Sí, también lo creo yo ahora así!.

Para los neoyorquinos todo en aquellos días era aún delirante, angustioso, como sumergido en un atroz miedo que se metía en el cuerpo, con un profundo estremecimiento y una desmesurada impotencia, en no saber qué hacer o cómo actuar, y tenían ante sí una increíble sutileza a la que no estaban acostumbrados, pues habían vivido anteriormente en una idílica Torre de Babel, donde las virtudes, los placeres, y la idiosincrasia

americana, eran como un alto e imperecedero símbolo de la grandeza americana.

Ya no era solo la percepción clara y diáfana de escuchar de vez en cuando las abigarradas sirenas de policías o atronadoras de los bomberos que te estremecían sangre y huesos, o de ver una y mil veces ante los medios de comunicación social, las fatídicas imágenes del holocausto de las Torres Gemelas que te hacían llorar y llorar sin consuelo ni afligimiento que fuera positivo, sino también sentir profundamente un desarraigo espiritual, como si te hubiesen quitado un miembro de tu cuerpo, sentir hondamente una fría y seca sensación de abandono e inseguridad, con secuelas psicológicas de temor ante el ántrax o ante algo ignoto y misterioso, ante una persona desconocida, sospechosa, y con mala pinta entre comillas, ante rumores de infundadas enfermedades víricas o contagiosas, ante un paquete o carta sospechosa, ante tantas y tantas cosas que hasta antes de grave magnicidio pasaban muy desapercibidas entre los ciudadanos, y en nada hacían prever esas nuevas circunstancias, ahora tan extrañas y apabullantes.

El americano normal, el tipo medio de los estadounidense, era por lo general un ser alegre y optimista, serio y consecuente, religioso a ultranza y moralista como el que más, una persona disciplinada y orgullosa de su presente, de su progreso y de su futuro, cuyo eslogan podía ser : “El trabajo y la economía es la mejor medicina” contra la depresión y la abulia. Un ser cuya única fe era la creencia de saberse el país más poderoso del mundo, pero ahora ser casi el más invulnerable de la humanidad. Algo de eso se había dicho en los periódicos y revistas, como el del articulista John Carlin, quien había agregado, que todo eso se vino abajo, todas las creencias se fueron a pique como en el Titanic tras los atentados de Septiembre, y que la proclamada invulnerabilidad americana se trastocó por una meditada inquietud, por una implícita medida o actitud de reserva.

Luego vino la venganza y la llamada justicia duradera americana, sólo imparcial y ecuánime en parte, por las muertes colaterales y las bajas infringidas a personas inocentes, y ajenas a la guerra, que estaban allí en el campo de batalla o en la ciudad sitiada, porque a muchas gentes de aquellas no les dieron tiempo de huir del conflicto bélico que se aproximaba. Ellos y ellas también tenían padres, abuelos, hermanos y parientes, y amigos sinceros, que les llorarían y no los olvidarían. Que les recordarían y se afligirían por ellos.

La historia es a veces como ese adagio que dice: “Todo lo que debe realizarse en confrontación se hará con sangre, sudor y sacrificio, pero también debe hacerse con cabeza fría y con sentimiento caliente”. Si no es así estaremos casi siempre abocados a la ley del talión: “del ojo por ojo y diente por diente”.

Y Afganistán, el país del otro extremo de “Las Mil y una Noche”, llenaría hojas y hojas de periódicos y revistas de todo el

orbe, con su consabida guerra de fuego y horror, con sus combates no declarados desde las alturas, y sus miserias eternas y sus hambrunas de cada día, como si todavía Alí Babá y los Cuarenta Ladrones siguiesen vivos y ocultos entre las cuevas y las oquedades de las grutas, con sus turbantes y túnicas coloristas y vivas, sus luengas barbas canas y sus manos ágiles de rapiñas, sus borricos grises y los leños a su lomo para encender luego el fuego. Fuego, dolor y lágrimas en aquella parte perdida del mundo.

## CAPÍTULO TREINTA Y SIETE

Cuando aquella tarde Stephen Andrew se alejó desde una estación de autobuses en la Quinta Avenida hacia su vivienda particular, Terea Ruber Bofarul tomó un taxi largo y robusto como una limusina amarilla, con un conductor chulo y elegante, un mancebo de color que llevaba una espesa coleta negra atada con un lazo detrás de su espalda y cuyos ojos vivaces y saltones denotaban saberlo todo de Nueva York, y así supuso que Terea, con un inglés tan correcto que se hacía entender bastante bien, era una persona buscando el paradero o la suerte de alguna persona cogida entre las moles del World Trade Center, y la llevó a una Sala Especial de la Corte Suprema donde se había establecido provisionalmente una sala habilitada para acoger y recibir documentos, informes, papeles y demandas de los damnificados de los atentados.

Paró su enorme taxi, limpio y de un color tan brillante como para darle envidia al sol, quizás porque aquellos días había habido tiempo para entretenerse en ciertas limpiezas y arreglos, o tal vez,

para lavar la cara de aquellos miles y miles de automóviles que en las calles y avenidas les pilló la levantisca nevada de grises y pastosas cenizas de asbestos, de toxinas, de plomos o mercurios y de otras plateadas sustancias o grisáceos productos contaminantes que pillaron a los solitarios vehículos como estatuas de sal en las vías neoyorquinas.

Pagó su importe y una tibia sonrisa partió de conductor, y bajó Terea cerca de un edificio majestuoso y soberbio como casi todo en Nueva York todavía gracias a Dios.

Miró un papel que traía en la mano y leyó con callada resignación: "Sala de Apelación de la Corte Suprema del Estado de Nueva York".

Le pareció que todo aquel jaleo de papales y documentos era volver a remover un triste pasado, a resucitar un fantasma o una congoja, una sublime pesadilla como era para muchos ciudadanos, para muchas gentes que perdieron a sus seres queridos, una nueva amargura, y más que una pesada losa era una nueva y mortificadora desgracia que había que volver a transportar en sus cansadas espaldas.

Aquella construcción parecida a un templo griego, que databa de finales del siglo XIX, con esas estatuas que representaban la Justicia o a legisladores como Moisés, Justiniano o Confucio, le pareció que por mucha justicia y justicia ya nadie podría devolver a esas familias a sus seres queridos.

Cuando apenas penetró en el magno recinto un desfile de personas y gentes que iban o venían pálidas, llorosa, serias, cabizbajas o calladas, daban la imagen de una confusión más de aquellas que nunca se sabe como empiezan y cuando terminarán.

Miré a las gentes y vi que nadie me miraba a mí, iban con las miradas perdidas, extraviadas en infinita expectación, deambulaban como sonámbulos de circo dando vueltas y vueltas al mismo pasillo, a la misma estancia, para esperar una llamada, una súplica, un consuelo o algo por el estilo, lleno de ternura y de caridad.

Cuando encontré a Peter se me llenó el corazón de suave y callada alegría, a pesar de todo lo ocurrido. Es realmente insoportable para el alma estar en un país ajeno al tuyo, en una situación tan trágica y dramática como buscar el paradero de un padre que dicen que su avión se ha estrellado contra una de las Torres Gemelas, en una situación de soledad y pesar, con todo un enorme peso de sombras, nebulosas y fantasmas, que no sólo duermen contigo en tu cama sino que viven y te acompañan entre la piel y entre la ropa a lo largo de días y días, allá donde vas tú, y que aunque intentes irte de ellos te persiguen y te persiguen por vacíos y por el interior de los espacios, por calles o avenidas y por dentro de los automóviles o vehículos, por suelos y por cielos, por entre las gentes y a través de ventanas, paredes y gruesos muros de cemento.

Peter me condujo hacia una pequeña sala donde esperaba Mirella que hablaba con cierta intimidad y sosiego con una señora que allí se encontraba, mirando apenada y desconsolada a una niña, que jugaba con una muñequita entre sus brazos, y que se suponía era su hija.

Me presentó, brevemente, a su interlocutora, cuyos ojos estaban morados de tanto sufrir y llorar. Era una joven esposa de color llamada Betty Coleman Alismer, la mujer de un sargento de origen portorriqueño que había muerto en el socorrismo de una de las Torres. Y fue casi en ese mismo instante de la presentación, cuando sonó el teléfono móvil dentro de mi bolso de cuero negro. Yo con gesto de disculpa y corrección me aparté un poco y dije:

- ¿Dígame?... ¿Qué, quién es?. No oigo bien, un momento...
- Oye, soy Juanmary. Me escuchas ahora. Eres Terea Ruber, ¿verdad?.
- ¡Sí, sí, Juanmary!. ¡Ah, sí, sí!. Eres Juan María del Álamo, el hijo de Santy. ¿Qué tal tu familia?. ¿Y qué tal va tu padre después del susto del atentado?.
- Bueno, eso va, bien. Con escolta y todo eso. Lo peor ahora es lo vuestro. ¿Qué tal van las gestiones?. ¿Habéis encontrado algún rastro de su paradero?. ¿Se sabe algo nuevo?.
- De momento nada. Aquí estamos Mirella y yo tratando de buscar cómo sea vestigios y huellas que nos puedan conducir a una situación positiva. Pero de momento nada de nada. Muchas preguntas por parte de todos los organismos públicos, de policías y de ayuntamientos, de compañías de aviación y de todo el mundo. Preguntas, preguntas, preguntas... Pero respuestas ninguna.
- Dice mi padre que hay ciertas dificultades de encontrarlo porque figura en el pasaje de dos aviones o algo así.
- Eso nos han comunicado a nosotros. Parece ser que hay un pasajero en otro avión que voló hacia Nueva York. Pero lo cierto es que estaba apuntado en el de United Airlines que fue el que chocó contra la Torre Sur en el segundo impacto. Ah, por eso creo... (Hubo un lapsus de tiempo que parecía un silencio de corte o desvío de llamada ).
- Sigues ahí, Terea. Me decías que...
- ¡Ah, no, no, bueno sí!. Te decía que hay como un seguimiento especial por parte de las autoridades norteamericanas con respecto al paradero de mi padre.
- ¿Qué suponen?. ¿Qué le pudo pasar algo distinto e importante?.
- ¡Yo qué sé!. Aquí todos los extranjeros son ahora sospechosos de colaborar con organizaciones..., tú ya me entiendes...
- Pero tu padre de eso nada de nada, ¿verdad?.

- Eso creemos Mirella y yo. Pero no es lo que creamos nosotras... Ya sabes los suspicaces y tiquis tiquis que son por aquí.
- Bueno, Terea. Dales recuerdos a Mirella de mi parte y de mi padre. Va a hacer un programa especial por Radio un día de estos sobre lo habido hasta ahora de los atentados en Nueva York sobre las Torres Gemelas. Me pidió que os dijera que si estabais localizables que se lo hicieseis saber, para que si queríais podíais entrar en antena. Gracias.
- ¡Ah, bueno!. ¡Sí!. ¡Gracias a ti por tu interés!. ¡Se lo diré luego a Mirella!.
- ¡Ah, se me olvidaba!. Nuria, mi hermana, quiere ir a hacer unos reportajes a N.Y. próximamente. Y desea contactar con vosotras. ¿Qué le digo?.
- ¡Bien, que lo haga, no hay ningún inconveniente!. Mirella piensa - eso me ha dicho - marchar un día de éstos, y regresar a España, dejándome la custodia y la patria potestad para la localización de Mario.
- ¡Bueno un cordial saludo!. ¡Y cuidaros!. ¡Cuidaros mucho!.
- ¡Gracias!. ¡Así lo haremos!. Y recuerdos para toda tu familia y un saludo muy grande para tu padre. ¡Gracias!.
- ¡Así se lo haré saber!. ¡Adiós!.
- ¡Adiós!.

Juan María del Álamo Smithson, Juanma para los amigos, - pensó seguidamente Terea como una ligera sombra incrustada en su mente - era el hijo mayor del matrimonio de Santy y de Margarita. Era actor de cine y de teatro, participaba en guiones cinematográficos y colaboraba en cortometrajes y sesiones de reportajes y documentos especiales. Estaba casado con Carla Suárez Patricson, que era una abogada de ya con cierta solvencia y prestigio. Tenían dos hijos: Helene, de diez años y Lauren de siete años. Dos pimpollos que prometían seguir los pasos de su padres o de sus abuelos.

¿Quién, en toda España, no conocía desde siempre los programas radiofónicos de Santy del Álamo?. ¿Quién no había oído o escuchado alguna vez en su vida, la diáfana, clara e inconfundible voz de Santy del Álamo?.

Santy del Álamo cuyos padre Andrés y Purificación, oriundos del Bierzo leonés habían sido también, en su tiempo, toda una institución en Ponferrada y en León.

Así con estos recuerdos metió su móvil en su bolso y se sentó junto a su madrastra, una fabulosa mujer de mucho temple y aguante. Un estímulo a seguir y a porfiar. Luego les dijo muy diplomáticamente:

- ¡Era Juanmary, perdonad, manda recuerdos para todos nosotros!.
- ¡Ah, sí, sí!. Gracias. ¿Y están bien todos allá en España?.

- ¡Sí, sí!
- ¡Mira esta mujer! – dijo ahora Mirella mirando y refiriéndose a Betty, su interlocutora y amiga -, quiere ayudarnos en este maremagno de citas, de locales y de ir de acá para allá.
- ¡Oh, gracias!

Luego supo que aquella fornida mujer, Betty Coleman, había perdido a John Markus Foreman, un bombero de treinta y seis años, que había desaparecido en las mismas Torres, y su cadáver calcinado había aparecido a los pocos días, reconocido por su A.D.N., y ahora sus trámites eran menos que los que no habían encontrado todavía a sus seres queridos entre tantas toneladas de escombros y destrucción.

Luego la llamó Peter Felling para enseñarle no sé que estancia donde las secretarias y ayudantes escribían datos, informes y respuestas en los ordenadores.

De repente oyeron voces y gritos provenientes de otra sala cercana habilitada para informar y tomar notas.

Unos sonidos que no pasaban desapercibidos para nadie, y que salían de unas gargantas cálidas e irritadas, de unos ojos inflamados y de unas mentes enfermas y trastornadas por tanta desgracia e incertidumbre:

- ¡Asesinos, criminales!. ¡Malditos!. ¡Hijos de Putas!. ¡Asesinos!. ¡Maldito Osama Ben Laden!. ¡Asesino!. ¡Asesino de Ben Laden!. ¡Malditos extremistas!. ¡Malditos terroristas!. ¡Malditos!. ¡Hijos de puta!. ¡Asesinos!...

Y otra mujer mirando a su hijo que tenía cerca del regazo, y sin importarle su estado angelical, sólo sintiendo su angustia y su desesperación opresiva, decía trastornada por una crisis nerviosa:

- ¡Y vosotros también sois culpables!. ¡Malditos también vosotros!. ¡Malditos constructores!. ¿Por qué hicisteis unas torres tan altas sin tener escaleras ni bomberos que puedan subir hasta allá arriba en caso de catástrofes?. ¿Quién o quiénes permitieron elevar tanto esas torres?. ¿No vieron que si ardían no podrían subir los nuestros a buscarlos tan altos?. ¡Malditos todos!. ¡Malditos! – y el corazón trastornado y angustiado de esa mujer se sumía en un cierto marasmo de preguntas y cuestiones ya todas ellas sin respuesta posible.

Nadie podía consolar el roto corazón de una madre. Nadie en su sano juicio se atrevería a contradecir lo que también podía ser una triste verdad.

## CAPÍTULO TREINTA Y OCHO

Allí, en aquel lugar, conocí, sobretodo de la mano de Peter Felling, a otras personas que luego serían unas buenas amistades.

Recuerdo que se nos dijo que al día siguiente cambiarían las dependencias por otras nuevas situadas más cerca del lugar de la catástrofe, en el mismo barrio de Manhattan, en unas estancias habilitadas cerca del Ayuntamiento, y a unos cientos de metros del derruido World Trade Center.

La sala de la Corte Suprema de Apelación del Estado de Nueva York quedaban sólo para asuntos judiciales o de compensaciones económicas legales rechazadas por alguna de las partes.

Pero todavía pudimos vivir y convivir en aquellas estancias con unas personas o personajes, que eran ya en aquellas alturas de las excavaciones, como una milagrosa institución dentro del cuadro tan pesimista y demoledor de las salas de interrogatorios y de informes.

Porque el padre Phillip Angioloni Godman era un sacerdote de una congregación religiosa y cristiana, un seguidor de Jesús y María en pura línea futurista donde sólo Dios era la única divisa o propuesta - si así se la podía llamar - , origen de fe y esperanza, fuente de sabiduría y bondad, Señor de la misericordia, de la compasión y de la confianza en una Nueva Tierra.

Aquel hombre parecía un hombre más, un hombre bueno y lleno de espiritualidad, si no fuera por el alzacuellos blanco sobre su garganta negra como el frescor de la noche. Cuando fui presentada por Peter ante él, mi garganta estaba ya casi afónica por el cansancio y las tensiones vividas del día.

- ¡Hola, buenas tardes, hija!.
- ¡Hola padre!.
- ¡Llámame, Philip!. El señor quiere que nos encontremos todos los aquí reunidos en un momento frágil, débil para el cuerpo y para el alma, en un momento delicado y sensible. Pero debemos reponernos, tomar nuevo aliento espiritual y respirar fe, constancia y paciencia, y tener seguridad y fe en una reconfortable imagen de Jesús resucitado. Todos nuestros hermanos irán al cielo porque



dieron su vida por salvar a su semejantes, a sus otros hermanos en Jesús y en María. ¿Y dices que a tu padre aún no lo han encontrado?.

- ¡Así es, Padre!. Todavía nada sabemos de él.
- Bueno, no debemos desesperarnos. Los caminos del Señor son infinitos. Dios elige el momento de servirle.

El padre Phillip interrumpió sus frases a manera de sencillas oraciones por unos momentos, sacó un paquete de tabaco rubio, y ofreció uno a Peter que lo rehusó, y luego otro a Terea que hizo lo mismo. Y casi sin terciar palabra prosiguió su especial conversación diciendo:

- Como hijo de Dios también tengo mis defectos y pecados. El fumar es uno de mis pequeños vicios. Que Dios y la gente que tengo al lado me perdonen. Tengo entendido que estás con tu madre.
- ¡Bueno, sí!. ¡Mi madre es...!

Terea iba a decir madrastra, o segunda madre, pero se tragó en el último trance todo el vocablo familiar.

- Mañana tendremos un acto litúrgico y religioso por las víctimas de todos los trágicos accidentes. Estáis invitadas a los rezos.
- ¡Gracias, Padre!.

Phillip Angieloni Godman era una persona que gustaba vestir al modo clásico, con una especie de levita o corta sotana negra a manera de chaqueta, con un impecable y blanco alzacuellos, haciendo constar en todo momento su resolución de ser un sacerdote o un pastor de su rebaño al servicio de Dios. Se le veía un hombre de unos cuarenta años, tez surcada por alguna arruga de sufrimientos interiores, un ser inquieto, nervioso y amigable.

Terea se dio cuenta que una Biblia de pastas negras y de un tamaño mediano estaba siempre sujeta a su mano izquierda, y que ni siquiera para encender un cigarrillo se había despegado de ella. Le miró fijamente a los ojos y notó como una corriente espiritual que despedía como luz desconocida, y así se hubiera estado extasiada fijándose en sus cara angelical, en su rostro desprendido, si no hubiera sido por una chiquilla de unos diez años que se acercó ante el hombre de Dios y le ofreció una gatita blanca e inmaculada como la nieve de unos dos años, que hacía contraluz mecida ahora y apoyada en su chaqueta negra.

Y viendo al curiosidad de la joven le dijo en un tono amigable y conciliador:

- ¡La encontré abandonada, y muerta de frío y de hambre una noche de diciembre, cerca de mi capellanía!. Luego intenté dejarla en otras manos amigas, o en instituciones de amigos de los animales, pero siempre se venía conmigo y ya nunca me separé de ella. Se llama "Luxy". Es muy sensible y delicada. Adivina cuando está en manos amigas. ¡Luxy, vete para ella!.

Y de repente el animalito se fue como una callada y fugaz estrella hacia el regazo de la joven Terea que la abrazó y la acarició como si de un juguete de peluche de su infancia se tratara.

- ¡Hola Luxy!. ¡Hola! .

La gata estiró ligeramente su cuerpo de piel suave, abrió sus ojos verdes y sus grandes pupilas de felino, y se volvió para su dueño casi con una sonrisa de niño agradecido.

Y aquel hombre al servicio de Dios y de los afligidos humanos, aquel hombre que amaba el gospel, y que cantaba como una delicia del cielo en un coro de la ciudad, había llevado a N.Y. hacía ya muchos años procedente de Alabama, se despidió de ellos con cierta nostalgia y timidez. Parecía un ser feliz ayudando desinteresadamente a los demás, auxiliando a los demás a encontrar el verdadero camino.

Luego nos encontramos de nuevo con Mirella y su amiga Betty, quien muy atenta nos invitó a compartir la cena con ella y sus hijos. Peter se excusó diciendo que tenía una cita con un cliente a las ocho, y que tenía que ausentarse. Pero nos prometió que mañana a las once estaría esperándonos en las nuevas dependencias que el Ayuntamiento neoyorquino había puesto cerca de la Catedral de San Patricio para seguir los descubrimientos que sacaban los bomberos y las palas excavadoras de la Zona Cero.

## CAPÍTULO TREINTA Y NUEVE

También por aquellos días la gente y muchas personas precavidas hacían acopio de alimentos y de productos de primera necesidad, sobretodo alimentaria, creyendo que la cosa se iba a poner peor, y que las dificultades o vicisitudes para adquirir los productos imprescindible y de primera necesidad iban a escasear.

Faltaban carritos y cestones, y algunos alimentos primordiales, y todas las operaciones se hacían en callado y silencioso decoro, a excepción de algunas deslenguadas, ariscas y antipáticas cajeras, chicas con poca sutileza y cultura, que desplegaron toda su frustración social y económica en exigir rapidez y prisa, en hacer avanzar el pelotón de la cola como en una vuelta ciclista a Francia.

La ciudad sufría de insomnio y de una tibia locura por la ingravidez. Esto se explica sobretodo por el sutil ambiente que flotaba en el aire. Los días siguientes a la magna catástrofe se había hecho desalojar por temor a otros posibles atentados el Empire State Building, el Rockefeller Center, y otros magnos rascacielos.

La zona siempre muy transitada de Square Times con sus ansiados espectáculos, su propia y paradójica personalidad, sus cines y teatros, y la confluencia de Broadway con la Séptima Avenida, un bullicioso mundo antes del atentado, se resintió del efecto rebote y disminuyó la afluencia de gentes de la farándula cotidiana.

Y hasta las tenues luces, esa mezcla de fina sensibilidad luminosa y una sublime realidad que es N.Y. de noche y solitaria, como una ciudad fantasma, cobró una nueva dimensión. Todo parecía más versátil, más tangible, más delicado, más frágil.

Los suaves neones de escaparates de lujo, marquesinas con apuestos y sugerentes eslóganes, kioscos y puestos de ventas de mil y una fruslerías, las luminiscencias aladas y destelleantes de la Gran Manzana parecían más apagadas y tristes que nunca, más recatadas y secas, más reservadas y sensatas, como en otra escala espacial. Aquella ciudad se había transformado en una ciudad de otro lugar terráqueo. Era otro nuevo y desconocido Nueva York.

Las gentes se estaban volviendo más confraternales, más solidarias, más encantadoras.

Cuando aquella noche Betty Coleman Alismer nos invitó a Mirella y a mí a compartir cena y mantel nos sentíamos en la obligación de aceptar por todo. Y cuando llegamos a una de esos cientos de calles del distrito de Brooklyn la ciudad parecía seguir también con sus cansadas palpitaciones arrítmicas, su corazón latía con cierta desgana, por sus venas y arterias corría otra sangre distinta, en los tuétanos de sus huesos, oquedades vitales donde habitan la vida de cada uno, las casas y viviendas de sus habitantes parecían reflexionar, meditar, pensar.

Y aunque no se tuviera nada más que unos panecillos y unas latas de conservas vegetales o de pescado, y un bote de cerveza para una sencilla cena, ésta se compartía con el desgraciado o la desgraciada que era como tú. Era duro decirlo pero era así en realidad. Y por mucho que las palabras o el lenguaje quiera enmascarar o disimular tanta desgracia o penuria, ésta se escapa y se hace ver sola en todas partes.

Así Betty nada más llegar a su vivienda presentó a su madre Anyta que se estaba encargando de sus hijos tras el atentado, y al resto de los componentes de lo que quedaba de su familia: Ellen, una morenísima y alta muchacha de ojos grandes y castaños y talle ya femenino que a sus doce años cursaba séptimo de Primaria con eficiencia y provecho. Y Jules, un simpático chaval de nueve años y de ojos oscuros y brillantes que cursaba cuarto curso y que hablaba el español tan bien como el inglés y que sorprendió a todos por su talento y su comprensión del accidente fatal de su padre a quien adoraba y por quien sentía una desmesurada veneración. Tanto era así que era capaz de aconsejar y consolar a los demás que veía lloroso y tristes y lo hacía con más inteligencia y mejor que los mayores, sabiendo que el grave problema que se avecinaba a su familia era muy dramático, porque su padre, un sargento bombero de N.Y. era el único que traía a casa el sustento y el dinero necesario para que la familia fuese tirando lo mejor que pudiera.

Su padre, John Markus Foreman ya había nacido en Nueva York, pero su padre, el abuelo de los niños había nacido en San Juan de Puerto Rico. John Markus de 36 años quería dar buena educación a sus hijos, hacer que los “grillitos” como él les decía fuesen a la Universidad a realizar una carrera universitaria. Quería que sus chavales fuesen buenos atletas, unos deportistas que desarrollasen sus facultades corporales y que participaran en unas próximas Olimpiadas, a las que John era tan aficionado. Pero todo aquello se había ido al traste. Todo se había dramáticamente evaporado.

Betty, triste y compungida les enseñaba distintas fotografías donde su padre mostraba toda su habilidad como bombero de un cuerpo muy prestigioso y tenaz en Nueva York.

Betty no podía disimular su dolor y lloraba porque era la única vía de escape para no sufrir una más terrible depresión.

Había en el álbum una foto donde se le veía a sus 44 años de apuesto y serio bombero, con su elegante casco protector envuelto en la fornida cabeza, sus bigotes negro, sus ojos castaños y vivaces como un ciervo salvaje, su agradable cara como de fruta de mango o maracuya, su cabello rizado y fresco, su talante severo pero alegre.

Y luego se puso a cocinar ayudada por Mirella que compartía su gran dolor, y aunque no hubo más que para unos huevos revueltos con tostadas, unos cereales secos y unos cafés con galletas y pastas, todos comprendieron que era común y general la últimamente menguada cocina y la falta de apetito.

Una llamada por Internet los puso a todos en alerta y en sobre aviso. Todos los días siempre que sonaba el teléfono, tocaba había algún aviso, o rebullía algún aparato de comunicación, a todos, que era como decir a los familiares de las víctimas, se nos ponían los pelos de punta, y se mezclaba en el interior de nuestro ser una manifiesta curiosidad con una indudable estupefacción.

- ¡Es Margot Longflyan! – dijo Ellen que acababa de establecer contacto por el aparato -. ¿Dice que si sabes algo de la reunión de mañana?

- ¡Ah, sí!. ¡Perdonad un momento!. Es mi amiga Margot de la que ya os hablé. Querrá saber a qué hora...

La mujer limpiándose con cierta presteza la boca y atusándose con ligereza su vestido se dirigió hacia la salita donde tenían el ordenador para hablar por videopalabra en Internet.

- ¡Hola Margot!. ¿Qué tal estás querida?

- Mal, muy mal. ¿cómo voy a encontrarme?. Además a mi hijo Alex, el pequeño, le han cerrado la guardería hasta nueva orden y no sé donde dejarlo mañana. Además sufre pesadillas por las noches últimamente y no sé que hacer con el niño... – y su voz a partir de ese momento sufrió un deterioro de lo enfático y en la pronunciación, y por la pantalla se la vio que las lágrimas comenzaron a aflorar en una situación tan indescriptible que ni imágenes ni palabras orales ni texto escrito dirían una mínima parte de lo que en realidad estaba sufriendo y padeciendo por dentro, en su profundo interior.

- Puedes traerlo con mi madre. Ella viene todos los días y se queda durante todo el día en casa.

- ¡Te lo agradezco!

- ¡Pero no llores más, mujer!. ¡Tienes que ser más fuerte!. ¡Te lo ruego, sino va a acabar con tu salud por el suelo!

- ¡No puedo!. Ya lo sabes. ¡Es más fuerte que yo!. ¡Al menos a ti te han descubierto el cadáver de John!. ¡Pero mi Keig Leyman...!. Las lágrimas y los sollozos hacían que sus palabras no fueran nítidas, elocuente -. Mi Keigh nunca aparecerá... (Sollozos continuos y llores tristes y compulsivos). Nun...ca... apare...aparecerá...

- Tranquila mujer, sosiégate, tal vez lo encuentren mañana entre los escombros, quién sabe, dicen que van muy avanzadas las obras de...

- ¡No, no... lo... creo...! – dijo la mujer sollozando intensamente.

- Escucha: Mañana es la reunión a las once de la mañana en las nuevas dependencias municipales que están entre la Quinta Avenida y la calle 49, cerca del Promenade. En la zona de la catedral de San Patricio. Además te pasaremos a recoger a las diez. ¡Ah, están hoy con nosotros la esposa y la hija de Mario Ruber, un español que iba en uno de los aviones!. Mañana te los presento, son una gente muy buena y encantadora.

- ¿Y los niños...?

- No te preocupes. Manda a Tony al colegio y prepara a Alex para traerlo aquí, que juegue con mi Jules, que se le da muy convivir y jugar con otros niños. Mi madre Anyta vendrá a las nueve. ¡Okey!. ¡Hasta mañana!

- ¡Adiós!. ¡Hasta mañana!

Cuando Betty regresó al improvisado comedor su madre Anyta, una mujer gorda y servicial, de rostro nervioso y elocuente, estaba sirviendo el café y poniendo unas pastas en la mesa. Anyta había dejado a su esposo Tomby en la casa del Queens, y aunque a sus sesenta y seis años estaba algo enfermo y delicado, aún se valía por sí mismo cuando era menester y necesario como ahora.

## CAPÍTULO CUARENTA

Margot era una mujer callada y silenciosa. Vivía todo con una gran ofuscación, con una incoherente y depresiva obsesión. Tomaba diversos tranquilizantes recetados por el doctor Antonio Veracruz López, que era el encargado de la salud mental de todos aquellos pacientes o en cuadro médico similar, que se veían así en aquellas penosas situaciones tan lastimosas y tristes tras los fatales acontecimientos del 11-S.

Betty era su amiga desde hacía siete años cuando ambos maridos comenzaron a trabajar en las mismas tareas de los sufridos bomberos.

Betty sabía por experiencia lo duro y traumático que era eso. Pero al menos ella se desahogaba hablando con los demás o escribiendo esto o aquello.

En cambio Margot, una mujer atractiva y guapa en su juventud, y de muy buen talante y porvenir se había convertido ahora en una sombra de su atrevida marcha de adolescente. Su sonrisa siempre alegre y jovial se le había secado como se cuarteja y se seca el agua en las marismas de sal. Margot era indudable que estaba enamoradísima de su marido. No era que otras no lo

estuvieran que lo estaban y bien enamoradas, sino que en el caso de Margot su fuerza y su talón de Aquiles era su ceguera y su pasión. Siempre había vivido con un tizón encendido en su cocina, con una antorcha luminaria en sus manos y con un fuego devorador en su corazón. Y aquella muerte inesperada y a plomo la había sacado de quicio y le había sumido en una terrible depresión. Y su amiga Betty temía muchas veces por su vida, no fuese a hacer alguna inesperada locura.

Tenía dos hijos: Tony, un chico de nueve años y amigo de Jules con quien compartía afición por el béisbol, en fin, un jovencito muy guapo, alto y majo, de pelo rubio y ojos de travieso. Y Alex, más pequeño e inocente, y con varias pecas en su carita redonda, y del que ya hemos hablado.

El drama era también que el cuerpo sin vida de Keith Gabriel Leyman, cabo de la misma brigada que John, no había aparecido y se temía que nunca apareciese, pues decían que había subido al edificio en llamas y que nunca hubiera escapado cuando se hundió. Aquello la desquiciaba y la trastornaba. Por ello tenía aquella mañana que asistir a la reunión con el doctor Antonio Veracruz, jefe del departamento de salud Mental del gran Hospital, para hacerse una sesión de terapia curativa.

Margot Longflyan se estaba comportando como la princesa “Juana la Loca”, hija de los Reyes Católicos Isabel y Fernando, y casada con Felipe el Hermoso, muerto de repente tras un frío corte de digestión tras un partido de pelota allá en el siglo XV en España. Juana estaba tan profundamente enamorada de su marido que nunca quiso reconocer su muerte y se trastornó mentalmente.

Y la verdad era que su marido Keith Gabriel Leyman era un hombre apuesto y guapo, de alta envergadura, simpático y cordial, casi rayando la comicidad y que contaba chistes y fábulas de risa a sus compañeros de brigada en sus ratos libres. Era un ser muy apreciado por todos, querido por sus compañeros de trabajo y un hombre muy práctico y pragmático en sus tareas de incendios o de rescates, hombre que había rescatado y salvado la vida últimamente a tres personas en un distrito cercano, cuya casa estaba siendo devorada por las llamas.

La vida es dura y a veces ingrata. Esa era la conclusión que sacaban muchos de sus compañeros sobrevivientes. Porque ellos sabían lo que era perder, y habían perdido a más de 430 bomberos, amigos y compañeros, todos unos seres intrépidos, desinteresados, fabulosos hombres a los que respetábamos y venerábamos como auténticos héroes de la tragedia. Y también a muchos policías y agentes que habían arriesgado sus vidas y muchos habían también perecido por intentar salvar a muchos seres humanos que allí perecieron víctimas de una incongruencia satánica.

Keith, uno de esos hombres, procedía de California, de San Diego. Cuarenta años tenía el hombre cuando desapareció para siempre en la el tremendo desprendimiento de las Torres.

Keith era como el prototipo de un buen bombero, atlético, seguro en sí mismo, jovial, juguetón, dialogante. Era un hombre rubio, muy rubio, casi tan florido como un triguero en las cercanías del verano, inteligente, alto, y de ojos verdosos muy inquietos. En su juventud había sido campeón de 110 metros vallas en la Universidad de California, y en su frente poseía una cicatriz a manera de señal o distinción, realizada con su moto cuando tenía 17 años. Era un apasionado fans o forofo del béisbol americano, y un empedernido coleccionista de relojes digitales de las últimas generaciones. Y le gustaba llevar a sus hijos al colegio y subirlos en los juegos y tióvivos del Central Park.

Estaba en fase de ascender a sargento, y se pensaban comprar una casita de campo cerca de Atlantic City, en el estado de Nueva Jersey, muy cercano a N.Y.

Por eso el desconuelo de aquella mujer era comprensivo y lo que nadie sabía y era un secreto que ella guardaba celosamente era que estaba embarazada de pocos meses.

- ¡Este niño o esta niña nunca verá a su padre! ¡Nunca volverá a ver a su padre...! ¡Nunca verá a su padre! – repetía y repetía muy afligida y sin consuelo.

Todo era una pena, una terrible pena muy triste y sentida. Un aciago destino nunca deseado, y no merecido.



## CAPÍTULO CUARENTA Y UNO

La gran mayoría de los damnificados por el magnicidio de Las Torres Gemelas habían quedado de reunirse en aquellas nuevas dependencias municipales neoyorquinas.

Mirella supo que su permiso de estancia en Nueva York se agotaba entre unas cosas y otras. Tendría que dejarlo todo arreglado a su marcha para que Terea pudiese usar de su poder judicial y de su beneplácito, y pudiese resolver papeles urgentes y otros asuntos y diligencias.

Dos o tres días eran lo más que de momento podía permanecer en la Ciudad de los Rascacielos, con su skyline roto y maltrecho en Manhattan. La vuelta al trabajo en España, sus hijos y la misma vida se lo pedían.

Mirella y Terea, ambas mujeres unidas por el mismo objetivo, por la misma búsqueda, infructuosa hasta ese mismo instante, se vieron con Peter que las llevó en su automóvil particular a las mencionadas dependencias situadas entre las calles 49 y la Quinta Avenida.

La mañana era gris y triste. Y aunque el sol lucía con cierta tibieza eran insuficientes sus rayos para calentar los cuerpos y los corazones de aquellas mujeres que habían perdido a su ser querido, aunque cada una de ellas procediera de una casa distinta.

Betty y Margot también se presentaron a la sesión terapéutica e informativa donde acudían muchos de los familiares de las víctimas de aquel fatídico 11-S.

Nadie sabe ni se imagina cómo es la propia piel, y la propia diluida sangre, de una de estas personas que han perdido un ser querido en unas extraordinarias y dolorosas circunstancias, como están en verdad como un ser enfermo mental acuciado por presiones y pesadillas, que se muestra impotente por la angustia y la desesperación interior, inerme ante tanta tensión periodística, como un galopante síndrome de dolor interno que no tiene cura, como un demacrado cáncer que invade lágrimas y sollozos, que devora venas y tuétanos, que perfora penas y soledades. Y aunque el tiempo pase o se camufle, y haya nuevos días y aún nuevos soles, nadie, nadie, en realidad nadie podrá borrar las marcas, las huellas, los síntomas, de una tragedia tan insólita y anormal, tan dramática y angustiosa.

En cambio, los que no fueron afectados directamente por el gran cataclismo y el consiguiente drama personal y social, mecidos por el tiempo y su memoria, podrán en parte olvidar sus

impresiones, sus sentimientos, podrá arrinconar la despiadada tragedia en el baúl de los recuerdos.

Por allí, entre aquellas salas, pasillos y dependencias, apareció Phillip, como un ángel especial al que se necesita más que nunca, muy callado y lacónico como si ya le pesase las grandes sombras de los acontecimientos pasados, más reflexivo y pensativo que el día anterior. Parecía que tanta muerte acumulada pesara no como una losa sino como un terrible y potente ciclón huracanado de varios días de duración. Y no era el cuerpo el que llevaba la peor carga, sino el alma, el endeble espíritu humano.

Y allí en aquel lugar todas las energías negras y negativas se sumaban y acoplaban para acompañar a sus difuntos no aparecidos, o a los quizás descubiertos entre tanta ruina pero muertos. Poco podía hacer la energía positiva del padre Phillip frente a todo lo demás tan lúgubre y aplastante. A pesar de ello mantenía un espíritu abierto, cordial, dialogante, positivamente emotivo.

Todo era fuerte y duro. Era triste y tenso. ¿Pero se podía describir o sentir de otra manera tal precaria situación?. Tal vez sí. Pero mucho peor y peor, cien mil veces más.

Lo cierto fue que la compañía entre aquellas pobres gentes del Padre Phillip alivió en una pequeña parte esa triste y melancólica agonía, pesares y dolencias de muchas personas que por allí pululaban buscando noticias de sus desaparecidos, informes de las búsquedas, o tomando sesiones de terapia mental para no dejarse vencer o abatir del todo por sus sentimientos y emociones, tan lacónicamente frustradas por los hilos del terrorismo internacional.

A los veinte minutos de estar allí apareció, con esa bata blanca de pureza y ayuda, de comunión y afecto, como un rayo de luz celestial, el doctor Antonio Veracruz López, un hombre singular, un mexicano-español célebre, fuerte y de gran complexión atlética, apasionado amante de los seres problemáticos y los esquizofrénicos, de los dementes y de los locos, iba con sus gafas de montura metálica, su cabeza grande y de escaso pelo, su barba alba y sus grandes manos de patriarca, e iba acompañado por otro doctor más joven y alto, si se quiere decir más apuesto y con una leve y ligera sonrisa de ayuda en sus varoniles labios, al que llamaba "Larry Dylan".

De vez en cuando en algún lugar recóndito o cercano de las dependencias administrativas algunas mujeres voceaban desesperadas con gritos de dolor, rabia e impotencia:

- ¡Sam, mi Sam!, ¿qué te hicieron allá arriba esos viles criminales?. ¿Dime dónde estás?.
- ¡Malditos hijos de perra!. ¿Por qué no os enfrentáis a mí?. ¡Cobardes, cobardes!.
- ¡Asesinos!. ¿Qué habéis hecho con mi hijo Louis?.
- Paul mío, Paul mío, ¿qué te hicieron esos salvajes?. ¿Qué te hicieron?.

- ¡Ay, de mi Richard!. ¡Ay, ay de mi esposo!.

Todos los presentes parecían enmudecer como frías rocas de glacial ártico cuando esos incontenidos gritos, esos lacónicos mensajes, se proferían deshilvanados y desgarrados por la incontenible rabia y la pena más grande nunca vista.

- ¡Charles, Charles...!, ¿dónde..., dónde te tienen, mi cielo? ¿Dónde...?.
- ¡Nadine, Nadine!, ¿a dónde te fuiste con tu ordenador y tus papeles?.
- ¡Ilma, Ilma...!, ¿dónde estás amada niña?. ¿Dónde estás, hija mía?.

Eran gritos desgarradores, inconscientes.

Eran indescriptibles estados de ánimo.

La vida a veces sólo se mide en montones de granos de lágrimas y sollozos. O en suspiros de tristezas. Y otras veces en palabras inconexas o dramáticas.

Y apareció de súbito, de repente, como un recalcitrante trueno no esperado de ningún rayo de tormenta de verano, aquel odioso reportero. Dicen que se llamaba Norman B. S., como un malcriado paparachi sirviendo a intereses ocultos o morbosos. Para trajinar y comerciar con los sufridos sentimientos humanos. Para medrar con reportajes o crónicas de dolor y llanto.

Y luego también llegaron otros conspicuos periodistas más sensatos y consciente del dolor ajeno, de la tragedia que estaban viviendo en su carne y en su piel aquellas desgajadas familias, indefensas y solas ante una situación sin parangón en el mundo.

Norman Bo. Sp. Debía tener unos 28 ó 30 años, un hombre de aspecto más bien serio, enjuto y delgado, con una irónica y letal sonrisa que te helaba el alma, con una expresión irónica y mordaz, un tipo de barba sucia y descuidada. Y como un lobo con la piel de cordero, y con palabras como de inocente niño, había conseguido acumular horas de cinta y de grabaciones que luego vendía en exclusiva al mejor postor. Era un ser ingrátido, sensacionalista, arribista, oportunista. De esos que los hay en todas las situaciones de la vida. Uno de esos malnacidos y aprovechados seres como un nuevo Judas del siglo XXI, que juegan con el dolor, la pena, o la miseria ajena, para labrarse camino y medrar en las altas esferas de las redacciones periodísticas, en los bufetes periodísticos o en cualquier oficina de cualquier medio de telecomunicación social, donde reine y more el dinero por encima de desgracias y desdichas ajenas.

Al principio pudo engañar a varias personas que no le conocían al detalle, y que le comentaban, con sinceridad, inocencia e ignorancia, sus oprobios y sus cuitas, sus males y sus miserias, pero luego se fueron dando cuenta de que sus palabras, sus grabaciones o sus opiniones propias eran tergiversadas adrede o sacadas de contexto, o ignoradas o confundidas.

Por eso cuando el susodicho sujeto penetró en aquella otra sala hubo ya por parte de algunos afectados un ligero desprecio y unas esquivas ojerizas hacia él.

Pero aún así consiguió grabar y seguir actuando porque en aquel País de América la libertad de prensa y de expresión estaba salvaguardadas por ley. Y si tenían o había que pagar dispendios o peculios por hacer algún reportaje o crónica especial lo hacían, pues había gentes o familias necesitadas que lo hacían sólo por paliar las tan dramáticas y drásticas situaciones económicas que se les avecinaban.

Y cuando apareció el pobre Tolan por allí, casi ignorando la terrible tragedia acontecida, un ser que hablaba mucho por necesidad psíquica de expresión, y que necesitaba contar y charlar siempre de algo y con alguien, alguien que lo escuchara y lo comprendiera, un ser necesitado de cariño y comprensión, y cuando caminada sin rumbo fijo por los pasillos, supo el tal reportero Norman Bo. Sp., como un camaleón asqueroso apostado en cada esquina, que todavía allí había carnaza fresca para un febril reportaje, para una tal vez interesante crónica periodística.

Pero la mayoría de los reporteros y periodistas nacionales e internacionales, se portaban con sensatez, con fina sensibilidad, se movían con callada benevolencia, con respeto y comprensión hacia unas personas que habían perdido a un ser querido, o a más personas, y cuya voluntad de sufrimiento y dolor había que respetar y dignificar.

Y nadie al principio dijo nada, o nadie lo conocía muy bien todavía, cuando aquel tipo rubio y de pelo revuelto, expresión extraviada y cara arisca bajo una barba fría y lampiña, que vestía unos pantalones caquis y una chaqueta como de camuflaje, y casi militar, que semejava a un reportero en guerra, se acercó al ingenuo y gordito Tolan Mox, un ingenuo muchacho de unos veinticinco años al que todos llamaban “Morix”, de cara rechoncha y ojos redondos y muy negros, pelón y con labios gruesos como de leporino, que había perdido a su padre en la tragedia y con el cual únicamente vivía en un apartamento del distrito de Harlen.

- Mi padre era camarero, camarero, un buen camarero del restaurante “Washington” – decía sin parar para darse a conocer a sus contertulios cercanos.
- ¿Y cómo has vivido estos días sin tu progenitor?. – le decía el astuto de Norman para sonsacarle alguna información con la que cubrir espacios morbosos, además de darle casi fingidamente una inútil esperanza.
- Mi padre – decía el chico subnormal, que había sido tratado en un psiquiátrico por problemas de esquizofrenia aguda – es un tipo genial. Un buen cocinero. El mejor cocinero de Las Torres Gemelas.
- ¿Y has sentido mucho su pérdida?
- Mi padre se fue al “Simpaty” a tocar su saxofón con pasión y con fuerza, con muchas fuerza, – dijo el

muchachote con sus violáceos ojos, limpios y saltones, mientras mascaba desafortunadamente y sin parar un buen chicle americano -. Y vendrá a la noche. Siempre viene a la noche después de tocar blues o soul. Y me trae un bocadillo. Un bocadillo muy rico, muy rico – decía el chico mientras hacía gestos y muecas con las manos de un gran bocatta que se llevaba a la boca para comerlo.

- Pero, dime Tolan Mox, ¿no estaba tu padre en un piso, en el cuarenta y nueve o cincuenta?
- Mi padre está en todos los sitios, señor: Es maître en un restaurante y toca el saxo en una orquesta de jazz. ¿Sabes? – comentaba todo con ingenuidad y sencillez, sintiéndose con orgullo otro Forrest Gump de las pantallas cinematográficas.
- ¿Y has recibido ayuda de las autoridades competentes...?
- Competencia es el nombre de un restaurante italiano...
- No hombre , te pregunto si se han portado contigo los federales bien. Si has recibido el dinero prometido...
- Conmigo todos se portan bien y mal. Depende de las miradas... Mi padre me traerá el dinero que le pedí para el juego electrónico...

De repente Norman se dio cuenta que tenía al lado de él otros ojos distintos, fríos, irritables, apasionados y doloridos al mismo tiempo, unos ojos de rabia y de cólera. Era la inescrutable y fija mirada del Padre Phillip con sus manos nerviosas y en alto, que clavadas en el rostro de Norman Bo. Sp. estaban dispuestas a romper su cámara, su micrófono y sus aparejos, y tirar por el suelo la libertad de expresión de aquel sujeto, una libertad muy sui generis, y que se la servía como un desvencijado traje de payaso a su medida. Aquello sí le importaba, porque entrevistar de esa manera, aprovechándose del pobre, inocente e ingenuo Tolan Mox, “Morix”, no entraba en sus cálculos, y echar o casi arrojar a aquel sujeto de allí era casi un acto de justicia y dignidad, más que un acto de esquiva libertad o de falsa libertad de expresión.

Pero fueron sus firmes y seguros ojos, una sagaz e intuitiva mirada más religiosa que social, como un agudo rayo láser que despliega toda su energía hacia la piel para una operación quirúrgica, el que hizo cambiar de actitud a aquella sabandija periodística, cortar su conversación con el ingenuo e inocente chico, y huir con los bártulos de comunicación para otra parte.

Los demás reporteros neoyorquinos, profesionales diligentes y sumamente conscientes, se esforzaban, filmando o entrevistando cauta y con cierta sensatez, en molestar lo menos posible a aquellas personas y gentes que bastante tenían para ir llevando su dolor y sufrimiento a trancas y a barrancas.

Y por unos momentos aquel lugar pareció estar invadido por un exquisito y noble silencio, y por el positivo aroma de la cordura y la sensatez.

## CAPÍTULO CUARENTA Y DOS

El Padre Phillip Angieloni Godman continuó su recorrido por un largo pasillo hasta llegar a unas dobles puertas que parecían actuar de vestíbulo para otro fin.

Iba entonando muy bajito una melódica canción de gospel, modulando leve y ligeramente el estribillo de la susodicha canción.

- ¡Hola, señorita...!
- Terea, Terea...
- Eso, Terea, ¿qué hace tan pronto por aquí?.
- Acompañando a la señora Mirella.
- ¿A una sesión de radioterapia mental y curativa?.
- ¿Cómo dice...?. Bueno, sí a eso. A una terapia mental con el doctor Veracruz.
- El doctor es muy majo y muy práctico. Nosotros los religiosos sólo podemos curar el alma, pero los psiquiatras curan además el espíritu.
- Pero, ¿no es lo mismo alma que espíritu?.
- Depende de quien sea. Aquí en América, muchas gentes distinguen bien el alma del espíritu. No es la misma cosa para ellos.
- ¡Ah, sí, sí...! – respondió muy bajo, y mostrando unas muecas y unos gestos que lo decían todo.
- ¡Sí, mire!. Todos tenemos el alma partida tras los terribles atentados terroristas, pero sólo las personas más allegadas, las más implicadas en los fallecidos y en los desaparecidos, tienen el espíritu inquieto, nervioso, palpitante, dolorido.
- ¿Dolorido?.
- Efectivamente Ud. ha perdido a su padre.
- ¡Desaparecido en uno de esos aviones!.
- Bien, desaparecido. Y siente Ud. una confusa pena, una actitud impotente y triste. Tiene el espíritu roto por el cuerpo. ¿Me sigue...?.
- ¡Bueno...! No sé... – dijo Terea musitando una incomprensible palabra más, gesticulando con sus brazos en una actitud que demostraba un poco de desconfianza, y tal vez de incompreensión...
- Para nosotros los que amamos la música espiritualista, los que seguimos el Evangelio de Jesús, sentimos además cómo la pena y la alegría de la Resurrección en Jesucristo caminan por las mismas veredas, por las mismas venas, por los mismos tuétanos de los huesos. ¿Me entiende ahora...?.

Terea ya no dijo nada más. Pensativa y reflexiva intentó seguir la predicación al Padre Phillip, una genuina explicación sacada tal vez de su experiencia espiritual.

Unas personas que entraban en ese momento hacia la sala de rehabilitación la empujaron hacia adentro y ese empuje la devolvió a la realidad tangible.

Allí en aquella magna sala, en una especie de alto estrado Antonio Veracruz López se dirigía al público desde un cristalino atril transparente intentado con su melódica voz, con sus gestos y con su vivísima palabra, ayudar a esas gentes a sobrellevar ese pesado lastre de la desaparición de un familiar tan cercano. Su ayudante, el doctor Larry Dylan, hacía las veces de acomodador, de consejero, de enfermero y de repartidor de folletos seudorreligiosos.

Por unos momentos el pensamiento de Terea voló a otra parte, se ausentó del lugar en que estaba. Recordó, por unos gratos instantes, cómo anteriormente a la situación de encontrarse ella con el padre Phillip, había salido emotivamente a despedir a Peter Felling, que se había ido afuera, a comprar en una tienda de una avenida cercana, unas cosas necesarias y útiles para ellas.

Peter Felling había ido como cambiado su rol, su papel diplomático, o su modo de estar o de comportarse con ellas.

Además de unos pañuelos de papel, unos chicles de fresa y caramelos de menta, así como unas pilas para el reloj digital de Mirella que le había encargado, él había decidido también comprarlas, y prometido regalarles, un adaptador de corriente para cargar los teléfonos móviles, así como el enchufe correspondiente que se acoplara al europeo, porque en los Estados Unidos usan la corriente de 120 voltios. También recordó que no las vendrían mal tener otros enchufes americanos en forma más plana que los usados en Europa que eran distintos, para los objetos personales que necesitasen corriente eléctrica.

Aquellos detalles estaban siendo analizado inconscientemente por Terea y con la mirada perdida, cuando sintió que alguien la llamaba asiduamente con varios gestos y moviendo la mano para los lados dentro de aquella sala repleta de gente amiga y necesitada. Sacó su mano y la saludó con cierta parsimonia. Y ante la insistencia de la otra parte movió su mano con más rapidez y se dirigió hacia allí.

Una parte de los asistentes al acto estaban sentados con recogimiento en el suelo debajo de unas alfombras al modo de una sesión de yoga, y otras gentes estaban sentadas alrededor, y sentadas en sillas con amplio respaldo y apoyamanos, formando entre todos un semicírculo en cuyo eje central estaba el estrado desde el que hablaba con paciencia y dulzura el doctor Veracruz.

- Amigos, míos, amigas mías. En mis años de experiencia en estas cosas, bien sé que son tan tristes y penosas, frías y asfixiantes como las que más, sólo, sólo, he logrado establecer una vía inmejorable para luchar contra el

hastío, la desidia nuestra y las grandes depresiones que nos empiezan a rodear, y si bien no hay fórmulas mágicas para el desconsuelo y la abulia, para paliar la melancolía y la desolación, sí tenemos que tratar de encontrar unas vías o caminos para que nuestra existencia aquí, y con ella la de nuestros hijos e hijas, y todos nuestro cercanos parientes, ofrezcan una esperanza y una salvación para que Dios o a quienes Uds. consideren les pueda ayudar a sobrellevar este amargo don que nos ha sido dado, y ya sé que inmerecidamente.

Hubo una leve pausa, casi como para respirar y tomar nuevos halos, un nuevo y positivo oxígeno. Una leve sensación de silencio inundó de fuerza y optimismo los huecos vacíos que quedaban flotando en el gran habitáculo a modo de salón de actos, y fue el tiempo prudencial para continuar:

- Aquí en este estrado y ante este atril iremos saliendo unos y otros. Primero, ya sé que la vergüenza, y la timidez y la depresión hará que nuestra lengua se atranque y no responda adecuadamente, que apenas se mueva. Pero ya verán Uds. como poco a poco, lenta pero inexorablemente como diría el poeta, ayudándonos entre unos y otros, nos desahoguemos, y desahoguemos nuestros malos gérmenes, nuestros quebrados pensamientos, nuestros nebulosos sentimientos, corpúsculos invisibles que nos atenazan y nos aprisionan, y nos torturan mente y espíritu como tentáculos de hambriento pulpo que inmovilizan nuestros costados, que comprimen nuestros actos cotidianos, que nos succionan nuestros seres enteros. Así pues, yo os animo, amigos y amigas, a que os arméis de fuerza y de valentía, ( sé lo difícil que es en estos momentos delicados para vosotros ), pero no hay otra medicina mejor, no hay otro fármaco más eficaz y potente, según yo creo, que hacer aflorar nuestras dificultades y problemas, y sacar a relucir nuestros porfiados sentimientos, nuestros sinsabores y penas, para que otros como nosotros, sin pudor por ninguna parte, los conozcan igualmente, los sientan como propios, nos entiendan como niños, y nos comprendan como si fueran nuestros maestros o nuestros sacerdotes.

Un breve tiempo para un silencio casi imperceptible se estableció en la sala. Todos estaban callados, tristes y enmudecidos. Terea Ruber se acomodó en el suelo, en una postura yogui, junto a Mirella Gandar, Betty Coleman y Margot Longflyan, que le hicieron con callada gentileza un pequeño hueco en el suave y encerado suelo de madera. Pero la perspicaz y tenaz disposición del doctor Veracruz hizo levantar los ánimos con estas palabras:

- A ver si, por ejemplo, tú misma. Te llamas... dices que...



- Rita Wolford – dijo la mujer con la mejor intención del mundo de dar a conocer su caso y desahogarse lo mejor que pudiese.
- ¡Rita Wolford! – refutó el doctor con cierta vanidosa expresión de satisfacción.
- Estoy aquí más como un deber u obligación que como una necesidad moral. Mi nombre es Rita. El destino se ha portado conmigo muy mal. He tenido mala suerte en esta vida. Un hijo de tres años murió víctima de un error médico. Se llamaba Robert. Luego mi hija Hana se cayó desde unas escaleras y se fracturó la médula, y la tengo en casa inválida y paralítica, y a sus dieciséis años en una silla de ruedas. Y ahora mi marido, mi esposo que trabajaba afanosamente y sin descanso en una empresa inmobiliaria, dejó su piel y su vida en la Torre Norte. Hay seres que nunca tendrían que haber nacido. Ese es mi caso. Y sin embargo, ante tanta desgracia y sufrimiento, ante tanto desdén sufrido, he repuesto mi vida por otra de ayuda al necesitado. He aprendido a vivir con el dolor, con la soledad, con el sufrimiento, a resistir malas tentaciones y banales ilusiones, a navegar sin salirme de la barca entre lagos de alcohol y odio, y a olvidar la terrible pesadilla de la droga, que como asqueroso y ruin gusano te carcome la nariz y los huesos como avispa maldita de un estercolero. He aprendido a llevar la pesada carga de la vida con resignación, fe y ganas de vivir cotidianamente a pesar de los pesares y de los sufrimientos que se dan cada día. Sé que a muchas de vosotras, a muchos de Uds. la misma existencia humana se abrirá a partir de ahora como una pesada, férrea y oxidada puerta que chirría metálicamente por todas partes con los goznes afilados por el odio y la venganza. Olvidarlo lo antes posible. ¡Es duro!. ¡Muy duro!. ¡Terriblemente duro!. El odio y la venganza no deja vivir, a pesar de lo digan por ahí, mata más deprisa y descaradamente que el deseo de justicia y la ecuanimidad. También he tenido problemas de todo tipo con algunos de mis otros hijos. Y aunque haya alguien que diga después: No es o no fue para tanto. ¡Miente!. Porque sólo el que padece una enfermedad, sufre una calamidad, o vive una catástrofe como esta última, sabe perfecta e íntimamente cómo es eso, y cómo se padece cotidianamente en casa conviviendo con recuerdos o actos no queridos ni deseados, y, luego, al final del día el estar sola, y no tener ya nunca al ser querido entre sus brazos, entre sus sábanas, contigo...

Las lágrimas y los sollozos acudieron a sus ojos, y por contagio, a las demás personas, que no pudieron detener las saladas lágrimas que acudían prestas a desbocarse como un

caballo trotón en medio de la pradera. Y secándose sus húmedas y coloradas mejillas con un pañuelo de papel, uno de esos tantos y tantos pañuelos mojados, continuó, suspirando un respingo de fortaleza y autoestima.

- ¡Es duro, muy duro!. ( Y calló por unos instantes ). Los y las que seáis religiosas la fe en una nueva vida os podrá salvar. Los y las que seáis agnósticas o no creyentes pensad que la vida vale más que unos dólares. Yo lo entendí tarde. A veces nadie espabila en cabeza ajena, pero... Hay niños y niñas que necesitan nuestro cuidado, nuestra ayuda y protección, hay seres solitarios que necesitan nuestros brazos, nuestro poco o mucho auxilio. No hagáis del whisky o de las drogas vuestro hábito de vida. Es una terrible tentación. Pero detener vuestro ímpetu, detened vuestra rota o nula voluntad. Es peor el remedio que la enfermedad. Acudir a sesiones y terapias como éstas, y aunque muchos se rían y se mofen, os sacarán de penumbras y pesares. Os devolverán más a la realidad y a la vida cotidiana. Haced buenas amistades, conservarlas, porque el consuelo mutuo borra la tragedia de unos espíritus en camino de disolución. ¡Bueno, yo nada más puedo deciros...!

Unos pocos y débiles aplausos tiñeron la sala de un olor fresco y suave. Nadie subía al estrado, el atril parecía una inmóvil columna romana. Entonces salió de nuevo el doctor que animó a los presentes a dejar la vergüenza y el pudor, y a confesar sus cuitas y problemas, así el alivio y el descanso mental y espiritual podría ser inconscientemente mejor.

Subió a la palestra una señora, con gafas negras para ocultar tantas ojeras y tanto lloro. Llevaba un libro entre sus manos que dejó apoyado en el atril, y sacando el pañuelo para secarse el sudor de la frente y debajo de sus marchitos ojos manifestó lo siguiente:

- Trabajo me ha costado venir aquí. Primero a estas dependencias, y segundo salir aquí ante el público para exponer mi caso y mis sufrimientos, que bien sé son sólo míos, y que me acompañarán por el resto de mi vida hasta que la muerte me lleve también con mi marido al final de mi existencia. Pero bueno, ahora voy a contar una experiencia que me hizo reflexionar sobre estos aspectos: Me llamo Peggy Norton Terriman. Tengo 44 años y trabajaba en unas dependencias municipales del Ayuntamiento de Nueva Jersey City. He perdido a mi esposo como muchas de Uds. al desplomarse la Torre Sur. No sé por qué él no pudo o no salió del edificio en llamas. Tal vez no pudo hacerlo por encontrarse en otro piso, o por afectarle la explosión tras el impacto. Mi esposo se llamaba Albert Madison Forrell. Era abogado de una banca financiera. Tengo tres hijos menores que ahora todos los días me preguntan dónde está su padre, y que yo machaconamente respondo

que de viaje, que de asuntos y negocios en otra ciudad. Pero esto sé que se me acabará pronto, y que tendré poco repertorio para disimular. Melody se esconde en un rincón de la casa y solloza cuando escucha una sirena de bombero o una ambulancia. Stephan corre a mi lado en cuanto su hermana se refugia en un rincón a llorar, y Tony, el mayor, de trece años, que se cree el más valiente y el más osado, apaga la tele o la radio cada vez que los periodistas o los reporteros sacan una y otra vez la amarga tragedia. Y yo me vuelvo loca cuando... (Comienza a llorar compungida y desconsoladamente, y no puede continuar. Se retira del estrado hacia una silla de los alrededores, acompañada de Larry Dylan que la consuela como puede y la abraza fraternalmente).

Entonces subió al centro del escenario, un hombre alto y fuerte, elegantemente vestido, y que había estado a pesar de no llevar ropa deportiva o parecida, en el suelo en posición recogida, y comenzó a decir en un tono metódico y conciliador:

- Mi nombre es William Sandersen Hawk. Soy operador de bolsa. Tengo 31 años, y he perdido a mi padre, Alan, dueño de una agencia de transporte, a mi hermano Michel que se encontraba con él en esos momentos, y a cinco empleados y amigos, cuyos nombres quiero decir y mencionar, y que son: John Spiker, Richard Brool, Thomas Valton, Patric Luois Macmillan y Hugh Fook – dijo con voz severa, grave y contundente. Desde aquí mando un recuerdo tierno y afectuoso a sus familias que lo estarán pasando muy mal. ¿Que para qué he subido a este estrado...?. No voy a cansarlos con esto o aquello. Cada uno o cada una tiene su carga y su fardo lleno de problemas y de dificultades, y no quiero acuciarles más con los míos. Mi esposa Mery Logan, y mi hija Elizabeth, me han pedido que ayude a los demás con obras y hechos, no con palabras y rollos. Aunque considero que estas últimas cosas también alivian en la soledad y en la necesidad. Estoy a disposición del Doctor para lo que resulte necesario. ¡Gracias!.

Terea aprovechó el momento en que se retiraba aquel buen hombre para fijarse en la puerta de entrada por si había llegado ya Peter Felling de la calle. Y no divisó nada. Pero inconscientemente tuvo una pinzada, como un fuerte pinchazo en su cabeza, que luego le estremeció el corazón, que le llamó la atención y que no le pasó desapercibida. Estaba pensando en la bondad, la gentileza, la disposición y la cordialidad de aquel hombre que había sido el agente comercial de su padre, y que hasta entonces no se había dado cuenta de algunos de esos detalles varoniles. Además Peter era un hombre guapo, interesante y elegante.

Estaba Terea en esos pensamientos cuando vio en el estrado una mujer con mucho aplomo y aguante, más bien de espíritu

joven aunque aparentase unos cuarenta y algo de años. Algo demacrada de rostro, y vestida con un sobrio traje de negro, trataba de llamar la atención sobre todos los asistentes, porque usaba una oratoria distinta y más convencional, como si se hubiera transformado en un orador, o en un político crítico que usa los micrófonos para mandar mensajes y eslogan electorales.

De su boca salían ya desde el primer momento verdades como puños o requiebros como templos que no dejaron dormidos a sus interlocutores. Las caras de los asistentes se habían quedado congeladas escuchando la febril oratoria de aquella peculiar dama.

- Amigos y amigas: Poco importa que me llame Alice. Que mi marido, Ted, fuera abogado y que resultara muerto al estrellarse su avión contra las torres, secuestrado por unos criminales terroristas. Hace varios días que me vengo desde Boston donde resido hasta esta ciudad a pedir no caridad ni consuelo, sino justicia y venganza. Mi tierno amor se ha transformado en enquistado odio, mi paz interior en nervioso desasosiego, mi anterior cordialidad en intransigencia. Lo siento. Lo siento mucho.

Veo desde hace un tiempo que unos y otros, políticos, ecologistas, ONGs, sindicalistas y trabajadores, conservadores o liberales, globalizadores y antiglobalizadores, capitalistas y residuos del comunismo, intentan arreglar lo mal que va el mundo con sus circuitos de rotación y traslación alrededor del dinero. Pero chocan con ese duro muro que es el mundo, pesada esfera de piedra y tierra, que es como un balón amargo de fútbol al que todos dan patadas y al que nadie pide perdón ni por asomo.

Pido justicia y ecuanimidad. Pido orden y firmeza. Pido contundencia, resolución y claridad. ¿Qué es lo que ha pasado en realidad?. ¿Por qué se nos ocultan ciertas cosas y misterios?. ¿Sabían nuestros gobernantes que esto iba a ocurrir?. ¿Qué hicieron nuestros servicios secretos?. ¿Por qué no se ha actuado con dureza contra el enemigo, aunque sea un invisible enemigo...?. Ahora ya sé que no hay respuesta a ello. Quizás no la hubo nunca. O nunca se nos quiso dar. Y vivimos engañados en un palacio de cristal. En una jaula de marfil.

También se cacarea mucho desde la prensa o desde algunos despachos oficiales de nuestras indemnizaciones. ¿Pero dónde están esos dineros?. Un hombre hubiera dicho: Aún no nos han dado un dichoso duro. Ni una puta perra. Las comisiones que se han hecho o se están reuniendo hacen muertos de primera, fallecidos de segunda o de tercera clase, como si la vida tuviese en sus venas más litros de sangre en unos que en otros. No nos dejemos engañar. Unos y otros tiene culpa. Nosotros somos las víctimas y ellos los verdugos, de una forma o de otra. Sólo debemos pedir justicia y cumplimiento de las penas. Pero JUSTICIA con arreglo a la Ley, con Letras Mayúsculas.

¿Por qué tanto despilfarro de millones y millones de dólares para armamentos o para armas nucleares, para inservibles y nefastas empresas o negocios inútiles en dificultad, o para fondos

económicos para Países de aquí o de allá que luego lo despilfarrarán, o se lo llevará la corrupción de funcionarios o gentes sin escrúpulos?. Y ahora nos quieren despachar a nosotras, a nosotros, con unas miserias de apechugados dólares de aquí o de allí.

¿Dónde está la solidaridad americana para con los mismos americanos?. JUSTICIA con mayúsculas debemos pedir ya. Yo misma he rechazado una indemnización de sólo varios cientos de dólares de una Compañía Aérea porque creo que es una risa y una ofensa a la dignidad humana. Nos despachan con unas miserias de dólares, y de nuestras arcas públicas y estatales se dilapidan millones en mortíferos armamentos, en estériles empresas, en subvenciones a fábricas o compañías comerciales incapaces y casi imposibles de levantar cabeza, y a nosotras se nos despacha con unos cuantos dólares como si fuera el oro del mundo. Uníos a mí, y rechazar esa increíble y mal llamada pingüe oferta que nos realizan. No es nada, es una miaja en comparación con las pompas, la parafernalia y los fastos gastados ya en otras cosas, en otras conmemoraciones inútiles...

Y decidme también, qué hacemos, qué podemos hacer, pues, qué solución hay sobre esto, cuando nuestros hijos no pueden oír hablar de la “zona cero” sin llorar, ni acercarse siquiera a varios metros de ese maldito lugar sin sentir gélidos escalofríos, ni escuchar sirenas de bomberos sin quedarse atónitos e inmóviles. Qué podemos hacer cuando ellos y ellas tienen que apartar su mirada de la tele cuando resurgen esas bestiales imágenes, esas espeluznantes escenas, esas horrendas secuencias que nos ofrecen un día y otro día la muerte de nuestros seres queridos. Huir despavoridos cuando un viento frío y seco les trae para respirar polvo gris y asbestos, o papeles rotos y descuartizados, de ese feo y enorme muñón gris, que ahora existe allá abajo, porque sus labios se llenan de palabras amargas, sus ojos rezuman agua salada, sus manos se ponen rígidas y tiesas, y diversos temblores les sacuden los huesos y los pies...

Rechazad esas fórmulas de reparto. Hay una fórmula mejor y más humana. Más proporcional y ecuánime. Formemos una Comisión de Familiares Damnificados. Una Comisión para que no puedan reírse más de nosotros y nosotras. ¿De qué sirve que haya una oficina o departamento que atienda a los muertos y desaparecidos de cada una de las Torres?. Si aquí en la sala hay también algunas gentes, personas o familiares de los accidentados, muertos más bien diría yo, en algunos de los aviones siniestrados, hablemos también. Que no se rían de unos y de otros. Unámonos para defender los pocos derechos que nos quedan. Que no nos exploten nuestro oprobio, nuestro impotencia, nuestra desinformación. Y nada más. Recemos y oremos por nuestros muertos.

La larga exposición de aquella mujer no dejó a nadie frío o desmoralizado. Se veía que aquella mujer tenía temple, voluntad,

genio, temperamento. Que era una luchadora nata. Y eso era de agradecer en una situación tan dramática. Nadie aplaudió cuando terminó su ardua exposición de unos hechos tan dramáticos, pero todos supieron que allí había más piel humana que la que informaban en periódicos y revistas.

Terea y Mirella, abiertas e inconscientemente, y como estaban en la misma situación que ella, se levantaron y se dirigieron hacia su persona para saludarla y ponerse a su lado. Ambas tenían algún ser querido, fallecido en aquel avión de la United Airlines que partió de Boston con destino a Los Ángeles y chocó con la Torre Sur del World Trade Center.

El arrojo y el coraje de aquella dama americana, Alice Torwall Whiler, no ofrecía lugar a dudas. Y casi todos se sintieron mejor después de su discurso porque necesitaban una mujer con agallas y temple, un revulsivo eficaz que las sacase de aquella abulia, impasibilidad e impotencia en que muchas se encontraban.

Apenas se habían acabado de levantarse de la reunión de terapia, y estaban dialogando y tomando contacto entre un pequeño grupo de mujeres que estaban en sus mismas circunstancias, cuando una especie de azafata, una responsable del Fondo de Ayuda que aprobó el Congreso de los Estados Unidos, se acercó sigilosamente a ellas y las invitó a dirigirse a una sala especial donde les esperaba un tal Cameron Power para hablar sobre determinados asuntos relacionados con sus demandas oficiales.

En el trayecto la secretaria o azafata les comunicó que se estaba haciendo un nuevo programa de ayuda total, tanto económica como social, para las más de tres mil familias damnificadas en la catástrofe.

La azafata responsable de esa sección era Claudine Jean Mills Aberdeen, una joven muchacha de unos veintitantos años, pelirroja y de grandes y expresivos ojos violáceos, cabello largo y sedoso, mucho maquillaje en su fino rostro, y una actitud muy estudiada y aparentemente serena. Pero algunas muecas y gesticulaciones en ella mostraban una actitud algo especial y distinta, que no se sabían si en realidad eran para bien o para mal.

Cuando nos presentaron al susodicho Cameron Power, un tipo árido, frío, calvo y calculador, distante y grandullón, con unas amplias gafas de intelectual que no le ocultaban su carisma de funcionario adusto, seco, afectado, fingido. En sus livianas palabras y en el movimiento de sus gafas de lentes graduadas se adivinaba que estaba allí por interés y dinero, o porque sus superiores así se lo había obligado, porque voluntad de su parte por complacer, voluntad por ayudar al prójimo allí congregado, no se veía por ninguna parte en su actuación, y dejaba mucho que desear su nula cordialidad.

Había o tenían que elegir bien a las personas idóneas para esos puestos esenciales, y el tal Cameron no era la persona ideal ni la adecuada para ayudar en unos trámites e informes oficiales que

no sólo eran servicios administrativos o económicos, sino también comprensivos, solidarios y amistosos.

Y sus preguntas directamente incorrectas, estúpidas o impertinentes, sobre algunas cosas de los accidentes en cuestión, eran lamentables y ofensivas, como por ejemplo si el desaparecido en cuestión llevaba chaqueta o jersey, y en qué color, el día del autos, o si poseía llaveros punzantes o relojes con cadenas el día del atentado, si había besado a sus hijos o esposa cuando se ausentó de viaje, si estaban separados o divorciados, o cuál era el número de teléfono móvil en el momento en que su avión chocó contra alguna Torre.

O como preguntar con cierto desaire y arrogancia, si se llevaban bien en el seno del hogar familiar, si los hijos discutían con sus padres, o si bebían o fumaban con asiduidad, todo ello caracterizado por una rara y extraña actuación, más como de abogado puntilloso y ojerizo que como de un cortés ayudante de una causa justa y comprensiva.

Como si fuese aquel sujeto, el tal Cameron Power, en su servicio de diligencias administrativas, se sintiese un arduo y duro fiscal que acusa a una víctima indefensa, más para arrancar una declaración formal de voluntades o intenciones de no sé qué calibre, que la de rellenar un normal formulario de preguntas y respuestas para conseguir una subvención o ayuda estatal por la muerte de un familiar querido, pareciendo así su triste figura a la de un obcecado fiscal que hace de un simple cuestionario rutinario, un duro, incongruente y poco cortés interrogatorio.

## CUARTA PARTE

### “ LA METAMORFOSIS DE NUEVA YORK ”



## CUARTA PARTE

## “ LA METAMORFOSIS DE NUEVA YORK ”

## CAPÍTULO CUARENTA Y TRES

Hacia tres días que Mirella Gandar Gutiérrez se había vuelto a España, dejándome a mí al cuidado de todos los papeles para repatriar el cadáver o lo que se encontrara ( si algo se hallaba bajo los escombros cenicientos y parduscos como el metal viejo y oxidado) de mi pobre padre Mario Ruber Vidal. Los mismos días hacía que se acababa de morir a sus noventa y tantos años de edad uno de los magos y de los mitos de Hollywood, el célebre Billy Wilder.

A sus noventa y cinco años ese director y guionista de cine, autor de películas prestigiosas y de varias obras de arte como “El Apartamento”, “Con Faldas y a lo loco”, “La vida privada de Sherlock Holmes” o “El Crepúsculo de los dioses”. O los dramas de “Días sin huella” o “Perdición”. Autor de casi o todos sus guiones cinematográficos. Todo un record, ahora y siempre. Todo un genio que aunó y mezcló los supremos dones cinematográficos en la gran pantalla como podían ser la “cálida e inteligente palabra dialogada de Mankiewicz”, con “la difícil elipsis o sugerencia de Lubitsch”, o con “las irónicas risas o momentos de gracia de Chaplin o de Keaton”, o tal vez “los profundos sentimientos de Ford o Hawks” con “el dramatismo y suspense de Hitchcock”, eso y más fue Wilder, un descubridor de talentos o de imágenes que pasarán a la historia del cine como pasaron magníficos cuadros pictóricos de Goya, Picasso o Velázquez.

Porque Billy Wilder fue el director de testimonios imperecederos, el director de cuadros que describen o pintan las miserias, complejidades, sutilezas o grandezas de la naturaleza humana.

En aquel panorama y momento nos encontrábamos cuando tuve que aceptar por unos días el apartamento de Peter Felling para pasar unas noches hasta que, con la ayuda ahora también casi inseparable de Claudine Jean Mills, me ayudaron a paliar la apabullante grandeza de esa ciudad por excelencia de los

rascacielos, y la medrosa congoja de buscar a mi padre desaparecido.

Ese día, un lunes de comienzo de mes, Claudine Jean, que no sé por qué últimamente no se despegaba de mí ni a sol ni a sombra, me presentó a su novio en aquellas dependencias municipales, tal vez para hacer callar mi inconsciente morbosos que me hacía imaginar la homosexualidad o el lesbianismo como un cromó de una colección de imágenes sensuales, o alguna otra razón oculta que yo no descifraba a ver.

Su nombre era Carl Griffith Snosky Olwen, un hombre de unos treinta años, tirando más bien a fuerte complexión, alto, pelo muy castaño y de ojos azules, con una cicatriz en forma de triángulo en la frente y varios arañazos y cortes en sus brazos y manos, fruto reciente de la huida precipitada desde el piso quinto en que trabajaba en la Torre Sur, en unas tiendas de cerámicas artísticas, objetos antiguos de lujo y cuadros pictóricos. Ahora - según comentó Claudine - estaba como de asesor y ayudante para atender demandas de familiares de la mencionada Torre.

Los días en Nueva York transcurría entre el asfalto y las dependencias con lenta parsimonia, y la meridiana claridad de los días se unía con los oscuros resplandores de unas almas doloridas y aquejadas de pena y de nostalgias familiares.

Mi actitud hacia Peter había cambiando sin yo querer reconocerlo. Me gustaba y me atraía sin saberlo reprimir a veces.

Era cierto que yo tenía novio en España, pero mi relación con Jesús López Sant no era una relación muy, muy ejemplar, digamos. Era un contacto, una relación no muy apasionada, aunque a veces nos besábamos como todos los novios lo hacen, pero, eso sí, éramos unos buenos y excelentes amigos.

Y fue también ese día, cuando estaba almorzando en un restaurante cercano a las dependencias de afectados por la catástrofe con la pareja de Claudine y Carl, porque Peter se había ido a su oficina en el Upper West Side a tramitar y a trabajar en varios expedientes y con determinados clientes, cuando recibí una llamada desde el otro lado del Océano Atlántico.

Sonó el móvil con su característico sonido de grillo travieso y ronco, y contesté sin ningún tipo de ambages ni pudor:

- ¡Sí!, ¿dígame?.
- ¿Eres Terea?.
- ¡Sí, soy yo!.
- ¡Hola!, ¿qué tal estás?. Soy Jesús.
- ¡Ah, eres tú, Jesús!. ¡Bien!. Aquí estamos bien.
- Ya nos ha contado Mirella cómo están las cosas por ahí. ¿Estás cansada o agotada?.
- Bueno, un poco. La verdad es que todo aquí es muy grande en todos los aspectos.
- He pensado como te dije irme para allí a ayudarte. He pedido quince días de vacaciones y puedo estar ahí contigo para acompañarte. ¿Qué te parece?.

- Bueno, pues me tomas un poco descolocada, no sé, no sé qué decirte, no hace falta que vengas, me arreglo bien. Ahora, por ejemplo, estoy comiendo con Claudine y Carl que nos ayudan aquí en la Comisión del Fondo 11 de Septiembre.

- Pero ya tengo reservado el billete.

- ¿Ya tienes el billete...?. Creo que iba a venir también Nuria, la pequeña de Santy del Álamo, ¿sabes quién te digo, verdad?.

- ¡Sí, sí!. Hemos reservado ambos los billetes para el próximo viernes. No te importa, ¿verdad?.

- Bueno, si ya lo habéis decidido, pues... venid. Llamadme antes del vuelo con la hora exacta de llegada del avión para poder ir a esperaros al aeropuerto, ¿entendido?.

- Sí, sí, te llamaremos. ¿Quieres que te llevemos algo?. ¿Algo especial o algo que necesites, que no haya ahí y quieres que te llevemos?.

- ¡No, no, no me hace falta nada!. Aquí en Nueva York hay de todo. Ya sabéis.

- Tu madre me manda decirte que te cuides mucho. Está preocupada por tu salud.

- Dile que estoy bien. Y que no me falta de nada. Y que no necesito nada de momento. Estoy buscando y mirando con estos amigos un pequeño apartamento de alquiler. Cuando lo tenga ya alquilado os envío un e-mail por Internet para deciros la dirección exacta.

- Gracias, Terea. Besos. Cuidate mucho. Besos querida.

- Descuida que ya lo haré. No os preocupéis. ¡Adiós!.

- ¡Adiós!.

Luego cerró el teléfono. Lo guardó con sumo cuidado y detalle en su bolso negro de tipo mochila, y tomó su tenedor para seguir comiendo. Pero antes les había dicho para salir de la ocasión.

- Era Jesús López, un amigo desde España. Dicen que van a venir a verme, él con una amiga nuestra.

- ¡Encantados los recibiremos aquí! – dijo con cierta devoción altruista Claudine mientras miraba tímida y fugazmente para Carl que acababa de beber un pequeño sorbo de cerveza roja.

- ¡Gracias amigos por vuestra desinteresada ayuda!.

- Para eso estamos.

Y recordó para sus adentros, también fugazmente, mientras acababa de almorzar, como esos días los había pasado provisionalmente en el apartamento de Peter, conviviendo de una manera muy natural y normal con él, y cómo se había sentido de feliz y contenta con su grata compañía.

Y sin hacer el amor, ella se había sentido enormemente atraída hacia su persona. Pero, ¿cómo y qué pensaba Peter Felling de todo aquello?.

## CAPÍTULO CUARENTA Y CUATRO

Las locas turbulencias de aquel avión se dejaron sentir durante varios minutos volando el alto cielo y bajo las aguas del Océano Atlántico, en el vuelo desde Barcelona a Nueva York.

Allá arriba estaban los cielos algodonosos, puramente algodonosos, como una indeleble y gran espuma celestial, a veces de nubes espesas y blanquecinas como nieve pura y virgen, y otras veces llenas y cortadas de sutiles rayos amarillos, o de colores anaranjados como por un tierno sol de atardecer.

Jesús López Sant, un valenciano de treinta y cuatro años, un hombre tímido, aburrido, serio, algo pelma y callado, miedoso donde los hubiera, vistiendo un chaleco granate abotonado hasta la mitad y envuelto en una camisa beige con una rara corbata grisácea, llevaba un libro en sus manos que hacía que leía mientras miraba de reojo a su compañera de asiento, tratando de comenzar una pequeña conversación para romper aquella larga monotonía y aquella asfixiante relación de amigos que apenas se conocían.

- Bueno, parece que las turbulencias ya han terminado.

Miró a la joven Nuria del Álamo Smithson, la hija pequeña del famoso locutor de radio, y percibió que sus palabras, algo bajas y difusas, no debían de haber llegado bien al oído de la mujer, o tal vez no había querido ella apercebirse de sus palabras.

Volvió a entreabrir el libro que portaba a modo de relicario religioso, y observando por breves segundos su título: "El Gatopardo" de Tomasi di Lampedusa, cerró con sigilo el texto y apareció la portada ilustrada con cierto esmero italiano.

Pensó que aquella damisela que tenía al lado le gustaba que le hablaran con el libro cerrado, porque así ella sería la protagonista principal de su lectura.

- Nuria, ¡es arriesgado volar en estos tiempos!, ¿verdad?.

La mujer que a su vez leía una revista del corazón, así le había parecido a él, pasó página, y se detuvo por unos instantes. Entrecerró ligeramente la revista y musitó casi mentalmente:

- ¡Es verdad!.

Nuria era una joven guapa, estirada, de aspecto rebelde y atrevido, inteligente e intrépida. Una mujer moderna y versátil.

- No tienes miedo a volar, ¿verdad? – le dijo de pronto su interlocutor varonil.

- Hago lo que puedo. Pero no soy miedica si te refieres a eso.

- Es que en estos tiempos que corremos, “nadie quiere volar”, y menos ir a Nueva York.

- Lo que sea de pasar pasará, y lo que no sea de pasar, nunca llegará a pasar.

- ¡Eres valiente, chica!. En cambio a mí, me da miedo volar.

- ¿Entonces por qué lo has hecho?.

- Tragándome saliva... Cerrándome los ojos..., y si no, ¿cómo hubiera yo hecho el viaje a Nueva York?.

- ¡En barco!.

- ¡Tú estás chiflada!. ¡Anda!.

Nuria se mostraba altiva, segura y atractiva. Había embarcado pisando fuerte y seguro, y portando unos pantalones vaqueros en tonos azules pálidos y como desgastados y manchados en la culera, con un juego de adornos y alfileres africanos al final de la pata de elefante, y una chaqueta de piel de color azul grosella que le armaba estupendamente. Entre sus apretadas manos había arrastrado en el aeropuerto una maleta marrón con ruedas finas que iría con los equipajes de los demás pasajeros, y un maletín negro que iba con ella. En su cara, y a los veintiséis años, se le notaba intrépida, voluntariosa y altiva como buena periodista que creía estar formándose y creciendo. Sus ojos vivaces y pensativos estaban pintados en las pestañas con rímel en tonos cálidos y rosados, sus labios de un fresco y suave carmín, llevaba un lazo rojizo para recoger su dorada melena como el platino, unos pendientes con grandes aros metálicos a modo de símbolos de la suerte.

- Te lo digo en serio. Si no te gusta volar, toma un barco de pasajeros.

- Prefiero casi volar aunque nos estrellemos o nos pongan una bomba.

- ¡Bueno, no te pongas así, no seas tan extremista ni tan pesimista!. ¡Verás como no pasa nada!. Ahora los controles son muy rígidos y rigurosos. Y cambiando de tema, ¿qué tal llevas lo de “Los Euros” – dijo la joven que ahora había entrado ya bien en la conversación con su acompañante de viaje.

- ¡Bien, estupendamente!. ¿Sabes lo de ése que...?. Bueno es una anécdota de euros...

- ¡Cuéntala!.

- Bueno, es una bobada. Pasó nada más comenzar el cambio de pesetas a euros. Entre la noche del 31 de diciembre y el 1 de enero. Fue un tío, un paisano a una gasolinera, y como siempre echaba 6.000 pesetas para repostar y llenar su depósito de gasolina en su automóvil, pues le marcó 6.000 en la cabina. Pero como aquella estación había acabado de cambiar unos minutos

antes a euros, lo que sucedió es que le dieron 6.000 euros en gasolina. ¿Sabes lo que era en realidad?.

- Pues... ¿No lo sé...?.

- ¡Un millón de pesetas en gasolina!. Estará dando la vuelta a España todavía... No te rías que fue verdad. Lo contaron en la radio.

- Bueno, pero no creo que le dieran toda la gasolina, el depósito sólo hace hasta...

- Es verdad. Desharían el entuerto luego, pero fue verdad y muy comentado.

- Peor es la crisis que tienen en Argentina.

- Argentina, es un caso aparte. Quieren estar con dos monedas y no están con ninguna. Los dólares son para Estados Unidos. Y los Pesos deberían ser para Argentina. No lo entienden, y lo malo es que no sé si lo entenderán algún día. Viven por encima de sus posibilidades económicas, y aunque es un país rico y con muchas materias primas y energías... En cambio...

- Es su clase política la que les están llevando a esta catastrófica situación – aclaró con cierta resolución Nuria que había vuelto a abrir su revista con cosas del famoseo. ¡Y el Príncipe Felipe se ha quedado a dos velas sin la modelo noruega Eva Sannum!.

- También política. Aunque entre ellos había química... Y tan guapa como ella no sé si la encontrará...

- ¡A mí si me gustaba!.

- ¡Y a mí!.

Y así siguieron hablando durante más de una hora.

Apenas se habían dado cuenta pero congeniaban bien. De pronto hubo un chispazo invisible entre ellos que los atrajo sin querer. Nuria sabía que Jesús era el novio de Terea, pero le gustó la dulce mirada del joven, y no era tan callado y tímido como decían. A Jesús le encantó la imagen y el “look” de ella, y su resuelto desparpajo para tratar algunos temas.

Y fue cuando una azafata con su correcto uniforme azulado de vuelo, una simpática muchachita de unos veinte años, se les acercó con modestia y prudencia para preguntarlos, tomándolos por pareja de recién casados, si querían antes de la cena tomar unas copas de cava reservadas para los recién casados.

- ¡Oh, no gracias!.

- ¡Muchas Gracias!.

- No es ninguna molestia servirnos unas copas de champán – aclaró la azafata sonriendo.

- De ninguna manera, no somos especiales.

- Gracias. Lo sentimos pero no...

Cuando se alejó la servicial azafata hacia la cabina de mando con su sedoso cabello moreno y su andar ligero y sencillo, brillaron en los ojos de los dos pasajeros, de Nuria y de Jesús, un nuevo fuego, una nueva imagen, inesperada e incontrolada para ellos.

Sus ojos reflejaban mutuamente, impaciencia y disimulo, desconcierto y voluptuosidad.

La atracción entre dos personas siempre es una traición. O para el amante o para uno mismo. O para ambos a la vez.

## CAPÍTULO CUARENTA Y CINCO

El apartamento alquilado por Terea, con la admirable ayuda de Claudine, estaba situado en la segunda planta de una calle al norte de Queens Boulevard, en el mismo distrito del Queens, cerca de Long Island City. El alquiler no era relativamente muy alto ni caro, para lo que se estilaba en N.Y., porque pertenecía a una comunidad religiosa, pero sus dólares eran bastantes a pesar de todo, y si no fuera que el alquiler se producía para sólo tres meses de estancia, la cosa también se las traería.

No obstante, aquel apartamento tenía dos habitaciones casi iguales, de unos quince metros cuadrados cada una, un cuarto de baño con bañera, cocina de unos ocho metros cuadrados y el salón de unos veinticinco metros. En total: cincuenta y nueve metros cuadrados útiles. Todo un lujo para la Ciudad de los Rascacielos. Aunque el lugar no era muy céntrico, tampoco estaba muy alejado de los núcleos principales de comunicación y vida.

Habíamos ido aquel sábado, a esperar a Jesús y a Nuria al aeropuerto internacional de J.F. Kennedy, en un extremo de Brooklyn, y cercano a la Bahía de Jamaica.

Me acompañaba Claudine Joan, quien se había disculpado de la ausencia de Carl, que también había quedado de acompañarnos por motivos profesionales, pues al parecer estaba intentando montar una pequeña empresa de objetos de electrónica.

En un taxi nos dirigimos a mi apartamento, el cual apenas hacía tres días que lo había alquilado.

- Pasad, es un poco pequeño, no son como en España, pero menos da una piedra, como dicen por allí.

Y nada más acabar de penetrar en el piso neoyorquino, Terea les enseñó ese pequeño hogar como un diminuto palacio para ellos, donde diversos cuadros de abstracción y nuevo surrealismo colgaban por las paredes un poco al modo de pequeño museo.

- Éste será tu dormitorio, Nuria, - le dijo mientras se apresuraba a cerrar bien un armario empotrado de madera color caoba.

- ¡Ah, no está tan mal! - puntualizó generosamente y con cierta sonrisa en los labios la joven de la familia del Álamo.

- ¡Y ésta será tu habitación, Jesús! - dijo de nuevo Terea enseñando el otro cuarto, que quedaba casi al lado.

En los ojos de Nuria hubo una expresión de extrañeza, de cierto desconcierto, casi de incredulidad. Y no pudo por menos que decir ingenuamente:

- ¡Yo creía que tú... y Jesús...!

- Yo me arreglo bien en el salón. ¡Hay un estupendo sofá cama, verdad, Claudine!

- ¡Sí, sí, es cierto!

- Además algunas noches las pasó afuera. No os preocupéis.

Aquellas palabras dejaron cortada y pensativa a Nuria, y un poco desconcertado y fuera de lugar a Jesús. No obstante, pensaron que sería cosa del trabajo, o de la situación que estaba viviendo para encontrar a su padre.

- ¡Bueno, dejad las maletas, y asearos un poco, que nos vamos abajo a comer a un restaurante!

Los nuevos inquilinos casi estaban más estupefactos que asombrados por toda la novedad que aquello representaba para ellos. (Jesús era la primera vez que llegaba a Nueva York, y Nuria, aunque era la tercera, no por eso dejaba de pensar en una especial extrañeza).

Aquel apartamento era lo ideal para vivir en Nueva York, no sólo de una manera provisional sino definitiva. Desde su puerta principal se accedía directamente al salón de estar, muy amueblado y con gusto barroco. Encima de los taquillones, o aparadores, vasijas y jarrones, y relojes antiguos adornaban con sumo gusto la estancia. En la mesa central, de grueso cristal de roca en la parte superior y con patas de madera labrada como del tipo castellano, poseía un candelabro esquelético y moderno, y unas figuras humanas de cerámica en estilo africano. Los dos sillones y la butaca central eran de piel tiesa en tonos sepias, y no por rígidas menos cómodas, y ciertamente anatómicas.

A la derecha de la puerta de entrada, estaban los dos dormitorios, separados por el espléndido aunque no muy lujoso cuarto de baño. Un servicio que denotaba que sus anteriores inquilinos o propietarios lo habían mimado con esmero. En frente de la bañera, blanca y como de sal marina, un gran espejo, limpio y muy cristalino ampliaba ópticamente el cuarto como un espejismo de desierto. El lavabo y el coqueto armario, con doble espejo esmerilado, que semejaban como dos objetos astrales iluminados de noche, era lo adecuado para ese lugar, y era preciso estar un rato allí, para lavarse, limpiarse los dientes o maquillarse con cierto esmero, para darse cuenta de su acertada ilusión óptica.



La cocina era la estancia de la casa que más usada parecía estar. Sin duda los antiguos inquilinos cocinaban muy a menudo en ella. Pequeña pero muy aprovechada con su nevera nada más entrar, su encimera con su sencilla cocina eléctrica, su microondas, su lavadora y su grifería y su cubo de la basura. Una pequeña mesa de madera blanca, hacía las veces de frutero, o para comer un aperitivo con cierta estrechez. Y encima, como empotradas en la pared, los armarios para platos, vasos y demás útiles de cocina.

En este panorama, un apartamento solitario para un bohemio, o para una pareja recién casada, nadie se podía quejar, porque la vida neoyorquina en más de un setenta y cinco por cien se desarrollaba fuera del hogar.

Y eso era lo que iban a hacer ahora mismo, dirigirse a un MacDonald o Pizzería, o a un restaurante próximo, para almorzar y comer tranquilamente. Luego se ducharían y descansarían y todo lo demás. Al día siguiente, domingo, irían, según lo convenido, al Central Park, donde tendría lugar un acto mitad religioso mitad civil, para orar y rezar por las víctimas de los atentados terroristas.

Cuando se sentaron a la mesa en aquel sencillo restaurante, respiraron, estaban todos asombrados, menos Claudine, de la cantidad de comidas rápidas, las “fast foods” que se preparaban por doquier.

Y les llamaron la atención las personas adultas, y niños y niñas gorditos y gorditas, una clase social americana muy en boga, con sus bocadillos de hamburguesas, sus bolsas de patatas fritas o de cereales tostados, que hacía una sociedad muy obesa, altamente calórica, y que manejaban con suma facilidad y velocidad conceptos como congelación, enlatamiento, precocinados, deshidratados o liofilizados.

Toda una generación de gente muy calórica, pero también sin duda superiormente enfermiza, con colesterol y toxinas a la postre.

Y Terea, Nuria o Jesús, y en fondo Claudine, pensaban en la comida mediterránea, llena de aceite de oliva, de vinos y de frescas frutas, verduras, o cereales, y succulentos pescados, tan opuesta a la americana. ¡Es que había que consultar a médicos y a estadísticas para darse cuenta que el comer bien y despacio, alimentos naturales, sanos y no muy industrializados, hace que la salud y la felicidad estén en proporción directa, y para bien!.

“Comer despacio, tranquilos y de todo un poco” era uno de los correctos eslóganes dietéticos que estábamos perdiendo los humanos.

Por eso en aquel restaurante neoyorquino pidieron comida que se aproximara más a la dieta mediterránea. Y aunque fue difícil conseguirlo, si se quiere buscar algo siempre se encuentra lo mejor de ese instante.

## CAPÍTULO CUARENTA Y SEIS

Desde el “Chrysler Building”, uno de los edificios señeros y más emblemáticos para los neoyorquinos, por la configuración de su cima en superpuestos arcos de acero, donde los ventanales triangulares muestran el estilo del arte Déco, se obtiene una panorámica espléndida de la ciudad, que muestra la fascinación romántica y sentimental del lugar donde se han hecho multitud de secuencias cinematográficas, y desde donde se observa el Center Park como una arqueada visión cargada de futuro y de nostalgia.

Allí en el Central Park iba a tener lugar la celebración multitudinaria de homenaje y oración por las víctimas de las Torres gemelas. Casi junto a la zona del “Great Lawn”, y muy cerca del “Metropolitan Museum”, la ceremonia se desarrollaría en colaboración con autoridades civiles, tanto locales como estatales, y de varias religiones y creencias.

Entre la inmensa e ingente multitud, como ocurre en Nueva York con ciertos actos especiales, iba a tener un inédito, fortuito y sorprendente encuentro, que pasaría desapercibido para los propios protagonistas. Medio camuflados entre la multitud de personas, niños, y gentes diversas, Mario Ruber Vidal acompañado por su amante y compañera, Miriam Starpe Suan, asistieron también a la ceremonia de recuerdo y oración, y pasaron junto a su hija Terea, y un poco más lejos a la de Nuria, Claudine y Jesús, y no se percataron ni se vieron, porque quizás el propio Mario, que utilizó sombrero de copa y gafas negras, despistó entre el tumulto de gentes a las posibles personas que podrían reconocerlo en ese momento.

Sería el primer encuentro de otros dos posteriores en los cuales casi llegan a verse, y por motivos desconcertantes o insólitos, accidentales o insospechados, no llegaron a verse ni a encontrarse.

Quizás fuera la concentración de miles y miles de personas las que dificultaron el encuentro. Quizás fuera el destino y lo inapropiado del lugar, quizás fuera la mentalización al pensar que no podría verlo más, como un Ulises y un Telémaco, lo que el destino quiso que no se encontrarán. Pero lo cierto es que todo transcurrió de esa manera.

En el grupo de gentes en que estaban Terea, Claudine y sus amigos, figuraban muchos de los matrimonios que tenían algún ser fallecido o desaparecido en la magna catástrofe. Así Nuria y Jesús tuvieron ocasión de saludar, conocer y entrevistar a muchas de las personas que habían desfilado días atrás por las dependencias municipales, como fueron Margot o Betty que perdieron a sus maridos, unos singulares y abnegados bomberos, o William Samdersen que perdió a su padre, a su hermano y a varios amigos en el negocio de su padre, o a Alice Torwall, una luchadora mujer que intentaba reivindicar los derechos de las víctimas.

También conocieron al desinteresado padre Phillip Angieloni, que con su campaña de dignificación y ayuda a los necesitados, huérfanos o viudas, estaba haciendo una fenomenal labor no reconocida.

Y también pudieron conocer a otros nuevos amigos como fueron: Aghata Neils que perdió a su hijo Patrick, en la Torre Sur, porque quedó situado en un piso por encima del impacto y no pudo descender por el fuego y las explosiones, y aunque habló con él por teléfono, todo resultó inútil, dramático y salvaje. Y la pena de esa madre, la congoja y la desesperación de una mujer que había vivido con, por y para su hijo, desde que murió su marido en un accidente laboral, siendo todo ello una situación terrible, y muy difícil de imaginar.

También hablaron con varios supervivientes que vivieron aquellas dramáticas horas. Les contaron sus vicisitudes, sus dramáticas angustias por bajar de esos inmuebles en llamas, de su odisea a través de pisos y plantas, de cómo les caían desde encima muchos guijarros, rocas, cristales, trozos de materiales desencajados, polvo, papeles y asbestos, y humos asfixiante, que les oprimía los pulmones y no les dejaba respirar, una cruel humareda que les impedía ver y avanzar, y todo una larga odisea, y que para ellos, para estas personas, fue una feliz huida, cosa que no pudieron hacer ni contarle otras muchas.

Lo que era muy extraño era la ausencia de Carl Griffith Snosky Olwen, y es que ahora se rumoreaba, y a Claudine se le notaba muy disgustada con él, sobre ciertas versiones que hablaban de que el susodicho individuo, ahora tenía más dinero, y dólares, que antes no poseía. Y algunas lenguas, quizás mal pensadas, opinaban, claro todo sin pruebas ni comprobaciones fehacientes, que esos arañazos, heridas y cicatrices fueron debidas, por quedarse más tiempo de lo debido en el edificio siniestrado, dicen que desmantelando algunas cajas de las tiendas o saqueando un dinero u objetos que no le pertenecían, cuando

todo se iba a ir a pique. Ahora, se extrañaban que fuera a poner un negocio por su cuenta, y que se hubiera despegado y abandonado del grupo de apoyo y auxilio con el que estaba colaborando, y se quisiera montar un puesto de relojería, un negocio de objetos electrónicos y radios. La verdad es que eran suspicacias y conjeturas, pero hubo personas – dicen – que le vieron descender con un maletín que luego nadie supo si era personal o propio, o había sido cogido o robado de alguna zona, en la precipitada huida de la Torre antes de su hundimiento definitivo.

Y Claudine – recordaba para ella – siempre le había observado, en su relación personal con él, que era una persona más ambiciosa de lo que aparentaba, con mucho impulso e ímpetu avaricioso, un individuo que quería poseer y acaparar nuevos puestos y medrar deprisa, pero todo ello todavía no estaba certificado, ni comprobado de que fuera verdad. Pero, también casi siempre hay en todos estos trágicos casos, de dramáticos e inesperados acontecimientos, pillajes y robos sin tino ni cordura, y gentes que se aprovechan de las desgracias de los demás, gentes sin escrúpulos que luego medran sin decencia ni moralidad.

La ausencia de Carl fue ya para siempre, y nosotros, no sabemos si Claudine lo vería otras veces o no, ya no lo vimos físicamente nunca más, y desapareció sencillamente de nuestra vista. Si fue verdad o mentira lo que se decía por ahí, las investigaciones policiales y la justicia lo dirán algún día.

## CAPÍTULO CUARENTA Y SIETE

El lunes aparecían en el “New York Times”, y en otros periódicos de enorme prestigio en la Gran Ciudad, titulares, reportajes y crónicas sobre el acontecimiento pasado con motivo de la celebración del día de oración, unas ceremonias casi litúrgicas

que a muchos se antojaban banales pero necesarias para recordar y rezar por los muertos y desaparecidos. Además había también que tributar y agradecer el valor, el esfuerzo y el sacrificio de policías, bomberos y personal voluntario de sanidad y primeros auxilios, que se habían desplazado al lugar de los atentados terroristas, y habían expuesto sus vidas por salvar a los demás.

También todos los periódicos locales y nacionales hablaban y comentaban sobre la continuación de la guerra en Afganistán contra los talibán y los grupos terroristas, bombardeos y acciones bélicas que denotaban un esfuerzo y una voluntad de Washington por vencer al terrorismo internacional.

Y en centro de todo, esa Gran Ciudad, muchas veces amada y pocas veces odiada.

Nueva York, era una ciudad distinta, diferente del resto de las humanas. Y esa diferencia le hacía sentirse vital, nueva, juvenil, digna, especial, otra cosa.

Por eso a lo largo de su historia, lo mismo se había especulado con su “adorable ensoñación” que con una “abúlica soledad” que latía como sangrante fluido entre sus muros y paredes. Y muchos filmes, documentales y películas así lo atestiguaban. Desde las agrídulces y geniales introspecciones de Woody Allen a las genuinas comedias musicales americanas de tantos directores artísticos, o a esas otras cientos de películas de ambiente neoyorquino de tantos excelentes, o menos magníficos, directores cinematográficos, el amplio abanico sobre lo que era N.Y. se abría casi infinito, fresco, delirante, acariciador o intrigante.

Pero N.Y. había cambiado a raíz del atentado. Ahora parecía más humana, más vitalista, más genuinamente cosmopolita, positivamente liberal, es decir, muy neoyorquina.

Y en aquel maremágnum de gentío y de edificios, de basuras y de asfaltos, una sociedad se alzaba casi incólume por existir y progresar.

Unas semanas después, los invitados, por decirlo de alguna manera, de Terea, habían ya asumido el drama y parte de las costumbres de la Ciudad.

Jesús López Sant recordaba cuando de niño veía en el cinema de su localidad aquella gran ciudad atemorizada por unos grandes monstruos que la querían destruir, veía casi en sueños infantiles pero tan reales como los otras vivencias personales, esos fantásticos dinosaurios que la atacaban y la demolían con sus enormes patas destructoras, pero como los polis y agentes de la justicia se enfrentaban a ellos y los mataban como podían. Y recordaba con encanto y con nostalgia que el cine, el buen cine, era aquel que se veía, que se contemplaba en las grandes pantallas panorámicas de los cinemas, donde la sensación de grandeza, de sueño y de fantasía y de evasión era total.

Nuria, en cambio, estaba más a lo suyo, como periodista y reportera, realizando algún tipo de reportajes, comentarios o crónicas sobre los acontecimientos que esos días se vivían allí.

Nuria había hablado varias veces para el programa radiofónico de su padre en la cadena de S.I.C.O., y había expuesto para él y sus oyentes, sus comentarios y sus opiniones personales sobre lo que estaba pasando en Manhattan y en la Ciudad de Los Rascacielos.

Cuando llegaba a su guarida, es decir, al apartamento de Terea, echaba en falta la mayor presencia de ésta, y se extrañaba poderosamente de la ausencia muy frecuente de ella para pernoctar allí o dormir.

Quitando en los primeros días de su estancia allí, Terea había pasado pocas noches en su propia hogar, aduciendo que tenía que ayudar a gentes necesitadas de auxilio a raíz de la catástrofe.

Unos días después mencionó que tenía que realizar un viaje con Peter Felling a Boston para tratar algunos asuntos personales de su padre, asuntos relacionados con la exposición y muestras que se había celebrado allí.

Los reportajes y crónicas, los textos e imágenes que Nuria del Álamo, - (ahora ayudada casualmente por su medio amante, Jesús, que le había comprado una buena y moderna cámara de vídeo) - con brío y coraje estaba realizando, eran muy apreciados por la cadena televisiva para la que también Nuria servía. Trabajaba mucho y con gran ahínco para demostrar su valía y su temperamento, su incipiente originalidad y su personalidad en el trabajo, y aborrecía la codicia entre compañeros, tan despiadada y devoradora como estaba siendo la profesión periodística en estos tiempos. Y también sabía que había otro tipo de calamidades y refriegas, no en ese tipo de tareas o batallas cotidianas, sino en esas otras en las cuales otros compañeros o corresponsales periodísticos de guerra, - estos sí muy entrañables y adorables - exponían sus vidas en esas infernales confrontaciones bélicas, muriendo trágica o despiadadamente muchos de ellos como había ocurrido en muchos países y ahora recientemente en Afganistán.

Y es que Nuria había intuido que a Terea ya no le interesaba Jesús, y no solo le dejaba el campo libre para ligar o estar con su supuesto o anterior novio, sino que le ayudaba a salir y a estar con varón. Y vio que entre Jesús y Terea la relación amorosa, si la hubo algún día, había desaparecido. Y en cambio ella, con su actitud de cariño y de confianza hacia aquel joven varón de Jesús, su relación de convivencia y de amor había subido álgida y frenéticamente desde hacía unas tres noches, pues ya no dormían en camas separadas sino en una misma, y uno al lado del otro.

Todo aquello que comenzó siendo muy confuso y distante para Nuria ahora estaba siendo mostrado con más sencillez, claridad y certeza.

Algo había también entre Terea y Peter. ¿Estaría durmiendo con el agente Peter en su propio apartamento?. ¿No era raro, que ella, casi todas las noches, se marchara de su propio hogar pretextando irse a dormir con unas familias necesitadas?.

- Oye Jesús, hoy iremos al cine. Hay que relajarse un poco, no te parece – había insinuado Nuria a su amigo.

- Eso mismo te iba yo a comentar. Estamos algo exhausto por los trabajos y habrá que descansar a pesar de todo.

- ¿Tienes algunas preferencias cinematográficas?.

- Ponen aquí cerca la película de “A Beautiful Mind” de Ron Howard. He oído decir que es un filme muy logrado y propuesto para los Oscar.

- ¡Pues mira, vayamos a verla y saldremos de duda!.

Y salieron aquella tarde a ver “Una Mente Maravillosa”, sin duda alguna una buena película.

Hay amistades que terminan encendiendo grandes pasiones y otras que se sumergen en el olvido y la indiferencia. Pero Jesús tenía una oculta personalidad. Era muy voyeur, y se apasionaba sexualmente viendo determinadas imágenes de películas sobre amor y odio. Y cuando acabó el filme se calentaron los motores de la sexualidad, y se fueron al apartamento de su calle, cerca del “Queens Boulevard”, a desahogar entre las sábanas y las colchas tanto escondido cariño y furor, tanta soledad y olvido, tanta nueva energía y tanta infinidad de ciudad, y así sentirse más jóvenes y vivos, más sensibles y humanos.

## CAPÍTULO CUARENTA Y OCHO

Pero también a Terea Ruber le había surgido otro pretendiente sin proponérselo y casi inesperadamente.

Fue en los primeros días de alquilar el mencionado apartamento. De ahí que también esa huida del lugar, a pesar que el chico estaba fenomenal y era un ser muy atlético y apuesto.

Subía ella tranquilamente los primeros escalones con unas bolsas de compras de un supermercado cercano a “Queens Boulevard”, cuando alguien que bajaba algo ligero de arriba hacia la calle por las antiguas escaleras tropezó con ella, no se sabe si ingenua o inocentemente, porque nunca ella supuso que aquel pequeño o gran encontronazo fuera adrede sino un casual o fortuito accidente.

- ¡Perdone, no la vi bien cuando bajaba!  
- ¡No hay de qué!. ¡La culpa fue mía por no fijarme más!  
- Tenga, meta esta bolsita y este paquete dentro – dijo el muchacho muy cortésmente, agachándose y recogiendo algunos objetos -. ¡Cuánto lo siento!  
- ¡No se preocupe no tiene importancia!  
- ¿No será Ud. la nueva inquilina del segundo?  
- Sí, es posible.  
- Me llamo Frank Magg Caster. Vivo aquí en el primero, ¿sabe?.

- ¡Ah, sí, encantada de conocerle! – dijo Terea dándole con sencillez su blanca mano.

El joven al darle también su recia y masculina mano se puso colorado y pálido, cambió el rostro y el semblante, y se fue transformándose poco a poco en crisálida en una genuina metamorfosis vista a cámara rápida, mientras hablaba o balbucía unas palabras con la joven española.

- Su anterior inquilino, me indicó que les comentara, que el grifo del agua caliente sólo funciona si permanece a primeras horas del día abierto durante unos tres o cuatro minutos seguidos. Que no se extrañen si tarda en salir el agua caliente, pero es que tiene un defecto de forma desde al parecer hace bastante tiempo, y al comienzo echa agua fría. Que funcionar sí funciona , pero que hay que tener paciencia.

- ¡Ah, es verdad, ya iba a dar cuenta de ello al encargado del alquiler, o a un fontanero, o a alguien experto!.

- ¡Oh, aquí los fontaneros no actúan independientemente!. Son empresas que trabajan en grupos y por equipos. Tal vez le hubieran tardado un tiempo en venir. Si tiene alguna dificultad o problema, yo vivo en la puerta de la izquierda, debajo de su



apartamento. Para lo que necesite puede llamarme, llámeme por favor...

- ¡Oh, gracias!. ¡Muchas gracias!.

Terea captó e intuyó, como buena mujer que se precie, la expresión abstraída y algo atolondrada de aquel joven. Pensó que tal sería así su carácter, su forma de ser, pero cuando el joven continuó la conversación, entonces pensó que era un aprovechado, sólo al final pudo entrever o intuir que además podía ser un nuevo flechado, eso que llaman en España, el amor de Cupido.

- ¿Quiere que le ayude a subir la bolsa?.

- ¡Oh, no, no gracias! – dijo ella inmediatamente.

- Soy campeón olímpico de carreras de 5.000 metros lisos. Medalla de plata por los Estados Unidos en las penúltimas olimpiadas. Corredor habitual de la Marathon neoyorquina, en el primer domingo de noviembre. Ahora trabajo como delfinista... ¿Sabe lo que es eso?. Estoy en el Acuario Central. Trabajo con delfines. Me encantan. Estoy investigando sus maneras de actuar. Su inteligencia. Su habla, sus pitidos y mensajes. ¿Sabe, que es el animal mamífero probablemente más inteligente de todos, después claro del hombre?.

- ¡Ah, sí, lo había oído!.

- Bueno, Okey. Espero verla más a menudo por aquí. ¡Adiós!.

- ¡Adiós!.

Frank Magg era un buen chico. Moreno y alto. El pelo casi rapado. La cara fina y suave como la de un niño. Era un muchacho estupendo que nunca había tenido suerte con las mujeres. Quizás fuera su ingenuidad, su inocencia, la que lo había moldeado así: Un hombre serio y solitario. Siempre ponía en su salón discos de vinilo y la música era tan alta que Terea la oía perfectamente. Un día, pensó, que tal vez lo hacía por ella.

Pero con la llegada, unos días después, de Jesús y Nuria, el volumen de los altavoces había bajado.

Otra vez que se lo encontró en las escaleras, ese saludo o adiós dirigido hacia ella fue muy tierno y cariñoso, casi estremecedor, como sugiriendo que estaba enamorado. Sin duda había algo muy especial en aquel muchacho.

## CAPÍTULO CUARENTA Y NUEVE

La caída de Las Torres Gemelas, con la destrucción de unas 430 empresas cobijadas en el World Trade Center, había adelantado una recesión económica que, EE.UU., Europa y Japón, se habían adelantando a mitigar con medidas y apoyos a sus economías respectivas.

Las autoridades estaban en la obligación de adelantarse para evitar la debacle, y no caer de nuevo en la trampa como fue la Gran Depresión de los Años Treinta.

Para ello, y para incentivar y estimular la economía, La Reserva Federal de Los Estados Unidos había bajado en ese mismo año once veces los tipos de interés. Y otras dos el Banco Central Europeo.

Y es más, el Gobierno estadounidense había aplicado el 1% de su PIB para la reconstrucción de la Gran Manzana, para la lucha antiterrorista, y otros créditos para ayudar a las empresas en crisis, y sobretodo a las compañías aéreas, que las costaría mucho salir de la recesión.

Así lo afirmaban todas las cadenas televisivas, y todos los medios de comunicación social, periódicos y revistas especializadas.

El miedo al caos financiero sólo duró unos días y poco a poco se fue amortiguando y casi desapareciendo. Las bolsas estadounidenses y las europeas se fueron recobrando lentamente de la secuelas del Gran Crimen. Peor lo estaban viviendo Argentina y las empresas españolas con intereses económicas en Latinoamérica.

Nuria del Álamo y Jesús López seguían ahora más unidos que nunca, y con la marcha de Terea con Peter Felling a la ciudad de Boston para arreglar algunos papeles y documentos de la Exposición de su padre, la relación amorosa y sentimental se fue afianzando positivamente, con el callado beneplácito de Terea, que se había, a su vez, enamorado de Peter como una colegiala de Escuela.

Pronto Nuria y Jesús comenzaron a realizar reportajes de cierta importancia.

Así en aquella mañana se dirigieron al Soho donde les habían dicho que el escultor Sergio Furnari, de 32 años de edad,

tenía una soberbia y original escultura que vendía por un millón de dólares.

Allí, casi cerca del lugar de la catástrofe, un escultor siciliano, nacionalizado neoyorquino, mostraba al aire libre y al mundo entero una genial y original obra de arte.

Era ni más ni menos que una representación de varios obreros almorzando sobre una acerada viga en lo más alto del Rockefeller Center, una imagen típica del año 1932, cuando la inmensa mole se estaba erigiendo bajo los signos de la Depresión.

El conjunto de la obra escultórica, de un metal grisáceo y grasiento, había sido realizada tiempo antes del 11 de Septiembre de 2001, y ahora era exhibida con ingenio y altruismo, porque decía que si la vendía parte de la cantidad sacada iría a parar a una asociación benéfica de damnificados.

- “Si muere Nueva York, no hay razón para seguir vivo” - se esforzada en decir a todos los transeúntes aquel joven artista.

Cuando llegaron los dos españoles a la plaza donde exponía aquel ignorado y aún desconocido genio de Las Artes, una multitud de curiosos y gentes diversas se agolpaban alrededor suyo para ver mejor la obra artística.

Allí había un viejo, simpático y charlatán, elegantemente vestido, como un gentleman inglés, que decía ser uno de los obreros que trabajaron en aquel alto y magno edificio.

Nuria acercándole el micrófono mientras Jesús enfocaba su cámara le preguntó a aquel sonriente señor de mirada profunda y cóncava:

- Así que, dice Ud. que fue uno de los que trabajaron en esas Torres de Los Rockefeller.

- ¡Sí, señorita!. ¡Russ Bacter!. Yo fui uno de los miles y miles de trabajadores que hicieron ese gran complejo arquitectónico, con teatros y cines, oficinas y apartamentos, tiendas, escuelas o restaurantes, y hasta parques y cascadas.

- Pero, Rockefeller Jr. era un magnate algo negrero.

- ¡Que va, señorita!. Era todo un caballero. Un Señor. Eran años malos, muy malos, los años del Depresión. Y él nos dio trabajo y quitó mucho paro. E hizo un conjunto bonito, no como algunos otros edificios.

- Bueno, ¿y nos puede decir Ud. qué opina de la Hecatombe de Las Torres Gemelas?.

- ¿Cómo dice Ud. señorita... Hecatomb... qué?.

- ¿Que cómo ha visto Ud. los atentados y la destrucción de Las Gemelas?.

- ¡Qué le voy yo a decir, señorita, que Ud. no sepa o le hayan contado ya...! Una tragedia. Una lástima. Una desgracia.

- Pero cómo pudieron venirse abajo esos mastodontes. Ud. que ha trabajado en la construcción de grandes edificios, ¿podía ser eso posible?.

- Mire Ud. señorita, nosotros construíamos de manera diferente. Acero, más acero y vigas, ladrillos y cemento.

Ahora los edificios parecen mejores desde afuera, pero no sé desde dentro...

Luego hizo una breve pausa, tal vez para tragar saliva. Su vejez era ya considerable, arrugas y voz cascada, encorvamiento y respiración algo fatigosa, pero, a su edad, parecía todavía un hombre jovial y simpático.

- Mire a este tipo, - añadió con cierta soltura de lenguaje -, a éste tal Furnari, es un escultor fenomenal, moderno, una persona lista... Pero de momento, no tiene suerte el hombre. No obstante, yo creo que triunfará y llegará lejos.

- Muchas gracias, señor...

- ¡Russ Bacter, para servirlo, señorita...!

Nuria se alejó por unos momentos del lugar, avanzó unos pasos y salió un poco más hacia la calle, y allí a la orilla del asfalto, en una acera cercana a Broadway, se encontró con un ciclista, un joven ataviado con su traje completo de deportista, casco correspondiente y botellín de agua mineral enfundado cerca del manillar de su escuálida máquina, que le miraba con ganas de hablar y de comerse el mundo en un bocadillo de pan.

- ¡Hola!. ¿Querías hablar para la radio unos minutos?.

- ¡Sí, me gustaría! - contestó medio sonriendo el muchacho.

- ¿Pareces un hombre al que no le haya afectado la demolición violenta de las Torres?.

- ¡No lo crea, mujer!. ¡El hábito no hace al monje!, - como dicen Uds. Yo voy ahora montado en una bicicleta de carrera, y aunque mi ídolo a seguir es el norteamericano, Lance Armstrong, ganador de tres Tours de Francia, yo también participo en varias carreras locales de las pocas que por aquí hay, y me preocupo por la suerte y la vitalidad de esta ciudad. Pero, ¿diría Ud., que por llevar un uniforme deportivo, amo menos a mi País?. ¡No, señorita!. He sufrido como el que más. He visto derrumbarse no sólo físicamente unos insignes y señeros edificios, que simbolizaban muchas cosas, también he visto caer y perder mis ilusiones, mi confianza, mi esperanza. Pero hay que ser resistente y paciente como las etapas que recorre un ciclista cada día: aguante, fortaleza, discreción y moral. Mucha moral a pesar de perder etapas y carreras. Sólo uno, el ganador, se lleva el palmarés, las medallas y el honor del triunfo. Los demás a la cola del pelotón, de gregarios - decía aquel muchacho mientras se ajustaba sus guantes perforados por los dedos y se acomodaba mejor su gorra y sus gafas todo terreno.

- ¡Gracias, caballero!.

- ¡No hay de qué...!.

La vida en Nueva York seguía su curso, según insinuaba ese muchacho, corredor de fondo por las calles y las avenidas de La Gran Manzana, de ese Manhattan siempre eterno y nostálgico, sumido ahora en una fiebre, en una crisis.

## CAPÍTULO CINCUENTA

Pero también había gentes que las circunstancias les había creado más problemas y vicisitudes que al resto de ciudadanos. Personas fuera de los círculos sociales normales, gentes marginadas, no por pertenecer a un ghetto o barrio determinado, no por ser de una determinada religión o secta religiosa, de un color o de otro.

Había personas en Norteamérica, también de lengua árabe, de raza asiática, o de condición musulmana y de religión islámica, que empezaban a tener sus graves problemas de convivencia y cohabitación con los otros ciudadanos, que sentían en su piel un subido deprecio, un escondido rencor, una cierta desconfianza, una gran marginalidad en una palabra.

Por eso Nuria estaba interesada en entrevistar, en hacer un pequeño o gran reportaje sobre alguna familia afgana que ahora estuviera por aquí en N.Y, y sufriera en sus propias carnes la ingratitud y el menosprecio.

Le comentaron de ciertas familias pudientes que habían huido de Afganistán tras el poder de Los Talibán, pero ahora su situación ya no era boyante, era diferente. Se los consideraban casi

un enemigo público en potencia, se los veía como espías, como extraños fugitivos, y a veces como seres indeseables.

Nuria y Jesús tomaron un taxi, uno de esos vehículos largos y más amarillo que un canario, y se dirigieron a una dirección dada, casi en el secretismo absoluto, y bastante discreta, para no ser molestados ni asediados continuamente por algunos periodistas irresponsables, antipáticos, amarillos, o desgastados.

Era la familia de Los Ashad Muhdi.

Nos recibieron cordialmente cuando vieron nuestras buenas intenciones, nuestra manera de enfocar el asunto. Ellos eran inteligentes y sabían quiénes venían a fastidiar y a tergiversar las cosas, y quiénes querían ayudar a ver la realidad como era, sin mancillarla ni sacarla de quicio.

Él era un maestro de escuela en Afganistán y ella era una médica que tuvo que abandonar un hospital de Kabul tras la llegada al poder de los Talibán.

- Ahora las gentes nos meten a todos en el mismo saco, y nos miden a todos por el mismo rasero – cuenta Fátima, la mujer de Ashad -. A unos amigos nuestros, él un famoso músico afgano y ella una enfermera despedida en Kabul, les ha pasado lo mismo aquí. Y eso es una injusticia. Una nueva violación de los derechos humanos. Nosotros padecemos allí en aquel País, escarnio, persecución y violencia. Nuestros tres hijos sufrieron calamidades y penurias, y cuando vinimos aquí, a Nueva York, ya creíamos tener todo aquello olvidado. De pronto, surgen unos canallas y criminales que destrozan las Torres, y ahora a todos los de mi país o mi raza que estamos por aquí, o a los que tienen la religión musulmana, se nos ve, o nos ven con distintos ojos, nos interroga la policía, y nos observan todos nuestros movimientos como bichos raros a los que no hay que perder nunca de vista. Es también una situación crítica, angustiosa, de frágiles recelos. Saber que no te quieren es también demoledor, que te evitan o te odian, es triste, muy triste y penoso. Nos ven, o se imaginan, como unos probables enemigos, cuando nosotros lo único que queremos es vivir en Paz y que haya Convivencia entre todas las gentes, y trabajo y futuro para nuestros hijos.

- ¿Y Ud., Ashad Muhdi, ve alguna salida a esta crítica situación?.

- Es difícil responder a esa pregunta. Todo depende de cómo obren los futuros acontecimientos, de la concienciación de las gentes, de que piensen que nosotros somos también víctimas, de que el terrorismo es un mal para todos. El pueblo americano debe mentalizarse de que no todos somos enemigos ni talibán. Sólo es una pequeña minoría la que impone el terror y la injusticia en aquel País.

Omar y Shereza, sus hijos, nos miraban con cierta ternura y piedad, confundidos y absortos, sentados en posición de yoga bajo una amplia alfombra oriental con motivos geométricos y florales. Ella, la niña, con un libro de poemas arábigos en sus

manos. El chiquillo haciendo que tañía con sus delicados dedos una “rubab”, la típica guitarra afgana. Y junto a ellos un puntiagudo y ovalado balón de rugby americano. Todo un sorprendente espectáculo para meditar y reflexionar.

Luego nos invitaron a una estupenda taza de café afgano, muy oloroso, fresco y sabroso, con pastas hechas a modo de su región, por las gentiles manos de Fátima, una nueva mujer afgana, sin “burka” ni vergüenza, sino exponiendo una verdad. Mientras Ashad, el padre de familia, nos mostraba entusiasmado su álbum de fotos familiares entre lágrimas y fe en una pronta solución a sus últimos problemas cotidianos.

Les dimos sinceramente las gracias, obsequiamos con dos sencillos juguetes a los chavales, y nos despedimos cordialmente de ellos. Los niños sonrieron con esa gracia característica con que lo hacen todos los niños de mundo. Con un saludo entrañable de manos y con un pensativo mensaje en sus vivarachos ojuelos infantiles.

## CAPÍTULO CINCUENTA Y UNO

Alguien hubiera podido leer hasta ahora entre comillas una yuxtaposición de voluntades y parecidos, o imaginar personajes paralelos con la obra literaria de la Odisea de Homero.

Todo es pura casualidad, auténtica coincidencia. Pero como dice el aserto: “Todo lo que no es tradición es plagio”, podría trasladarse hacia aquí esa frase tan discursiva y que tanto jaleo trae a algunos autores contemporáneos. Y es que hasta el mismo William Shakespeare tomó de la tradición o de la actualidad, los temas y asuntos para sus dramas, comedias o tragedias, incorporando nuevos elementos, contándolos con su estilo personal y único, o enfocando los argumentos o temas desde

muchos puntos de vista, en un prisma caleidoscópico de inusuales consecuencias. En definitiva, aportando su genio literario a lo que las gentes del pueblo sabían o vivían. Porque, por ejemplo, el tema del amor y del odio, en Romeo y Julieta, era el pan nuestro de cada día, ayer, hoy, y así lo será mañana.

Tal vez la vida, las obras y las tareas que el hombre hace y realiza no sean nunca una novedad, ni una quimera, ni una fascinación.

“Todo igual cuanto los tiempos cambian”, se podría decir parafraseando en el Gatopardo a Lampedusa.

Amores y odios, querer y celos, pasión y celos, resignación o venganza, tristeza o dicha, furia o pasión, seriedad o sonrisa, fuego o agua, viento o sol.

La vida es un abanico de verdades y mentiras, de miserias y grandezas. Y fingidas realidades, y acariciadas imaginaciones. De guerra y paz. De Dios y demonio. De bien y de mal.

Las situaciones y los personajes se repiten: Romeos y Julietas siempre hay todos los veranos. Otelos y Desdémonas se abrazan y se odian en cada otoño.

Hamlet y Ofelia se vuelven locos y dementes con cada nueva primavera. Y Macbeth y Lady Macbeth, rebullen con fuerza sanguinaria, como un jabalí herido en cada invierno.

Águilas sin almas se encaran en el cielo de Nueva York que despierta de su sueño de verano.

Y Odiseo hay uno de cada nosotros en cada aventura, un Ulises infatigable y presuntuoso en cada viaje, en cada actitud ante la abierta plenitud de la vida.

Por eso si hay una coincidencia en muchos personajes es porque los dioses me engañaron como a Ulises en sus viajes a través del presuroso mar Mediterráneo.

Yo no escogí mi rumbo, fueron llegando los personajes con sus vidas y sus historias, las acciones se tiñeron de sombras o de desolaciones, de vida o de muerte. Los senderos se abrieron o se cerraron según antojo de las deidades, o del único Dios del Universo. Y al final del camino me di cuentas que los hombres siempre recorreremos los mismos mares, las mismas tierras, bebemos las mismas aguas, realizamos los mismos hechos, amamos a las mismas mujeres y nos comportamos como unos idiotas, como unos histriónicos actores o actrices, como unos geniales locos, o como unos genuinos y auténticos desconocidos, incluso para nosotros mismos.

Así debió de ocurrirles a las parejas gemelas de Mario y Ulises, de Míriam y Calipso, o tal vez Circe, Mirella y Nausícaa, Josefina y Penélope, Terea y Telémaco, Peter y Hermes, Nuria y Atenea, Santy del Álamo y el rey Alcínoo, Y hasta, aunque menos parecidos, se podría decir de Bush y Menelao, Ben Laden y el Cíclope, o Escila y Caribdis con las dos Torres Gemelas. Las secuencias de la Odisea ya estaban en la misma raíz profunda de la mente humana.



Todas las cosas existen porque ya existieron anteriormente, real o virtualmente, que para el futuro inmediato es como decir lo mismo, con un parecido de cine filmico, con una semejanza de libro antiguo o piedra de Roseta.

Así en el día de hoy, o mejor dicho en la noche de hoy, nos encontramos a Mario y a Míriam en Nueva York, que después de su extraña curación vírica, se encuentran de nuevo solos en la misma cama. No habían estado olvidados, no, sólo estaban bebiendo el aroma del néctar en honor de los dioses que le había salvado la vida. Ya los altibajos de la inesperada enfermedad de Mario Ruber con esa inexplicable recaída, atribuida por algunos malintencionados a ese celoso médico de hospital, y por otros, a un devenir fortuito de la providencia, pasaron como pasan los vientos de marzo y las lluvias de abril.

Los proyectos de amor secreto, los aires de pasión y vida, volvieron a los cauces de siempre. Míriam como una amorosa y constante Calipso, o como una maga hechicera del amor, necesitaba el amor y el sexo como todo hombre necesita comer y dormir cada día. Y Mario como Ulises en su afán de peripecias, de aventuras, de mujeres y de vida, se llenaba de emociones, de frágiles anhelos, de dudosas actuaciones, y en el fondo de una insólita soledad.

Míriam estaba pensando marchar a descansar una temporada a una casita de campo, a “Maxtom” como la llamaba su madre Nuncy Suan Lorten porque allí vivió con un hombre así llamado, y que no era el padre de Míriam. Un pequeño chalet, una humilde mansión, una especie de villa con una amplia extensión de terreno, que poseía en Cape May, en la costa de Nueva Jersey, al sur de Atlantic City.

Pero antes quería despedirse de N.Y. y para ello, había invitado para mañana a sus amigos, los vecinos de enfrente de su casa, a Ingrid T. Ruiz, la profesora de ballet y danza, y a su amigo y acompañante, el músico chelista Andrée Marcus.

Y lo celebraría al atardecer en el “New Oak Room”, un local de los llamados de alterne selecto, o como decían, el “Piano Bar” con más prestigio y ambiente de Manhattan. También había quedado de contactar con su amiga Ángela Peterson Robse, e invitarla para que asistiera a la cena de despedida. Y aunque no era un especial momento para grandes cenas ni despliegues festivos, sí se merecían, en cambio, un pequeño relax o descanso a base de un encuentro o cena con sus cercanos amigos.

También Mario Ruber Vidal en su oscuro inconsciente anhelaba encontrar a su hermana Tamara, perdida por los fatales hados en Los Ángeles, como una Ifigenia griega sacrificada por el destino de los dioses. Todos siempre anhelamos encontrar algo, ( o si no nos lo imaginamos ): amor, amante, dinero, salud, puestos de trabajos, descanso, ocio, vacaciones, etcétera.

Y los dioses y el destino luego nos lo niegan, o nos dan lo que les parece.

Aún tenía Mario Ruber escozores y resentimientos con aquel médico celoso, con aquel antipático y ambiguo hombre, aquel Alex Terry, un antiguo amante de Míriam, que casi le manda, no sé si queriendo o sin querer, al otro barrio, al otro mundo, pero como él pensó conscientemente después: “Nadie se muere hasta que Dios no quiere”.

- ¿Viene, por fin, tu amiga Ángela Peterson a la cena? – preguntó Mario con cierto tono de cariño y de cautela.

- Le volveré a llamar mañana. Estaba algo indecisa.

- ¡Pues, animala!

- Está sola, y, en esta situación actual tan delicada, dudo que acepte en venir. No obstante, le volveré a telefonar, indicó Míriam con cierta reflexión.

- ¡Dale consejos, no es bueno que esté sola en una situación como ésa!. ¡Animala, que venga con nosotros, lo necesita!.

Los dos amantes habían recuperado ya su ímpetu y su fortaleza sexual anterior. Se abrazaron tiernamente, juntaron sus cuerpos con deleite, rezongaron caricias y palabras, y se besaron mutuamente con ardor y pasión.

Ocurre a veces, que en las grandes tragedias y en los graves acontecimientos, las pasiones y los amores de los humanos resucitan de nuevo con virulencia y frenesí, en un desesperado e inconsciente acto, tal vez, de simple supervivencia. Y los hijos luego nacerán, como en las funestas guerras y calamidades, que tras esos tristes y amargos momentos de tremendo dolor, surgen deseados embarazos tras otros momentos de amor y calor apasionado, en esos tiempos que surgen de supervivencia y obsesión por crecer en la eternidad.

- ¡Te amo Míriam!.

- ¡Y yo también a ti te adoro, mi amor!.

- No tanto como yo a ti.

- ¡Anda mentiroso!. Sabes que me vuelves loca. ¡Loca!. No sé por qué seré así. ¡Diablo!.

- ¡Ven, aquí, cariño!.

- ¡Y tú, mi amor!.

Y así, Míriam Starpe, como una oculta ninfómana de película, podía estar con su hombre toda la noche extasiada en los goces de Cupido. Y Mario como un Ulises empedernido podía recorrer el mundo viajando en los sensuales halos del amor.

Las estrellas lucían ahora en Nueva York con otros aires y destellos distintos, con otros fulgores diferentes, desde que un 11 de Septiembre la vida de la Luna se nubló en la Zona Cero. Era algo cierto, algo, no por lo novedoso, menos inverosímil. Y la Luna se había vuelto muy frágil.

No son los Astros ni la Naturaleza la que cambia según los días, las noches o las situaciones diversas, somos nosotros que giramos incómodamente al albedrío, y con la inexplicable Rueda de la Fortuna a nuestras espaldas.

## CAPÍTULO CINCUENTA Y DOS

A un recóndito hotel, situado a varios cientos de kilómetros de Nueva York, en la ciudad de Boston, había ido Peter Felling, llevando también consigo su grave carácter tan emblemático, señorial y callado, un sencillo agente artístico y comercial que además escribía versos y le gustaba la Poesía y la Música. Y es que Peter Felling también necesitaba encontrarse, y tal vez necesitaba buscar una nueva coraza para su alma, y un nuevo corazón para su cuerpo. Un hombre tan genuinamente neoyorquino y americano, inteligente, rubio, serio, distante, pero buen trabajador y fructífero comerciante.

Allí estaba en aquel hotel llamado “P. James”, de Boston, conviviendo casi sin pretenderlo, pero feliz y contento, con Terea, la mujer española que había buscado a su padre, a Mario Ruber Vidal, por entre los últimos resquicios de Nueva York, o entre los postreros y ruinosos vestigios de una Zona Cero demolida, en una ciudad, a veces agobiante y a veces adorable, a veces, infinitamente genial y otras lastrada por los vicios y la delincuencia de sus barrios fondos.

Ahora descansaban en Boston, última etapa de su viaje, para recoger y liquidar los restos de la Exposición Pictórica y Fotográfica que había dejado montada allí su padre, antes de la Caída de Las Torres Gemelas.

En la habitación de aquel hotel bostoniano, un lugar de tipo medio, con buenos baños y un buen servicio de habitaciones,

Terea se limpiaba con frenesí su dentadura con un cepillo azulado de plástico en el baño de aquella pequeña suite, mientras con sus estirados ojos se miraba en el espejo cóncavo y oval, con su marco de madera de color beige algo ya desgastado y un poco carcomido por el paso del tiempo, y veía que las facciones de su juvenil rostro habían recobrado de nuevo la vitalidad y la energía, tras los primeros días de incertidumbre, agobio, tristeza y soledad, al comienzo de su estancia en N.Y.

Después cuando hubo terminado de asearse, buscó en su bolso de viaje un objeto, una especie de regalo, lo sacó con presteza y dirigiéndose a Peter le dijo, no ocultando su emoción:

- ¡Sabes que hoy hace un mes que vivimos juntos, bueno que comenzamos a dormir juntos! – dijo con pícaro ingenuidad y fingida inocencia -. ¡Te quiero, Peter!.

- ¡Y yo a ti, querida Terea!.

- ¡Toma, te he comprado esto!. ¡Espero que te guste!.

- ¿Un regalo?.

- Bueno, ábrelo y verás si te gusta.

- Gracias cariño. No es para tanto – dijo el varón mientras cogía el obsequio dado por la gentil Terea.

Peter Felling estaba orgulloso. Contento y feliz, como un colegial con premio y diploma, recordó como trailer de película negra, su anterior vida amorosa con otras mujeres, a veces un tanto azarosa y llena de singulares avatares y complicados problemas, pero ahora olvidada, o por lo menos arrinconada en su lejano subconsciente, tras este nuevo romance con Terea, una mujer sensacional, la hija del que fuera su amigo, Mario, al que representara comercial y artísticamente en EE.UU y en otros países.

Al querer abrir el paquete, una cara relajada y dichosa emergió tras sus facciones de hombre serio y maduro.

Luego se dirigió hacia donde estaba ella y la besó con cierta naturalidad. Primero con un suave y sencillo beso depositado entre las mejillas y la boca femenina, para posteriormente hacerlo directamente en la zona más atractiva de la cara para unos enamorados, en la misma y sensual boca. Juntaron cuerpo con cuerpo, y labio con labio, y se abrazaron en un feliz encuentro de amor.

- ¡Abre el regalo, por favor, te lo ruego! – indicó ella con cierto enfado.

Mientras desenvolvía su obsequio con lentitud miró de soslayo para un extremo de la habitación donde estaba un pequeño aparador, y vio que seguía allí encima algo que él había puesto.

- ¡Oh, qué corbata tan bonita!. ¡Es preciosa!. Gracias, cariño. ¿Qué tal me queda? – dijo el caballero poniéndosela luego por encima de su camisa.

- ¡Bien, muy bien! Y a ti, ¿te gusta?– respondió con una sonrisa la joven.

- Oh, sí, es muy bonita.

Entonces la joven muchacha al tiempo que lo veía con ojos de enamorada, le seguía diciéndole con insinuada insistencia:

- ¡Abre, pero, abre, abre el otro paquete!.

- ¡Oh, sí, gracias!. ¡Qué gentil y buena eres, Terea!.

Entonces rompió débilmente el otro envoltorio de rayados colores, y mostró otro obsequio del que era menester.

- ¡La Historia Poética de Miguel Hernández!. ¿Cómo sabías que era uno de mis poetas españoles preferidos?.

- ¡Ah, secretos de estado!.

Entonces él la miró a sus juveniles ojos de gacela y vio una pequeña lágrima que la brotaba de sus vivarachos ojos. Y dirigiéndose al lugar observado con anterioridad cogió un paquete medio oculto entre una ropa, y se lo dio:

- Toma, ¿qué creías, que yo iba a ser de menos?.

- ¡Oh, no!.

- ¡Sí!. ¡Ábrelo!. ¡Venga! – dijo el hombre a la mujer viendo cierta tardanza en sus gestos - . Pero, ¡ábrelo!.

El rostro de la mujer se iluminó súbitamente como cuando un cometa estelar penetra con sus contornos blanquecinos en nuestra galaxia, o en nuestras pantallas de televisión para mejor ser observado.

- Pero, ¿por qué te has molestando tanto?.

- ¿Te gustan?. Tú, di si te gustan.

- ¡No tenías que haberme regalado dos cosas!.

- ¿Y tú?. Lo mismo digo. ¡Anda, pruébatelo ahora!.

Y abrió primero el frasco transparente y se echó colonia rosa en su mano, luego la olió de su femenina palma, con sentido de una fresca sensualidad, y se la dio a oler a él.

- ¿Te gusta su perfume? – dijo el varón con sentido de la oportunidad.

- ¡Me encanta, amor mío! – y ella le dio un romántico beso como de una enamorada feliz, mientras seguía diciendo: - ¡Mucho, mucho, mucho me encanta!...

A Peter Felling se le veía, a pesar de su lejana seriedad como de aparente flema inglesa – también muy contento y enamorado. Aquella mujer era más joven que él. Pero estaba comenzando a amarla y a quererla. Su amor ya no sería tan juvenil y desbocado como en años anteriores, pero le podía ofrecer su madurez y su estabilidad, su seguridad y su amistad. Su fuerza y su confianza.

- ¡Date la vuelta! - exclamó Peter tomando el otro objeto entre sus masculinas manos del paquete obsequiado anteriormente, y poniéndoselo en el pelo.

- ¿Qué prendedor tan bonito es? – dijo la joven toda satisfecha.

- ¡Más hermosa eres tú!.

- ¡Gracias, mi amor!.

Y no pudo por menos de contenerse, y muy enamorada, como ya estaba de aquel hombre, se abrazó a él con pasión, y se besaron como dos amantes enamorados, como si Romeo y Julieta volviesen cada anochecer a juntar sus cuerpos, sus mentes y sus corazones.

## CAPÍTULO CINCUENTA Y TRES

También en otro lugar de la ciudad de Nueva York, concretamente en el apartamento del Queens, cerca de Boulevard, donde desde su llegada vivían el joven de Valencia y la hija menor del locutor radiofónico del Álamo, y donde ya pocas veces, y solo en algunas ocasiones había aparecido Terea, a pesar de ser suyo el alquiler del piso, la vida seguía su curso, a pesar de los tristes y penosos avatares pasados hace unos meses en la Gran Manzana.

Nuria del Álamo y Jesús López vivían también como tortolillos de recién plumaje, amantes cobijados por la ilusión, la novedad y la frescura de su romance.

También era aquella la misma noche. Noche de vísperas importantes ya que mañana, al día siguiente, era la despedida y la cena, porque su tiempo de estancia en N.Y. había terminado y concluido para ellos, y qué mira por dónde, iba a tener lugar, casualmente y si el tiempo no lo impedía, en el mismo restaurante, en el New Oak Room, que Mario y Míriam también ofrecían a sus

amigos como despedida y antes de partir hacia la costa de Cape May.

La casualidad había hecho muchas veces cambiar el curso de la historia de las civilizaciones. Batallas, guerras, paces, encuentros, reuniones, amoríos, palabras y discursos, de ciertos episodios importantes, debidos a la casualidad o a extrañas circunstancias, habían hecho cambiar momentos históricos, y que la Historia fuera así y no de otra manera, que también pudo serlo.

En aquel apartamento, en la mesa central del salón, una botella de champán estaba abierta y desparramaba aún su ligera y frenética espuma, con sus pomposas burbujas, por el grueso cristal hacia la jarra metálica con hielo que lo contenía.

- ¡Brindemos con estas copas de Cava por nuestra querida unión!

- ¡Qué seamos muy felices!

Luego, Nuria manifestó a Jesús lo siguiente:

- ¿Le gustará a Terea nuestros regalos?. Ella no nos quiere cobrar nada por nuestra estancia aquí, y bien hemos hecho comprando, tú esa estatua africana de marfil, y yo esa lámpara de cristal de estudio representando la efigie de la Luna en cuarto creciente.

- ¡Yo creo que sí, que le habrá de encantar! - contestó Jesús ajustándose el pijama de dormir.

Y añadió de una forma natural:

- ¿En qué cama dormimos hoy?. ¡Perdón!, ¿en qué habitación quise decir?.

- En la tuya, que es más grande. ¿Y no tendrás mucho calor así con ese pijama tan abrigado?.

Jesús movió la cabeza instintiva y afirmativamente. Ya sabía lo que quería decir su dama con esas insinuaciones.

Luego, Nuria, mientras recogía las toallitas, peines y cepillos de dientes en su neceser, le dijo a Jesús:

- ¿A qué hora nos dijo Terea que venía de Boston con Peter?.

- Creo que dijo que llegaría mañana a las doce de la mañana – respondió Jesús echándose con placer en la cama.

- Y, luego, para ir a la “Ceremonia en Honor de los Héroe Desconocidos”, ¿a qué hora hemos quedamos?.

- Convinimos que iríamos todos desde aquí, me parece – dijo Jesús un poco perdido en su contestación -. El acto para la celebración social es a la una y media , o a las trece treinta, me parece. No me acabo de acostumbrarme a estos horarios americanos. ¿Y cómo lo has llamado...?, ¿“Héroe Desconocidos... Héroe Desaparecidos...”?.

- Sí, eso he oído decir, que establecen esa fecha como “Día de los Héroe Desconocidos o Desaparecidos”, no lo sé bien, serán “Desaparecidos”, para honrar a las víctimas que perdieron la vida en Las Torres Gemelas, tanto de una manera inocente como fueron empleados y clientes de las oficinas, como cumpliendo con el deber de su profesión como policías, bomberos o sanitarios.

- ¡Me parece bien, eso!
- Creo que es lo correcto, lo mejor que pueden hacer con esa gente desaparecida es: “Recordarles”... – dijo la mujer.

Luego vino un minuto de silencio, también como esos que se establecen por los muertos en un atentado o en una cruel catástrofe.

Después, Jesús, olvidando esas cosas, porque no se puede vivir eternamente de negros recuerdos y con la espada en la cintura, dijo a Nuria:

- ¿Vienes ya a la cama, mujer?.
- Enseguida voy, mi amor.
- Pues venga, mi querida flor.
- No seas tan cursi, hijo.
- Bueno, cariño. No lo soy. ¡Ven, mi vida!.
- Eso sí. Eso me gusta más.

Y comenzaron a darse besos mutuamente, a abrazarse, a quererse con ternura y con loca pasión. Los jóvenes aman apasionadamente, y hablan poco.

Los adultos hablan, dialogan y flirtean más cuando hacen el amor. Es más duradero y estable que el frenético y súbito de la juventud. Y lo hacen, generalmente, con más calidad y seguridad.

Pero los jóvenes lo hacen sin cortapisas y sin vergüenza. Son naturales y están llenos de ardiente fuego y loca pasión, y no les importa, por lo general, el qué dirán.

La vida sigue su azaroso curso, como el agua de un río que vierte toda su energía, todo su caudal, por lo general, en el ingrato mar.

## CAPÍTULO CINCUENTA Y CUATRO

La búsqueda y la huida ha sido una voluntad querida y un ejercicio físico y mental empleado por el hombre para aparecer y



desaparecer según caprichos, imposiciones, necesidades o conveniencias, desde sus tiempos primitivos.

Exilios, destierros, confinamientos, desapariciones, oscurecimientos, emigraciones, marchas ocultas, proscripciones, aislamiento, retiros voluntarios o involuntarios, han sido como el pan nuestro de cada día en todas las épocas históricas.

Por eso, a veces, nada nos es extraño a los humanos.

De ahí que la querida desaparición de Mario Ruber Vidal, no sea un acontecimiento del otro mundo, sino un hecho más cotidiano de lo que parece.

Un caso de menor importancia sucedería aquella misma mañana tras la llegada de Terea a Nueva York, procedente de Boston, a donde había acudido en compañía de Peter por unos días para cerrar y clausurar la Exposición Artística de su padre Mario Ruber.

Todo ocurrió como sigue:

Sobre las doce y cuarto de la mañana – hacía unos veinticinco minutos que acababa de aparecer Terea por su piso de la zona de Queens Boulevard – procedente de Boston, y estando allí también presentes Nuria del Álamo y Jesús López, llamaron a la puerta del apartamento.

Era Claudine Jean Mills que estaba interesada en saber sobre el paradero de Terea, pista perdida al parecer en esos días en que acudió a Boston.

Terea le explicó a Claudine con sencillez y extrañeza sobre su viaje a Boston, y algunos pormenores del mismo sin sospechar nada de nada.

Claudine le mencionó algo de un cadáver encontrado que podía ser el de su padre, pero el ADN de aquel misterioso y irreconocible cuerpo era algo todavía no bien comprobado.

Terea le contestó a la mujer que el ADN de su padre era o tenía que ser muy similar al suyo, y que ya poseían en la oficina municipal los informes y documentos pertinentes.

Por de pronto nada nuevo al respecto.

Pero una inesperada casualidad vendría también a cambiar este panorama, esta relación un poco idílica entre Terea y Claudine.

Se despidió Terea gentilmente de aquella persona, de Claudine, la asesora y colaboradora de las oficinas de desaparecidos, quedando convenido con ella que a las trece horas y treinta minutos, (la una y media de la mañana) se reuniesen todos en La Zona Cero, que era ahora ese tétrico muñón de descarnada piel, para presenciar y colaborar en los actos y en las honras fúnebres sobre los “Héroes Desaparecidos”.

Así, mientras bajaba la escalera de aquella casa, Claudine se había encontrado con un antiguo amigo: Con Frank Magg Caster.

- ¡Hola, Cloed!. Tú por aquí. ¿Qué haces por esta zona?. ¿Ha ocurrido algo grave?.

- ¡Oh, no, no, visitando a un amigo!.

- ¿A un amigo?  
- Bueno, a una amiga que vive más arriba. ¿Y tú, qué haces ahora mismo?

- Trabajando en un Acuario. Soy domador de Delfines. Bueno, también investigador. Estamos experimentando sobre los sonidos y lenguajes que se envían los delfines entre ellos. Es una materia interesante.

- Ya lo creo. ¡Una investigación es siempre un apasionante ejercicio!

- ¿Y ahora no estás investigando nada?. ¿Ya no te preocupas de nosotros?

- Vosotros los deportistas en periodos de “paz”, de relax o descanso, – dijo irónicamente la muchacha – no necesitáis ayuda.

Luego la pareja estuvo hablando un rato más sobre sus cosas y se despidieron después de no haberse visto durante unos años.

No habrían pasado un cuarto de hora cuando Terea estaba abandonando el piso para irse rápidamente a realizar unas pequeñas compras en un supermercado.

Y dio la casualidad que tropezase casualmente con Frank Magg en el rellano de la escalera.

Ella en un primer momento exclamó para sí misma:

- (Qué mala suerte. Otra vez este pesado. Este plomazo. Con la prisa que tengo. Aunque la verdad es que es un apuesto joven. Muy atlético y simpático, pero...).

En un primer momento su intención fue desviar su mirada hacia otro lugar y pasar desapercibida, pero la inquietud y estimulación del varón, un joven muy enamorado, fue absolutamente la contraria: de acercamiento, diálogo y cordialidad.

- ¡Buenos días, Terea!. ¿Qué tal estás?. ¿Cuánto tiempo sin verte?.

- ¡Ah!. ¡Hola!. ¡Sí!. ¡Eres tú!. Bien, bien.

- ¿Conoces tú también a Cloed Jean? – le dijo inesperadamente el joven.

- ¿A Cloed qué...?. No – contestó la muchacha, quien añadió de repente -, ¿Cómo dices que se llama?.

- ¡Sí, Cloed Jean!. Una mujer que he visto descender por las escaleras cuando yo bajaba del trastero, en la buhardilla.

- ¡Claudine Jean!- exclamó la mujer sobresaltada.

- Bueno, puede que sea ésa. ¿Y cómo conoces tú a Claudine? – le insinuó Frank con cara de desconcierto y también de interés.

- Es nuestra asesora y colaboradora en los Fondos 11 de Septiembre. Del departamento de Ayuda al Desaparecido.

Frank se quedó perplejo, casi helado. Sus ojos negros como azabache se le abrieron enormemente, y por su mente cruzó un sinfín de preguntas sin respuestas. O no, tal vez, con acertadas respuestas.

- ¡No puede ser!.

- ¿Que no puede ser qué...? – contestó toda intrigada Terea mientras observaba que algo extraño sucedía en la mente de Frank con aquella mujer.

Hubo unos momentos en que Frank estuvo como decidido a no contestar, a olvidarse del tema y no responder. ¿Tal vez iba a meter la pata inconscientemente?. Temía que su declaración podía importunar a alguien, ofender a alguien, temía desvelar algún secreto oculto, o no ser de buen agrado para la mujer. E inmiscuirse en los asuntos del FBI, no era su intención ni su fuerte. Pero la mirada inquieta, desbordante y preocupada de Terea, su amistad y su tilín erótico con ella, de la que se había como enamorado platónicamente, hicieron que el varón se comprometiera más en sus palabras y hablase claro, cuando la expresión de la mujer le volvió a repetir:

- ¿Qué no puede ser...?.

- ¡Cloed o Claudine Jean es un agente de los servicios secretos!.

- Un agente de qué... dices... De los servicios secretos...

- ¡Sí, un agente del FBI!.

- Claudine del FBI.

La expresión de la mujer cambió ciento ochenta grados. Su rostro se descompuso en décimas de segundo cual un albérchigo o melocotón maduro tras darlo el sol potentemente, o como un inesperado e insólito susto de miedo dado a un pobre e inocente niño.

- ¡No puede ser del FBI!.

- ¿No lo sabías? – agregó Frank ahora con cara también de franca y súbita desilusión, observando que con sus palabras él también había al final, tal vez, metido la pata.

Y continuó:

- Ella, Cloed, era uno de nuestros policías secretos en Las Olimpiadas y en los Campeonatos Mundiales Deportivos. Iba siempre con nosotros.

Entonces en décimas de segundo ella interpretó muchas cosas que habían sido un poco absurdas y anormales, intereses y preguntas poco comunes y muy extrañas para una cordial amistad, exagerada atención hacia su persona, acercamientos innecesarios e ilógicos en una situación normal, etc., cuestiones y preguntas de gran rareza o extrañeza, y aunque ella a veces lo atribuía a una desconfianza de la Comisión del Fondo, la verdad era que obedecían también a una estrategia de vigilancia hacia su persona. Y entonces también comprendió ese tipo de insólitas cuestiones y preguntas que le habían hecho en las oficinas locales con respecto a su padre y que habían tratado sobre el seguimiento de su causa. Sin duda alguna, esta gente espiaba sus movimientos y sus actos porque tal vez pensaran que su padre, Mario Ruber, o ella misma, estaban inmiscuidos o trabajaban para alguna red secreta o alguna banda de terroristas.

Terea trató luego también de disimular los hechos, y en breves instantes hizo como que no le importaba el asunto, despidiéndose del joven Frank con estas palabras.

- ¿Vas a ir a la celebración del Homenaje por las Víctimas en la Zona Cero?.
- Quizás lo haga. Pero no sé si podré. Tengo que llamar al Acuario.
- Bueno si vas, espero que te veamos por allí.
- Lo intentaré. Gracias. Adiós.
- Adiós. Hasta pronto.

También eso había sido solo un cumplido. Un insincero mensaje. Una falsa propuesta. Ya no deseaba ver ni a Claudine, con quien había quedado, ni quería estar ni ver a Frank en el mencionado Homenaje, aunque le caía algo simpático. Evitaría sus encuentros, y se camuflaría entre el público. Había sido engañada por Claudine Jean, y así quería despistar tanto a ella como a Frank si por casualidad tropezase con ellos en aquel acto.

## CAPÍTULO CINCUENTA Y CINCO

En esas mismas cosas estaba pensando su padre a unas cuantas manzanas de aquí, en el Barrio del Brooklyn donde vivía con su amada Miriam.

También pensaban asistir al acto, pero Mario no quería hacerse el conocido, por eso ahora quería utilizar un disfraz, si de disfraz se puede calificar eso. Era un casi extravagante traje de deportista de eso sí una marca distinguida, en un color azul turquesa en la chaqueta y un tono morado para los pantalones, con un gorro bermellón que le tapase parte de la frente y el rostro, y con gafas oscuras, para no ser reconocido.

Miriam y Mario tenían en cambio más información sobre cómo iba ser aquel acto social en el “Ground Zero” o Zona Cero, en el mismo corazón de Las Torres Gemelas.

En primer lugar hablaría un Alto Representante de la Comisión de Ayuda a Las Víctimas. Después habría cinco minutos de Silencio. Seguidamente los familiares, amigos y público en general depositarían los ramilletes y coronas de flores ante el Monumento Monolítico. Luego el Alcalde de la Ciudad se dirigía a sus ciudadanos invitándoles a ayudar y a recaudar más Fondos para los damnificados por la catástrofe. Luego hablaría el Presidente del Gobierno de Los Estados Unidos para dar las Gracias, aportar noticias y más fondos estatales para la Reconstrucción de Manhattan y para la Ayuda a los necesitados. Después vendría una especie de acto religioso donde se harían unas breves pláticas por parte de sacerdotes o pastores, y en Recuerdo por “Los Héroe Desaparecidos”, a los que murieron, unos por salvar vidas ajenas, y otros trabajando en un servicio social o comercial, en espera de la Gran Obra Definitiva en la que constaría un Gran Monumento a esas Víctimas, inocentes o servidores del Bien Común.

Los primeros que llegaron a las cercanías del lugar fueron Mario y Miriam que se colocaron en un lugar algo apartado del centro pero más estratégico. El programa era largo pero no extenso en tiempo. Todo estaba medido y cronometrado según costumbres americanas.

A los taxistas, esos taxis tan típicos de la ciudad, con ese color tan peculiar y característico de plátanos o bananas maduras, a los taxistas profesionales, repito, que estaban trasladando, con un grave sentido y actitud de respeto y de recogimiento, a muchas personas sensatas y buenas, piadosas y sinceras, no les gustaba en cambio, trasladar los días de diario a las diferentes

gentes dicharacheras e inoportunas – decían que les enervaban la sangre y los nervios - que cada día iban y venían, como hormigueros humanos deshumanizados, a sacar fotos y fotos de aquel grisáceo muñón costroso y deshecho, que aún quedaba allí como resto de aquella última pústula o postilla de una herida que tardaría muchos años en ser cicatrizada, cerrada y olvidada, y que serían, tal vez, otras generaciones y personas los que cerraran la brecha tal vez para siempre.

Luego aparecieron, hacia otro lugar distinto pero no muy alejados, y entre una multitud ya ingente de miles y miles de personas que ocupaban algunos de los lugares señalados entre las calles Liberty Street, la Church Street, la Vesey Street y la West Street, que eran las que rodeaban “El World Trade Center” neoyorquino, las parejas encabezadas por Nuria del Álamo y Jesús López, y detrás de ellos Peter Felling acompañado por Terea Ruber, la cual ya había relatado y contado a sus amigos la verdadera historia de Claudine Jean Mills, la agente de los servicios secretos a la que ya no quería volver a ver ni en pintura.

Terea, con un vestido negro, sombrero oscuro de copa ancha, abrigo de piel gruesa y gafas negras, traía un ramillete de flores que pensaba depositar en un cercano Monumento, como una más de los muchos familiares y amigos que lo harían a las demás víctimas del terrorismo.

Llegado el momento de culto, a las trece y media en punto, las emocionadas palabras de Adams Bolt, como representante de la Comisión de Ayuda, se esparcieron, escalofriantes y nostálgicas, con esos recuerdos imposibles de olvidar, por el espeso aire neoyorquino proveniente de unos altavoces sabiamente establecidos por los técnicos locales, para llegar a todas las gentes que allí estaban congregadas.

Luego tuvo lugar el acto de depositar como símbolo de amor y recuerdo, con solemne paciencia y exactitud, los cientos y miles de ramos, ramilletes, coronas y centros de flores, plantas y frescos vegetales, en los puntos oficiales acordados para tal efecto, a fin de evitar anómalas congregaciones.

Vino a continuación el acto más entrañable y emotivo, el acto más esperado y escalofriante: Cinco minutos de Silencio, cinco minutos de Esperanza, cinco minutos de Consuelo, cinco minutos de Justicia, cinco minutos de callada Oración.

Los rostros y las caras de las gentes, de todas las personas reunidas allí, eran de franca tristeza, de tierno recuerdo, de callada emoción. Las lágrimas de tristeza y pena se esparcieron dolorosas y grávidas como una imprevista y débil cascada primaveral de agua transparente y oculta entre el follaje y la vegetación boscosa.

Minutos más tarde el Alcalde de Nueva York renovarían su ayuda, su condolencia, y su apoyo personal y comunitario a los familiares de las víctimas de aquella magna tragedia. El alcalde mencionó su afán de cooperación entre todas las instituciones y

administraciones públicas y privadas, y resaltó el heroísmo, abnegación y generosidad de muchos funcionarios municipales o federales, de muchas personas que expusieron y dieron sus vidas por los demás.

Luego llegó el esperado acto del Presidente de la Nación Americana. El Presidente hablaba en nombre del Pueblo Americano y del Gobierno que representaba, y así mencionó y subrayó a lo largo de su discurso, la honda conmoción que vivieron todos los americanos aquel fatídico día del 11 de Septiembre de 2001. Sus esfuerzos y sus afanes para combatir el terrorismo. La operación de castigo contra los asesinos y terroristas. La cooperación internacional contra el mal del terror y el miedo. El respaldo federal con dinero, retribuciones y créditos, a las personas, funcionarios, personas, e instituciones y empresas, que se habían visto afectadas por la catástrofe.

Allí nadie tenía que ser protagonista, nadie debía apoderarse de esos íntimos minutos que los familiares y amigos tenían derecho a merecer sobre sus muertos y desaparecidos.

Allí los únicos y auténticos protagonistas eran los muertos. Medalla de oro póstuma para todos.

Héroes y personas inocentes que perdieron sus vidas de una manera impropia y absurda.

Allí, entre aquella multitud, los había también que daban Gracias a Dios por haber salvado la vida o los bienes, los que heridos ya habían sanado, los que salvaron a tiempo a otras personas de morir bajo el fatal derrumbe, y hasta los que creyeron que todo aquello era un castigo de Dios.

Cuando las oraciones y preces religiosas se difundieron por sacerdotes católicos y pastores cristianos entre el silencioso espacio de la Zona Cero, un murmullo silencioso de recogimiento, amor comunitario, perdón, justicia y voluntad de superación de la tragedia, traspasó los corazones y las almas de los asistentes a aquel gran acto en recuerdo y memoria por las víctimas del terrorismo.

Unos callados, otros ocultos entre abrigos y sombreros, otros en silencio y con respeto, otros con sinceros testimonios, la gente comenzó a dispersarse lentamente cuando las últimas pláticas religiosas terminaron.

Y en orden y con los ojos llenos de lágrimas o sollozos muchos se retiraron de aquel lugar pensando que el Destino no es cosa de los Hombres.

Que el Destino es cosa de Dios, o tal vez, del ciego o inesperado fortunio o infortunio.

Otras ceremonias y homenajes se habían realizado en honor y en recuerdo de las víctimas de Las Torres Gemelas, pero como aquella, tan triste y emotiva, tan sentimental y tan callada, tan respetuosa y cariñosa, no se repetiría en mucho tiempo.

## CAPÍTULO CINCUENTA Y SEIS

También aquella noche, era noche de despedida y de sentida nostalgia. Nueva York o te cogía o la aborrecías. Sin embargo, aún tenían fresca, en mente y en el corazón, las imágenes y oraciones a las que habían asistido al mediodía en la Zona Cero, en honor y en recuerdo de los muchos desaparecidos entre Las Torres Gemelas.

Pero la vida seguía su curso. Y la nobleza y el sentimiento no estaban reñidas con la voluntad de progresar y de vivir.

Resultaba inverosímil y lamentable, pero cierto y desolador, escuchar aquel refrán castellano, dura y amarga sentencia por otro lado, pero llena de intranquilizada realidad, de apabullante y verídica realidad, “que el muerto al hoyo y el vivo al bollo”, dando a entender que la vida es cruel y dramática. Pero debe seguir su cauce como río doliente, lleno de piedras y guijarros en el camino, con aguas sucias o putrefactas, con olores insanos o con aguas torrenciales que todo lo arrasan o destrozan.

Por eso, por una de esas casualidades extrañas de la Vida, o también del Destino, vinieron a celebrar esas dos anunciadas despedidas, nuestros entrañables amigos, en el mismo lugar y casi a la misma hora convenida. ¡Paradojas de la vida que diría un poeta!

Nuria del Álamo y Jesús López, porque abandonaban con pena y tristeza la Ciudad de Nueva York, después de haber pasado allí momentos emotivos, sentimentales y estelares. Habían invitado a la ceremonia a sus amigos Peter Felling y a Terea Ruber, y se había suspendido a última hora la presencia de Claudine Jean, quien se había excusado con el mayor de los respetos y cortés consideración.

Por otra parte, Míriam Starpe había convocado también para una peculiar despedida, y antes de irse con Mario Ruber para Cape May, a la casita de Campo que su madre tenía en la costa atlántica, a Ingrid Thomas y a Andrée Marcus, sus amigos y vecinos.

Los primeros en llegar al restaurante “New Oak Room”, un lugar especial y señorial, donde a la reunión íntima y privada habían incluido agradable y exquisita comida, fueron Míriam y Mario, acompañados por sus invitados, los músicos y artistas Ingrid y Andrée. Por otra parte, Ángela Peterson Robse había cancelado la invitación por encontrarse indispuesta, y afectarle de nuevo tanto esos funestos sucesos.



Eran aproximadamente las ocho y cuarto de la tarde, cuando el maître, o chef encargado del comedor, les sugirió la mesa que tenían reservada. El lugar era en un prestigioso comedor donde se daban cita algunas gentes del mundillo literario y artístico.

Una estancia reformada, un recinto renovado con el servicio entrañable y selecto del “Piano Bar”, a cuyo frente y tocando unas conocidas y ligeras baladas de Jazzs o Blues estaba el conocido compositor de color Rodolf Ashoft.

A unas sencillas pero precisas indicaciones de Norton, el chef, un rubio, altivo y fuerte caballero con una pajarita de lazo negro en un impecable traje negro con chaquet propio de un cargo de su rango, con camisa tan blanca como la nieve, dirigiendo con su mirada casi más que con sus manos o palabras el ilustre servicio, tan ágil como el más experto guardia del tráfico circulatorio, para que los dos camareros a sus órdenes dispusieron la mesa reservada con prestancia y amabilidad, con cortesía y nobleza.

Como Miriam ya había prevenido al chef, a Norton, que uno de los invitados se había tenido que ausentar por motivos personales, entonces los dos camareros se encargaron de disponer la mesa en forma de óvalo y transformarla en mesa cuadrada con un ligero y sencillo mecanismo, que recogía hacia el interior los segmentos salientes de los bordes, y se transformaba al meterse hacia adentro, en una mesa cuadrada, donde las cuatro personas podían sentirse mejor y más cómodas.

La genuina música, tan rítmica y armoniosa, que partía de las grandes manos de Rodolf, de las teclas negras y blancas, y de las palabras pastosas y entrañables que salían de su enorme boca, como un ángel divino abriendo canciones hacia el cielo, te transportaba dulcemente y sin quererlo a esos célebres lugares o famosos conciertos de los maestros del Jazz, de Soul o de los Blues, a esos Louis Armstrong o a Billie Holiday, Benny Goodman o Chick Corea, y tantos y tantos que habían sido magníficos músicos como Duke Ellington, Dizzy Gillespie o Gato Barbieri.

El comedor bien dispuesto y ordenado era como una medida matemática de la gastronomía. Mesas elegantes y de modernas simetrías distribuidas en múltiplos de cuatro, con blancos manteles rectangulares o cuadrados que poseían suntuosos bordados hacia los extremos de sus ángulos, que soportaban el peso de la artística cristalería con figuras redondas u ovaladas, y la vajilla de fina y esmerada cerámica alemana. El amplio suelo realizado en parte con lujosas cerámicas geométricas en tonos beige cromados y marrones sensuales y acrobáticos.

La música romántica y jazzística de piano llenando sueños, espacios y corazones. Varios cuadros pictóricos del arte contemporáneo ilustrando las altas paredes del comedor como si de una galería italiana se tratase.

Las estilizadas sillas de maderas tropicales del mobiliario como si el espejismo del caoba y la nobleza del roble estuviesen

escribiendo unas páginas con nuevas esculturas sinuosas y de decoración post art déco.

Y en el techo del cielo, iluminado de luces y cálidas sensaciones el espacio, como un universo de callada música espiritual, colgaban alternativamente unas grandes y señoriales lámparas en forma de cerrados plafones cónicos y cilíndricos, que destellaban formas y siluetas del primitivo Manhattan.

Uno de los dos camareros que allí se encontraba en aquel preciso instante, llamado James, un tipo recto y erguido como un álamo, con la preceptiva camisa y lazo bien limpio y anudado, mostrando sus atributos de ligereza, prestancia y amabilidad, así como un buen gusto, se acercó a los comensales para mostrarlos la carta o menú del restaurante.

Pasado un rato prudencial, y envuelto por la sombría, sensual y acariciada música de Jazz que envolvía el lugar, se volvió a acercar y anotó en un block de notas con unos irreconocibles garabatos: Costillas de cerdo con salsa de barbacoa con bollos de maíz y col rizada. Ensalada de frutas, nueces y lechuga. Sopa de almejas con tomate y galletas saladas como guarnición. Hamburguesas especiales con patatas fritas, ensalada fresca, y aros de cebolla rebozada. Banana Split, un super helado con frutas, tarta de queso y unos pastelitos de verduras y pescado.

Mario, estaba sentado a espaldas del resto del salón-comedor, y frente a Miriam, situada su mesa en uno de los extremos del comedor, y Andrée en frente de Ingrid, en una configuración muy normal y natural para un restaurante de aquellas características.

La primera conversación entre ellos versaría, mirando los comensales a dos pequeños maceteros que contenían respectivamente, el uno flores naturales, y en el otro artificiales, sobre lo siguiente:

- Ahora hay costumbre de poner flores naturales y compartirlas con las artificiales – dijo Ingrid refiriéndose a los mismos.
- Sí, sí, es curioso, cuando yo llegué a New York, sólo se veían flores naturales por doquier, – aseveró Andrée con cierta delicadeza y palabras algo bajas. Ahora el “boom” de lo artificial también comienza a hacer furor.
- Estos claveles rojos y estas rosas amarillas son naturales - dijo Miriam acercándose ligeramente hacia el florero de su lado -. Es una suerte estar siempre en el campo, y ver nacer las plantas y cómo se abren cada día las flores. Aquí en la Ciudad se pierde lo bello y hermoso que todavía sigue siendo el campo natural, las praderas y los bosques.
- ¡Tenéis razón!. La vida se vuelve cada día más antinatural. Los productos pierden parte de sus propiedades naturales, y todo se quiere volver genético -

terminó subrayando Mario, casi hablando como un sabio botánico universitario.

James, el servicial camarero, se acercó con unos aperitivos para que fuesen comiendo mientras se preparaban los platos solicitados. La música sonaba tímbrica y doliente. Y un suave viento silencioso invadía de callada nostalgia aquel lugar neoyorquino.

Luego, llegó otro camarero, Paul, con una botella de vino californiano, un vino especial de la casa que descorchó con sumo cuidado, y sirvió con delicadeza y cortesía en el interior de las copas de cristal de bohemia.

Ingrid volvió a decir:

- Mis flores preferidas son los tulipanes. Los rojos me seducen, me atraen y me hacen sentirme como una tonta.
- Pues para mí las flores preferidas – intervino de súbito Mario sin esperarlo los demás – son las orquídeas. Las orquídeas azules o violáceas. Desde niño me impactaron fuertemente cuando las vi en las faldas de mi madre. Y me hechizaron y me embriagaron de adulto, cuando vi inesperadamente un día destruir todo un invernadero dedicado a esa magnífica y tierna flor, llena de sensualidad y de luz, porque el dueño del mismo comenzó a odiar al jardinero que las cuidaba con primor y cadencia, tras un asunto de faldas, de amor y odio, entre el jardinero y la mujer del dueño, y la sarcástica venganza de éste último, fue llevarse por delante cientos y cientos de flores bonitas e inocentes, solo por el hecho de, al parecer, ser amantes, el jardinero y su mujer. Y cuando me muera, no me importaría, es más me gustaría, que mi corona o mi ramo favorito fuesen las orquídeas. Esas Orquídeas Azules que miran desde los acantilados al cielo y al mar para confundirse con los difusos espíritus fantasmales marinos.
- Pero, ¡qué cosas dices, Mario!, - exclamó Miriam con cara de estupefacción y sorpresa.
- ¡Qué sí mujer, que lo digo en serio!.

El piano seguía mostrando en el aire la melodía y el encanto de una música diferente, distinta. El pianista Rodolf Ashoft mostraba lo mejor de su virtuosismo tocando y cantando con ese fuego, dinamismo, fuerza y desapego de la vida, que sólo la pasión, la dejadez y la nostalgia de un destino logra mostrar o encandilar a algunas personas de vez en cuando.

## CAPÍTULO CINCUENTA Y SIETE

Casi unos veinticinco minutos después entraron por la misma puerta, y en el mismo comedor del “New Oak Room”, Peter Felling y Terea Ruber acompañados por Nuria del Álamo y Jesús López, quienes habían invitado a aquellos a una cena de despedida, pues marchaban de Nueva York al día siguiente.

Cuando inconscientemente Jesús miró su reloj marcaban exactamente las nueve menos veinte de la noche.

Como el chef se había ausentado en aquel momento se dirigió hacia el grupo, con presteza y voluntad, el camarero llamado Paul, que acababa de servir una botella de vino californiano en la mesa donde cenaban Miriam y Mario acompañados de sus amigos, a los que también habían invitado, pues se marchaban a pasar una temporada de vacaciones, uno o dos días después de hoy, a una casa de campo, en la costa atlántica, propiedad de la madre de Miriam.

Paul, el camarero, un hombre delgado y moreno, de recto bigote negro, también vestido muy impecablemente, y más brillante que una librea francesa, se detuvo brevemente a dialogar con ellos, en la zona reservada de espera en el vestíbulo del restaurante.

A continuación se dirigió hacia el lugar donde estaba el lugar reservado para los camareros, y le comentó a su compañero con voz suave y cómplice:

- James. Que ni pintado. Otros que también les ha fallado el quinto... ¿Dónde está Norton? ¡Habrà que avisarlo!. ¿Estará también enterado de ello?.
- ¡No lo sé!. Nada le he oído comentar, aunque tal vez el Señor Marc, lo ha podido ya prevenir. ¡Mira ahí llega!. ¡Cuéntaselo, anda!.
- ¡Señor Norton!. Aquellos señores dicen que tienen un problema, que han avisado ya a recepción de que un

compañero no ha podido venir con ellos, que lo lamentan..  
¿Ya les han avisado a Uds.?

- ¿Cómo no los ha hecho pasar a una mesa?. ¿Cómo se llaman, o a nombre de quién estaba hecha la reserva?.
- Me han dicho que a nombre de Nuria y Jesús López. Son españoles.
- ¿Hay, quizás, un equívoco? – dijo el camarero James con cierto sentido de humor.

Entonces hubo unos breves momentos de silencio. Y la voz ronca y segura de maître puntualizó brevemente.

- ¡Ah, sí!. ¡Es verdad!. Ahora me acuerdo. Llamaron esta tarde, sobre las cinco, que vendrían sólo cuatro personas – precisó el chef Norton. ¡Hala, andando!. ¡A preparar otra mesa igual que la anterior!.
- ¡Al minuto, jefe!.

Y salieron disparados hacia un lugar determinado, mientras el chef Norton se dirigía hacia el grupo de recién llegados para recibirlos con cortesía y presteza.

- ¡Buenas Noches, señoritas, Buenas Noches, caballeros!.
- ¡Buenas Noches! – respondieron ellos.
- ¡Tengan la bondad y la amabilidad de seguirme, por favor...!

Al otro lado, medio ocultos por las altas columnas del edificio y una disimulada mampara roja que de vez en cuando había en el Comedor, y la total ignorancia de no esperar encontrar allí nada anormal, se hallaban el grupo de Miriam y sus amigos cenando sin traumas ni ningún otro inconveniente foráneo.

Pero aparentemente todo hacía presagiar lo peor. O tal vez, el Destino de ellos fuese sólo como parte del Destino de Ulises.

## CAPÍTULO CINCUENTA Y OCHO

- ¡Por favor, siéntense aquí!. ¡Gracias!. ¿Les gusta el lugar, esta mesa en especial?.
- ¡Oh, sí!.
- ¡Bien!.
- ¡De acuerdo!- contestaron ellos casi al unísono mientras se desprendían de la ropa y se sentaban.
- ¡Tomen la Carta, y elijan el Menú!. Les traeremos algo para picar de aperitivo mientras tanto – les dijo con cierta sencillez el camarero.
- ¡Gracias, muy amable! – respondió Nuria por todos.

La música con sonos de jazz o blues se desparrama por el local sonando a melodías inacabables, como cascadas de graves y roncadas palpitaciones, siempre nuevas y distintas.

Paul, el servicial camarero, se acercó para mostrarlos enseguida el menú de la casa.

Las luces con sus sutiles destellos despegaban de las lámparas y plafones toda una abierta sensualidad y candidez. Un raro silencio y una extraña cortesía.

- ¿Qué van a beber Uds., por favor?
- Cerveza y agua mineral.
- Cerveza para el caballero, agua mineral para las señoritas. ¿Y Ud. caballero que va a ser...?.
- Coca cola, si puede ser.
- ¡Sí, enseguida, caballero!.

Sintieron como si se encontraban en otro lugar distinto de Nueva York. Una sensación nueva, embriagante, reconfortante. El lujo y la calidad de un servicio luego se pagaría, pero aquello era una sensación única, especial, entrañable. Y había que probarla y experimentarla.

- Ensalada de mariscos con langosta troceada. Carne de vaca curada con pan mostaza y pepinillos. Ensalada de frutas con nueces. Pescado frito con salsa de arroz. Tartas de queso y Manzana con pomelos cuarteados. ¿Algo más desean los señores, dijo el camarero anotando en una libreta roja sus menús?.
- De momento no, gracias. Bueno sí, ¿pueden retirar uno de los floreros de la mesa? – dijo brusca e inoportunamente Jesús.
- ¿Cuál desea que me lleve, las naturales o las artificiales? – contestó de inmediato el camarero.

Todos miraron para Jesús, y luego para las mujeres, como si el gusto o el perfume de las flores fuera exclusivo de las féminas presentes.

Las dos mujeres, por la actitud cortés y asombrada del camarero le dijeron:

- ¿Puede Ud. dejar las dos?. ¡No importa!
- ¡No, no!, ¡si las molesta..., si Uds. quieren me llevo las dos!
- ¡En absoluto, deje los dos floreros como están en la mesa, verdad Nuria!
- ¡Sí, sí!, no molestan para nada.
- ¡Okey!. ¡Gracias! – concluyó el camarero.

Entraron otros clientes y turistas al restaurante que iban sentándose y ocupando otras mesas y otros sitios diferentes, y que eran atendidos por los mismos camareros, y por un tercero que se acababa de incorporar. Aquellos meses eran flojos para la hostelería y la restauración neoyorquina, y varios empleados habían sido despedidos al fallar muchos clientes habituales o turistas de todas las partes del mundo.

- ¿Te molestan a ti, Jesús, eres alérgico a ...? – le dijo Terea con cierta educación y mesura.
- ¡No, no lo hacía por vosotras, tal vez también ocupaban un buen lugar en la mesa...!
- No importa, correremos esto para allí y esto para aquí, y en paz. Más hueco. ¿Vale?
- ¡Okey! – dijo Jesús imitando al americano en todos sus matices.

Rodolf Ashoft, con su cabello negro como cortado al rape, seguía aporreando con delicadeza y sentimiento las teclas de su piano de cola, y gimiendo algunas melodías de Broadway como una cascada de fantasía para dar más cosmopolitismo al lugar.

Sentados en posiciones alternativas, Jesús frente a Nuria, y Terea frente a Peter, y escondidos por columnas y mesas, los comensales empezando por Terea habían proseguido con un diálogo de gratitud y despedida.

- Muchas Gracias, por vuestros regalos y obsequios. No teníais que haberos gastado tanto, y haberme comprado esas cosas.
- Más te debemos nosotros a ti, que tú a nosotros – dijo Nuria agradecida y con cara de mujer complacida. Si no es por ti, no hubiese sabido lo dispuesto y gentil que es Jesús - explicaba con palabras llenas de segundo sentido.
- Jesús ha sido un buen compañero y amigo para todos. ¿No es así...?
- Bueno, no me hagáis ponerme colorado como un tomate o como un chiquillo de escuela, por favor. Cambiar de tema. Vosotras sois las encantadoras.
- ¡Pero qué chico tan atento! – sugirió Peter con su otro distinto humor.

- ¿No habéis observado que los perros y perritos no pueden pasear por Central Park? – dijo Nuria con cierta perplejidad.
- ¡Sí, sí, si pueden pasear!. Lo que pasa es que deben hacerlo a ciertas horas y en ciertos lugares del Parque – le contestó Terea cuando se disponía a beber un poco de agua de su copa de cristal.
- No me quiero meter en vuestra discusión, - sugirió Peter - pero me parece que los perros y perrillos sí los dejan pasar libremente por el Central Parque, nada más que deben estar acompañados de sus cuidadores o dueños, y sólo algunas razas peligrosas como boxer, doberman o dogos, los deben de prohibir entrar, o quizás, pasen tomando ciertas precauciones como un buen bozal, y cosas así. Algunos tienen también que llevarlos, por precaución, con los bozales, cadenas, etc. Los perros setter, cocker, los caniches, los yorkshire-terrier, pastores o sabuesos, o pequineses, por ejemplo, si pueden estar tranquilamente.
- ¡Peter tiene en su apartamento un perrito muy juguetón, un yorkshire - terrier!, ¿verdad?, – manifestó Terea mirándolo a los ojos -. A mí una vez me daban un gato muy simpático y bonito, pero no lo pude coger. Marchaba a estudiar dos meses después al extranjero y no pudo ser.
- Los animales de compañía se los debe de conocer bien. Los animales requieren atención, cuidado y conocimiento – aseguró Peter con sabiduría anglosajona.
- ¡Y cariño! – sugirió Terea con delicadeza.
- ¡Es una cuestión de gustos y aficiones! – observó Jesús que se había mantenido muy callado y al margen hasta el momento -. A mí, por ejemplo, os los cambio por cualquier otra cosa. Me dan alergia, y desde que me atacó y me mordió un perro mastín alemán cuando era yo pequeño, sólo por acercarme a unas verjas sucias de una mansión, no los puedo ni ver.
- ¡Excusarme un momento, que voy a los servicios! – dijo luego Terea, quien cogiendo su bolso de piel se alejó hacia el interior taconeando un poco con sus zapatos.

Y se alejó pausadamente camino de los lavabos. Mientras el ambiente subía varios grados más de calidez y adquiría el genuino aroma de su romanticismo internacional. La música sonaba como sincera y lejana. Nueva York era Nueva York, que le íbamos a hacer.



## CAPÍTULO CINCUENTA Y NUEVE

Terea había decidido ausentarse por unos momentos e ir a los servicios mientras preparaban y traían el primer plato.

Los lavabos y aseos del “New Oak Room” eran lujosos y limpios. Amplios, alegres y seguros. Un gran espejo cuadrado ocupaba toda la pared de enfrente. A sus espaldas unas modernas y lujosas cabinas servían de retrete con taza y rollera de papel.

Los servicios de caballero estaban al otro lado del pasillo.

La mujer había comenzado a arreglarse un poco sus facciones, mirando su imagen juvenil, callada, casi frágil y asombrada, cuando una persona penetró casi sigilosamente en el mismo recinto sanitario.

Era Miriam Starpe, que una vez acabado de comer el primer plato también había decidido irse a los servicios para hacer sus necesidades y arreglarse.

Al ver a aquella otra mujer ocupando la parte central de los lavabos, dándose su ligero maquillaje a su rostro, se introdujo en una cabina para orinar.

Ambas mujeres no se conocían y era la primera vez que sus rostros se miraban aunque sólo fuera de soslayo.

- ¡Buenas noches!

- ¡Buenas!

Fueron las primeras palabras que se entrecruzaron ambas damas. No había pasado ni unos segundos cuando el teléfono móvil de Terea sonó, al principio muy débilmente y luego fue subiendo de tono.

- (¿Quién puede ser a estas horas?).

Metiendo sus manos en su bolso de piel negra sacó afuera su telefonillo, y miró su pantalla. Dudó si apretar o apagar el aparato. Fueron unos segundos de incertidumbre, de expectación. ¿Cuelgo o hablo?

- ¿Dígame...?.

- Eres Terea...

- ¡Sí soy Terea!. ¿Quién es Ud.?. ¡Ah, Claudine Jean!

La voz de Claudine se oía lejos como si el mismo Nueva York se asentara en los Montes Apalaches.

- ¿Dime?, ¿qué quiere?.

- ¡Pedirte disculpas y darte una explicación!.

- No tiene por qué pedirme perdón de nada. Es su profesión.
- Luego mejoró el sonido de la comunicación y se oyó decir:
- No hice nada malo.
  - ¡Sólo hubiera faltado eso!
  - Me limité a ayudar a esas pobres gentes con Ud. y de paso....
  - ¡Sí, ya lo sé, que también hizo eso!
  - ¿Está molesta conmigo?
  - ¿Ud. qué piensa?. Póngase en mi lugar. No es para felicitarla.
  - Todo fue muy discreto. Me encargaron eso.
  - ¡Bueno, si no tiene importancia!. ¡Olvídelo!
  - Ya sabe, Terea, lo difícil que está la situación ahora en este País.
  - ¡Bueno, lo peor es que me sentí defraudada por Ud., enfadada. Pero la perdono.
  - ¿De verdad?.
  - ¡Sí, de verdad!
  - No sabe como me gusta oírsele decir. Gracias. Alguna vez nos podíamos volver a ver. Aunque, no en estas circunstancias, claro.
  - Alguna vez. ¡Bueno, Adiós!. ¡Tengo que irme!
  - Bueno, y gracias. ¡Adiós! – terminó de decir simplemente Claudine Jean.

Casi Terea no había cerrado el pequeño aparato telefónico cuando Míriam salió de la cabina y se dispuso a lavarse sus manos y a asearse su cara. Notó una imperfectible sensación de que la imagen de mujer que tenía a un lado, en el gran y limpio espejo cristalino, le era familiar, conocida.

Luego la otra persona se paró e hizo lo mismo, y ambas mujeres tuvieron la impresión de observarse y conocerse. Pero en realidad era la primera vez que se veían.

Se sintieron mutuamente observadas, como dos personas que saben que alguna vez se han visto y no saben dónde, y una percepción extraña y huidiza las invadió su ser.

Fue el momento en que Terea cerró su bolso y abandonó aquel lugar de aseo y belleza, sin pensar que también antes había decidido ir a orinar en una de las lujosas cabinas de la estancia.

Cuando cerró la puerta aún tuvo la sensación de que aquella mujer tenía algo especial para su persona.

Pero no se podía imaginar que era la amante actual de su padre, el cual se encontraba en unas mesas más allá, en unas mesas posteriores, en el mismo restaurante neoyorquino.

## CAPÍTULO SESENTA

Apenas Terea se acababa de sentar en su respectiva mesa, y comentaba a sus compañeros, con síntomas aún de enfado, y con cierta euforia, la inusual llamada telefónica de Claudine Jean, cuando otro inesperado y equívoco suceso ocurría a pocos pasos de allí.

El maître Norton, interpretando erróneamente una comunicación telefónica dirigida a una tal Miriam no sé qué... y un tal Mario Ruber, concluyó que era a la señora Míriam... Ruber, uniendo nombre del primero y apellido del segundo.

Y dirigiéndose hacia el lugar de donde había partido Terea, un extremo a la izquierda, comunicó a las personas de la zona:

- Al teléfono Míriam Ruber... Señor o señora Ruber.

Jesús López que demostró cierto interés por la voz del chef remarcando cierto nombre, prestó más atención a las últimas palabras y señaló:

- Me parecen que dicen: “Ruber, o así.
- Señor o señora Ruber, al teléfono – resonaba de nuevo la voz clara y marchosa de maître.
- ¡Terea, creo, que Ruber es para ti. Tal vez te inviten a una copa de modos y secretos policiales – apostilló ahora Jesús con cierta ironía y malevolencia, pensando que sería otra vez Claudine.
- ¿Quién podrá ser...? – dijo la interesada levantándose de súbito y con asombro de la mesa y dirigiéndose al maître.
- ¡Soy yo, por favor!.
- ¡Gracias!. ¡Tenga la bondad de seguirme!. Tiene una llamada en el recibidor.

Cuando llegó al lugar vio un teléfono descolgado y posado en una especie de taburete. Cogió el aparato y se sentó en el taburete diciendo:

- ¡Sí!, ¡dígame?.
- Miriam, eres tú.
- ¿Quién dice... Míriam?... No yo no soy Miriam.
- Ah, Ud. perdone. Llamo a Miriam Starpe o a ... Mario...

Pero Terea ya se había ido a comunicar al Norton, que era a otra persona a quién llamaban... “Miriam no sé qué...”

El señor Norton, por las explicaciones pertinentes anteriores pensó que sería una de las personas que había excusado su

asistencia para ir a la cena. Y por lo que presumía sería entonces la otra mesa quien había excusado una ausencia entre los comensales.

Y dirigiéndose ahora al otro lugar anunció casi de igual manera:

- Señora Miriam... Ruber. Al teléfono los señores Ruber.

En esto que lo oyó Mario Ruber se dirigió hacia el teléfono, momento en que Miriam salía de los servicios después de una sesión de arreglo y maquillaje.

- ¡Sí!. ¿Dígame? – contestó Mario con voz entrecortada y llena de asombro y sorpresa porque nadie creía que supiera de su paradero o estancia allí.

- ¡Miriam, por favor!. Soy Ángela Peterson!.

- ¡Ah, eres tú, Ángela, perdona unos segundos que se pone enseguida Miriam.

Mario miró hacia Miriam que acababa de pasar por allí proveniente de los servicios y de los lavabos, la llamó por su nombre, y le dio gustoso el aparato diciéndola que era para ella. Luego respiró profundo y tranquilo, pues no deseaba que alguien supiera su extraño proceder actual y de su desconocido paradero en Nueva York.

- ¡Miriam, es Ángela Peterson!. ¡Anda, ponte!.

- ¿Dime, Ángela, te pasa algo?. ¿Estás enferma...?.

- ¡No, no es que me he acordado mucho de vosotros!. ¡Perdonad mi ausencia!. Son días en que la depresión me acongoja de nuevo mucho. No puedo remediarlo. Lo siento mucho el no poder acompañaros. Los recuerdos de estos acontecimientos se me agolpan violentamente de nuevo, obsesivamente. No puedo remediar pensar en mi familia. También todos muertos. Y cómo no contestaba tu móvil...

- Lo tengo desconectado, querida... ¡Perdona!. Pero no tenías que haberte molestado en llamar. Comprendo tu dura y crítica situación. Yo solo, Ángela, intentaba ayudarte. La soledad tampoco es buena. Y en tus condiciones ... Mañana pasaremos a verte, y así conocerás a Mario Ruber, es un tipo fenomenal, sensacional, todo un caballero. Pero, bueno, no te quiero cansar más. No hacía falta que llamarás. ¡Cuídate mucho!.

- Adiós, y perdonadme. Soy una pesada.

- No, no, ni mucho menos. Eres encantadora. Yo comprendo tus delicada situación, querida. Cuídate. Cuídate mucho. Venga. Okey. Mañana ya te llamaré, ¿vale?.

- ¡Adiós!.

- ¡Adiós Ángela!. ¡Hasta mañana!.

Y con ciertas lágrimas en los ojos colgó el teléfono, comprendiendo, por los síntomas lingüísticos y emocionales, que detrás del teléfono otros ojos estarían muy sollozantes, porque,

para ejemplo, ya tenía ella a su madre, con cierta subida enajenación, una demencia que es peor que la locura congénita, y que le estaba minando la salud; y así pensó que de la misma manera, también Ángela Peterson Robse se estaba sumiendo en una triste y penosa enfermedad, peor que un Alzheimer o una esquizofrenia.

La triste soledad, la depresiva actitud ante la vida, la desgana y la amarga desilusión, la dura y cruel realidad cotidiana al morir su esposo en tan terribles circunstancias, y poco después la tragedia de su hija de una pavorosa y cruel enfermedad, más la tragedia de Las Torres Gemelas, la habrían desquiciado a peor, y la habría anulado su personalidad.

Cuando Miriam se sentó de nuevo en la mesa intentó disimular en sus pálidos ojos sus salpicados y tristes pensamientos, sus sentimientos de pena y desilusión, la amarga realidad de Ángela. Y les comunicó a sus amigos que Ángela había tenido la molestia de disculparse por su ausencia. Y que mañana, si podían, Mario y ella la visitarían en su piso neoyorquino para darle ánimos, y confianza y fortaleza en ella misma.

La música solemne, nostálgica, emotiva, de jazz, soul o blue, les sumergía a todos en una extraña realidad. Aunque, ahora para Miriam le sobraba esa oración espiritual que es para mucho la música. Un relax y un descanso. La música alegra los corazones y el alma. Pero hay situaciones que ni la música puede llenar.

El restaurante se había casi llenado de nuevos clientes y comensales. Las gentes y los turistas tienen que comer y descansar. El ambiente era de silencio, de recogimiento, de sensibilidad, la tragedia vivida aún por la Ciudad estaba latente y encima de todos.

Un poco más allá, en la mesa de Peter y Terea, la conversación había transcurrido más amena y distanciada, hasta que a Nuria se la ocurrió decir:

- Me duele algo la cabeza. ¿Tenéis alguien una “Aspirina”?.
- ¿Te duele la cabeza? – remarcó Jesús con cierta extrañeza.
- Creo que sí. Me pasa algunas veces. Con una pastilla efervescente de “Aspirina” se me pasará.
- Pues, no, no tengo, creí que tenía alguna – resaltó Terea buscando en el interior de su bolso.
- Llamamos a un camarero, a ver si tienen aquí algún analgésico – indicó Jesús mirando hacia el lugar donde estaba el servicio de camareros del restaurante.
- ¡No, no, déjalo!. Se me pasará... – sugirió de pronto la mujer mostrando una cara más alegre para no molestar ni asustar a sus amigos.

Las Noches en Nueva York en aquellos días seguían siendo diferentes. Todo se veía, con la mente y con el corazón puestos sobre la mesa, de otra manera distinta. Todos ahora parecían

necesitar a todos. Y hasta la Luna se había teñido su cabellera con la sensibilidad de un romántico funambulista.

- Tengo unas ganas locas de fumar un cigarrillo – manifestó Miriam quizás para desahogar tanta tensión acumulada.

Andrée echó mano a sus bolsillos y sacó un paquete de cigarrillos rubios, y le dio uno a Miriam.

Mario sacó a su vez su encendedor dorado y lo encendió para darle fuego, cuando vio que un camarero se acercaba silencioso mirando con estupor la escena, y señalando con varios gestos la prohibición de fumar, e indicando un cartel que ponía “No se permite fumar en este Restaurante”.

Mario sintió tanto como Miriam no haber podido encender el pitillo, y con una señal de resignación recogió el cigarro para otra ocasión.

- ¿Quieres un chicle? – dijo Ingrid intentando calmar la ansiedad de Miriam.

- ¡Mejor será tomar unas copas de Cava! – manifestó Mario llamando a continuación al camarero con una señal de mano.

Cuando el camarero se acercó le dijo con mucho aplomo:

- ¡Por favor, sírvanos una botella de Cava catalán!

- ¿Champán? – querrá decir, por favor.

- ¡Cava catalán!, si puede ser.

- Enseguida, caballeros, ¡Cava catalán!. Una botella de reserva para cuatro. – resaltó el camarero James con aire de dar gusto a los comensales.

Y fue al pedir esa botella de cava o champán, lo que hizo que la estancia en el “New Oak Room” se retrasase algo más, impidiendo que salieran juntos o casi juntos ambos grupos de comensales.

Como a Nuria del Álamo le dolía la cabeza, una de esas muchas jaquecas que aquejan a algunos mortales, decidieron salir antes del local y dirigirse a sus respectivas casas. Mañana, Jesús y ella, tendrían que abandonar la Ciudad de Nueva York, y partir de los Estados Unidos hacia España. Lo sentían de verdad. Pero se había acabado el tiempo para el cual habían venido a Nueva York. Tiempo de historia y tiempo de recuerdos. A veces la historia es simplemente un recuerdo del subconsciente.

## QUINTA PARTE

### “ASESINATO EN CAPE MAY”

## QUINTA PARTE

## “ASESINATO EN CAPE MAY ”

## CAPÍTULO SESENTA Y UNO

La vida de las personas se abre y crece en ocasiones, bien como unos tiernos pétalos de flor, con el invisible y fresco aroma rezumando paz u olvido en su interior, o descargando esa pletórica energía para su supervivencia, mostrando así un amplio abanico de posibilidades, bajo el signo fugaz de la evolución.

Si el amor platónico se junta con la vida natural, puede desplegar también toda su carga de éxtasis lingüísticos, de palabras gramaticales sueltas y bellas, de buenas citas deseables. Toda la sintaxis del erotismo metido en una cápsula de crisálida. Y como un imaginativo beso es, a veces, toda la semántica alegre de los corazones.

Pero el amor de Miriam Starpe y Mario Ruber era la misma morfología de la pasión. Un torrente de encuentros reales, locos e irracionales, besos y abrazos, dos leños ardiendo que crepitan rojos, sensibles y cuarteados sonidos, y remueven letras ortográficamente curvas, y quizás, mal impresas.

- ¡Baja también ese paquete, querido!. Ya llevo yo tu maletín de viaje.
- ¡Uf...!. ¡Cuánto pesa esta maleta!. ¿Qué has puesto adentro?. ¿Toda tu casa de Blooklyn?.
- No exageres tanto, amor. Todo lo necesario para pasar aquí un mes o así. ¿Acaso no estás contento con la venida?.



- ¡Oh, sí, sí, estoy encantado!. Creo que el paisaje de Nueva Jersey es maravilloso, encantador.
- Además estaremos solos. Solos. Todo para nosotros. Mi madre casi no se dio cuenta de adónde íbamos...
- Pero, tu madre tendrá también llaves de aquí, ¿o no?.
- Sí, hombre, pero no te preocupes por ella. No creo que venga ahora. Sólo viene cuando no tiene crisis mentales. Y ahora está muy afectada por todo lo de Nueva York.
- ¡Pero yo no la caigo nada bien!.
- Anda, olvídate de eso, y mete esa maleta adentro, mientras yo introduzco el automóvil en el garaje – inquirió Miriam con voz segura y diáfana.
- ¡A tus órdenes, mi amor! – le respondió dándole un sensual beso en sus labios femeninos.
- ¡Ah, y no se te olvide coger la caja de pinturas del asiento de atrás!.
- ¡Sí, sí, aquí está!. Ya la cojo yo. Oye, ¿se te olvidó traer el caballete para pintar?.
- No, no hace falta. Tengo aquí, en “Maxtom”, uno recogido en la buhardilla.

Cape May mostraba toda la extensión de su abrazo romántico, hondamente natural. El paisaje se envolvía entre una atmósfera con un clima templado y una sugestiva cubierta de bosques con robles, abedules, arces, hayas, cedros blancos o pinos.

La cercana bahía de Delaware se mecía con los atrevidos veleros deportivos, goletas de otras épocas, y embarcaciones de otros tipos.

Ciervos veloces correteaban alegre y confiados, ardillas grises o listadas subía y bajaban de los árboles o grandes arbustos para recoger nueces, piñones y otros frutos secos. Avispados conejos y zarigüeyas corrían por las zonas campestres.

Y en el cielo una multitud enorme de aves desplegaban con sus bandadas de pájaros de bellos trinos, grullas, aves de los litorales, gaviotas, y aves de rapiña como los águilas, demostrando que la naturaleza tiene aún la fuerza de un ciclón, como esos huracanes que a veces también asolaban esas costas y esos pueblecitos.

Y arriba, como un Cíclope homérico, presidiendo la tierra y el mar el famoso Faro de Cape May como emergiendo desde la tierra hacia el cielo para descubrir con sus ojos iluminados de luz los bancos de almejas, de langostas, de cangrejos y ostras marinas, con la que el litoral ofrecía su tributo a las gentes y a los pescadores.

- ¡Déjalo ahí todo!. Te voy a enseñar la casa. Bueno “Maxtom” como la llama mi madre. Era un hombre fuerte, Max Tom, un pescador del que mi madre se enamoró como una loca. Ya ves la cosa viene de familia.
- Todo esto es muy bonito. Aunque...

- Algo extraño y misterioso... Venga, dilo. Lo estabas deseando decir...
- No, no quería decir eso. No me esperaba encontrar algo tan pintoresco y original.
- Pues ya verás cuando te enseñe en Cape May los más de seiscientos edificios victorianos, con las calles iluminadas por antiguas farolas de gas, y con los hoteles tan distintivos y señoriales, y la “Emlen Physick Estate”, el único Museo en una Casa Victoriana de Cape May. En cambio, esta casa de campo de mi madre sólo tiene, más o menos, cerca de un acre y medio.
- ¡Pues. me ha parecido más grande!
- ¡No lo creas!. Mira, ven. Por esas escaleras de madera de roble se sube al piso superior donde están las habitaciones. Aquí abajo entre el salón, la cocina, la despensa y un baño. Lo suficiente para vivir tranquilos.
- ¡Me encanta este amplio salón de entrada!
- Pues a mí lo que más me gusta de toda la casa es el Porche. Solía jugar de niña en él con las muñecas y el monopoly. ¿Sabes que ese juego nació cerca de aquí, en esta zona, en Atlantic City, donde hay más casinos que iglesias y museos juntos?.

Luego dejaron el resto de las cosas y salieron al exterior donde las praderas verdes se alternaban con árboles y arbustos, y un pequeño aljibe que hacía las veces de una piscina.

- Mira allá a lo lejos. ¿Lo ves?. Allá, tras aquellos setos. Allí hay una cuadra para caballos. De pequeña montaba un poney encantador. Se llamaba “Bocangel”. Luego iremos para allá.

Miriam le mostraba todo su mundo campestre. Aquel que la había sumido en la imaginación de la pintura. Y cuando en sus cuadros mostraba esos verdes esmeraldas de las praderas, esos fucsias de las rosas tan vivaces y pícaras, o esos azules de cobalto o de ultramar que era como una sutil emoción que surgía y partía de allí. O cuando ponía en su paleta como para teñir de sangre el paisaje, esos rojos de fuertes bermellones; o para imaginar la luz del sol empleando unas tonalidades de amarillo de cadmio, u esos ocre o beige para templar los juegos de luces y sombras de un cuadro al óleo. Todo era como la mano de un pintor renacentista que mira las cosas y los objetos a través de un prisma óptico, como una lupa que crea las figuras y los objetos mostrando las innumerables fantasías de la Naturaleza.

## CAPÍTULO SESENTA Y DOS

Luego caminaron unos metros en dirección al norte atravesando unos pequeños matorrales, y unos setos descuidados y salvajes por el paso del tiempo. Subieron una pequeña loma desde donde se divisaba casi toda la finca.

Miriam se quitó su chaqueta azul y se secó el sudor de su cara y frente con un pañuelo de papel. Lo mismo hizo Mario, por mimetismo, despojándose de su chaquetón grisáceo. Éste tomó su cámara fotográfica y se dispuso a sacar varias fotografías de la zona que tenía ahora ante su vista.

- Mira, desde aquí se ve aún la casa. ¿Te gusta esto? – le dijo con cálida sencillez Miriam, tapándose con una mano la frente, a manera de visera, para que no le diera el sol de lleno, y divisar mejor el paisaje.
- Sí, desde aquí, todo parece más bonito, más encantador... Distinto... ¡Más inverosímil!
- ¿Por qué dices eso? – le contestó de inmediato Miriam con cierta perplejidad y asombro por sus anteriores palabras.
- Porque desde aquí se crea una ilusión óptica más irreal que desde abajo, que se ve y se contempla como más normal, más natural.
- ¡Toda ilusión es en un principio irrealidad! – apostilló con adrede encaro la mujer.

- Sí, pero me parece que la mansión está hecha con unas ciertas dosis de extraña y extravagante imaginación. Más que una clásica casa americana de campo parece una villa de estilo italianizante. ¡Mira esos parterres y setos que tenéis allí!. Crean la forma de un espacio no geométrico, sino casi escénico, como una representación teatral.
- ¡Ah, puede ser que los señores a los que mi madre compró la mansión y la finca lo hiciesen ya así de esa manera!. Eran de origen italiano, y eran unos artistas o unos actores de teatro. No sé bien eso. Y luego fue comprada y adquirida por ella, eso me dijo mi madre, a un precio muy asequible, porque los Señores Mantuas, o algo así, se marchaban para Europa, y tenían que vender rápido y económico, y eso lo aprovechó mi madre para comprar estos terrenos, a instancias, es verdad también, del tío Max Tom”, como yo le llamaba de niña. Lo único que añadió mi madre fueron las cuadras de caballos, los cobertizos que veremos enseguida y una capilla que allí se hizo ella.
- ¿Una capilla, dices?.
- Sí.
- Pero, ¿una capilla religiosa?.
- Sí, ven. Bajemos por aquí, y lo veremos todo.

Descendieron por una vereda estrecha que tenía zonas agrestes de hierbas y matorrales; luego se internaron en una zona espesa donde predominaban árboles de bosque: sobretodo abedules, arces y algún cedro blanco. Siguieron por un sendero lleno de piedras en los bordes como para dar la sensación de entrar en una zona sagrada. Y sagrada era la zona porque allí estaba, a varios metros de dos pequeños arroyos con aguas que fluían lenta y sosegadamente, una pequeña capilla medio envuelta en una espesa vegetación como si una bruma tamizara el suelo de alfombra vegetal.

Un pequeño puente hecho de almohadillones de piedras a modo de rocas bien pulidas y superpuestas, daba acceso a unas puertas de metal que estaban cerradas.

- ¡Espera, que abro ahora mismo la ermita! – dijo Miriam con suma corrección, mientras el ambiente se teñía de tonos terrosos: ocre, caquis, marrones.

Del llavero apartó un llavín dorado y lo hizo introducir en el interior del agujero. Giró con presteza el llavín y la puerta se abrió chirriando metálicamente por sus goznes, como para comunicar que allí hacía tiempo que nadie había penetrado con cierta holgura.

Una capilla al modo de las realizadas por las confesiones cristianas o evangélicas mostraba toda su sencillez, todo su puritanismo, y toda la hiriente emoción de un lugar para la oración y el recogimiento.

Una imagen de Jesús saludando, y tres bancos de madera envejecida y algo carcomida por la humedad y los insectos, y dos o tres sillas de tosca y ajada madera, era todo lo que aparentemente tenía a la vista aquel insólito y romántico lugar.

- ¡Mira aquí!.
- ¿Dónde?.
- ¡Aquí abajo!.

Unas débiles, opacas, y oscuras demarcaciones, como una delineación frágil y casi invisible, medio camuflada en el suelo, aparecían con dificultad a la vista, dando la sensación de que fueran dos tumbas las que se podrían descubrir allí abajo, tras el desgastado y viejo suelo de cerámica pardusca.

- ¡Son dos sepulcros vacíos! – dijo Miriam con cierta soltura y naturalidad en sus palabras.
- ¡Que ahí abajo hay dos tumbas!.
- ¡Pero están vacías, hombre! – respondió la mujer ocultando y disimulando la auténtica finalidad dada a tales enigmáticas oquedades.
- ¡Ah, ya veo como unas pequeñas anillas en el centro de las losas!. ¿Y para quiénes son...?. Bueno, quiero decir que si hay alguien para quién... se hacen... – dijo Mario con cierto temor y miedo, y tartamudeando en su pregunta.
- Bueno, verás. No es intriga ni curiosidad. Te lo contaré. Fue una idea de mi madre. Siempre quiso que la enterraran aquí, conmigo, cuando...
- ¡Bueno, no es mala idea! – dijo Mario pensando, quizás, que otras cosas peores hay en la vida.
- ¡Sí, dilo, sé que lo estás pensando!. Una idea disparatada. Descabellada. De locura. Mi madre es muy rara, muy rara, ¡una loca! – dijo la mujer poniendo en sus palabras cierto énfasis de furia y de disgusto, y de no estar muy acorde con los hechos.

Luego añadió como movida por las circunstancias:

- En su familia hubo dos hermanos que se volvieron locos, e hicieron lo mismo: construirse sus propias tumbas en sus fincas.
- ¿Es verdad eso?, ¡pues sí que eran extraños y raros!.
- ¡Bueno, vayámonos de aquí! – dijo la mujer cansada de contemplar y de contar cosas desagradables.

Salieron en silencio y reflexivamente, de aquel insólito lugar, un tanto misterioso, lacónico y triste.

- ¡Ven, vamos por este sendero!. Llegaremos directamente a las cuadras de los caballos. Bueno, lo que queda de lo que fueron cuadras de los equinos. Hay también unos cobertizos al lado, a modo de invernadero, donde se sembraban algunas plantas, y se metían los aperos de labranza, semillas, abonos y utillajes de los jardines o de la huerta.

- ¡Espera que saco unas fotos al exterior de la capilla!
- ¡Anda tonto, si no vale mucho esta ermita!. ¡Olvídala!
- ¡Pero, si el lugar tiene cierto encanto, un especial misterio! diría yo, – concluyó diciendo el hombre mientras disparaba su botón y sacaba una fotografía del lugar.
- Lo que debes fotografiar son los cobertizos y la cuadra. Eso es más bonito. Por lo menos es más romántico para mí.

Cuando llegaron a los cobertizos, especie de fríos invernaderos, Miriam se dio cuenta de que alguien hacía poco debía haber estado allí.

- ¿Y por qué sabes que alguien ha estado aquí?.
- Porque esto está reciente.
- ¿Cuál?.
- Estas macetas tienen la tierra húmeda, como con agua reciente. Están mojadas. Tal vez... Puede ser... Tal vez sea obra de Smith Boxter.
- ¿Smith Boxter?. ¿Quién es ése?.
- El jardinero, el hortelano que tiene mi madre aquí en Cape May. Viene unas dos o tres veces al mes para dar una vuelta por la finca. Cuida que no se sequen algunas plantas. Riega algunas cosas. Cuida que todo esté bien, bueno lo mejor posible, claro. Y antes, cuando estaba mi madre mejor bien, mejor de salud, sembraban hortalizas y lechugas, ponían muchas flores y plantas, podaban, injertaban y cuidaban los árboles para que dieran buenas frutas, y recogían ciertos frutos secos como avellanas y nueces.
- ¡Está muy bien!.
- Posiblemente haya estado aquí un día de estos. La tierra de algunos tiestos está húmeda y como removida. ¡Ven, vamos a visitar lo que fue el establo de los caballos!.
- ¿Y nunca tuvisteis vacas?.
- No, no nunca pastaron aquí ningún ganado vacuno... ¡Mira, mira, aquí siempre relinchaba mi poney “Bocangel!”.

Hubo de repente un súbito silencio. Una inusitada soledad que nacía del interior del alma. El rostro de Miriam cambió ciento ochenta grados. Parecía que en aquel recinto se concentrase de súbito toda la nostalgia, todos los sentimientos y recuerdos infantiles de una joven llamada Miriam. Las lágrimas acudieron descuidadas a sus cálidos y azulados ojos como si quisiese detener o contener, todo el tiempo de su infancia en un macetero, o en un pequeño y viejo recinto para poneys. Aquellos paseos y trotes con ese caballito tan vigoroso, y lleno de coraje y de vida, tan amigable y tan juguetón, tan cariñoso y sensible. Aquellos juegos por el campo, y cortas galopadas con él, que fueron y no volverán. Aquellos actos cotidianos, auténticos, aquellas nostálgicas sensaciones de otra época. Aquella adolescencia que nunca

regresaría ya a nuestras vidas... Aquellos perdidos y hallados recuerdos de la infancia...

Recuerdos de la memoria que acudieron prestos y veloces como una precipitada cascada de primavera sin preguntar nada, y sin pedir permiso para descargar su contenido mensaje.

Le invadió una tenue tristeza y un ligero pesar que hacía tiempo que no tenía. Sus ojos se fueron inundando de pequeñas lágrimas que afloraban en unos húmedos ojos, sólo contenidas por un fuerte carácter que no quería ahora venirse abajo.

Las imágenes y recuerdos de años pasados, de tiempos felices vividos allí, eran todo un poema de emoción y de sinceridad, de súbita pena, de sensaciones olvidadas y ahora vueltas a recordar como fuego que nunca se acaba de crepitar del todo al igual que un velón de Navidad, como cenizas que vuelan y revolean alrededor nuestro ocultando al sol y a las nubes de sus cálidos aromas.

Cosas de juegos y de la niñez, vagas figuras de niños o niñas, recuerdos de amigas y amigos, que crecieron juntos y un día se marcharon, imágenes que ya no volverán, fuegos fatuos y oscuros de eternidad que quedarán sólo en la retina como clichés en blanco y negro.

Entonces viendo el repentino cambio de cara, una pequeña metamorfosis en las facciones y en el semblante de Miriam, Mario, que a pesar de su aparente fortaleza también era un hombre sensible, advirtió el fenómeno y dijo con palabras suaves y cariñosas.

- Te acuerdas de todo esto cuando eras...

Un respingo de inocente sollozo, unos leves suspiros expresaron la respuesta correcta.

- ¿Y tu padre...?. ¿No contestes si no quieres...? -. Fue, tal vez, una pregunta inadecuada e indiscreta, pero que le salió del alma como un rayo de tormenta del brumoso inconsciente del cielo.

- ¡No, no...! ¡Qué importa ya...! – dijo suspirando con las lágrimas ya aflorando a sus cálidas y demacradas mejillas.

Y sacando fuerzas de su compungido corazón expuso con una leve y sencilla frialdad.

- ¡Yo nunca conocí a mi padre!

- Entonces lo de Starpe...

- Fue un apellido que cogí al azar.

Y Mario la abrazó con gran cariño y ternura. La recogió entre su varonil pecho, y la acarició de nuevo las humedecidas mejillas. Y entre un apasionado beso la amó en silencio.

Y luego, regresaron pensativos y melancólicos por el sendero hacia la mansión de “Maxtom”.

## CAPÍTULO SESENTA Y TRES

Una bandada de pájaros surcó los cielos de Cape May como si fuera la figura de un payaso que sólo hace reír a los tontos y a los propios payasos.

Las gentes de la ciudad se disponían a emprender una nueva jornada teñida todavía por las pasadas secuencias, con unas trágicas imágenes que evidenciaban impotencia y rabia, y que habían dado mil y una vuelta a todos los rincones del mundo.

Grullas y aves del litoral se peleaban las marismas y las bahías por el dominio de las aguas costeras o de las lagunas.

Aves de rapiña y el majestuoso águila se enfrentaban por una comida cada día más mísera y escasa.

Ciervos de cola blanca y algunos osos americanos disfrutaban en las reservas una felicidad engañosa.

Y hasta las nutridas ballenas, que campaban por el vecino mar saltaban inocentemente sin saber que el hombre estaba estudiando su exterminio.

Sólo un ciego llamado Charles Fox despertaba todos los días azuzando a todos los hombres de buena voluntad, desde su emisora pirata de Seebrook, con sus invisibles ondas surcando los campos, las praderas y los mares del litoral, animando a los ecologistas a luchar por la supervivencia de animales y plantas en camino de extinción, y no por ellos sino por las generaciones venideras, que ya tristemente no conocerían a esas libres y majestuosas águilas del cielo azul, ni a los osos primaverales, ni a las ballenas grises, ni a las escurridizas ardillas ni a las tan odiadas serpientes de la madera o a la víbora cobriza todavía serpenteando los bosques de Nueva Jersey, o más allá, en África, a inquietas cebras o a altivas jirafas, a furibundos ñus o a gacelas salvajes, a los rinocerontes perseguidos por su cuerno de oro, o a los elefantes por sus colmillos de marfil.

Y quizás, tal vez, ya las siguiente generaciones sólo podrán ver por esta zona a una elefanta de piedra, a Lusy, la gran elefanta construida en Margate, a finales de 1800 como un Monumento



Histórico Nacional. Un elefante de 65 pies de alto por el que los niños y los adultos pueden caminar y salir por un extremo.

Amanecía con suaves tonos cálidos en el cielo de Cape May, la ciudad que fundara el capitán holandés May, allá por los años de 1.620.

Una sede ideal, tal vez, para el capitán Ahab, en su feroz lucha contra la Moby Dick, la ballena blanca, porque fue Cape May un gran centro ballenero hasta que la ballena comenzó a escasear.

Miriam había mandado a la ciudad a Mario para comprar diversas cosas como eran azúcar, galletas, mermelada, café, patatas, arroz, agua mineral, o queso, y algún material técnico y fotográfico.

Así había quedado en comprar unas pilas alcalinas para el reloj de pared de la villa “Maxtom”, que estaba parado por cansancio y desgaste de la energía acumulada. Y en una tienda de electrónica adquiriría unos carretes de fotografías, una cinta de grabación de la cámara de vídeo, y dos o tres CDs con música de actualidad.

Luego por la tarde habían quedado de ir los dos juntos a pasear un rato por el largo paseo marítimo, con las olas del océano pisándoles los pies y los talones en la arenosa playa, y para comprar luego, otro caballete de pintar, varios lienzos blancos de óleo, y unos juegos de pinceles, así como varios tubos especiales de pintura cromática.

Y en cambio, ella guardaba en su quimérica chistera una sorpresa, un sorprendente obsequio, como era regalarle un nuevo ordenador personal portátil, pues así estaría más entretenido, y haciendo en la casa algunas cosas administrativas pendientes y atrasadas.

Eran las doce y media de la mañana cuando apareció por su casa de Maxtom el señor Smith Boxter, acompañado por dos chiquillos que venían enfrascados en sus juegos. La niña saltando desaforadamente con su comba de esparto, y el niño pateando una pelota ovalada.

La señorita Miriam se hallaba de pie, y en un extremo del jardín principal de la entrada, pintando el fondo del paisaje que tenía ante su vista con sus cielos cuajados de algunas nubes casi quietas, los árboles esperpénticos con sus ramas desparramadas y sin orden, y aún no podadas desde hacía tiempo, y unas verdosas praderas irisadas y salvajes, y todo lo intentaba expresar y plasmar, con su forma algo abstracta y con su estilo personal, en un lienzo no demasiado grande en medidas, y ya bastante pintado con trazos y manchas de pintura al óleo.

- Buenos días, señorita Míriam. ¿Cómo está Ud. esta mañana?
- ¡Oh, es Ud.!. ¡Bien, muy bien, gracias!
- Ayer vimos luz en la casa y supusimos que habría venido su madre.
- ¡Ah, no, ella no pudo venir!

- ¿Y qué tal está ella?
- Bien, bien. Como siempre. Allí sigue en Nueva York con sus cosas y sus achaques. Ya sabe Ud.
- ¡Ah, mire, le presento a mis nietos!. Ahora vengo de recogerlos del Colegio para almorzar.
- Encantada de veros – les dijo saludándolos con el pincel.
- ¡Tomy, el chico, de nueve años, y mi nieta, Katheline de siete!

El señor Smith parecía encontrarse radiante y distinto. Diferente de otras veces. Eso era lo que le parecía a Miriam después de tres o cuatro años sin verlo para nada. Quizás fuera por sus nietos que cambia la vida de los abuelos. Quizás fuera por el día alegre y bonachón que hacía.

Ahora parecía más orgulloso, más serio y seguro, más tieso y charlatán que otros años, más huraño y tosco. El tiempo no perdona el carácter ni el temperamento de las personas. Siempre con el paso del tiempo se cambia, algo o mucho, pero se cambia. Física y mentalmente. Así el físico de aquel hombre también había sufrido transformación, no un deterioro corporal como pudiera parecer a simple vista por los cuatro años pasados, sino un ligero rejuvenecimiento, quizás porque el hecho de ser abuelo, le merecía estar alegre y más sano para convivir y jugar con sus nietos.

Era verdad que su pelo se había vuelto algo más voluminoso y blanquecino, pero las facciones de su rostro, en cambio, habían ganado confianza, animosidad y dulzura. Ya no era el jardinero tan cascarrabias y gritón que nos reñía a mi madre y a mí porque lo teníamos casi todo abandonado, cuando veníamos a pasar las vacaciones aquí. Su antigua mirada fija y altiva, con estos años pasados de por medio, se había vuelto más amables y tierna, y de sus ojos partía ahora un cierto y sencillo encanto natural.

Los niños se acercaron a Miriam y la saludaron con palabras y con un beso.

- ¡Oh, que jovencitos ya sois!. La última vez que os vi aún caminabais del brazo de vuestros padres. Ahora ya os veo grandes, sueltos y juguetones.
- ¿Qué pintas ahí? – dijo la muchachita dejando al instante de saltar con su enroscada comba de cuerda de esparto.
- ¡Ah, sí!, ¿que qué pinto, dices?.
- El paisaje que veo hacia allá.
- ¡Pero los árboles que pintas no son iguales a aquellos!.
- ¡Son como yo los veo! – afirmó Miriam con voz segura, y muy convencida, a su pequeña interlocutora.
- ¡Y el cielo tiene manchas como de tormentas!. ¡Y hoy no hace frío ni viento para que los árboles estén moviéndose! – mencionó la chiquilla de cara blanca con algunas pecas diminutas en su cara, dando unos toques de picarilla y sabiondilla.
- ¡Qué chica tan lista eres Katy!

- Mi nombre es Katheline – dijo la pequeña algo ofendida por no pronunciar correctamente su nombre, y moviendo hacia los lados sus ojos de verde esmerada.
- Es que los árboles están desvencijados por la edad, y por no haberlos podado. Son ramas irregulares, como esqueléticas, camino de transformación a viejas, eso es lo que he querido expresar, Katherine, además de simbolizar el paso del tiempo que no perdona, lo que tú no entenderías todavía muy bien.
- ¡Pues yo los veo pintados con movimiento, como arañados por el viento! – dijo la niña llevándose sus manos hacia el cabello rubio para estirarlos y darlos hacia atrás.
- Bueno, Katherine, no te pongas pesada – intervino su abuelo cogiéndola del brazo. Pero ella esquivó el agarre y le espetó con la mejor voluntad del mundo a Miriam.
- ¿Por qué no me enseñas a pintar?.
- ¿Pero, Katherine, qué dices?. Interrumpió el viejo Smith con voz ronca y descompuesta -. Un poco de respeto y educación – concluyó su abuelo muy enfadado.
- ¡No, no la riña!. Se expresa de una forma natural, inocente y espontánea. Sólo los adultos nos hacemos falaces y andamos con rodeos y remilgos.
- Cuando queráis, venís tu hermano y tú, y os enseño lo poco que sé de este arte.
- Mi hermano sólo piensa en jugar al béisbol. ¡No lo ves que no para con el balón!.
- ¡A mí también me gustaría saber pintar, tonta!- gritó el muchacho de pelo castaño y mirada fija y atenta.
- ¡Pero si dijiste el otro día que aborrecías la pintura, y tiraste los lápices de colores al suelo!. ¡Sólo, decías, querías ser Harrison, el mejor jugador de béisbol!.
- ¡Pues ahora, no!... ¡Quiero pintar, boba!. ¡Me gusta mucho! – y mientras lo decía Tomy se acercó, como por celos o envidia, al cuerpo de Miriam, y la abrazó con cariño y ternura como si fuese una persona conocida de toda la vida.
- ¡Bueno, bueno, no discutáis! – dijo la mujer -. Cuando queráis le decís al abuelo que queréis venir a pintar conmigo, y yo os busco un rato para hacerlo mientras esté por aquí.
- ¿Viene sola o acompañada? – señaló ahora inesperadamente y con gran curiosidad el señor Smith.
- Está conmigo, Mario.

El jardinero ya no se atrevió como sus nietos a seguir preguntando más al respecto.

- ¡Bueno, hasta mañana!.
- ¡Hasta mañana!. Y no dejéis de visitarme. Cuando quiera, señor Smith, pase también por aquí y le abono los últimos

gastos. Hay que hacer alguna poda más y limpiar los setos, están muy crecidos.

- ¡No se preocupe, señorita!. ¡En cuanto pueda me paso por aquí!. ¡Y dé mis recuerdos a su madre!.
- ¡Así se lo haré llegar de su parte!.
- ¡Adiós!.
- ¡Adiós, peques!.
- ¡Adiós, señorita Miriam!.
- ¡Adiós, Miriam!.

## CAPÍTULO SESENTA Y CUATRO

Habían transcurridos unos pocos días desde la llegada a Cape May de la pareja tan singular e insólita.

Sus ojos habían pasado de los lacónicos y trágicos de Las Torres Gemelas a los hermosos paisajes de los alrededores. Sus pupilas se habían iluminado de nuevos tonos, con nuevos espectros cromáticos, nuevas sensaciones y nuevas situaciones.

Miriam había continuado su tarea con su pintura de medio abstractos parajes, panoramas con bellos paisajes artísticos, y había comenzado en secreto un retrato de Mario.

El señor Smith Boxter había ido dos días a “Maxtom” para trabajar un rato en los jardines, en la huerta y en los setos,

sembrando diferentes semillas de plantas, y podando algún maltrecho vegetal.

Había llevado también un día a sus nietos a la Casona, para no molestar mucho a la señorita Miriam que había instalado un Estudio pictórico en una de las habitaciones de arriba.

Mario Ruber había ido siempre solo a fotografiar, a retratar sutiles emociones, como él decía a los distintos lugares y paisajes que mostraba la Naturaleza, o a las largas playas arenosas, a las hermosas bahías de Delaware, los cielos cargados de bandadas de aves y pájaros, las copas de los grandes árboles mirando por las noches la luz de las estrellas y por el día el sol abrasador.

Y había querido plasmar en negativos la incesante y brillante vida y exuberancia de la Naturaleza. Una Naturaleza a la que, aparentemente, no le importaban los quehaceres o penurias, dichas o desdichas, de unos seres llamados genéricamente: hombres.

Y había reservado una jornada o sesión de fotos y de vídeo para las célebres casas de arquitectura victoriana de Cape May, que las realizaría un día en que lo acompañara su Miriam Starpe.

Pero fue aquella tarde en que él había subido al famoso Faro de la localidad para sacar una colección de fotos, cuando Miriam, que estaba pintando en su improvisado Estudio una habitación de la casa que había adaptado para servir de estudio artístico, recibió una imprevista visita de las amigas de su madre, Nuncy, que venían a preguntar y a interesarse por ella.

- ¡Hola, Buenas tardes, señorita Miriam!
- ¡Ah, son Uds., pero pasen, pasen, no se queden ahí en el porche, aunque la tarde sea buena!
- ¡Hola, hija!, te preguntarás, - dijo otra - ¿qué hacemos nosotras aquí, verdad?. Bueno, pues, preguntar por la vida de tu madre, ¿qué tal está en Nueva York esa mujer indecisa e inestable?.
- Bueno, quiere decir, Karen, que si tu madre se encuentra bien de salud – dijo el único varón del grupo.
- ¡Bien, creo que ahora esté mejor, bien! – dijo Miriam con cierta cautela y prudencia.
- Entonces, la buena de Nuncy está hecha una chiquilla, no es así – manifestó con un tono algo jocoso y descuidado una de las otras mujeres.
- ¿Qué quieren tomar...? – volvió a intervenir Miriam para enfriar el diálogo - : Licor, vino dulce, vino espumoso, whisky...
- ¡Oh, no, whisky, no, hija, no somos nosotras unas empedernidas borrachas!. Pero una copita de licor americano...

Miriam, improvisando y nerviosa, hacía todo lo posible para salir airosa de aquella situación tal embarazosa.

Tres mujeres vestidas con trajes en tonalidades apagadas y bien entradas ya en años, y un altivo varón, grueso, bajo y

bonachón, cara redonda y pelo muy cano, se sentaron en las sillas del salón alrededor de la gran mesa, mientras Miriam servía con exquisitez y delicadeza, y cuando sus nervios la dejaban, un rojizo licor americano en unas copas de cristal que iba sacando de un armario empotrado.

Después puso en la mesa unas pastas y galletas que había comprado Mario en uno de los días anteriores.

- Nos hemos enterado por el señor Smith, que la casona de “Maxtom” estaba ocupada de nuevo – dijo la voz varonil con fuerza y firmeza -. Y quisimos venir a saludar a su inquilina – indicó como buscando alguna compañía masculina oculta tras los muros de aquella casa -. Creo que recordará mi nombre: “Soy el padre Jimmy. El pastor de un rebaño cada vez más pequeño, viejo y gruñón. El mensajero de Jesús en unos lugares cada vez más mundanos, más indiferentes por las cosas humanas y divinas, en una sociedad cada vez más descarrilada, sin moral ni ética. ¿No le parece así, señorita?.
- Bueno, pues no sé, los tiempos cambian. Las gentes viven más al día, las personas son más sinceras, hay menos hipocresía. Dicen lo que sienten, y hacen lo que les ordena su corazón. Son más libres e independientes. Aunque algunas gentes ven un nuevo puritanismo en la política en general del gobierno.
- ¿Eso es lo que piensan las gentes de Nueva York?.
- Bueno, hay de todo como en las antiguas boticas. Pero hay muchas personas que son de talante liberal, independientes en todos los órdenes, y que no están sujetas a reglas o normas impuestas por antiguos poderes, ya trasnochados. El progreso y los descubrimientos científicos están trayendo nuevos cambios, profundos cambios a la filosofía de la vida.

Se hacía raro y extraño que las tres restantes mujeres permanecieran por unos momentos calladas en la conversación que se había establecido entre el padre Jimmy y la señorita Miriam. Tal vez porque aquellas tres mujeres sabían que el pensamiento y el sentimiento de la hija natural de Nuncy era distinta y diferente a la de su propia madre.

El padre Jimmy cogió una pasta de té y la comenzó a comer, momento que pareció el adecuado para comenzar las otras mujeres a preguntar o a informarse de rumores o de chismes diversos.

- Querida, ¿cómo te va la vida en esa ciudad tan tristemente maltratada por el terrorismo? – dijo Sophie, una de las mujeres, cuya fama de beata y piadosa, la hacía inconfundible pues llevaba anudado a su pelo negro un velo en señal de recogimiento y virginidad. Nunca se había casado, y había hecho de la soltería una nueva moralidad de vida.

- Las cosas empiezan a marchar mejor. Los primeros días fueron dramáticos, horribles – contestó con buen sentido Miriam.
- ¿Es cierto que hubo desmanes y pillajes en comercios y tiendas de los alrededores? – dijo Karen la más chismosa, cotilla y enredadora del grupo.
- ¿Quién ha dicho eso?. Que yo sepa se respetó tiendas, comercios y locales, al cien por cien. No sé de ningún pillaje o desmán. La gente se comportó con educación y cultura.
- Anda, pregunta tú, Alma, - dijo Karen de nuevo a su tercer compañera - no decías que traías una pregunta para esta joven. Es que ya sabes como es Alma de recatada, pacata, aburrida y un poco sosa.
- ¡Cállate, Karen! - contestó Sophie muy enfadada y disgustada por el comportamiento tan incorrecto con su otra compañera - ¿Cuándo podrás por una vez estar callada, y no ser tan necia ni descarada, tan faltona y tan melindrosa. ¡Pareces una Celestina!

Alma miró hacia el Pastor como para pedirle permiso para hablar. Creyó que éste le daba permiso con un gesto distraído y despreocupado de asentimiento, y comenzó a decir:

- ¿Cómo va Ud. de novios por la vida?. ¿No se casa la señorita Miriam?.

Esto se lo estaba esperando de un momento a otro por estas personas, en general algo cotillas y burlonas, que en vez de interesarse bien por la salud y vida de su madre, venían a enterarse de otros pormenores que no les atañía demasiado.

Le dio tiempo a Miriam de pensar, que seguramente ellas no conociesen personal ni físicamente a Mario, porque además este huía de las gentes que le podían reconocer, o sencillamente ver u observar sus acciones o sus facciones. Y estaba segura que no lo conocían, por lo que respondió:

- Bueno los amigos son para ayudarnos. Y ahora tengo mucho trabajo como ven Uds., dibujos, pinturas, negocios de arte, etc..
- ¡Oh, nos echas de la casa! – dijo de repente Sophie, la beata que siempre estaba con el santo en el cielo, y a veces no sabían de que iban las conversaciones.
- ¡Oh, no, sólo era un comentario!
- Y cambiando de tema – interrumpió inesperadamente Karen la chismosa -. ¿Sabéis en qué se parecen los gallos y las olas del mar?.
- Bueno, cada loca con su tema... - añadió por lo bajini el mismo Pastor Jimmy. ¡No sé como aguanto tanto con ellas!

Y sin mediar pensamiento ni discurso alguno que pudiera acertar o fallar el acertijo, la misma Karen pronunció casi a renglón seguido:

- ¡No lo sabéis!, ¿verdad?. ¡En que los dos tienen las crestas tiesas cuando van corriendo!

Nadie se rió del mal o buen chiste. Tan sólo Miriam, por lo que se dice cumplir, y mostró una leve y cómplice sonrisa, porque era la anfitriona a la fuerza de esa peculiar visita.

- ¡Bueno, das recuerdos a tu madre de nuestra parte! – dijo el Señor Pastor levantándose de la mesa y cerrando la reunión. Las demás hicieron lo mismo, pero en sus semblantes se veían que se marchaban a disgusto. Hubieran preferido estar otro rato más.

- ¡Ah, señorita! – dijo todavía Karen algo herida por no poder continuar más con la charla -. ¿Cuándo va a venir a Cape May su mamá?
- No lo sé, pero puede que cualquier día se presente por aquí. ¡Ya sabéis como es ella!
- ¡Adiós, Miriam!
- ¡Adiós señoras!. ¡Adiós Padre Jimmy!
- ¡Adiós, hija!. ¡Hasta pronto!
- ¡Adiós!

¡Uf, por fin, me las he quitado de encima!. ¡Qué pesadas!. Menos mal que no estaba Mario presente. ¡De buena se ha librado!. Cuando se lo cuente todo, beberá una copa de Cava, seguro.



## CAPÍTULO SESENTA Y CINCO

Atlantic City se encontraba a unas tres horas en automóvil desde Nueva York. A la ciudad del Cape May, situada un poco más al sur, podía suponer una media hora más.

Uno seguía teniendo la conciencia, la sensación de que el ataque terrorista a Las Torres Gemelas de N.Y. y al Pentágono de Washington había cambiado parte del ánimo, de las costumbres, y hasta incluso de los cotidianos modos de vida de los naturales del País Americano. Era una nueva mentalización, algo muy difícil a veces de definir y de precisar, pero en el fondo había otra nueva actitud, otra visión ante la vida y ante el mundo.

No obstante se imponía la cordura, la sensatez, la valentía, y poco a poco, el norteamericano medio volvía a resurgir, a alzarse enhiesto y seguro sobre las cenizas de la anterior tragedia, y aunque era una normalidad matizada, lo cierto era que había que trabajar duro y que sacar adelante al País.

En Atlantic City, una ciudad del Este dinámica, jovial, alegre y juguetona, como si fuera Las Vegas del Oeste, tenía que hacer de tripas corazón, y volver a dar trabajo y tareas a muchos ciudadanos que de otra manera se hubieran ido al paro y al desempleo.

Por eso las diversiones, los juegos y la marcha turística volvió a brillar por sus casinos, lugares de ocio, expansión y juego, por sus concurridas calles, por sus avenidas y sitios ilustres e históricos, en una ciudad que había sido la cuna del nacimiento del famoso juego “El Monopoly”.

Una ciudad que presumía en el fondo de ser la que había organizado el Primer concurso de Miss América, una ciudad que tenía a bien decir que había inventado el primer Paseo Marítimo de Madera del Mundo, allá por los años de 1870. Y una ciudad, al fin y al cabo, de haber puesto en circulación las primeras Postales turísticas de color o la primera Noria gigante como atractivos festivos.

Y a sus pies el Océano Atlántico y su hermoso Paseo Marítimo, con una enorme y bella playa de fina arena, donde los bañistas podían ver ballenas, delfines y otros cetáceos de los mares.

En aquel sábado, día de luz y de sol, Miriam había decidido llevar y enseñar a Mario la mencionada ciudad de la Costa Este americana.

Madrugaron, y hacía las once de la mañana estaban llegando a uno de los parking situados en la zona de Playas de Atlantic City.

El aparcamiento estaba aún a esas horas a medio llenarse, así que no tuvieron dificultad para aparcar su vehículo en una buena disposición, para luego cuando marchasen, a la salida, que habría más aglomeración y congestión de tráfico, evitarse los problemas de circulación.

- ¿Llevamos todos los bártulos, la sombrilla también?.
- ¡Sí!
- Pues vamos hacia allí, a la derecha, a la zona de dunas nº 8 ó nº 9.

Poco después, e inesperadamente doce minutos más tarde, otro vehículo llegaba al mismo parking, y se situaba un poco a la derecha del anterior, donde antes Miriam y Mario habían dejado estacionado su coche. Tan sólo los separaba tres aparcamientos vacíos.

Eran Peter Felling y Terea Ruber, que en plan de pareja se habían alojado en un hotel de Atlantic City.

Habían llegado de turistas hacía dos días a la ciudad para un período vacacional de varios días de descanso. Quizás se lo tenían muy ganado y merecido. Porque allí en Atlantic City podrían descansar, amarse, relajarse y comprenderse mejor. Como unos novios en su viaje de bodas.

Daba la sensación de que todo aquello podía haber sido previsto por alguien, pero todo era fruto del azar, de la pura casualidad.

Porque la estancia allí de Peter Felling y Terea Ruber no era del todo inexplicable, sino un episodio más de la vida que, a veces, escribimos los humanos con tinta diluida y en renglones torcidos.

Peter y Terea se hallaban alojados en el Hotel “Atlantic Ocean”.

Y aquella mañana habían decidido como mucha gente pasarla en la playa, disfrutando del sol, el agua y el mar. Abrieron el maletero de atrás de su automóvil y sacaron sus cosas y utensilios normales para disfrutar y pasar un día en la playa.

Cogieron sus bolsos y sus atuendos, y su sombrilla de tela y plástico, y se dirigieron también hacia la misma zona que Miriam y Mario habían tomado con anterioridad, cuando de repente, hilos del destino, tropezaron con Collin y Geraldine, amigos y conocidos de Peter Felling en la ciudad de Nueva York .

- ¡Peter!. ¡Peter!.
- ¡Por favor, Peter!. ¡Peter!.

Peter movió la cabeza hacia el lugar de donde provenían esas palabras de llamada, y vio a la familia Turner, que le hacían gestos para encontrarse con ellos.

- ¡Hola Peter!. ¿Qué raro verte por estos lares?. Y bien acompañado. – dijo casi de corrido y casi con palabras ininteligible la dama que acompañaba al varón.
- ¡Hola, Geraldine, hola, Collin!. Ésta es Terea, una amiga de España – saludó Peter presentándolos mutuamente.

- ¡Encantada!. ¡Toros y Flamenco!. Madrid y Barcelona. ¡Muy bonitas!.
- ¡Qué pillo eres, muchacho!.

Hasta un niño de poca edad podría haberse dado cuenta que aquella familia era rara y extraña, una familia tan estrafalaria y excéntrica donde las hubiera, del tipo de Los Monsters o parecido, semejando casi unos payasos de circo o unos actores de teatro de Guiñol.

Collin y Geraldine parecían hechos por el mismo patrón de modisto, unos seres que más que marido y mujer parecían hermanos, gorditos y ufanos caminaban casi de lado, iban como mirando de reojo a su alrededor, con su tez blanca y su abundante cabellera negra, con sus largas manos y sus ademanes anormales. Pero sobretodo, sus caras eran todo un poema de expresión, como una expectación e inocencia contenida en un breve libro de poesía cómica.

Peter Felling sólo intentaba saludarlos y alejarse de ellos como buenos amigos. Pero la actitud conversadora y amistosa de Terea con Geraldine, los hizo encaminarse en otra dirección, y tomar el sentido contrario al que se proponían en un principio.

Así inconscientemente se dirigieron a la zona de dunas entre la nº 4 y la nº 5.

No sólo sus gestos inhabitables, sino sus extrañas vestimentas que llevaban puesta, con largas y amplias faldas veraniegas de colores fuertes y vivos, en tonos cálidos y con desusadas volandas, era signo de lo que eran aquellas buenas y simpáticas personas, pero algo desde luego excéntricas y estrambóticas.

Pasaron torpemente por entre las gentes, esquivando de pisar a algunas personas que yacían desnudas para tostarse al sol en la arena, y eludieron a algunos niños y jóvenes que corrían enloquecidos jugando con pelotas y con los pies descalzos por entre la arena húmeda. Y buscaron un lugar adecuado y delantero frente al amplio mar.

Fue entonces cuando Terea se dio perfecta cuenta de quiénes eran aquellos individuos tan raros y anormales a los que Peter conocía.

Ante sus ojos tenía una familia de esnob y estrafalarios seres de película. No se disgustó Terea en absoluto, pero comprendió el por qué Peter sólo quería saludarlos e irse en otra dirección. Ahora ya era demasiado tarde.

Mas, Terea, que no tenía, pues, prejuicios sociales, ni rencores ni absurdas manías que tienen algunas gentes, y sabía que todos los seres por extraños que parezcan llevan dentro un pequeño y latiente corazón humano, los comprendió de verdad y a su manera. ¿Por qué iban a ser iguales al resto de los humanos?. En la diversidad está la riqueza.

Escogieron un buen lugar. Y se dispusieron a armar y a levantar todo un campamento veraniego para pasar unas horas de playa al sol.

Terea y Peter traían solo lo elemental, unas pocas cosas, lo imprescindible. Pronto sus compañeros de playa desplegaron toda su carga de artillería, de infantería y casi de caballería.

Varias toallas de diferentes colores y distintos tamaños salían de un gran bolso que contenía otros bolsos de tamaño más pequeño y decreciente como cajas chinas superpuestas. También aparecieron sacados de los mismos bolsos, como lámpara mágica de Aladino, multitud de cremas, pomadas y mejunjes para la piel, para antes del sol, para el agua, para después del sol, para los mosquitos, y para no sé cuántas cosas más.

Geraldine se colocó unas gafas solares, a base de una armadura cuadrada y rocambolesca, cada ojo de un color diferente, con las patillas serpenteadas y coloristas, que más parecían de un payaso circense que de un obtuso turista de un día de playa. Y Collin, su marido, para no ser menos, se puso otras semejantes pero de forma cerrada y pentagonal.

Y cuando Collin abrió el armatoste de sombrilla que traía consigo atrajo por curiosidad a varios chavales que correteaban por allí. Era una especie de parasol, muy estrambótico y anormal, que semejava la copa de un pino, con ramas y hojas de plástico.

También los bañadores eran un caso. Terea no se lo podía creer, llevaba la risa por dentro, y creía que eso sólo se veía en algunas películas de Chaplin, Woody Allen o algún otro cómico chiflado. Y cuando miró para Peter, éste esquivó suavemente la mirada con una sonrisa despectiva y elocuente, como diciendo: “Ya te lo dije yo cuando intenté escapar, y tú seguiste y te fuiste con ellos, que en qué berenjenales nos habíamos metido”.

El amplio bañador del extravagante hombre tenía la forma de un radiador de barras metálicas en el trasero, y con la configuración de un frutero repleto de frutas tropicales y exóticas como mangos, kiwis, maracuyas, fresones y bananas en la parte delantera.

Y el sujetador de la mujer no le iba a la zaga: una cabeza de serpiente en un seno y en el otro una cabeza de águila. Y las braguitas luciendo atrevidamente el rostro asustadizo de un tiburón hambriento.

Si no fuera por su situación, se diría que eran unos cómicos de la legua a punto de comenzar una sesión de marionetas para los niños y niñas.

Del resto de la vestimenta poco más que decir: unos mocasines indios, más largos y sobresalientes que el tamaño de sus pies, y un sombrero del tipo mexicano, aunque no muy amplio en su copa.

Y era también muy curioso, porque no sé para qué llevaban una cometa, si no tenían hijos, una cometa voladora que era igual que la maravillosa mariposa de Ceilán.

Y lo cierto era que ellos mismos parecían ser felices, y disfrutar de lo lindo con aquellas cosas tan raras, y hacer disfrutar también a los muchos curiosos que se acercaban por allí.

El hombre Collin, para no ser menos, al hablar usaba muchos monosílabos como si fuera un Tarzán en la selva: “¡Peter, sí, Peter, no, bien, okey, ya, este, toma, saca, quita, tú...!”

La mujer, en cambio, era una ametralladora hablando, y lo hacía de una manera natural, seguido y a toda velocidad: “Quedíamáscalurosohacehoy”. O bien a renglón seguido decía: “Damelabotelladeaguaquetengomuchased”.

Pasado un rato con aquella embarazosa situación, Peter buscaba la ocasión par zafarse un poco de aquella absurda comedia.

- Terea me acompaña a comprar unos helados. ¿Qué queréis vosotros tomar, bebidas o unos helados también? – dijo Peter a sus amigos con radiante felicidad, al escapar de allí por unos momentos.
- “Demomentonadaesmuypronto”. “Gracias”.
- ¡Nada, Peter!.

Y así aprovecharon para irse un rato. Había detrás, en el Paseo Marítimo, un mercadillo donde además de comprar unos refrescantes helados, Peter regaló un ramillete de violetas a Terea, quien se lo agradeció con un tierno y profundo beso de amor. Luego recorrieron un poco el lugar, y en un puesto de hippies, Terea miró unos collares fabricados con especies marinas como conchas de moluscos, etc., abandonadas y recogidas en las playas, y Peter se los compró, para que luciera en su fino cuello un collar precioso y original.

En otro lugar de la playa, algo alejados de ellos, seguían acostados y tomando el sol, olvidados del mundo y de todo lo que les rodeaba, Miriam y Mario, bajo una pequeña sombrilla con figuras de flores naturales en su limpia tela.

- Tenemos que cambiar el armario grande del Estudio – dijo Miriam en un momento determinado, tumbada en la arena y puesta al sol.
- ¡Más reformas aún, no! – le contestó Mario medio incorporándose. Qué dirá tu madre cuando vea tanto cambio.
- ¡Nada!.
- Pondremos tu laboratorio fotográfico a la izquierda del armario - aparador donde mi madre tiene la caja fuerte camuflada. Y colocaremos encima un cuadro mío para disimular el hueco. Mi caballete, mis paletas, mis pinceles y tubos de pinturas los dejaré en la zona que está junto a la mesa de la ventana. ¿Qué te parece?.
- ¡Bueno, bien!.
- Lo dices con algo de desgana, ¿pero, no te gustaría tener un pequeño laboratorio para tus fotos, para tus cosas?.
- ¡Parece que lo dices con algo de desdén!.

- ¡Oh, sí, sí, te lo agradezco!. Pero, no es una cosa tan urgente.
- Bueno, poco a poco lo iremos haciendo. ¡Ah!, después de comer veremos el resto de la ciudad y los casinos de Atlantic City. Los antiguos hoteles son monumentos históricos casi a nivel internacional. ¡Son una pasada, ya verás!.

Hubo un corto silencio de tiempo.

- ¡Anda Peter, por favor!, - se levantó la mujer, incorporándose y removiendo la toalla que tenía extendida bajo su desnudo cuerpo en la arena - ¿quieres darme, un poco más de crema en la espalda?. ¿No te importa, verdad?.
- ¡No, no, por supuesto!. ¡Tráela para acá!.

Y echando de un tubo comercial un largo chorro de crema en su mano derecha, se la extendió suave y armónicamente por toda la espalda.

- Si anotaste también en la lista para el supermercado: la miel, la mermelada y los cereales, ¿verdad?. ¡Ah, y una bolsa de naranjas!. Pararemos cuando regresemos en el Gran Comercial que está a la entrada de Cape May, por la carretera principal - continuó Miriam casi con su monólogo: "Tienes que aprovisionarte de un nuevo teléfono móvil. Desde que perdiste el tuyo cuando lo de las Torres Gemelas, parece que te importa un bledo el tener otro aparato".

- No me corre ninguna prisa.
- El lunes miramos uno en Cape May. Deberías avisar a tu familia y decirles que estás bien. Y sano y salvo. A veces, pienso, que yo soy más culpable de complicidad que tú, en tu total hastío y dejadez.
- ¡Sabes que en este momento eludo todo eso, Miriam!.
- Pero una sola llamada no te compromete a nada. Les dices que aplazaste tu viaje a Los Ángeles para buscar a tu hermana Tamara. Y en Paz. Ellos lo comprenderán.
- Pero, si ignoraban todo sobre mi viaje hacia allí. Era un secreto. Y así lo dejaré de momento.
- ¡Qué bruto eres chico!. ¡Y qué cazurro, que diríais vosotros!.

## CAPÍTULO SESENTA Y SEIS

Serían sobre las nueve y media de la noche cuando su automóvil procedente de Atlantic City se acercaba lentamente a su villa “Maxtom”.

Habían pasado por un gran supermercado situado en las afueras de Cape May para aprovisionarse de viandas y alimentos según lo convenido, y de adquirir otras necesidades cotidianas, como aprovisionarse de unas bombillas, unas pilas, varios objetos y productos para su laboratorio fotográfico, y otros instrumentos para ponerlo adecuadamente.

La mansión tenía en el piso de arriba dos amplias habitaciones a un lado del pasillo, una era la de su madre cuando estaba en Cape May, y la otra de invitados, pero ahora era ésta la que estaba en transformación para adecuarla en un Estudio pictórico y de fotografía.

En frente y al otro lado del pasillo estaba la habitación matrimonial, más grande y amplia, que era la de Miriam cuando estaba en Cape May, y que era la que ocupaban ellos en la actualidad. En ese mismo lado, y al fondo, estaba el servicio de baño y de aseo, que era el utilizado para la parte de arriba, pues abajo, donde estaba el gran salón de la entrada, había otro servicio de aseo que ocupaba casi la misma superficie.

Cuando llegaban, y al dar la vuelta para enfocar la entrada a la mansión de “Maxtom”, observaron con sorpresa que la puerta principal, la que daba acceso al jardín y a la casa, a través de un pequeño camino, estaba entreabierta, cuando hubieran jurado que la habrían dejado totalmente cerrada.

Las verjas estaban algo removidas, y un pequeño resquicio daba a entender que alguien había pasado por allí.

- ¡Alto, para!, - le dijo Miriam a Mario que conducía el vehículo en aquel momento.
- ¿Qué pasa, mujer?.
- ¡Espera!. La puerta parece abierta, forzada...

Detuvieron el coche unos metros antes del portillo. Descendió Miriam y se bajó del vehículo con cierta premura y desconfianza, y con la misma palidez y sombría mirada con que la Luna comenzaba a iluminar, con tenue fragilidad, los alrededores de la zona de Cape May, donde estaba enclavaba la finca.

Entonces percibió que el candado estaba atado y cerrado a la cadena principal, a su vez enrollada a un extremo de cierre de la puerta, como solía hacerlo ella cuando venía acompañada con su madre. Pero no se llegó a creer en un primer momento, que aquello era obra de su madre, y por lo tanto siguió desconfiando como el mejor detective desconfía hasta de su propia sombra cuando atraviesa la candela de una casa sospechosa.

Luego volvió a entrar en el interior del vehículo, y le dijo a su compañero con el semblante bastante descompuesto, y con una clara alteración en sus palabras:

- Creo... Creo que..., que hay alguien en la casa. Entra despacio y en silencio.
- ¿Qué dices? – susurró él con cierta perplejidad y asombro.
- Creo que... Bueno son puras sospechas.
- ¡Mira hay luz en las ventanas de arriba de la casa! – dijo Mario confirmando la perplejidad anterior y señalando el lugar de donde provenía la luz.

Apagaron el vehículo, bajaron con mucho sigilo del mismo, y penetraron en el porche con mucha cautela y precaución. Sus rostros estaban alterados y sus mentes confusas.

Apenas habían acabado de llegar al porche, y subir las primeras escaleras del mismo, cuando unos ásperos y agudos ladridos de perro les sacaron de su anonada embriaguez mental.

- ¡Es “Kuly”! – fue la respuesta breve y segura de Miriam.
- ¿Quién es Kuly”? – contentó él con cierta añadida algarabía.
- ¡El can, el perro de mi madre!.
- ¡Tu madre!.
- ¡No, el perro!.
- ¡Da lo mismo!.
- ¡Espera aquí!. Entraré yo primero, es un animal muy desconfiado, asustadizo y ladrador. Y aguerrido y peleón. Tal vez extrañe nuestra llegada.
- ¡No me digas, por favor, eso!. Pero, ¿te había avisado tu madre que venía...?.
- ¡Qué va...!.
- ¿Y no será ese chucho, un peligroso pitbull o un doberman?.
- ¡No hombre, es un “Pastor Alemán”!. Pero no te fíes de él, mi madre lo tiene mal acostumbrado y ladra mucho a los



extraños. Y sobre todo a los que van conmigo. Celos, hijo, celos, y todo eso que dicen...

- ¡Me estas metiendo un miedo terrible en el cuerpo!
- ¡No hombre, que exagero un poquito!

Los ásperos y broncos ladridos del animal subían de intensidad y pavor. Y los ojos de Mario se iluminaban de más pavor y miedo.

- ¡Tranquilo, “Kuly”, soy yo, tranquilo!. ¿No me conoces, hombre?. ¡Soy yo, Miriam!. ¡Miriam!.

Poco a poco, el fiero animal fue menguando sus ladridos, como un oscuro y enrabiado volcán, en su ciego clamor y en su impaciencia.

- Bueno, “Kuly”, ¿dónde está mamá?.

El perro como conociendo su pregunta subió las escaleras con sus veloces patas, escaleras que conducían desde el rellano inferior a las partes superiores de la vivienda, mientras Mario esperada, desasosegado, pálido y nervioso, aún detrás de la puerta principal, todavía en el porche de la casa.

Mas tarde se oyó la siguiente conversación, que más bien parecía una desafortunada discusión entre madre e hija:

- ¡Mamá, cómo has podido hacerme esto a mí!.
- Pero, ¿qué, qué he hecho?.
- ¡No avisar de tu llegada!. Podías haberme puesto un fax, una llamada telefónica no cuesta tanto, un e-mail por Internet, algo, algo..., pero no haberte presentado aquí sin más, acercado aquí sin avisar y de improviso, como si fueses una vulgar ladrona.
- ¿De quién es la casa?.
- Tuya, por supuesto.
- Y, ¿tengo que pedir permiso a alguien para entrar en mi propia casa?.
- ¡No, no lo tienes, pero si lo que debes tener es un poco de consideración, un poco de educación!. Algo más de cortesía y nobleza. Pero, bueno, para qué empleo tantas rimbombantes palabras si no me entiendes eso, si nunca lo has entendido. Mi vida, mi vida íntima, sólo me pertenece a mí. ¡Entiendes!. Te lo he dicho mil y un vez. ¡Es mi vida!. ¿Comprendido?.
- ¡Bobadas, bobadas, bobadas...!
- ¿Y dónde has dejado a Carol?. ¿Dónde está Carol?.
- En su tierra. Le di vacaciones.
- ¡Mira qué bien, qué bonito!. Por lo menos podías haber llamado para decirme que venías.
- ¡Bobadas, bobadas, bobadas...!
- Bueno ya estás loca otra vez. Baja a cenar, abajo está Mario.
- ¡Bobadas, bobadas, bobadas!. Me quedo aquí arriba. Ya cené. ¡Ven “Kuly”, échate aquí, a mi lado!.
- ¿Y dónde va a dormir este dogo?.

- ¡A mis pies. Como siempre. A mi lado, en mi cama.!
- Eso sí lo entiendes bien. Con la estupenda perrera sin estrenar que tiene abajo “Kuly”. ¡Allá vosotros.!
- ¡Bobabas, bobadas, bobadas, verdad “Kuly”!.!

La señora Nuncy Suan Lorten era una anciana mujer, de pelo muy canoso acabado en un moño circular, varias arrugas significativas en su rostro ya viejo y demente, con síntomas de Alzheimer y otras dolencias seniles y psíquicas que achacaban a algunas personas a esa edad de la vejez.

Siempre fue su carácter tosco y duro, a veces grosero y pecaminoso, fuerte y agrio, con, a veces, abiertas rachas de muy mal humor.

Hacía años que se había jubilado, y vivía en Nueva York con una asistente llamada Carol que la cuidaba y alimentaba, sobretodo cuando le daba una de esas agudas crisis demenciales. Pero, a veces daba la sensación de estar bien, y haberse creado – según su hija – toda una parafernalia para mantener la atención y el interés de sus amigas, de su vecindario, y el de otras personas que estaban a su alrededor, a las que martirizaba y cansaba con sus esperpénticos genios y acciones. Lo cierto, es que ella no quería la presencia de su hija, porque la reñía y le decía ciertas verdades que ella no quería ni oír...

Y como una pequeña venganza, como una manía obsesiva, o por indeseables celos, odiaba a todos sus amantes y novios, los aborrecía y los tenía una gran tirria y un desprecio fenomenal. Por ello Miriam había ido paulatinamente alejándose de ella. Porque su privacidad y su intimidad estaba siempre en entredicho, cuando convivían juntas.

- ¿Has traído toda tu medicación?. ¿Todos los fármacos y las medicinas que te recetó el médico? – volvió a preguntar Miriam antes de retirarse y bajar para abajo.
- ¡Sí, sí!. ¡Yo lo sé todo!.!
- ¡Tómame todo lo que te recetó el doctor!, ¡no se te olvide!.!
- ¡Sí!. Mañana. ¡Hasta mañana, hija!.!
- ¡Hasta mañana, mamá!. ¡Ah!, y recuerda: ¡No seas impertinente con Mario!. Él te quiere.
- ¡Sí, sí, mucho!. ¡Mañana! – terminó de decir la anciana con palabras que denotaban mitad de ironía y mitad locura, mientras revolvía su maleta con las cosas y las ropas, ordenando y desordenado lo que consigo traía.
- Luego, subiré a verte otra vez.
- ¡Mañana, mañana!. Bobadas, bobadas, bobadas...

Mas al volverse ya para salir de la estancia, divisó algo extraño entre las prendas y objetos que contenía la maleta.

- Pero... ¿qué tienes ahí...?. La pistola de Max...
- ¡Su revólver!. ¡El de siempre! – aseveró con mucha frialdad la anciana.
- ¡Haz el favor, de esconder el arma lo más lejos posible, entendido!.!

- ¡La meteré en la caja fuerte, hija, la meteré en la caja fuerte, no te preocupes!.
- ¡Será lo mejor!. En el Estudio sigue estando todavía, en el hueco de la pared donde siempre estuvo. ¡Ah, se me olvidaba decírtelo!: En esa habitación, donde está la caja fuerte, estoy poniendo mi Estudio para pintar.
- ¡La caja fuerte!.
- ¡Sí, sí, ésa allí está!. ¡Ah, y ten cuidado!- le dijo la hija desconfiando un tanto del quehacer de la madre -. Está algo cambiada la habitación. Estoy, repito, poniendo mi Estudio. No me tires nada cuando entres allí. ¿Entendido?. Cuidado con las cosas, con los lienzos y con el caballete.
- ¡Sí!. ¡Entendido!.
- Venga, dame un beso. ¡Hasta mañana!.
- Bobadas, bobadas, bobadas... – seguía diciendo la anciana medio cantando.

## CAPÍTULO SESENTA Y SIETE

Aquella noche para Miriam y Mario ya no pudo ser una noche como las anteriores, plena de amor y gozo.

Las preocupaciones, la descarada aunque legal presencia de Nuncy, la nueva y tensa situación vivida, hizo que los ardientes amores, que los apasionados deseos se consumieran pronto en una hoguera de menor tamaño que las fogatas llamativas de los días anteriores. Y los rojizos rescoldos de días pasados se habían ya

transformado en grises cenizas cuando la Luna menguante asomaba ya tímidamente, pero con descarada coquetería y desfachatez, sobre el opaco cielo de Cape May.

Serían sobre las tres horas de la madrugada cuando un ruido seco y agudo despertó súbitamente a Miriam que hacía sólo un rato se acababa de quedar dormida.

Un sonido extraño, absurdo y patético, como un misterioso acorde del “Barco Fantasma” de Richard Wagner, incorporó y levantó a Miriam sobre la cama. Frotándose los ojos con sus femeninas manos, percibió que el ruido raro y deforme continuaba ahora más apagado y disimulado, pero frío y cortante, y parecía provenir de una de las otras habitaciones de la casa.

Miriam, turbada y con cierto desasosiego, pensando que era su madre quien se habría levantado a los servicios de los aseos, esperó unos segundos. Luego, lo pensó mejor y dijo:

- Mario, despierta... ¿No oyes unos extraños ruidos al otro lado del pasillo?.
- ¡Será tu madre, que se habrá levantado! – esgrimió Mario que permanecía más dormido que despierto.
- ¡Pero, escucha, son pasos y como que mueven cosas!.
- ¡Espera, calla un momento! – susurró ahora el varón que se había percatado de algo extraño.
- Hay que ir a ver que sucede. No obstante es raro que “Kuly” no ladre – porfió Miriam con cierta intuición.
- ¡Espera, no te levantes tú, Miriam!. ¡Lo haré yo!.
- ¡Pero, ten cuidado!. Séte prevenido. Si ves que es mi madre no le digas nada. Iré yo misma.

Mario salió al pasillo nervioso, miró con cierta intranquilidad hacia la derecha y hacia la izquierda, y advirtió, que en el pasillo nada extraño parecía suceder. Los ruidos entonces parecían haberse evaporado. Regresó y así se lo comunicó a Miriam:

- No aprecio ahora nada extraordinario. La puerta de la habitación de tu madre está aparentemente cerrada.

Se estaban acostando de nuevo en la cama cuando inesperadamente surgió otro ruido seco y fuerte que los sobrecogió y los sobresaltó de su cama. No fue como un escalofrío de miedo o temor, ni era como una pesadilla furibunda, no; si no que el extraño ruido parecía que era hecho o producido por alguien, tal vez una persona con cierto descuido, de manera inconsciente, y un tanto brusca e ingenua, de tal manera que quien fuese no estaba tomando ningún tipo de precaución ni seguridad. Un ladrón hubiera actuado, tal vez, con más sigilo y sensatez, con más astucia y engaño.

- Creo que proviene del Estudio, Miriam – advirtió con amarga sequedad Mario.
- ¡Vete a ver, ten cuidado, puede ser el gato, pero si lo fuera el perro se despertaría, es raro, ten cuidado, o mi madre, o ...!

Cuando Mario se aproximó al Estudio vio que, por el pequeño resquicio por donde estaba abierta la puerta, salía una difusa luz, y un balanceante y anacrónico resplandor, que hacía las veces, con las trémulas sombras que provenían de allí adentro, de parecerse a un nervioso y atrevido fantasma.

Lentamente fue abriendo la puerta, y arrastrando el dintel hacia adentro. Las luces generales de la vivienda habían permanecido apagadas.

Una figura adulta apareció en medio de sombras y de los reflejos provenientes de una lámpara o candil que alumbraba tenuemente la habitación. Entre las altas paredes que desparramaban su difusa y nerviosa imagen y la realidad de la persona que allí estaba se estableció, por breves segundos, la idea de que un ladrón, o ser extraño, estaba robando en el interior de aquella estancia.

Mario que llevaba en la mano un grueso libro que había tomado a la salida de su dormitorio, a manera de porra o protección, se abalanzó sobre aquel ser que estaba revolviendo en un extremo del Estudio como buscando algo, tal vez algún singular objeto, y que no se había percatado de su presencia.

Fueron unos segundos cruciales, tensos, duros, pero precisos y suficientes, unos instantes vitales de reflexión y cautela, cuando percibió que una anciana mujer era la que revolvía en los estantes y en los cajones del armario-aparador, cerca de donde estaba camuflada la caja fuerte de la mansión.

El grave susto llevado por la mujer así como la iniciada actitud arrogante del varón de irse y pelear con quien allí estaba, conllevó una posición de parálisis inmediata en el hombre, al darse cuenta de que era una mujer quien tenía enfrente de él, y esas décimas de tiempo fueron suficientes para que la lucha o la pelea no llegase al cuerpo a cuerpo.

- ¿Quién es Ud.?...
- ¿Y Uds. quién es?...

Ambos eran unos perfectos desconocidos, y mutuamente se extrañaron, pues ninguno de los dos se había visto anteriormente. Sólo Mario intuyó, por unas fotografías de Miriam que podía ser la madre de ésta.

Mientras, Miriam, intuyendo que podía ser su madre que se hubiera levantado a esas altas horas de la noche, y estuviese revolviendo en el Estudio, se había levantado también con cierto sigilo.

Una lámpara extraña y sugestiva, pero más que lámpara o candil era en realidad una calabaza hueca, a modo de calavera de Halloween, rellena con una vela interior que estaba encendida, la que daba esa insólita y espectral luz, tan difusa y liviana como extraordinariamente sugestiva.

- Pero, mamá, ¿qué haces aquí?.
- ¡Nada!.

- ¡Vaya susto que nos has dado!. ¿Cómo se te ocurre levantarte a estas horas de la noche?.
- ¡Es mi casa!, ¿o no?.
- No empieces otra vez, por favor.
- ¡Hago lo que quiero!, ¿o no?.
- No empecemos otra vez, por favor. Mamá eres insoportable. ¡Y a quién se le ocurre venir con tu lámpara de Halloween al Estudio a estas horas!. ¡Maldito el día en que te la regalé!. ¡Nos has dado un susto de muerte!. ¡Eres una inconsciente!.

La sonrisa de su madre era de maquiavélica malicia, y sabedora de no estar haciendo algo bueno. Una sonrisa más que pícara, enigmática, altamente preocupante, casi siniestra.

- ¿Y se puede saber qué intentabas hacer aquí a estas horas?.
- Guardar el arma en la caja fuerte como tú me dijiste, hija.
- Pero a estas horas, mamá. Podías haberlo dejado para mañana – dijo su hija que ya había dado el interruptor de la luz general del Estudio para iluminar la sala. ¿Qué buscabas?. ¿La caja fuerte?. ¡Allí está!.

La anciana mujer que vestía un largo camisón de diminutas flores en tonos pálidos, se frotó los ojos y miró hacia el lugar que le señalaba su hija.

- ¡Mete, anda, la pistola adentro, venga! – le dijo con voz enfadada y grave su hija.
- ¡No es pistola, es un revólver”. ¡Era de Max Tom...!
- ¡Sí, eso ya lo sé, es verdad!.
- ¡Siempre me acompaña, como mi “Kuly”!. ¡Como mi “Kuly”!.

La hija quitó y cogió el revólver, con seguridad y firmeza, de la mano de su progenitora, y tecleando ciertos números secretos abrió la caja fuerte y metió en su interior el mencionado arma.

- ¿Qué pasaba, que no te acordabas del número de la combinación?. Es el día, mes y el año en que tú, madre, naciste.

Mario la había estado imperturbablemente mirando a la cara. La anciana, por el contrario, sólo le miraba de soslayo, y con cierta altivez y menosprecio.

- Y ahora todos a dormir. ¡Vamos!. ¿Entendido?. Mañana hablaremos.

Y cada uno terminó yéndose a acostar de nuevo en su respectiva alcoba.

## CAPÍTULO SESENTA Y OCHO

Cuando aquella radiante mañana de domingo, Miriam y Mario se levantaron de la cama tuvieron la impresión de que su madre habría hecho otra de las suyas.

- ¡Mamá, mamá! ¿Dónde estás?. Mamá...

Entonces vio en el pasillo, meneando suavemente la cola gris y a medio pelar, a “Kuly”, que se dirigía con entusiasmo y rapidez hacia ella.

- Mamá, mamá, mamá...

Miró en su dormitorio y no había nadie. Y al no contestar a su llamada tuvo ya la certeza, la marcada sensación, de que su madre no estaba en la casa. Tal vez hubiera salido a la huerta, al jardín, o al patio de atrás. La llamó varias veces con gritos que habrían supuesto que la oiría bien. Pero nada. Nada.

Ató al perro, por precaución y cautela, con la cadena correspondiente a la perrera de abajo, y se dispuso a decírselo a Mario, sobre la ausencia de su madre de la casa.

Mientras atravesaba el Salón central se percató que faltaba de su sitio el libro de preces y de oraciones religiosas que siempre solía estar en una pequeña hornacina junto al armario principal.

“Hoy es domingo. ¿No habrá ido a los oficios religiosos como siempre solía hacer todos los domingos a estas horas”.

Entró en la cocina, situada al fondo y a la derecha del salón, y vio sobre la mesa los restos de comida, con una taza sucia sobre el fregadero, y los demás utensilios de haber tomado un desayuno normal.

La iglesia de “Jesús Divino Pastor” se alzaba en una esquina de la avenida “Malcon”, que daba con el parque “Thelma”.

Era una capilla de estilo victoriano dedicaba a Jesús, el buen Pastor de su rebaño. Los bancos de la iglesia eran sencillos, de madera de roble, en dos filas paralelas, con un estrecho pasillo central; y el ambiente medianamente puritano, ofrecía sencillez, recogimiento, naturalidad, seriedad, hondura.

El reverendo pastor Jimmy miró de reojo a través de sus gruesas gafas a sus feligreses que estaban acabando de entonar un cántico sacado de los Salmos de David, y vio que la señora Nuncy

Suan Lorten se estaba sentando justo en la fila de bancos de detrás a la que tenían sus amigas Sophie, Alma y Karen, que ya ocupaban todos los sitios. Una mirada pícaro y furtiva las hizo percibir que de nuevo estaban reunidas juntas en Cape May, como en los viejos tiempos.

Las cuatro revivieron por unos momentos antiguas amistades, viejos recuerdos acudieron a sus mentes, unas veces, enfadadas y hablando a regañadientes, y otras, viviendo situaciones más joviales y mundanas.

Y otra perspicaz e inteligente mirada del reverendo párroco, las hizo volverse para escuchar, firmes y atentas, la Palabra de Dios a través del siguiente texto del Eclesiastés:

Hermanas y hermanos:

“Para todas las cosas hay sazón, y todo lo que se quiere debajo del cielo, tiene su tiempo:

Tiempo de nacer y de morir. Tiempo de plantar, y tiempo de arrancar lo plantado.

Tiempo de matar y tiempo de curar. Tiempo de destruir, y tiempo de edificar.

Tiempo de llorar, y tiempo de reír. Tiempo de endechar, y tiempo de bailar.

Tiempo de esparcir las piedras, y tiempo de allegar las piedras.

Tiempo de abrazar, y tiempo de alejarse de abrazar.

Tiempo de agenciar, y tiempo de perder.

Tiempo de guardar, y tiempo de arrojar.

Tiempo de romper, y tiempo de coser.

Tiempo de callar, y tiempo de hablar.

Tiempo de amar, y tiempo de aborrecer.

Tiempo de guerra, y tiempo de paz.

¿Qué provecho tiene el que trabaja en lo que trabaja?.

Yo he visto el trabajo que Dios ha dado a los hijos de los hombres, para que en él se ocupasen. Todo lo hizo hermoso en su tiempo; y aún el mundo dio en su corazón, de tal manera que no alcance el hombre la obra de Dios desde el principio hasta el cabo. (Eclesiastés, 3, 1-11).”

Queridos fieles, reflexionemos sobre estas cuestiones, sobre estos asuntos que nos plantea el rey de Jerusalén, sobre estos temas que nos presenta el mismo rey Salomón...

Por eso queridos feligreses, quiero que os den otro punto de vista, otra exposición muy meritoria. Ahora el mensaje de Jesús os lo relatará, os lo leerá con su posterior comentario, nuestro amado vicario, Arthur MacCoy, que hoy, en esta cálida mañana de domingo, nos honra con su presencia en esta pequeña capilla parroquial dedicada a Jesús Pastor.

Entonces subió el mencionado vicario al estrado del altar, se puso de pie y enfrente del atril, pasó con seriedad y silencio sólo



una página más del libro sagrado de la Biblia, y leyó con profunda hondura y misterio:

“Y tornéme yo, y vi todas las violencias que se hacen debajo del sol; y he aquí las lágrimas de los oprimidos, y sin tener quien los consuele, y la fuerza estaba en la mano de sus opresores, y para ellos no había consolador. Y alabé yo los finados que ya murieron, más que los vivientes que hasta ahora están vivos. Y tuve por mejor que unos y otros al que no ha sido aún, que no ha visto las malas obras que debajo del sol se hacen.”

El reverendo pastor Arthur cerró con sumo cuidado el Libro Sagrado. Miró a la multitud que expectante y callada, en un sutil silencio, le seguía sin pestañear, y comentó a continuación:

“¿Qué poco ha cambiado el hombre desde la antigüedad de los tiempos, que poco hemos cambiado en dignidad, en corazón, en misericordia, en solidaridad, en amor...?”

En la era espacial que vivimos, en el mundo de Internet en que nos movemos, en el mundo de la electrónica digital, en la tierra de los últimos inventos científicos y tecnológicos, ¿qué poco ha cambiado la humanidad en los aspectos sociales, culturales, humanitarios?

¿Para qué han servido el progreso, la evolución, el desarrollo económico, para qué los grandes avances tecnológicos y electrónicos si el hombre sigue matando, odiando, vengando, amordazando, hiriendo a su prójimo, a sus vecinos de al lado?. ¿Qué son sólo unas millas de evolución en la inmensidad de un Cosmos, de un infinito Universo celeste?

Los sabios y científicos descubren los genomas y las estructuras íntimas del A.D.N., y sus aplicaciones sanitarias para el cuerpo humano, y una multitud de descubrimientos que afectan a la salud del cuerpo, pero, ¿dónde, en cambio, están los progresos, los avances en caridad, en solidaridad, en honestidad?. ¿Dónde está el progreso en lo referente al cultivo del alma, o en lo referente al divino espíritu del hombre?

Ahora se mata más y mejor, con mayores armas atómicas o químicas. Ahora el odio medra con cada bala o con cada piedra como crecen los pobres en las tierras inhóspitas del planeta, y la venganza campa a sus anchas por más de medio mundo. ¿Dónde está, pues, el progreso completo e íntegro del Hombre?. ¿Dónde está su fuerza y su energía vital en aras de la salvación total del hombre?. ¿En beneficio y en provecho de quién se actúa?

Debemos desterrar “el ojo por ojo y el diente por diente”. Los cristianos debemos seguir a Jesús con sus mensajes de amor, fraternidad, humildad y caridad. Ponernos en el lugar de uno que es distinto a nosotros, en la piel del otro que nos mira, para experimentar los sufrimientos, las miserias y los escarnios ajenos. ¿Es fácil eso, o es difícil tarea?. Sólo los necios nos dirán que sí, que es fácil.”

El reverendo padre Arthur MacCoy era un hombre serio, fuerte, alto, de cierta envergadura corpórea. Una peluca grisácea le

ocultaba su gran calvicie, sus ojos eran duros, profundos, y hermosamente verdiazules, y unas enormes manos, llenas de vello dorado, denotaban su carácter noble, indisoluto, recio, algo adusto era verdad, pero sumamente claro y humano.

Y luego prosiguió su breve plática, aún sabiendo que todo lo que decía se lo llevarían los políticos y los gobernantes en su bolsa de basura diaria al estercolero más próximo.

“Hoy he leído en la prensa que la fratricida guerra no cesa en Oriente Medio entre Judíos y Palestinos. Hoy he leído que medio mundo está en guerra con el otro medio, que medio odia al resto, y el resto no aguanta y se venga de los otros. Hoy, también he visto y leído los nuevos proyectos para reconstruir el World Trade Center, donde estuvieron nuestras Torres Gemelas, con nuevos y modernos diseños arquitectónicos y urbanísticos. Unos, quieren y desean, que sean edificios muy orgullosos, colosales, arrogantes y majestuosos, para dar en las narices a los que malvadamente las derribaron, y otros desean y sienten otra arquitectura más humana, horizontal, racional e intimista. ¿Dónde está, pues, la verdad?. ¿Dónde radica la tan cacareada armonía del universo terrenal?. ¿A quién hacemos, pues, caso?.”

En las salas de Nueva York, la Galería Max Protetch en concreto, ha convocado a más de cincuenta arquitectos y artistas plásticos en una exposición para ofrecer una nueva identidad a esta zona herida de Manhattan, y presentar nuevas propuestas para recomponer la Zona Cero neoyorquina. Exposición y muestra que luego tendrá lugar en Washington, en el National Building Museum. Y, posteriormente, se irá a Europa, a la próxima bienal de Arquitectura de Venecia, donde se expondrán los proyectos más audaces, más sensacionales, las cincuenta propuestas más atrevidas y entusiastas. Pero el hombre debe de usar su inteligencia y su sabiduría para ayudar a su bondad y a su piedad. No a su egoísmo, a su vanidad o a su pisado orgullo. La ira o la rabia contenida no llegarán a ninguna parte si no es analizada y puesta en cuarentena por la prudencia, la medida, y el buen juicio.

Se hace necesaria una nueva reflexión, una toma de postura común, general, democrática. No una imposición contra esto o aquello.

Y que Dios muestre el recto camino a sus hijos presentes y a los venideros. Nuestras siguientes generaciones analizarán nuestros actos con crítica y juicio recto. Hagamos la paz y la concordia, hagamos lo que Jesús hubiera hecho.”

Con esas sublimes palabras terminó el reverendo vicario Arthur MacCoy su breve intervención apostólica en la iglesia de “Jesús Divino Pastor” de Cape May. Luego entonaron otros salmos de oración y acción de gracias a Dios.

Cuando salieron a la calle Nuncy saludó y compartió unos breves momentos con sus amigas, Karen, Alma y Sophie, y convinieron en volver a verse en días sucesivos.

## CAPÍTULO SESENTA Y NUEVE

Cuando Nuncy, la madre de Miriam, regresó a casa, se puso de inmediato la ropa de estar en la mansión, soltó a “Kuly”, desatándolo de su férrea atadura, y con un cesto para la huerta se dirigió hacia la zona de su finca donde unos árboles frutales contenían aún algún fruto maduro. Nadie parecía estar en ese momento por allí.

Caía la mañana con sus rayos estelares sobre los campos y praderas verdes, sobre los tejados de las casas y sobre las cúpulas de los árboles y los bosquecillos de los alrededores.

Llegada a una choza que por allí había sacó de ella una escalera de madera, no muy alta, pero ya algo cascada y ajada por la lluvia, el frío y el tiempo, y se dispuso a subir, atrevida y sola, a las ramas de los árboles en busca del preciado fruto.

Con gran peligro y con cierta inocente presteza la anciana mujer, creyéndose una niña ágil y traviesa, se subió peligrosamente a la copa de un ciruelo, y comenzó a recoger alguna perdida y escondida ciruela, que no en buenas condiciones aún sujetaba la madre naturaleza por sus tiernas y delicadas ramas.

Entonces oyó unas voces que la llamaban desde el otro lado:

- Mamá... Mamá... Nuncy...

Ella hacía como que no conocía esa voz altiva y trémula, y fingía que no la oía...

Era su hija, Miriam, que estaba buscándola por el interior de la finca.

- Pero, ¿qué haces ahí arriba subida, mamá?. ¿Cómo se te ha ocurrido subirte a recoger frutos en este tiempo?. No estás bien, mamá. ¡Baja inmediatamente!. Reconócelo, que no estás bien, por favor.
- ¡Calla, y ayúdame a bajar!. Estoy muy bien. Y hecha una chavala.
- ¡Sí, sí, una chavala! – comentó su hija con sarcasmo y resignación.
- ¡Mejor que tú!
- Que no se te vuelva a ocurrir subir ahí arriba. ¿Por qué no miraste, cuando viniste de la Iglesia, a ver si estábamos en el Estudio?. Allí estábamos...

- ¡Ten cuidado, no te caigas!. Apoya el pie en este peldaño... Despacio. Despacio... Cuidado... ¡Ahora te vienes a comer con Mario y conmigo!.
- ¡Ni hablar!. ¡Coméis vosotros!. ¡Yo no comeré!.
- Bueno, no seas tan caprichosa mamá. No guardes rencor a personas con las que apenas te has visto y tratado.
- ¡Ni hablar!. ¡Yo nunca iré!. Coméis vosotros solos.
- ¡Pero, mamá...!
- No te esfuerces. Ya me conoces. ¡No iré!.

Miriam tuvo que desistir. Sabía la cabezonería de su madre. Sabía de su demencia y de sus agudas obsesiones. Y cuando decía no, era siempre que no. Por ello desistió de su querida oferta.

El día recorría su camino como corre el agua en los ríos: continua, tranquila, obediente a las leyes de la Naturaleza, casi invisible para los destinos humanos, imparabile, indiferente, callada y sosegada.

Serían las cuatro y media de la tarde cuando su madre sin decir nada, y sin mediar palabra, abandonaba “Maxtom” con su perro “Kuly” atado con una pequeña cadena a su mano. Lo sacaba a pasear como siempre solía hacerlo cuando estaba en Cape May. Fue una pura casualidad, por la que Miriam que asomaba por su ventana observó la caminata de ambos seres por una senda para dar un paseo por los alrededores.

Miró el reloj y comprobó la hora: Las cuatro y cuarenta y dos minutos. Luego esperó a que se perdieran en el pequeño horizonte desde donde divisaba a los dos personajes: Su madre, bien ataviada y elegante con un traje de domingo, y el perro, el pastor alemán, altivo, peludo, gris, y moviendo su orgulloso rabo a los curiosos viandantes, quienes apartaban su vista y sus pies de su normal recorrido para no tropezar con el mencionado y altivo animal.

Ahora que no está ella aprovecharé para ir a pintar afuera “el paisaje” que tengo incompleto – se dijo Miriam. Y se lo comunicó a Mario, que prefirió – le dijo a ella – concluir de leer también unos reportajes, unas lecturas sobre fotografías que habían aparecido en la revista “Times”.

La tarde caía impasible y monótona.

El poco viento que hacía en el ambiente sólo mecía con suavidad las ramas de los árboles en los alrededores de Cape May.

Algunos vehículos ligeros rasgaban el silencio del medio ambiente, y unas pocas personas paseaban tranquilas y charlando por senderos y calles.

Debió de pasar un poco más de hora y cuarto cuando la señora Nuncy, apareció de nuevo en la lejanía, acompañada esta vez, además de por su fiel dogo, por otra desconocida persona.

A medida que se aproximaban a la mansión de “Maxtom”, las dos mujeres charlaban y conversaban más cerca una de la otra, como planeando o programando algo, y se acercaban como con

sigilo y ensimismamiento, tal vez enfrascadas en sus cosas y decires.

Penetraron en la hacienda como si nada sucediese. Nuncy se adelantó al subir el rellano del porche. E hizo esperar a su amiga, que quieta y algo nerviosa en su interior observaba con agudeza visual y auditiva la situación de lugar.

- Pasa, ¡no hay moros en la costa!
- ¿Cree Ud. que saldrá bien todo esto?
- Hija, si no sale bien no te ganas lo pactado.
- ¡Tiene que ser por 200!
- Calla insensata, con 100 ya estarás muy bien pagada.
- Ni hablar, es difícil y complicado.
- ¡Calla, bruja!, ¿acaso pagó Zeus por dormir con sus diosas del Olimpo, o el Sultán de Constantinopla por estar con las mujeres concubinas de su harén?
- ¡Eso es distinto!. ¡No la entiendo nada, señora! – dijo la mujer que acompañaba a Nuncy algo malhumorada.
- ¡Calla, puta!. ¡Y actúa bien, como una buena Celestina, y tendrás tú recompensa!
- ¡No me fio de Ud.!. ¡Págueme por adelantado la mitad, y entro!. Le prometo además que lo intentaré hacer bien.
- Bruja... No sé como te he traído.
- Allá Ud. Ciento cincuenta dólares... Y ahora cien de inmediato.
- Puta insensata. Yo soy más vieja que tú. Cincuenta, y si todo sale como convinimos, otros cien luego. Ya es bastante, Charlotte. ¡Adentro, melindrosa! – le decía mientras la empujaba sin ninguna consideración. ¡Adentro!.. Y no seas remilgosa ni pusilánime con él!. Dura y dura. Te va en ello el sueldo, puñetera.
- ¡Venga, trae eso! – dijo la prostituta tomándole el dinero de las manos.
- Toma, ¡fea ramerilla! – contestó la vieja.
- ¡De fea, tu madre!
- ¡Y de ramera, tú!. ¡Y calla la boca y no me chilles más!. Voy a ver. Espera en el Salón. “Kuly”, no ha ladrado, mejor. Quizás ella haya salido afuera.

“Charlotte” era una especie de fulana urbana, que se prestaba para cierto tipo de trabajo de cierta calidad, en el argot de la prostitución.

Charlotte era alta, tiesa y algo seria, en cierta manera guapa según el canon actual, más pelirroja de frasco que de naturaleza, la cual eso sí, la había dotado de ciertas formas corpóreas muy abundantes y sensuales que no pasaban desapercibidas para nadie. Era de mediana estatura, de unos cuarenta años, aunque representaba unos cuantos más, bien pintada, acicalada, perfumada y coqueta, era la viva imagen de una buena meretriz, que ofrecía sus servicios a los caballeros no por menos de cien

dólares. Por eso escogía a sus “hombres víctimas”, y podía disfrutar de cierta estima en el mundillo de la calle barriobajera.

Unos ojos verdes, grandes y pintados de rojo, como volcanes en erupción, la mostraban como una ramera fina, elegante y seductora, una seca acaparadora de “hombres de cierto alterne”, y tenía fama de ser una fría devoradora de hombres con difíciles o insensibles comportamientos.

Aquella tarde llevaba los senos perfectamente encajados y seguros en un enmarcado sujetador, y una atractiva falda, en áspero cuero rojizo, muy corta y ajustada a la cintura, y si no fuera por la especie de largo abrigo que le tapaban sus carnosos y sensuales muslos, el espectáculo hubiera sido un poco estremecedor.

Iba tiesa y enhiesta como un palo de caoba. Sus zapatos encarnados, y bien lustrosos, eran de puntera aguda, a la moda de entonces, y con tacones de mediana altura.

Dos cicatrices se cruzaban en su cálido y pálido rostro. Una pequeña brecha, casi insignificante, - quizás producida ya hace mucho tiempo - a la altura de la frente, en el lado izquierdo. La otra más visible y sensible, en la parte derecha del mentón.

- Mi hija, no está en este momento en la casa - le dijo la anciana -. ¡Adelante, Charlotte!. Sube conmigo, que arriba está ese canalla al que daremos una gran lección, ese idiota de amante del tres al cuarto. Tiene que saber lo que es morder el polvo.
- ¿Descuida que de eso me encargo yo?.
- ¡A ver si es verdad, fea ramerilla!.
- ¡Qué no me llames fea!. ¡Tu madre!. ¡Por favor!.
- Tú a lo tuyo, y lo otro a callar. ¡Sedúcelo bien!, y espera a que regrese yo con mi hija. La cama es buena y resistente. ¡Entendido!.
- Nunca fallo en mis conquistas, señora Nuncy - le dijo con cierta insinuación morbosa.

Subieron con cierto sigilo al Estudio donde el hombre se encontraba leyendo y mirando unas fotografías, cuando inesperadamente se le aparecieron, como dos espectros a Hamlet, las dos mujeres en aquella estancia.

- ¡Hola!. ¿Dónde está mi hija?. ¿Se puede saber?. - manifestó con gran desdén la anciana.
- Ha salido a pintar un rato abajo. Está en la fronda que hay detrás del aljibe - respondió atento y cordial Mario que no sospechaba nada de lo que se le avecinaba.
- ¡Voy a buscarla! - dijo fingiendo cierto interés la vieja loca -. ¡Tú, hija, espérame aquí. No tardaré en regresar y jugaremos una partida de bridge!.

Cuando la señora Nuncy desapareció del Estudio, la astuta celestina comenzó a mover todos sus maquiavélicos hilos, todas sus piezas y artimañas, sus estrategias femeninas para

conseguir el objetivo prometido a su señora, buscar la seducción de aquel hombre, acabar con su integridad moral, exponerle al escarnio y a la aberración de Miriam, demostrándole que aquel sujeto se iba con cualquier zorra, que era un mal don Juan, un don Nadie. Toda una pérfida y maquiavélica acción a fin de que cällese seducido y en las redes de la abyecta Charlotte.

Sabía de la habitación matrimonial contigua porque se la acababa de mostrar Nuncy al pasar por el pasillo. Todo era cuestión de estrategia, de valor, de hígado y de suerte. Así lo veía ella, pero no fue todo tan sencillo.

- Puedes sentarte ahí, y esperar, si lo deseas – dijo Mario inocentemente señalándole una silla, sin creerse ni saberse presa de nada, ni carne de nadie.
- ¡Gracias, querido!. ¿Tienes por favor, un cigarrillo?.
- Me parece que no... ¡Espera!. ¡Ah, sí, aquí hay una cajetilla!. ¡Toma!. Coge lo que quieras.
- Me das fuego, cariño. Me olvidé el encendedor en casa... Un descuido imperdonable también... ¿Una mansión muy elegante y confortable ésta?, ¿verdad?.
- Bueno, no sé. Aún no he tenido tiempo de saberlo con certeza – contestó mientras le encendía el pitillo con un poco de nerviosismo -. Llevo sólo unos días aquí y no...
- ¡Bellas pinturas!. ¿Son tuyas?.
- ¡No!. ¡No!. Lo mío es la fotografía plástica. El retrato...
- Eso debe de ser muy interesante. Habrás retratado a mucha gente en tu vida. Me ha dicho Nuncy que eres un profesional admirable y estupendo.
- Uno más del montón. Hay mucha competencia...
- No seas tan tímido y humilde. ¿Esto es tuyo? – dijo refiriéndose a unas fotografías que estaban posadas en la mesa central.
- ¡Ah, esas fotografías!. ¡Sí, sí, son mías!.
- ¡Son maravillosas!. ¡Estupendas!. ¡Geniales!. Muy bonitas. Eres un artista. Mario, ¿verdad?... ¿Y habrás retratado o fotografiado a muchas bonitas mujeres?.
- Bueno, no tanto como pueda parecer.
- ¡Y supongo que habrás retratado a hermosas mujeres desnudas! – le sugirió de nuevo mientras se quitaba toda su larga prenda de abrigo y mostraba al hombre todos sus tiernos encantos femeninos.

Aquella mujer era lista y astuta, e iba directamente al grano. Sabía de la vanidad y del orgullo de los hombres cuando se les habla de sus conquistas y logros profesionales, y que eso los perdía. Sabía que hablar de desnudos y de bellezas femeninas es como tratar de versos del amor entre las mujeres; sabía que sacar a colación esos temas puntuales, enseñarle en directo el prisma de la sensualidad, era entrar en un terreno resbaladizo pero anhelante y deseado para la psicología masculina, como un sentimiento o un tabú mágico para la imaginación masculina.

Tenía que continuar por ese camino trillado, pero seguro, de desnudez y fantasía. Seduciendo su ego, su libido sensual. Yendo a su egolatría. Fingiendo admiración y adoración por sus cualidades artísticas. El egoísmo es común en los humanos, pero en el hombre vanagloriado mucho más.

Luego, con claro dominio de su técnica amorosa, Charlotte continuó con una nueva racha de insinuaciones rápidas, sonrisas enigmáticas, gestos atrevidos, ademanes sinuosos, pequeños roces o suaves tocamientos, palabras obscenas o insinuosas, fingimientos inocentes, ardidés profanos, astucias de lagarta...

Él comprendió, llegado cierto momento, que aquella mujer trataba de seducirlo y de conquistarlo. Era extraño e inusual su comportamiento. Y se preguntó, el por qué de esa misteriosa actitud, y cuál era el motivo de dicha intriga, el objetivo que se proponía con aquella atrevida actuación.

Al principio decidió fingir, y entrar en el juego que le proponía, en ese juego erótico y medio amoroso, pero comprendió que siguiéndole el entretenimiento y haciendo la pelota, él, a la larga, perdería, porque sabía por experiencia, que las tretas, argucias y las maquinaciones de mujer, son siempre poderosas, vencedoras y eficaces. Y siempre salen triunfando cuando se lo proponen de verdad.

Pero sintió una enorme curiosidad en averiguar el por qué de aquella innoble actitud femenina. No le cabría ninguna duda de que era una fulana, una puta, una ramera. Bueno, casi una mujer cortesana, al estilo italiano. Sería, acaso, cosa de la vieja...

¿Qué pretendía, pues, - llegó a decirse cuando todavía estaba cuerdo y no muy apasionado, - la madre de Miriam con aquella extraña situación, con aquella anómala actuación realizada en su propia casa?. Estaba claro. Que le pillaran en mantillas ligando con ella, que lo cogieran "in albis" a su lado o en la cama, que lo tomaran por un indecente, un cabrón y un sinvergüenza. Que lo echará Miriam a la calle sin piedad ni misericordia. Que lo arrojaran a patadas y sin contemplaciones de ningún género.

Sabía que él era un hombre normal, y como tal de carne y hueso. Sabía que si entraba demasiado en su siniestro juego, caería loco e indefectiblemente en sus tejidas redes femeninas, como de araña devoradora.

Y merced, a su edad, a su experiencia, a su mesura, y por otra parte, a su equilibrio mental, tendría a su vez, que plantear una alternativa sutil o diplomática, mejor dicho, una astuta y sagaz contraofensiva, como si fuese la misma estratagema de Ulises con su Caballo de Troya, una actuación sigilosa, rápida y descabellada, pero inteligente, para neutralizar los ardientes, vaporosos, e intrigantes poderes del amor de la bella Charlotte, como la misma maga homérica de Circe.

\*\*\*\*\*



Ya no podía volverse atrás, pero sí podía intentar hacer fracasar aquel plan, aquel empeño en fastidiarlo y en arruinarlo.

- Sabes, Charlotte, - le expuso con cierta aquiescencia y disimulo - ¿por qué no me haces el favor de ponerte en pantalla, aquí en el Estudio, y así poderte hacer una buena fotografía. Un gran fotograma. Tengo una Exposición en Nueva York, y tu bello rostro sería contemplado y admirado por cientos y cientos de gentes, miles de personas. El sueño y el ideal de toda modelo. Tú serías una perfecta modelo. Una genial actriz. El cine, la televisión, tal vez el teatro, se interesarían por tu... persona...

- Hum, hum...

Mario Ruber, inesperada, y de forma casi incomprensible, comenzó a utilizar conscientemente las mismas estrategias y las mismas armas que Charlotte había empleado antes para seducirlo a él. Ella tampoco podía decirlo que no a secas, pues estropearía sus creídas conquistas anteriores...

- Y me das algo por eso...

- Mujer... Más todavía... Que hay como un buen reconocimiento a nivel nacional e internacional. ¿Qué más hay?. Eres una hermosa dama de alterne, digo de alta alcurnia. Te buscaría en la placa fotográfica un buen y acertado encuadre, una secuencia nítida y perfecta en el objetivo. Creo que quedarías bien guapa así - le decía mientras la situaba en escena e imitaba todos los ademanes, trucos y gestos de un buen fotógrafo profesional.

- ¡Ah, sí...!

La actitud de Mario era elocuente y clara. Debería intentar vencer en ese peligroso lance, en ese órdago que le había lanzado la anciana Nuncy. Debía, pues, darse prisa, porque la vieja debía saber el tiempo preciso y necesario para intentar pillarle con Charlotte en la cama, o en una posición muy comprometedora.

Además tuvo una buena corazonada. Seguro que la anciana le habría dado ya a la puta una cierta cantidad de dinero por esta ingenua y descarada actuación ante él. Así que si conseguía al fin desnudarla le quitaría disimuladamente de sus prendas todo el dinero que llevara encima con ella. Eso sería prueba de que sería el vencedor en estas anómalas lides amorosas.

Pero una inesperada respuesta de la mujer le hizo comprender que todo aquello podría irse al garete y al carajo.

- Haremos una de rostro completo y otra de cuerpo desnudo - le había dicho ingenuamente.

- Sólo me desnudaré contigo en la cama, mi amor - dijo entonces la mujer muy melosa y cariñosa, mientras intentaba besarle con ardor en la boca.

- Pero, ¿por qué, mujer? - dijo él apartándose instintivamente de esa peligrosa actitud.

- ¡Tú me gustas, y deseo estar contigo...!
- Así a secas... Así sin más. Te contaré un secreto, Charlotte. Charlotte, dices que te llamas, verdad... Espero que me lo guardes. ¿Me lo guardarás, pues, bien...? – manifestó Mario poniendo cierta intriga en su resolución.
- Depende de lo que sea – apostilló con cierta rabia, y algo de mal humor la mujer, que veía siempre ciertas trabas en sus escarceos amorosos.
- Tengo la costumbre de que a ciertas mujeres que inmortalizo en mis retratos, a algunas hermosas damas que fotografio en mis cuadros, con sus bellos cuerpos fotogénicos desnudos o sensuales, luego las llevo conmigo y las hago el amor en la cama. Pero sólo a ciertas hermosas e inteligentes damas. Tú eres una de ellas. Ahora tú estas peinada, arreglada, muy guapa... Luego ya no sería lo mismo: el pelo revuelto, la cara algo descompuesta, el maquillaje borrado... ¿Me comprendes...?. Primero, la inmortal y querida fotografia, y luego, nos iremos a la cama, con sigilo y rapidez, pueden venir ellas... Anda, ponte ahí en el medio, yo te ayudo...
- No sé, anda, no sé... pero, rápido...

La meretriz – pensó con cordura e ingenuidad - que todos los caminos conducían a Roma, que lo esencial era que lo pillaran con él en cueros o en la cama, según lo convenido, y de una manera o de otra así se haría.

- Una buena fotografia requiere una buena exposición. Por eso debemos, es verdad, darnos prisa. Yo te ayudo a quitarte la ropa...

Y Mario vio que la mujer había caído en su trampa. Debía de actuar dando a entenderla que eso era lo justo y lo correcto. Pero, alto. Ella no era tonta.

“Yo debo perecer el tonto, el seducido” – se dijo a sí mismo. Si ve mucha seriedad o raciocinio, prisa o cara de listo, se podría dar cuenta. Debo aparentar ser apasionado, besarla sin llegar a extremos de altos deseos. Debo seducirla sin mostrar mi otra cara oculta, la de astucia y el ardid.

- Trae eso, deja aquí la ropa. ¡Qué hermoso cuerpo tienes, chica!. ¿Cómo no te han ofrecido un puesto en Hollywood? – le dijo con todo el descaro y con libida concupiscencia.

Mientras él iba preparando la sombrilla reglamentaria, los focos adecuados y pertinentes, la toma perfecta de imagen la decía:

- ¡Te sacaré dos hermosas fotos!. Estarás más guapa que todas esas otras mujeres a las que he retratado antes, ¿verás?.

Ahora el engaño parecía haber surtido efecto. La mujer estaba orgullosa de su fisico, de su sensualidad. En un momento

determinado, y cuando ella se había ido de todas sus prendas, incluido el bolso, que no quería soltar ni a tiros, y sospechando él que allí se debía de encontrar parte de su negocio, lo abrió y sacó un pequeño fajo de dólares, fruto sin duda de su hipotético escarnio. La frustración sería su genuina venganza.

- ¡Quieta ahí!... (Flash... Un fogonazo de luz iluminó el Estudio con la rapidez de un rayo). Una toma más, por favor. Un momento, esta placa se ha debido estropear, está negra. No me convenció mucho la toma. Tienes que quedar perfecta, perfecta y hermosa como una Venus del Milo...

- ¿Cómo qué...?

- Nada, como una bella dama. Como Cleopatra.

Él oyó ciertos pasos, oyó hablar abajo. Se acercó cautelosamente a la ventana, y vio que Nuncy venía hablando con Miriam con cierta dilación y holgura. Querría la vieja – pensó – preparar el camino de su sanguinario plan, llevarlo a la ruina total. Pero a lo mejor le salía el tiro por la culata.

Ya no tenía mucho tiempo. Debía pensar cómo eludir su responsabilidad cuando la encontrarán desnuda a la puta, no en su dormitorio sino en el Estudio.

- ¡Ya está...!. (Creo tener la solución se dijo a sí mismo moviendo los labios por lo bajo).

- ¿Qué dices...? – dijo la mujer con cierto desconcierto e inocencia, cogiéndola todo aquello muy desprevenida.

- ¡Oh, que mala suerte, esta placa no está bien hecha!. ¡Un segundo!. ¡Voy aquí, al cuarto, que tengo una nueva cámara fotográfica mucho mejor, a estrenar. Un momento, por favor...

Percibía en su corazón como latidos inseguros y arrítmicos, que se aproximaba una gran tempestad, oía y sentía que las dos mujeres subían presurosas y desconfiadas por los peldaños de las escaleras en dirección al piso superior, como aves rapaces que quieren encontrar a sus víctimas indefensas o maltrechas tras una tormenta, intentando conseguir que las presas cayesen en sus garras por su propio peso de humedad y fragilidad...

Mario dejó con presteza el Estudio... Y dejó caer como si no quiere la cosa el pestillo de la puerta que al cerrarse hizo un ruido seco, un chasquido fuerte y repentino...

Él corrió inmediatamente a ocultarse, a meterse en su dormitorio, en su cuarto... Tenía que evadirse, que eludir cierta responsabilidad en los hechos...

La mujer al ver el pestillo que se cerraba de golpe, llamó a Mario, primero con suaves palabras, pero cuando vio que no acudía comenzó a llamar, a gritar cada vez con más fuerza y sonoridad.

Nuncy y Miriam que en ese momento subían por las escaleras y oyeron el clamor, el grave estruendo de los gritos,

acudieron al lugar de donde provenían estos. Encontraron la puerta del cuarto del Estudio cerrada. Miriam, que tenía otro juego de llaves consigo, sacó la llave del estudio y abrió la puerta...

El espectáculo encontrado fue inaudito y sorprendente, la desnudez completa de la mujer, los sollozos y espanto de la puta al verse sorprendida así, lo desagradable del espectáculo, la cara de rabia y de amarga expresión de Nuncy, que con una especie de paraguas de sol que traía consigo comenzó a atizar en las carnes rollizas de la fulana, que intentaba eludir la furia de aquella y la responsabilidad de haber fracasado en sus actos; y, luego, Miriam, que no fue menos explícita y templada, también zurró y castigó en la desnuda piel, ya rojiza de aquella meretriz, toda la rabia y todo el ímpetu contenido por la desfachatez, la villanía, el descaro y la inoportunidad, por haber osado aquella mujer entrar allí, y estar así en esas condiciones, y en aquel lugar tan peculiar y sagrado para ella.

Después, que la furia, la ira y la rabia hubo menguado algo, dieron gritos llamando a Mario, pero el hombre al cabo de un tiempo prudencial, apareció altivo y ufano, orgulloso y elegantemente vestido, como un anónimo triunfador de lotería, con cincuenta dólares en sus manos, peinado su cabello correctamente, y como dando a entender que aquello no iba con él, que de aquello él ignoraba cómo y por qué había sucedido..., y que la culpa, de haberla, habría que buscarla en otras gentes...

Posteriormente, cuando la tormenta hubo amainado más, cuando la normalidad volvió a sus fueros, le contó a Miriam todo lo que había pasado y sucedido, le relató la verdad, su versión de los hechos, y cómo sospechaba que detrás de todo aquello estaba su madre, y que todo aquello había sido urdido por ella, por la anciana Nuncy, para desprestigiarlo y mancillarlo.

Miriam oyó el relato contado por boca de Mario en silencio, con nerviosismo y paciencia, con angustia, y callada resignación. No quería un incidente más. Pasado mañana se marcharía a Nueva York. Y así pensó comunicárselo a su madre y a Mario.

## CAPÍTULO SETENTA

El día siguiente, aquel lunes, había amanecido nublado, el cielo estaba gris oscuro, amenazaban nubes cargadas de lluvias y los vientos ligeros sacudían las mentes de los viandantes. El hombre del tiempo había pronosticado cambio atmosférico, y la tensa situación vivida el día anterior en “Maxtom” configuraba sin quererlo una jornada nuevamente sorpresiva.

Dicen que el cambio de tiempo, que la luna y las estrellas afectan lo mismo a las mentes de las personas que de los animales.

Fue “Kuly” el primero en ladrar sin ton ni son. Como una abierta y declarada declaración de guerra, como una extraña locura el animal ladraba y ladraba a los cuatro vientos sin motivo aparente. Tal vez contagiado por su dueña o por los hechos del día anterior.

Algo novedoso y desconocido parecía presagiarse en el ambiente de la mansión, en un lugar llamado Cape May.

La fuerza indescriptible y misteriosa del Destino, cargada de duro y frío acero, venía a terminar la obra, mejor sería decir, venía a completar y concluir la tarea comenzada meses atrás. Y se disponía a hacerlo como siempre lo había hecho: con silencio, sigilo, sorpresa y misterio.

Nadie quiere ser filósofo ni teólogo menos cuando le atañe a él una cuestión vital o le tocan su íntima sensibilidad.

De ahí que el malestar en “Maxtom” fuese casi visible y palpable.

Miriam quería olvidar ciertos temas, quemar etapas, y disolver las cenizas de la hoguera en medio del mar.

De ahí que esa mañana se dispusiera a salir a realizar unas compras en Cape May, para contentar a unos y otros, distraer las posibles subjetividades creadas y los problemas del día anterior, y abandonar, por fin, recelos y miserias sobre ellos mismos.

De ahí que se dirigiera primero, hacia las once de la mañana, a la sala del Estudio donde Mario Ruber Vidal estaba recomponiendo ciertos temas y seleccionando unas determinadas fotografías.

- Voy a irme al Gran Almacén a realizar unas compras: “Queso, huevos, patatas, cebolla, mantequilla, café, leche... ¿Algo más que añadir a la lista?. Creo que deberíamos irnos mañana a Nueva York, si es posible. Mi madre no está bien. Cada vez está más paranoica. No está en sus cabales. Es una esquizofrénica. Y no sé cuántas cosas más. Creo que no sería conveniente quedarnos aquí mucho tiempo. ¿Qué te parece a ti, Mario?.

- Sí, sí, es probable que tengas razón. Sí, es cierto. Pero es tu madre, y esta es en parte tu casa. Tú eres la que debes de decidir.
- ¡Está bien!. Lo decidiré sobre la marcha. Pero creo que sería lo mejor abandonar este lugar. Pienso como aquella mujer, que le previno a Cesar que no eran buenos “los idus de marzo”. ¡Ah, bueno!, y cambiando de tema. ¿Qué quieres hoy para comer, que te gustaría que preparase de primer plato?.
- Pues, mira, una arroz con mariscos y tomate frito me encantaría – llevo varios días pensando en él.
- Pues apuntaré también langosta, cangrejos y tomate frito en la lista. Ah, cuando ordenes de nuevo como tú decías este Estudio, deja espacio para la mesa pequeña de tu laboratorio fotográfico. Yo me arreglo con ese espacio.
- ¿Y dónde quieres que te coloque el armario – aparador?.
- ¡Dónde está!. Un poco más a la derecha, giras un poco el armario para clavar y colocar el cuadro de “Artemisa Cazadora” detrás de la Caja Fuerte, y ya está. ¡Ah, y ten cuidado con las estatuillas de arriba, que pesan y son caras y delicadas!.
- ¡Vale mujer, lo tendré en cuenta y procuraré tener cuidado!.
- Diré a mi madre qué tenga cuidado con...
- ¡Mejor no la digas nada, por favor!.
- No, no, si no me refería a eso...

Cuando Miriam salió de la habitación nadie sospechaba que era la última vez que iba a ver con vida a Mario Ruber Vidal.

Mario se hizo una configuración rápida de cómo estaba el lugar. Frente a la puerta de entrada, y ocupando la mayor parte del Estudio la correspondiente a la sección de Pintura de Miriam, con sus diversos estaribeles, sus caballetes, su mesa principal, su paleta de colores, sus tubos de pintura, sus lienzos en puro blanco, y otros cuadros pintados o a medio pintar, unos tapados y otros a la vista. Un poco a la derecha y hasta el rincón, el pequeño lugar que hacía las veces de laboratorio fotográfico de Mario, donde ayer mismo había tenido la inesperada trifulca. Y detrás de la puerta de entrada, y hacia la derecha, quedaba el lugar destinado al armario – aparador. Era una especie de armario, con secciones superpuestas. Arriba en la cima del mismo varios objetos decorativos estaban en posición erecta: Un atleta africano de madera de caoba, un don Quijote y un Sancho Panza de cerámica de Dragó, una bailarina rusa de marfil, una esfera artística de acero, y tres copas metálicas de varios trofeos de concursos pictóricos.

El armario contenía desde libros, vídeos o Cds., a vajilla de estilo y cristalería de bohemia o similar, y un sinfín de cosas y utensilios como servilletas, ceniceros, adornos y detalles de

obsequios recibidos, un pequeño candelabro de barro con varias velas en sus extremos, aptas para usar e iluminar, y un estuche con bolígrafos, afiladores, lapiceros, gomas, plumas y otro material escolar.

Cuando Miriam bajó al Salón encontró a su madre sentada en una silla deshaciendo con cierto nerviosismo un jersey de lana por el cuello, y enrollándolo de nuevo como si fuera una madeja en un ovillo de lana comercial, al estilo antiguo de confección. Su aspecto era de entontamiento, un ensimismamiento que sugería una nueva crisis en su devenir. Un niño o un muchacho que hubiera visto esa situación, no hubiera dudado en calificarla como de “tontura”, una mujer que estaba “loca”, “chiflada”, o tal vez “ida o pirada”, palabras, que quizás contuvieran una justa expresión con su actitud anormal y desequilibrada mentalmente.

- ¿Qué haces mamá?.
- Bolos...
- ¡Sí, ya sé que bolos...!. Pero para qué necesitas deshacer un buen jersey y enrollarlo en un ovillo. ¡Eso ya no se lleva ahora!.
- Voy a hacer un traje para mi “Kuly”.
- Te sale mejor comprarlo en una tienda para animales. Los tienen preciosos... Además, si tú no sabes bordar ni coser bien. ¡Anda, deja eso!. Voy a ir al supermercado. Y como probablemente nos marchemos el martes, dime que quieres que te compre en la tienda para que tengas para unos días.
- ¡Una aguja de lana!
- ¡Olvídate de eso!. ¿Qué quieres que te traiga del supermercado, qué necesitas para comer?.
- Un alambre de espinos.
- ¿Qué... dices...?
- ¡Un alambre de espinos!.
- ¡Anda, deja de deshilar ese jersey!. ¡Y escucha!. ¡A quién se le ocurre en estos tiempos estas cosas! – le dijo Miriam mientras intentaba en vano quitárselo de sus aferradas y duras manos.
- ¡No, no, no...!.
- No seas bruta, haz otra cosa.

En ese forcejeo, la anciana Nuncy, vino en caérsele – como diría Miguel de Cervantes en el Quijote – de entre sus plegadas y hundidas faldas un objeto metálico que rápidamente intentó ocultar con una cierta malicia. Colocó encima de ello, para tapar su negligencia, su deshilachado jersey de lana, pero el acto no pasó desapercibido para su hija.

- ¿Qué ocultas ahí? – dijo Miriam intentando coger la pieza.
- Hum, hum... – fue la respuesta de su madre.
- Pero, ¡tú estás loca!. ¿Cómo has vuelto a coger el arma del Caja Fuerte?. Si ayer estaba allí. Dime, ¿qué pretendes

hacer con ella?. Aquí no hay ladrones ni delincuentes. ¡Venga, tráela aquí enseguida!. ¡Dámela!.

Pero cuanto más hablaba la hija , más guardaba la vieja su arma o revólver entre su falda y el jersey que deshilachaba, arma de fuego dada por su amante Max Tom cuando ella aún conservaba su sano juicio.

- ¡Dámela!. ¡Dámela, que te la guardó yo!.

Mas, la vieja enfurecida y nerviosa, guardaba el arma para sí, con todas las fuerzas del mundo.

- ¡Yo, yo, la guardaré!. ¡Yo, yo, yo...! – repetía como un muñeco estropeado.

Viendo su hija que era incapaz en ese momento de quitársela, decidió obrar de otra manera y condescender, como otras veces, para no excitarla y ponerla más nerviosa.

- ¿La guardarás tú?.

- ¡Yo, sí!. ¡Yo la guardaré!.

- ¿Y dónde la guardarás? – dijo la hija siguiéndole la corriente.

- ¡En la Caja Fuerte!. ¿Caja Fuerte!.

- Bueno, cuando yo regrese quiero que la pistola ya esté en la Caja Fuerte metida. ¡Entendido!.

- ¡El revólver!.

- Para eso, madre, sí que tiene buena fijación – dijo la misma hija de muy mal humor, mientras se marchaba a la compra y la dejaba allí por imposible.

Cuando dejó el automóvil en el parking de los Grandes Almacenes observó que el tiempo empeoraba por momentos.

Aquel gran supermercado era impresionante, abundante, grandioso. Pero a veces sucede que el mundo a pesar de su enormidad y extensión puede resultar tan pequeño como un pañuelo.

Como una galaxia celeste donde las estrellas y astros diversos no llegan nunca a chocar entre ellas a pesar de su extraordinaria magnitud, pero un buen día descubren que allí hay, o se cuela, un agujero negro. Así, también, habían transcurridos parte de los acontecimientos ocurridos a Mario Ruber Vidal.

¿Cuántas veces el alma humana llora por la soledad o por el temible silencio de la nada?. ¿Cuántas veces se gime de miedo, o se pateas de rabia, o se suda de inmenso pavor?.

O al contrario, ¿cuántas veces el espíritu humano siente la necesidad de evadirse, de alejarse lejos del mundanal ruido como dijo el poeta Fray Luis de León?. ¿O cuántas veces el ser humano alcanza metas sublimes, altivas cumbres nevadas y solitarias, magnos esfuerzos, con tesón y constancia, sufrimiento y resignación, que no hay magnitud mental que los mida?.

¿Y cuántas veces, desde luego, queremos una cosa, tenemos a la vista un objetivo o meta que queremos y deseamos cumplir, y la vida nos ofrece la cara contraria de la moneda, porque en los contrarios también está el destino de los hombres?.



Iba Miriam Starpe pensativa y nerviosa, recogiendo los distintos productos y alimentos seleccionados en su carrito de la compra, cuando llegó a la sección de productos lácteos.

Estaba observando las marcas y los precios de unos yogures y cuajadas cuando sintió de repente, como una fugaz intuición, que unos ojos cercanos se paraban en ella y cuchicheaban acerca de su ser.

Se percató que eran dos figuras femeninas, elegantemente vestidas, con unas caras algo conocidas que se acercaban a ella con intención de saludarla.

Ella, quizás, si la hubieran dado más tiempo para maniobrar, hubiera escapado de sus miradas, se hubiera escabullido por entre los pasillos y estanterías del centro comercial, hubiera desviado su mirada para otro lado, se hubiera zafado como pudiera para otro sitio, pero ya era imposible cometer, aquel, por otro lado, antisocial acto. No era capricho ni disfunción mental, era simplemente que estaba algo cansada y agobiada tras la llegada de su madre y no quería ver ni hablar con nadie.

Pero, cuando al final, levantó los ojos y recondujo su aviesa actitud con cierta frialdad, vio que eran dos antiguas amigas que querían saludarla.

- ¡Hola, Miriam!, ¿qué tal estás?.
- ¡Hola, chica!, cuánto tiempo sin verte. ¿Dónde te habías metido, hija?.

Miriam, dando a entender que todo había fortuito y casual dijo:

- ¡Hola amigas!. Yo estoy bien. Y vosotras, ¡Thelma, Eleanor, cómo estáis de guapas!.
- ¡Tú si que estás maravillosa!.
- ¡Estas encantadora!.
- No para tanto, hijas. Una más del montón – contestó Miriam.
- ¿Qué va mujer?. ¡Distinta!.
- ¡Radiante!.
- Y vosotras, cómo os va la vida... ¿Seguís solteras o ya...?
- Nada hija, de momento seguimos como estábamos.
- Pero algún hombre os habrá hecho el ...
- Son todos unos egoístas.
- Unos brutos.
- Unos negligentes.
- Unos machistas.
- Pero así, tan exigentes y escogidas, no vais a encontrar a uno que os satisfaga... Uno que os guste...

Las otras dos mujeres sonrieron con expresión genuina, entre burlona y sarcástica, entre indiferente y costumbrista.

Thelma y Eleanor eran amigas, unas mujeres discretas, calladas y reservadas. Ambas eran socias y fundadoras de la Galería de Arte “New Por Art”, en Cape May. Pero aparentemente eran distintas, como lo son un hombre y una mujer.

Thelma era profesora de Dibujo Artístico en un Instituto de Enseñanzas Secundarias de Cape May. Una mujer sencilla, morena, alta, cuyo rostro a sus treinta y cinco años seguía siendo sumamente fino, pálido, delicado, como muy frágil. Sus ojos eran grandes y oscuros, fríos y calculadores. Su cabello era llamativo, teñido con tonos rojizos parecía más que fuego a punto de quemar, los colores rojizos y pálidos que una puesta de Sol muestra en los atardecer a la Naturaleza.

En cambio, Eleanor, una periodista y escritora de la revista -periódico llamado “May Times”, era una mujer de pelo castaño, algo gordita, cuyo pelo y melena lo recogía en un sombrero, a modo de gorra deportiva, y en cuyas gruesas manos aparecían anillos en cada uno de sus respectivos dedos, menso claro en el pulgar. Había escrito dos libritos provinciales titulados: “El arte de mirar bien las cosas”, y “El arte de llorar”. Dos ejemplares especiales, dos textos genuinos y especiales de la nueva escritura americana.

Pero, a pesar de estas pequeñas divergencias ellas solían tener gustos y aficiones muy parecidas: así en películas, en discos, en libros y en deportes. Por ejemplo, los dos libros más apreciados por ellas eran “Alicia en el País de las Maravillas” de Lewis Carrol, y “La Señora Dalloway” de Virginia Wolf. Y en cuestiones de cine eran los filmes de “Lo que el viento se llevó”, y la película de “Doctor Zhivago”, las predilectas por ambas mujeres.

- ¡Ah!, y ¿qué tal está tu madre? – comentó una.
- ¿Sigue con las agudas jaquecas de cabeza? – apostilló la otra.
- ¡Oh, bueno, ahora está con tratamiento psiquiátrico!. La edad. Hace tiempo que pierde a veces el juicio y el raciocinio...
- Pobre, Miriam, cómo lo debes de estar pasando...
- Ya estoy acostumbrada. Así es la vida.
- Tienes que venir un día a vernos a la Galería de Arte. Tenemos siempre un hueco para tu obra.
- Además nos prometisteis que expondrías tus cuadros cuando...
- Cuando tuviera hechos y realizados una cierta cantidad. Pero ahora en estos momentos no dispongo de tantos...
- Bueno, ven a vernos cuando quieras...
- Encantadas de volver a verte por estos lares.
- Lo mismo digo. Adiós.
- Adiós.

Se despidieron con un corto y sensible beso, y mientras Miriam seguía mirando los productos lácteos, sus amigas se perdieron por la sección de cosméticos y de perfumería.

Después de aprovisionarse de un pack de yogures naturales, se dirigió a la sección de latas de conservas. Quería comprar unas sardinas en escabeche y unas ostras en salsa y al ajillo, cuando sin darse cuenta rozó con su carrito una pila de botes metálicos que sobresalían en medio del pasillo. Varias latas metálicas se cayeron

con gran estruendo y precipitación al suelo. Miriam al mismo tiempo sintió un fuerte escalofrío que la invadió de súbito el cuerpo, como presintiendo que algo acababa de ocurrir.

Después de esa inesperada intuición, como un inesperado presagio, decidió abandonar rápidamente aquel lugar y dirigirse a su mansión de “Maxtom”.

## CAPÍTULO SETENTA Y UNO

En la mansión de “Maxtom” los espejismos del día habían de girar como un caleidoscopio, como una nueva visión, como el fugaz sueño de un adolescente, ciento ochenta grados.

Mario Ruber Vidal decidió oír música, y puso en un antiguo tocadiscos con altavoces incorporados a la misma caja del aparato, un disco grande y oscuro, un “long play” de vinilo, tan redondo y negro como el mismo misterio de la noche.

Los primeros acordes de la pieza musical de Verdi, la obertura de “La Fuerza del Destino”, comenzaron a sonar álgidamente en el Estudio dando la sensación de que del universo sonoro del disco se impregnaba en toda la estancia como una inexplicable magia del destino.

Mario entonces decidió mirar por la ventana y contemplar el día que estaba teniendo lugar como una premonición de que la vida, el tiempo y el día, están tan unidos como el océano, el sol y el viento.

Comenzaba a lloviznar. Se empapaban los cristales como la humedad empapa el cuerpo de ahogado. Mario miraba el nublado y grisáceo cielo, y lo veía transcurrir triste y monótono, a través de los cristales de la ventana empañados y mojados de decenas de

pequeñas gotas de agua, como pintas agujereadas de una metralleta de guerra.

Y de súbito observó, entre la espesura de las nubes, dos grandes aves volando majestuosamente por los aires y persiguiendo a una pequeña bandada de asustadizos pajarillos.

Una de ellas, un águila real americana, desafiando la tormenta, con sus ojos penetrantes escrutándolo todo, y sus poderosas garras afiladas para que las presas no puedan escapar, se lanza vertiginosamente sobre uno de aquellos indefensos e inocentes pájaros del cielo.

La visión es rápida y certera como la puntería de la gran ave, que aunque mostrando y describiendo un veloz semicírculo, no falla en el tiro y abate a la infeliz pieza de ornitología, que luego cae a plomo en la verde pradera, cerca del lugar de la ventana desde la que Mario Ruber contemplaba ensimismado la escena cinegética.

Abajo, en la parte inferior de la mansión, la anciana señora Nuncy Suan Lorten, dejaba su interminable deshilvanado de aquel jersey, lo posaba con cierto desdén en la mesa central del Salón, y se levantaba con indiferencia de su silla.

Recogió con sus callosas y agrietadas manos ciertos documentos y papeles de un hueco del armario. Y con suavidad los introdujo en el bolso izquierdo de su bata de seda, una prenda en tonos amarillos anaranjados, como el azafrán de oriente.

Su perro “Kuly” se levantó impaciente, y la siguió como el más fiel y leal mastín de la tierra.

Nuncy, de pronto, se para y piensa, si pensar era lo que hacía la mujer. Vuelve su rostro, arrugado y sin sentido, hacia el lugar donde había dejado la deshilachada prenda. Se detiene de nuevo, y mete la mano en el otro bolsillo de su bata de seda. “Allí estaba el arma, el revólver de Max Tom, la pistola de Miriam”. Allí estaba introducida en el bolsillo derecho de la bata. Una ligera y amorfa sonrisa parece deslizarse por los pliegues rugosos de sus sienes y de su frente.

Llama con palabras casi sin sentido al pastor alemán, que sin embargo la entiende, y la sigue, altivo, fiero, deslumbrante. El perro va serio, pensativo, medio alzando su rabo y ladrando tres o cuatro veces como para indicar que todo está listo y preparado. Pero lo que él no sabe ni entiende es que el destino es así, confuso y macabro, como una sierpe descarada, como un anillo del Señor de las Tinieblas.

Nuncy y “Kuly” se dirigen por la escalera hacia el piso superior para guardar los documentos, los papeles y el antiguo revólver, en la Caja Fuerte del Estudio.

Así como volcanes como el Vesubio, el Etna, o el mismo Stromboli, a veces, han despertado con inusitada violencia, han resucitado con virulento ímpetu, y han arrasado haciendas, terrenos y poblaciones, vomitando su pétrea e incandescente lava por laderas y valles, o levantando a los cielos con terrible voracidad fuego y material rocoso, polvo o mortíferas cenizas rojizas,

escupiendo todo el odio contenido en su ser durante muchos años de endemoniada espera, así, pues, como rompiendo las adversas cartas del mágico Tarot, e inundando de devastación, calamidad y mortandad todo lo que se oponía a su paso; de la misma manera, las fuerzas ocultas del Destino y de los Dioses, las malas y abstractas lenguas que ocultaban los códices y pergaminos secretos de la Biblioteca de Jorge Luis Borges, despertaron, resucitaron, arrasaron, vomitaron, escupieron, rompieron, e inundaron, con sus mortíferos rayos invisibles, con sus férreas cadenas del infierno, con el escandaloso germen de su maldad, toda la hermosa bondad anterior, toda la piedad y caridad, toda la anterior concordia y solidaridad, hasta hacer de la frustración y la desesperanza el nuevo orden universal.

Como un inesperado y vertiginoso alud de gélida nieve pilla a los alpinistas desvalidos e indefensos, como un mortal e inesperado accidente de tráfico que coge en blanco y desprevenidos a sus víctimas, de la misma forma, se desarrollarían unos eventos no queridos ni deseados por la inmensa mayoría de los lectores de esta historia.

Pero el Destino nuevamente surgió como espada de Damocles con dos afiladas y resplandecientes cuchillas de metal a cada lado.

Mario Ruber Vidal volvía desde la ventana hacia la mesa donde había divisado aquellos acontecimientos y presagios de las aves sin calcular todo su alcance posterior.

Tomó en su mano el martillo de acero, tacos, unos tornillos, y varias alcayatas para colocar y sujetar posteriormente el cuadro enmarcado de "Diana Cazadora", tras la Caja Fuerte, y así poder disimular y camuflar la mencionada puerta secreta, cuando oyó unos pasos que se deslizaba por el pasillo. Él, no dando importancia a ese hecho, se subió diligente a las escaleras para rematar lo que antes había comenzado, es decir, tras los dos agujeros realizados con el taladro, ahora incrustar los tacos con el martillo y enroscando luego las alcayatas en sus sitios correspondientes, a fin de que aquello quedara correcta y bien puesto, para luego colocar y ajustar el cuadro pictórico en su lugar adecuado.

- ¿Quién es Ud.?. ¿Qué hace Ud. ahí?. Suelte eso inmediatamente – le dijo aquella mujer de mirada asombrada y aspecto desquiciado.
- ¿Qué hace Ud., señora Nuncy, aquí?. ¡Soy yo, Mario! – le respondió el hombre con estupefacción dejando de clavar el cuadro.
- ¡Ud.!. ¡Sí, es Ud.!. ¡El ladrón de cajas fuertes de viviendas alejadas! - contestó con mirada enloquecida la mujer.
- ¡Está equivocada!. ¡Soy yo, Mario Ruber Vidal!. ¡El novio de su hija, el novio de Miriam!.
- Mi hija no tiene novio. Nunca lo tuvo. Nunca lo ha tenido. Ud. es un delincuente que ha entrado a robar. Es un

ladrón de cajas fuertes en viviendas. ¡Deje eso inmediatamente!. ¡Baje de ahí, y tire al suelo esos objetos que ha robado!.

- Lo haré, señora Nuncy, pero no me apunte con esa pistola, por favor. Yo sólo hacía lo que me mandó Miriam, su hija, ¿no la recuerda?. Ponía este cuadro, este lienzo encima de la caja fuerte, para camuflarlo, para taparlo... Baje esa pistola, se lo ruego... Se lo ruego... – dijo Mario con palabras de miedo y comenzando a tartamudear.
- Es un revólver. ¡El revólver de tío Max Tom!. Un capitán muy aguerrido y valiente – profirió la mujer con mucho genio.
- Bueno, baje el revólver, y no..., y no me apunte con él.

A toda esta inesperada visita y actuación, “Kuly”, el perro pastor alemán, estaba muy nervioso, muy furioso e inquieto, con las fauces abiertas, jadeando saliva pastosa, como baba tonta por su hocico husmeante y amenazador. Ladraba áspero y desaforado, y a cortos intervalos de tiempo, como queriendo avisar que su dueña tenía razón, y que él debía obedecer.

- ¡Ud. ha entrado aquí para robar en la casa, y en mi caja fuerte!. ¡Ladrón!. ¡Ladrón!. Avisaré a la policía y le detendrán. Y no intenté escapar... Y si lo intenta... ¡Pum, pum...pum...!. ¡Ya sabe!.

Fue entonces cuando Mario Ruber se dio cuenta que deliraba, que aquello iba en serio. Que la mujer estaba bajo una crisis de demencia y locura. Y ya no pudo fingir o disimular su excitación y nerviosismo, y volvió a tartamudear:

- Pe... Per... Pero... Se... Señor... Señora... Nun... Nuncy. Soy Mario Ruber, el a... el aman... el amante de su hija, Mi... Miriam....

Sus manos ahora le estaban temblando, estaba allí subido, trémulo y con la respiración ya muy forzada, y sin tener posibilidades de escapar por el momento.

Y aquella vieja encañonándole abierta y ciegamente con un revólver que en cualquier momento, debido a su locura y esquizofrenia, podía descargar sobre él sin tino ni piedad. Las piernas le temblaban profundamente subido en las escaleras, apenas podía sujetar el martillo en sus manos, pero no lo quería dejar pues le podía servir de arma de defensa en caso de...

Entonces la mujer dijo inesperadamente:

- ¡“Kuly”, vigilale!. ¡Vigilale bien!. ¡Que voy a llamar a la policía por teléfono!.

La anciana mujer retrocedió varios pasos y se dispuso a volverse para abandonar la estancia. También estaba muy trémula y nerviosa. Sus manos se movían sin cordura y jugaba con el gatillo en su mano como si fuera una jugadora en una ruleta rusa.

“Kuly” se puso altivo, nervioso, furioso, haciendo ademanes de saltar sobre él en cualquier momento. Parecía querer desear, ahora que estaba solo frente a Mario, un combate cuerpo a cuerpo,

y entablar una dura pelea haciendo si era posible un feroz escarnio.

No había llegado la anciana Nuncy a mitad del pasillo, cuando en un movimiento repentino de Mario, (aprovechando que la vieja se había ido de allí), en un intento para bajar de las escaleras y así poder huir tanto de “Kuly” que le espiaba como de la demente y loca señora de Suan Lorten, cuando el can se puso muy nervioso y muy excitado, y se abalanzó con furia y rabia sobre el cuerpo de Mario Ruber.

Mario intentó, en un primer momento esquivarlo y salir indemne del Estudio donde se encontraba tan a disgusto y como prisionero. Pero el dogo lo alcanzó al instante y se entabló una feroz y desigual lucha.

El pastor alemán comenzó luego a morderlo con estrepitosa crueldad en su pierna derecha, agarrándole con fuerza, e hincándole el diente con pavorosa brutalidad.

Luego soltó la pierna pero se abalanzó a continuación con sus abiertas fauces ya ensangrentadas, como un lobo despiadado, hacia el cuello del hombre, sabedor por instinto animal, que aquella parte del ser humano era la más débil y mortal como un peligroso talón de Aquiles ... Pero consiguió esquivarlo gracias a que empleó el martillo para darle un fuerte golpe en el costado que lo hirió con cierta gravedad, pero lo predispuso para atacar ahora con más ferocidad y crueldad.

Mientras, la anciana, al oír los ladridos y el jaleo en el recinto, había vuelto a entrar de nuevo en el Estudio, y vio, enconada y furiosa, como se había establecido una dura pelea, una lucha de cuerpo a cuerpo, entre su furioso y leal perro, y el voluntarioso y fuerte, y encorajinado hombre.

El perro atacaba con saña y violencia. Ladrada y ladraba con espanto y bestialidad. Cayeron por el suelo hombre y animal como si de una frenética y ensañada pelea se tratase.

La mujer estaba tan excitada y con sus ojos desorbitados que se dispuso a disparar contra el hombre para salvar a su querido animal que estaba siendo zarandeado en ocasiones por la fuerza también tremenda del hombre.

Apuntó con su arma al cuerpo del hombre cuando estaba tirado en el suelo, pero inesperadamente se levantó de allí, aún con su brazo izquierdo mordido con ferocidad y salvajismo por el animal canino. Hizo otro ademán de disparar en otro momento de magna pelea, pero otro repentino movimiento de los combatientes la volvió a hacer desistir de disparar a bocajarro.

La mujer estaba ida de sí, tremendamente enloquecida por la lucha sin igual de su fiel can y aquel hombre desconocido, febrilmente chiflada y trastornada, su mirada no era mirada humana, era una mirada oscura de muerte, una mirada de frialdad mórbida, de sadismo inusitado.

El armario se había separado de su sitio, las cosas y objetos habían caído en parte al suelo, o volado por el aire hacia otros

lugares. Varios cuadros y sillas estaban mal arrinconados, y tirados por doquier. Libros, papeles y otros materiales se habían ido al garete y cambiado de sitio.

Entonces la anciana consideró, en un momento determinado, y de repente, que en aquella posición podía disparar sobre Mario para intentar herirlo.

Hombre y perro se encuentran peleándose sin piedad de nuevo frente a la pared donde se incrustaba la Caja Fuerte.

Su mano tiembla, tiembla de miedo y vejez. Nuncy apunta, aprieta el gatillo, y dispara:

- ¡Pam...!. ¡Pam...!.

Dos balazos casi seguidos y secos, a corto intervalo de tiempo, resuenan en la sala. El Estudio se mueve como si hubiese ocurrido un pequeño temblor de tierra, y huele a pólvora ensangrentada, a sangre derramada, y a impasible y gélido silencio.

El perro parece desplomarse entre enormes pasmos y encogidas heridas de muerte. Se oye un aullido canino de fracaso y frustración. Un aullido por haber fallado en su objetivo sublime. Un aullido de triste pena, de huida fatalidad. Como ese aullido último de la vida, lleno de la última palpitación vital. Cae al suelo el animal mortalmente herido y una mirada de ternura, con unos ojos profundos que piden misericordia y perdón a su dueña por no haber cumplido con su cometido, hace que la anciana también se estremezca y se contagie de su mala suerte.

La sangre roja aparece de improviso manchando a trazos la alfombra, y como a locos brochazos, también la pared de enfrente, y unos objetos dispersos y parte del suelo.

La mirada de "Kuly" es la de un animal moribundo, de un ser que agoniza. Triste suerte para un fiel y leal servidor.

El perro "Kuly", tal vez, fuera la misma antítesis mitológica del can "Argos", el fiel, noble y sencillo dogo del héroe griego, el Ulises homérico, donde el leal perro, esperador de silencios y de intolerable tiempo, lo hizo con la hermosa tejedora de Penélope esperando al eterno aventurero, al guerrero Odiseo; y sólo en el arte de morir, fueron tal vez iguales, porque la muerte iguala a los seres lo mismo por arriba y que por abajo, cochambrosa y estúpida igualdad con esos blandos ojos de dura pena, y esos pulmones encharcados de oscura niebla, y de ennegrecido asma criminal, dos almas caninas que se asemejaban entre sí como doliente y cruel semblanza, postal herida para los que aman, quieren y sienten los queridos animales de compañía.

Entonces la vieja enfurecida y rota por el dolor, llena de más rabia, ira y desesperación, contempla aún su humeante revólver con estupor, y busca, con su perdida mirada en la sombra, el cuerpo del hombre que luchó contra su querido perro.

Y ve que Mario está malherido, encogido y sangrante en un rincón cercano al armario.



Y era verdad, Mario estaba también gravemente herido por una de las dos balas que le alcanzó en el costado izquierdo, un poco por debajo de su fatigoso corazón. Se deja caer suavemente en el suelo, con dolores que le parten el alma y le desencajan el rostro, e intenta tapar el rojizo y destrozado agujero de su cuerpo con su mano izquierda como sujetando el alma huidiza de su ser.

Apenas cierra y abre los ojos sintiendo el profundo dolor que le abrasa y le destroza, cuando se da cuenta de la cercanía de aquella anciana, con su mirada destrozada y llena de locura.

Sacando fuerzas y energías de su herido cuerpo, aún le da tiempo de decir con rabia de maldición:

- ¡Mal... Maldita vi.. vieja!. ¡Vieja!.

Y viendo la actitud amenazadora de la anciana mujer, loca y fuera de sí misma por disparar otra bala, se incorpora como puede y se abalanza con su pusilánime cuerpo sobre el abiertamente hostil de la mujer, para agarrarla con malvado frenesí.

Mario se aferra a su avejentado cuerpo femenino como imán magnético desgastado por los vaivenes de una feroz tormenta tropical. Quiere, e intenta sujetarle el arma, para que no vuelva a disparar contra él, sino está perdido.

En su intento y desesperación pronuncia casi sin fuerzas:

- ¡Maldita, maldita pu..., put..., puta...!.

Apenas le queda aliento para respirar, tiene una profunda herida en su costado, siente que las fuerzas le abandonan...

Lucha, pelea, y en el abierto forcejeo, sus pesados cuerpos se van contra el armario, moviendo con fuerza las piezas y objetos del mueble, que comienzan a caer al suelo con precipitado desorden.

Los dos cuerpos se hunden en uno solo luchando sin piedad y sin cuartel. Se mueven para todos los lados, y de súbito, la esfera artística de acero y varias piezas pesadas de adorno, incluidas las copas metálicas de los premios que estaban encima del mueble, acaban por caerse y se desploman con fuerza y desorden alcanzando la cabeza de la mujer, el cráneo de la vieja, al tiempo que suena otro disparo... ¡Pam...!, en la maltratada sala, en aquel Estudio convertido ahora en una carnicería, en un matadero, en un duro infierno.

## CAPÍTULO SETENTA Y DOS

Cuando una persona querida muere surge del fondo profundo del alma la desilusión, el abatimiento, la sensación de una increíble y creciente desdicha, una nostálgica tristeza que te sume como planta adormidera fatal en una grave parálisis en tus energías vitales, cotidianas, y te invade un sentimiento religioso que no sabes de su procedencia ancestral, sumergiéndote en un ensimismamiento perdurable. De vez en cuando puedes llorar, tener grandes sollozos, padecer penas interminables, y faltarte ilusión y ganas de vivir. No son cuadros sacados de algún libro de psicología sino de la misma realidad, de la experiencia diaria con que nos enfrentamos.

Cuando una madre muere, una buena parte de ti muere con ella. Es una experiencia traumática, y mentalmente dolorosa. Un dolor específico, neurológico, frío, interior.

La muerte de una madre supone hundirte en el lejano abismo de tu origen desconocido. Tu madre eres tú en su prolongación.

Pero cuando existe además una doble muerte, la muerte inesperada e inexplicable de tu amor, de tu amante, de tu novio, del esposo, el cielo se te junta con la tierra para ser un largo abismo, un mismo látigo sangrante. Entonces todo el universo parece precipitarse en las concavidades de tu alma.

Tus sufrimientos interiores se multiplican no por dos sino por doscientos. Tu conciencia se vuelve gris, anormal, difusa, insensible a lo externo. Tu espíritu chirría por todas partes como una puerta desvencijada, vieja y oxidada de una casa maltrecha y abandonada.

Una pena inmensa te aflige, te comprime, te succiona, te adormece. Cualquier cosa, cualquier aspecto te recuerda a ellos que ya se fueron de tu casa, de tu vida.

Y hasta tú mismo quisieras desaparecer, perderte entre las marismas, en los ardientes desiertos, entre las brumas y las calimas de las costas. Quisieras desaparecer, perderte, huir del mundo. Tu alma gime de depresión, de olvidos eternos.

Quieres, o deseas a veces, no haber nacido. Tu cara y tu semblante cambia como en una metamorfosis silenciosa. El rostro se cuarteo, se transforma en otro ser distinto, nuevo, desconocido. Tus ojos giran como los grados de un ángulo defectuoso. Tu cuerpo se adelgaza como un junco caduco. Tu alma se constriñe al compás de las palabras que hablan bien de esas personas queridas. La vida se deprime y desaparece como la lluvia en la arena de la playa marina.

La mansión de “Maxtom” había dejado de ser la misma. La fachada estaba gris, sus paredes eran opacas. Sus puertas de carcomidas maderas y recios manillares y picaportes.

Compungida, retraída, el rostro demacrado, humilde, sencilla, vestida de negro raso como si fuese la misma Jacqueline Kennedy después de la muerte del Presidente, Miriam era la viva imagen de una triste y apenada viuda, más que de una mujer que acaba de perder a una madre de vejez, locura y esquizofrenia.

- Te damos de verdad nuestro sincero pésame, querida Miriam.
- ¿Quién lo iba a decir?. ¡Ayer tan alegre y campechana en la iglesia!.
- ¡Cuánto lo sentimos, de veras!.
- ¡Gracias, queridas amigas!. Os lo agradezco sinceramente vuestra compañía.
- ¿En qué podemos ayudarte?.
- ¿Si necesitas alguna cosa de nosotras?. ¿Dínoslo, por favor?.
- Muchas gracias de nuevo. ¡Gracias!.

Es probable que Thelma y Eleanor hablasen de verdad, con el corazón en la mano. Pero también es posible que todo fuese un cumplido, una expresión normal de condolencia y pésame.

Sólo la persona que sufre la desgracia, la cruel tragedia, sabe apreciar las cosas en su justa medida. Todo se agradece, y mucho la compañía en momentos tan significativos y difíciles. La vida sólo existe cuando es compartida.

La soledad, el olvido, el abandono, es el nacimiento de la muerte. Y, la depresión, la indiferencia, la necedad, es el nacimiento de la locura.

Sólo el recuerdo y la esperanza que anida en la memoria humana es capaz de amortiguar los golpes que da la vida.

- Y, ¿qué vas a hacer ahora, Miriam?.
- ¿Qué camino te propones seguir?.
- ¡Ahí tienes a tu disposición nuestra casa, nuestra Galería de Arte?.
- ¡Y nuestra amistad!.
- ¡Debes comer!.
- ¡Y no debes deprimirte!. ¡Tienes que ser fuerte, valiente!.

Tan abstraída estaba ya Miriam que apenas ya oía las interminables palabras de ánimo, ayuda y consuelo de sus amigas.

Sus ojos estaban inmóviles, tiesos, pensativos. Vagando por las imágenes de los desaparecidos, sumida en sus recuerdos.

Apenas se dio cuenta que ya habían pasado dos días de la muerte de su madre, la anciana Nuncy.

Apenas discernía si era Thelma o Eleanor quien le dirigía la palabra para expresarle ánimos y voluntades.

- Bueno, ya nos vamos.
- ¡Cuidate mucho!.
- ¡Ya vendremos a verte otro día!.

- Además tienes otra visita. ¡Están llamando a la puerta!.
- ¡Adiós, Miriam!.
- ¡Hasta mañana!.
- ¡Adiós amigas!. Os agradezco vuestra visita.

Cuando Eleanor y Thelma se marchaban y bajaban por el, ahora, desangelicado porche, sus miradas se cruzaron fría e instintivamente con otras ignotas miradas, unos seres desconocidos que llegaban a “Maxtom”.

Eran unas personas desconocidas, y que nunca habían visto en su vida por aquellos lares. En los funerales eso suele acontecer con mucha frecuencia. Pero aquella inusitada visita era otra cosa diferente.

- ¡Buenas tardes!.
- ¡Buenas tardes!.
- ¡Adiós, buenas tardes!.
- ¡Adiós!.

Fue un saludo corto e impersonal, como para salir del paso.

\*\*\*\*\*

Pero volvamos un día atrás, y situémonos en la turística ciudad de Atlantic City.

En el hotel donde todavía se hospedaban Terea Ruber y Peter Felling, un periódico provincial llegaba a las manos de Peter por casualidad.

Ojeaba las distintas secciones con la rapidez y planteamiento de águila cuando inesperadamente, como un ciego hado del destino que dirían los griegos, leyó en unas notas necrológicas algo sobre el fallecimiento de una tal señora apellidada “Suan”.

- ¡Suan!...¡Suan!... ¡Suan...!. De que me suena a mí ese nombre - se dijo Peter, el novio de Terea.

Y fue al mirar los familiares de la mencionada fallecida cuando asoció inesperadamente aquel nombre. “Su apenada hija, Miriam Starpe Suan, les da las gracias muy sinceras por su compañía y sentidas condolencias”. Etc. Etc. Etc.

- ¡Claro, claro! – se dijo para sí mismo -. ¡Es aquella mujer, aquella pintora que Mario conoció en Francia, cuando aquel famoso encuentro, aquel que tuvo lugar en aquella reunión, entre pintores abstractos y modernistas de la nueva época, en el Museo d’Orsay, en París!.

Luego explicó, sin saber cómo, aquella extraña situación y coincidencia a Terea, que se mostró también muy interesada y curiosa.

- ¿Y estabas tú presente en aquella reunión? – le dijo Terea con ánimo muy misterioso.
- ¡Sí, sí!. Nos presentó un tal pintor ruso, cómo se llamaba, espera, cómo se llamaba... Iván Masvof..., Maskrof.... ¡No, no, Iván Maskarov!. ¡Maskarov!. ¡Eso es!.
- ¿Y cómo era aquella mujer?.

- ¿Por qué lo preguntas?
- ¿Tal vez sepa algo de mi padre?
- ¿Cuándo fue la última vez que os visteis en París?
- Pues hará, hará... ¡como unos siete u ocho meses!
- ¿Y dices que ella y mi padre se vieron allí?
- ¡Sí! ¡Sí!
- Entonces fue una de las últimas personas del mundo de la pintura que lo vio con vida.
- ¡Es probable!

Las palabras de Peter a partir de aquí se callaron o sólo musitaron por lo bajo.

- ¿Y qué probabilidades hay de verla?. ¡Podríamos darle el pésame!
- ¿Darla el pésame?
- Sí, pasaría algo!
- No, no... Nada.
- Trae ahí, el periódico, su dirección, el teléfono, y todo eso...
- Lo traerá, no lo sé...

Luego, posteriormente, la llamaron a su mansión de "Maxtom". Y convinieron en que se pasarían por allí, al día siguiente, para darle el pésame antes de partir hacia Nueva York, donde Terea estaba en conversaciones con la Universidad de Nueva York para realizar un contrato, a fin de quedarse dando clases de Español en la mencionada Universidad neoyorquina.

La ruta desde Atlantic City hacia Cape May se realizó por la bravía costa marina.

Su automóvil se deslizaba por entre bosques y el océano Atlántico, por entre senderos de tierra y el ancho mar.

A veces, el hombre y el mar trabajan en lo mismo: días y noches de brusquedad e intolerancia, de ira o de avaricia. Ambición y poder cuando la marea sube locamente y la sangre hierve como las lavas de los inestables volcanes.

Soberbia y humildad en las álgidas tormentas o en la "calma chicha".

Lujuria y orgullo en las bacanales de los ciclones tropicales. Remanso y paz en los anticiclones de nuestras vidas. Inquietud y nerviosismo en las vísperas de los tornados. Fuego y pasión en Los Mares del Sur. Frío y hambre en los gélidos hielos del Ártico. Soledad en medio del abismo. Ímpetu o bondad en las olas del Caribe. Magia y tristeza en el horizonte crepuscular. Miedo y nostalgia entre las embarcaciones de pescadores o turistas que surcan los océanos estelares. Y aventuras e intrigas en todas las almas, y sueños en todos los corazones despistados.

Nada como un océano impetuoso y bravío para intentar percibir la grandeza vital, infinitamente enorme, del Universo. Y nada como la oscuridad del hombre, y de la noche, para comprender la infinita pequeñez y miseria de la condición humana en el Cosmos.

Cuando el vehículo aparcó cerca de la mansión de “Maxtom”, un halo invisible hizo las veces de comunicativa oración.

- ¡Buenas tardes!.
- ¡Adiós!.

Aquel último o primer saludo, cuando salían de “Maxtom”, entre Thelma y Eleanor con los recién llegados había sido – dijimos – frío, corto y de compromiso.

Terea Ruber observaba todo aquello con el interés y la curiosidad de un niño o de una niña que viven y conocen por primera vez el mar o el océano. Peter Felling, en cambio, todo lo observaba con ojos de indiferente marinero que sabe que el agua del mar es sólo un trozo de puerto marino esperándote para traicionarte en cada legua marina.

Terea había comprado por la mañana, en una floristería de Atlantic City, un ramillete de flores: unas espléndidas y bellas orquídeas azules.

Cuando Terea saludó a Miriam con un ligero y suave beso hubo entre ambas un invisible foganazo de miedo mezclado con un inocente pudor.

- ¡Te acompaño en el sentimiento!.
- ¡Cuánto lo sentimos, de veras! – dijo después Peter besándola también en sus pálidas mejillas.
- Hemos traído estas flores, estas orquídeas para la tumba de tu madre. Espero...
- Gra... Gra... Gracias...- fue la débil respuesta enmudecida por la sorpresa que significaban aquellas simbólicas flores azules que tanto le gustaban a Mario.
- Cómo lo sentimos de nuevo, ..., ¿qué años tenía tu madre...?.
- Iba a cumplir setenta y siete.
- ¿A lo mejor, tal vez molestamos? – sugirió casi instintivamente Terea.
- ¡Oh, no, no, pasad para aquí..., sentaros, por favor!.
- ¡No nos hemos enterado hasta ayer!. ¡Fue por casualidad! – siguió rompiendo el hielo Peter que también estaba tenso y algo envarado por aquellas primeras impresiones.
- ¡Gracias amigos, no sabéis como os lo agradezco!.
- Espero que me recuerdes, – siguió hablando Peter con aires de bohemio -. Fue en París, yo estaba con Mario Ruber, hará unos siete meses o así. ¿No recuerdas?. Nos presentó aquel extravagante pintor ruso, un tal Maskarov, Iván Maskarov. En el Museo d’Orsay. ¿Recuerdas?.
- ¡Ah, sí, sí, me acuerdo ahora!.
- Es que Terea estaba interesada en saludarte también. La he dicho que fuiste una de las pocas personas de la profesión que vio con vida a su padre antes de lo de las Torres Gemelas del 11 de Septiembre. ¡Mario Ruber!.

Aquellas palabras la estremecieron de inmediato por adentro, como un inesperado rayo de tormenta que parte en dos un robusto

árbol del bosque. Trago la poca saliva que le quedaba casi en su seca boca, respiró disimuladamente, mordió levemente sus ásperos labios, y dijo con cierto fingimiento:

- ¡Ah, sí, sí, ahora lo recuerdo todo!
- Ayer, mirando la prensa vimos la esquila en el periódico. Lamentamos no haber podido asistir en directo al funeral – dijo Peter de nuevo.
- ¡Gracias amigos!. Os lo agradezco de todos modos. Voy a poner unas ... – dijo recuperando su ánimo, mientras se levantaba para servir té o café, y colocaba unas pastas o unas tostadas encima de la mesa del Salón.

Hubo un ligero y grave silencio. De esos que hay cuando unas personas se acaban de conocer y no saben qué decir. Y recompuso su imagen, y también colocó de nuevo la mesa con tazas, café, té y pastas.

- Pero, comed, tomad, por favor, una pasta. ¡Terea!, ¡Peter!, ¿qué te pongo Café o Té...?.
- ¡Un poco de té, gracias!.
- ¿Y tú, Peter?.
- ¡Café!. Sólo café. ¡Gracias!.

Luego la conversación discurrió con más amabilidad y confianza.

- ¡Si en algo te podemos ayudar, dínoslo, por favor!. Lo haremos con mucho gusto – agregó Peter con cierto carisma. Terea se quedará probablemente de profesora de Español en la Universidad de Nueva York. Y si no puede quedarse allí lo intentará en un Instituto neoyorquino impartiendo ese mismo idioma a los estudiantes. En cuanto a mí, ya sabes que soy agente comercial. Fui el agente artístico y comercial de Mario Ruber hasta que... Bien ya sabes, si tienes algún problema, o quieres o necesitas alguna ayuda o consejo, no dejes de establecer contacto conmigo en la dirección de Nueva York.
- Te lo agradezco de nuevo, Peter. Gracias.
- ¡Ah, por cierto!, ¿sigues pintado cuadros, verdad? – continuó el hombre con gran naturalidad.
- ¡Oh, ah, sí, sí, alguno hago! – respondió Miriam con cierto desasosiego.
- ¿Y no tienes agente artístico que te los lleve en las Galerías?. ¡Ya sabes lo difícil que es “colocar” hoy en día las obras artísticas en Museos o Galerías de Arte!.
- ¡Sí, sí, lo sé por experiencia! – contestó Miriam siguiendo la corriente.
- ¿Y tienes muchos cuadros actualmente en ciernes?. Perdona la insistencia , quiero decir, en reserva. Sólo intento ayudarte.
- Bueno, solo unos pocos.
- ¡Ya claro, este no es el mejor momento!. – dijo ahora Terea sutil y conscientemente -. Pero, tal vez, en otra ocasión

más oportuna... Quisiera... Quisiera comprar o adquirir uno de tu colección... Pero, claro... ahora no es el momento adecuado...

- Oh, muchas gracias. Sería para mí un honor sin duda. Pero, te diría también, que mis lienzos, mis cuadros, no son muy buenos – comentó Miriam con total naturalidad.
- ¿No son abstractos y del nuevo arte POP? – interrogó sin quererlo la joven Terea.
- ¡Sí, sí!. ¡Eso sí!.
- ¿Y podemos ver alguno ahora?. ¡Oh, perdona, no quería decir eso. Perdón!. Quizás, otro día estés más dispuestas a...
- Bueno. ¡Sí, sí, podemos ver alguno! – contestó Miriam que no quería que vieses en ella una gran desconfianza por su parte, que ocultaba algo extraño, o que se oponía a enseñar algo oscuro a sus anfitriones-. Pero, repito, ¡que son mediocres!. Además la mayoría no están todavía rematados. Están incompletos.
- ¡Ay, gracias!. ¡Te lo agradezco!. Tengo un gran interés en ver tu obra pictórica.
- Acabad el té o el café, que se enfrían. Arriba tengo mi Estudio, aquí en “Maxtom”. No creáis que vais a ver Picassos, o Dalís o Mirós.... No son gran cosa, Ya os digo.

Subieron despacio y nerviosamente, casi con sigilo y misterio, atravesando las empinadas escaleras que daban acceso al pasillo de la parte superior del edificio donde se encontraba el Estudio.

La tarde iba cayendo sobre Cape May como cae la niebla sobre los puertos nórdicos: lenta, tumultuosa, agobiante, misteriosa.

Había en aquel insólito lugar, un medio ambiente algo extraordinario e inédito, mitad de escalofrío y estupefacción, mitad de sensibilidad y de curiosidad, que hacía al espíritu llevarlo siempre hacia adelante. Terea y Peter sentían el peso de la sombra de la madre de Miriam, la misma Nuncy, que habitó este lugar, y que vagaba solitaria como fantasma por aquel sorprendente y raro edificio.

- ¿Véis? – dijo mostrando algunos cuadros -. No soy un genio como Wharhol, Van Gogh, Mondrian o Kandinsky.

Hubo un franco y profundo silencio. Un silencio grave y envolvente. Como una voz callada e imaginativa que ponía un halo especial, angustioso, emocionado, a las formas pictóricas de aquella mujer: Curvas insospechadas, rectas abstractas, trazos sinuosos y abyectos, colores fuertes y perdidos, manchas difusas o verticales, y líneas angulosas y retráctiles de una misteriosa pintura que parecía moverse, huir, transfigurarse. Formas geométricas hechas de cósmica soledad.

- ¡Ah, no están tan mal!. ¡Son bellos, coloristas y enigmáticos! – interrumpió Peter con su observación -.



¡Tienen fuerza, originalidad!. Se podrían vender bien en el mercado de Londres o de París. Allí estas obras son más apreciadas que por estos lares.

- ¡No exageres tanto! – puntualizó Miriam bajando la cabeza.
- ¡Éste lienzo me encanta!. ¡Me gusta mucho!. ¡Qué paisaje tan sugerente, tan especial! – manifestó Terea poniendo cierta emoción en sus palabras mientras tocaba los bordes de aquel lienzo, aún cálidos, pastosos, y húmedos de colores.

La habitación había sido retocada, limpiada, ningún signo de violencia ni muerte. La estancia aparecía a los ojos de los visitantes como un lugar donde el juego de la luz que entraba por los ventanales se mezclaba con el aroma misterioso del lugar. Nada daba la sensación de que allí mismo, unos días antes hubiera ocurrido un inusual crimen, un inesperado asesinato. Una innecesaria y trágica muerte.

- ¿Cómo se titula? – dijo Terea de improviso y sin sospechar nada. ¿Tiene ya nombre el cuadro?.

Miriam cambió su semblante. Su cara adquirió otros tintes distintos. Sus oídos dejaron de percibir los sonidos agudos, y los graves se hicieron inquietantes. Sus enormes ojazos otrora vez bonitos y penetrantes, y ahora húmedos y sin vida, se tornaron livianos y nublados. Y tuvo que recoger sus trémulas manos tras sus bolsillos, para que nadie se percatase de sus movimientos temblorosos. Notó su boca seca. Dura. Inmóvil.

No acertaba ni a decir un sí o un no. Hubo un momento tenso, angustioso, indescriptible para el alma de aquella mujer. Tanto había contemplado, sufrido, visto y oído, que todo le parecía un esperpéntico sueño, una surrealista pintura, una espeluznante visión fantasmagórica.

Sintió a su alrededor una sórdida música, vacía de cualquier acorde o melodía. Su mente luchó con los recientes espectros de Mario y Nuncy, - (y hasta la espectral figura de “Kuly” le pareció ladrar a una indómita Luna) – su imaginación recordó a Hamlet, como si el Príncipe de Dinamarca lo hiciera de nuevo con sus alejados muertos.

- Sí, creo que lo llamaré: “El Albergue de Maxtom”.
- ¡“El Albergue de Maxtom”!.
- ¡Sí, recoge un paisaje, un lugar de esta finca!.

Los huidizos y hondos ojos de Miriam parecían inmiscuirse en una niebla lejana, turbia, sospechosa. Era precisamente el paraje donde la ermita y aledaños de aquel sitio ofrecían a la vista la otra cara de la imagen.

- Me gustaría adquirir uno de su colección. ¿Pero tal vez su precio no esté a mi alcance?.

Terea se mostraba franca, algo inoportuna pero cargada de un ansia irreconocible, como un instinto superior de supervivencia metido en una imagen pictórica.

- ¿O no se vende este lienzo? – dijo sin saber el por qué. ¡Perdón, creo que es un atrevimiento mío muy vergonzoso... ¡Perdón, Ud. no tiene derecho a irse de ningún cuadro porque una extraña persona venga y quiera comprar uno...!.
- ¡Le gusta precisamente éste! – le dijo sin esperarlo la mujer cuyo rostro intentaba disimular tanta desdicha y tragedia.
- El paisaje es muy sugestivo..., diría que muy romántico, intimista, personal.
- Pero yo no soy una pintora romántica... Soy de los nuevos estilos modernos... Esos trazos y esas formas son casi deformes, abstractas.
- Sí, sí, sí, será verdad... Pero se respira un paisaje de aquí – expresó con sencillez Terea -, para luego añadir: “Quizá sean caprichos de mujer”. Soy, a veces, una mujer desconcertante. Me gustan cosas extrañas, excéntricas. ¡No lo puedo remediar!.

Entonces Miriam se dirigió hacia un rincón del cuarto donde había un pequeño montón de libros, legajos y papeles. Tomó de allí un envoltorio plastificado y se fue de nuevo al lugar donde Terea seguía contemplando muy ensimismada, y como enamorada, aquel extraño lienzo pintada por ella hacía unas fechas.

Peter Felling daba vueltas por la estancia viendo y observando otros lienzos que por allí había dispersos, unos colgados en la pared, y otros situados en posición vertical y apoyados en el suelo. En un caballete había colocado un lienzo lleno de sugestivas abstracciones geométricas.

Miriam regresó, pues de nuevo, tomó el cuadro de unas medidas de aproximadamente 45 x 36, al que contemplaba todavía Terea algo extasiada, y comenzó a envolverlo en el plastificador.

- Pero no me lo irá a...
- ¡Te lo regalo, y no se hable más.
- Pero, yo no quería que...
- Ni una palabra más. Te lo regalo y se acabó. Tengo ya otros más por el estilo por ahí. No te preocupes.

Luego, Miriam introdujo el envoltorio en otra bolsa especial, y se lo entregó a su mano.

- ¡Gracias!. ¡Muchas Gracias!. ¿No sé cómo agradecerlo...?.
- ¡Miriam, – dijo Peter - eres una mujer excepcional!. ¡Ya sabes dónde estamos en Nueva York, en la Avenida nº 36, en el Queens.
- ¡Está bien!. Lo tendré en cuenta si un día me dedico a esto en cuerpo y alma – dijo para salir del paso.
- Gracias de nuevo. ¡Siempre la recordaré! – dijo Terea con palabras muy emotivas y sinceras.

Después se despidieron con cortesía y tristeza, y Terea y Peter abandonaron a continuación la mansión de Maxtom”, en Cape May.

## CAPÍTULO SETENTA Y TRES

Aquella visita había sido muy insólita y excepcional. Como insólitas y excepcionales fueron las palabras que pronunció el padre Jimmy, el pastor religioso de la cercana iglesia parroquial, cuando entraba en “Maxtom”, casi al mismo tiempo que habían abandonado la mansión de Nuncy, la pareja formada por Terea y Peter.

La tarde se había ido poco a poco diluyendo en la espesura de los bosques cercanos, y la luz aún perduraba en la otra cara del océano, tan próximo a “Maxtom”.

- ¡Hola señorita Miriam!. ¿Qué tal está?.
- ¡Bien, bien, dentro de lo que cabe!.
- ¿Ha tenido muchas visitas, parece?.
- Sí, eran unos amigos de Nueva York.
- El tiempo parece que va a cambiar de nuevo – dijo mirando el cielo algo nublado.
- Sí, así parece.
- ¡Ah!, vengo porque me ha dicho el Señor Johnson, ¿que dónde envía la vasija con las queridas cenizas de su madre?.
- ¿Cuál, ah, sí, las cenizas?. Espere, si hace el favor, - dijo al sacerdote mientras buscaba y revolvía algo en su bolso - . Déle, por favor, déle esta nota al Señor Johnson. Esa es la dirección neoyorquina donde me las tiene que enviar.

¡Gracias!. Ah, y pídale perdón, en mi nombre, por no haber ido a recogerlas.

- ¿Nos va a dejar ya pronto? – dijo el hombre recogiendo la nota y metiéndola en uno de los bolsillos de su oscuro pantalón.
- Tengo que regresar a Nueva York a solucionar unos papeles. Pero pronto volveré de nuevo. Si es Ud. tan amable, les dice a las señoritas Alma, Sophie y Karen, y a las demás amigas, que las doy las gracias por su gentileza y ayuda. Que ya les avisaré sobre el acto religioso que haremos cuando regrese de Nueva York, y que ya acordaremos Ud. y yo según lo convenido.
- ¡De su parte se lo haré llegar encantado, señorita Miriam!. ¡Adiós!.
- ¡Adiós y Gracias, padre Jimmy!.

Miriam, entonces, recordó apenada esos otros momentos, aquella otra conversación que había tenido lugar con las amigas de su fallecida madre:

“- ¡Cuánto lo sentimos hija!. ¡Tu madre, Nuncy, qué buena persona era! – mencionó Sophie con ánimo de animarla.

- ¡Tan adorable y tan jovial en sus años en que estaba tan lúcida y hermosa! – dijo Alma.
- Gracias, recordadla en vuestro corazón como me habéis dicho.
- ¿Y dices, hija, que fue por un desgraciado accidente? – manifestó Karen siempre con tanta amarga sutileza.
- Sí, bueno, ella ya estaba mal, como sabéis. Sufría crisis repentinas, imprevistas. Su cabeza, su cerebro, sus nervios, no la funcionaba bien – dijo con lágrimas en los ojos.
- La vida es así hija, qué Dios nos dé fuerzas para aguantarla – dijo Sophie secándose las lágrimas.
- ¿Y fue el perro el culpable de todo? – interrumpió medio sollozando Alma con toda la inocencia del mundo.
- Creo que tuvo mucha culpa o casi toda. Debió entrar tras un gato y se entabló una cruel pelea entre ambos animales. Mi madre debió llegar muy asustada al lugar de los hechos, y se debieron abalanzarse sobre ella. Tiraron parte de un armario, y unos objetos pesados, unas figurillas de marfil y unas estatuillas metálicas, que estaban encima del mismo, le debieron caer en la cabeza. Luego debió de disparar al can o al gato en el forcejeo, no lo sé, con la pistola que, a veces, llevaba consigo, ¡ya sabéis lo miedosa que era!, y que se hallaba en una caja fuerte cercana al lugar. Con el ruido de los animales creería, o pensaría, que eran ladrones que habían entrado en la casa, o yo qué sé. Y del susto, y de los desequilibrios, y del traspuesto armario, debió de fallecer.
- ¿Y mató al perro, al que tanto quería?

- ¡Sí, sí!
- ¿Cuánto lo sentimos en el corazón, hija?
- ¡Ya sabes, estamos aquí para ayudarte en lo que quieras, Miriam!
- ¡Gracias os lo agradezco!
- Ya vendremos otro día.”

Así había expuesto aquel suceso a las amigas de su madre, al día siguiente de lo acontecido en el Estudio.

Cuando el padre Jimmy ya casi se había perdido su figura por las anexas calles cercanas a “Maxtom”, Miriam había vuelto al interior de la vivienda presurosamente.

La tarde ya mostraba su otro perfil de envejecimiento. El día estaba dando paso a la noche. Y la atmósfera se mostraba inflexible con la Naturaleza.

Miriam cogió en sus temblorosas manos, depositadas en la mesa del Salón, aquel genuino ramillete de flores, de orquídeas azules, que, casi como un inesperado regalo, como un lejano obsequio, le habían entregado Terea y Peter para depositar ante su madre.

Salió de la propia mansión casi como alma en pena que lleva el diablo. Miró de prisa, como una fugaz exhalación de tiempo, hacia los alrededores del lugar en que se encontraba, y observó que el atardecer iba avanzando a pasos agigantados. Nadie parecía querer observarla. Nadie presentía que se estaba inmiscuyendo en su vida privada.

Se digirió como pensativa, cabizbaja, nerviosa, hacia el interior de su finca, tropezando a menudo por el sendero con guijarros, piedras o agrestes vegetales.

Iba, también a veces, como irreflexiva, como poseída de una inusual locura, como un sonámbulo sin malicia, buscando una rápida ruta que la condujese hacia arriba, allí donde se encontraba medio oculta la ermita de “Maxtom”.

Atravesó varios desfigurados setos, maltrechos parterres, y ariscos matorrales, que al lado del camino semejaban ya sombras alargadas de la noche. Se deslizó silenciosa como la misma bruma hacia una corta pero empinada cuesta. Rozó y se arañó con ramas desgajadas, medio caídas y no podadas, de varias hileras de abedules y cedros, que como gigantes fantasmales, y sin escrúpulos, parecían querer destrozarla, abatirla.

Y fue al pasar a la derecha, allí donde el camino se bifurcaba en dos senderos más angostos, cuando miró para aquel gran árbol. La única y hermosa sequoia de su finca. Allí en una especie de pequeña cúspide como presidiendo parte de la pradera adyacente. Se paró por unos minutos, e instintivamente se santiguó, con un movimiento casi antinatural. Detuvo por unos segundos sus pasos, sus ojos se le llenaron de lágrimas. Estaba tan triste y deprimida casi como la misma muerte que desea morir. Jadeando aún, tomó un poco de aliento, respiró como pudo, y dirigió la mirada, primero, al centro del tronco donde vio aún prendida y sujeta la metálica

cadena con su correspondiente collarín que había pertenecido a “Kuly”. Luego, bajó con gran tristeza la vista, y miró la removida y fresca tierra, todavía con el color ocre y húmedo del terreno, y como en un acto instintivo movió los cansados y secos labios profiriendo al aire como una pequeña oración.

Luego prosiguió nerviosa, jadeante, intranquila, avanzando como llevada por una mágica mano de oculta brujería. Cruzó un último recoveco del camino, y se adentró en el terreno donde el viejo puentecillo de almohadillones de piedra se interponía como un enhiesto soldado vigilante de una poderosa fortaleza.

Rodeada de dos pequeñas charcas, que ni siquiera eran lagunas, la pequeña ermita apareció triste y sombría, con una fría sensación de misterio que se ofrecía ahora llena de impenetrables secretos. Todo parecía diferente, cambiado, metamorfoseado, distinto, de otro planeta. Un espacio donde los inquietos sueños y la amarga realidad toman cuerpo de tiempo deforme.

¿Qué había sucedido allí?. La Naturaleza, con sus frondosos arbustos, los enormes árboles, la espesa flora y vegetación, y las mismas flores, otrora vez lindas, agradables, perfumadas y alegres, ahora se había tornado apagadas y marchitas, y todo parecía haberse convertido en desolación y ruina, mustia soledad, en quebradas ciénagas, en ariscos y espinosos vegetales.

Metió presurosa la mano en su bolso, desgastado y arañado por las circunstancias del recorrido y del lugar; sacó nerviosamente la llave, y a duras penas abrió la ermita.

La soledad, el miedo, la congoja, inundaba su alma, y un indescriptible pavor, un recóndito miedo, inundaba aquel solitario y alejado lugar.

Miró hacia abajo, y vio una de las losas, que como reciente tumba se esparcía en el frío y duro suelo como un mármol sin alma. Una inesperada soledad, una irresistible angustia, una febril depresión, con un sudor frío y seco, le invade su cansado ser, tirándola casi al suelo como caballo desbocado, y paralizando casi aquel fuerte y duro corazón femenino.

Tiene grandes ansias y deseos de decir al mundo que allí estaba su amor. De gritar a los cuatro puntos cardinales que allí estaba su amante... De escribir su mensaje, de enmarcar su imagen, de eternizar su vida...

Pero sólo puede depositar el ramo de orquídeas azules que tanto le gustaban a él, esas queridas flores que su misma hija Terea le había traído sin saberlo, sin apenas sospechar nada de lo ocurrido anteriormente, y que ella, la misma Miriam, una mujer movida por un trágico destino, estaba ahora depositándolas ante sus pies.

Luego ya no supo el tiempo que allí estuvo, sumida en el amargo llanto, en la inmensa pena, y en el cruel recuerdo. Las lágrimas fluyeron con la intensidad de un aguacero tropical. Los sollozos se hicieron casi infames, y la tristeza y la pena recorrieron los tuétanos y los nervios sin sangre ni energía.

Después salió del lugar como espectro de una figura del tiempo. Ya casi era de noche. Algunas aves de negras plumas aún se dirigían a sus nidos con sus vuelos rápidos y sigilosos para recogerse y descansar.

La Luna comenzaba a asomar su nuevo rostro al cielo. La Tierra palpitaba con ritmo anormal y único, y prendida en la cuerda del reloj del tiempo.

Miriam anduvo, aún sonámbula, varios pasos con incierta presencia, como destruyendo la última energía negativa. Luego, levantó la cabeza como para tomar aire fresco. Respiró hondo, se secó las lágrimas con un pañuelo de seda, y caminó despacio, serena, radiante, y tranquila hacia "Maxtom".

Comenzaba a descargar, mejor dicho, a cargarse de las nuevas energías vitales de la noche. Esas fuerzas ocultas y misteriosas que nos dan, no se sabe cómo ni dónde, el mismo destino y los dioses que nos miman o nos odian.

Ahora las ramas verdes de los árboles del camino parecían saludarla. Los cánticos de las aves y de los pájaros nocturnos parecían aconsejarla. Y hasta el viento fresco y ligero la arropaba como una intensa y agradable música proveniente de un manantial de agua cercana. Y hasta el mismo silencio la acompañaba como un buen amigo de toda la vida.

Ahora se sentía descargada de tanta tensión, ahora se sentía amiga de todos los seres humanos. Y hasta su secreto parecía menos secreto, menos memoria, menos dolor.

E irguiéndose, miró de nuevo el cielo del firmamento y se sintió otra persona, y escuchó los silbidos de las hojas de los árboles como si se frotaran sus almas con delicadeza, y se imaginó, ella misma, traspasando el océano Atlántico como un experto delfín acuático que surca hacia los mares del Sur, y por último, volando ágil y presurosa como un majestuoso cisne camino de la alta eternidad de Nueva York.

Y Nueva York volvió a su antiguo esplendor, bella fascinación que no pertenecía a políticos ni dependía de sus enemigos, sino que era una especie de suerte y de fortuna derivada de la misma savia y sangre del pueblo, de esas mismas gentes y personas, que día a día trabajan y viven allí, luchando por un mundo mejor.

Esos seres para los que el mañana es el hoy interpuesto entre la fuerza y la cordura... Entre la voluntad y la inteligencia... O entre el destino y la eternidad.

\*\*\*\* FIN \*\*\*

NOTA DEL AUTOR

Todos los personajes creados en esta novela – Águilas sin Almas en N.Y. (Odisea en Nueva York) – son ficticios, y han sido creados libremente por el autor, dentro de una historia cruel y trágica.

Cualquiera parecido con la realidad es pura casualidad o coincidencia.

Gracias.

El Autor.

España. León. 5 de Junio de 2002



## ÍNDICE

	Página
Primera Parte:	
Las Torres Gemelas.....	6
Segunda Parte:	
Encrucijada Mortal.....	85
Tercera Parte:	
Víctimas del Mundo.....	149
Cuarta Parte:	
La Metamorfosis de N. Y.....	208
Quinta Parte:	
Asesinato en Cape May .....	263

Fin

FINAL DE LA NOVELA TITULADA

“ÁGUILAS SIN ALMAS EN N. Y.”

(Odisea en Nueva York)

Autor: J. L. Escudero Vázquez

Acabada de imprimir en León, 11-6-02.